

Más cerca que Nunca

3



FLORENCIA GUIMARAES

SAGA *Cerca de Mí*

MÁS CERCA QUE NUNCA 3

SAGA Cerca de mí

FLORENCIA GUIMARAEZ

A Sergio, por dejarme conocer sus peores demonios. Gracias por enseñarme lo que no quiero ser en la vida. Ojalá algún día encunetres la paz. A Claudia, mi madre, por ser la mujer más fuerte y luchadora que conozco. A mi verdadero padre, Marcelo.

PRÓLOGO

Hay una fina línea que separa la cordura de la locura, y yo caminaba por ella sin miedo ninguno. Sin tambalearme. Sin echar la vista abajo para ver el suelo, ya que desde que vivía en las nubes no lo pisaba tanto como antes y había pasado a ser secundario. A veces me preguntaba cómo había mantenido bajo control este mar de sentimientos, que cada día crecía más y más, insostenible y arrollador. Sin avisar. Como un tsunami. Hay mil formas diferentes de entender y sentir el amor, y yo estaba descubriendo cada una de ellas. No sabía hacia donde íbamos, ni a donde nos llevaría esta bonita locura. Lo que sí sabía era que, desde la noche de mi cumpleaños, Lucas y yo habíamos pulsado el botón de “no retorno” y ya no podíamos volver atrás.

El amor. Eso que todos sentimos muchas veces en la vida de mil formas diferentes. Eso que nos corre por las venas a toda velocidad haciendo que nuestro corazón vaya más y más rápido, haciéndonos perder la cordura y dejando solo las ganas de ser.

De sentir. De vibrar

Mucho le había temido al amor en todo este tiempo. Demasiado. De hecho, ahora entendía que no le había temido al amor, sino al dolor, a que volviesen a hacerme sentir pequeña. Insuficiente. Hay amores y amores. Unos te impulsan a volar alto, otros te succionan hasta el fondo del mar.

El punto de inflexión fue esa noche en el tejado, cuando deslizó los dedos por las cuerdas de su guitarra mientras cantaba la canción que había compuesto para mí. Cuando sus labios encontraron los míos y todo a nuestro alrededor se apagó para dejarnos brillar solo a nosotros. Cuando dejamos de ser Lucas y Vega, para empezar a ser un todo. Fue cuando lo conocí, aunque ni yo misma lo supiese.

CAPÍTULO 1

Vega

Estábamos llegando a la puerta de salidas y un nudo se había instalado en mi estómago. La iba a echar muchísimo de menos, pero me llevaba de mi mejor amiga todos los buenos momentos que me había regalado la semana que había estado aquí con Silvia. No quise hacer la despedida muy larga. Gabi era una llorica, pero yo más.

—Joder, amiga... —dijo Gabi con la cara enterrada en mi cuello—. Te voy a echar mucho de menos perra, muy mucho... —Se separó para mirarme mientras hacía pucheros.

—Y yo a ti, mi loca del coño... —Las lágrimas amenazaban con rodar por mis mejillas en breve. Las de Gabi también. Me dedicó una sonrisa tierna antes de girarse para mirar a Lucas.

—A ti también, ricitos de oro. Eres buen tío, te llevo en la patata. —Dio dos golpecitos con el puño sobre su corazón para añadirle más drama al asunto.

—Eres una tía de puta madre, Gabi —sonrió sincero—. Ha sido un placer conoceros a las dos, en serio.

Los miré llena de orgullo. Estaba triste porque se iban, sí, pero también tenía el corazón lleno llenito de amor. A rebosar. Mis mofletes se inflaron a causa de la sonrisa que habían dibujado mis labios, y las lágrimas con sabor a añoranza y felicidad resbalaron sin control ni vergüenza. Los tres se volvieron a mirarme cuando me escucharon sorber por la nariz. Lucas y Silvia me dedicaron una sonrisa tierna; por otro lado, mi rubia favorita ya estaba hipando.

—Vega, no me hagas esto... —pidió.

Volvimos a abrazarnos como dos imanes que no podían separarse.

—Prométeme que nos llamaremos cada día —pedí como pude.

—No lo dudes, voy a ser más pesá que un collar de melones ahora que ricitos de oro te ha regalado un puñetero móvil en condiciones...

Nuestras risas se mezclaron con el llanto y recordé que no hay distancia que aleje corazones cuando estos contienen dentro el amor intacto. Tan puro como la primera vez. Eso traspasa kilómetros y galaxias enteras. El amor incondicional nunca muere, se transforma.

Achuché a mi amiga muy fuerte antes de separarme de ella y mirarla fijamente a los ojos.

—Muchas gracias por venir Gabi, no me lo merecía y podría haber entendido a la perfección que no quisieses saber nada de mí, pero aquí estás... —le temblaba el labio inferior, pero me escuchaba atenta con una sonrisa en los labios—. Al pie del cañón, como siempre.

—Siempre juntas —me besó la mejilla—. Ya lo sabes.

—Siempre.

Sonreí y no hice más larga la despedida.

Caminábamos por las calles de La Boca. El taxi que habíamos cogido en el aeropuerto nos había dejado cerca del conventillo. Con la vista iba siguiendo las rayas de los adoquines que creaban líneas perfectas sobre la acera mientras pensaba en la locura de semana que había vivido y lo intenso que había sido todo. El millar de sensaciones que había experimentado y la felicidad que me explotaba en el pecho. El concierto, la fiesta de cumpleaños que me organizaron, hablar con mis padres, los momentos que había compartido con mi mejor amiga, la canción que Lucas me regaló y que aún sonaba en mis oídos y en mi corazón... El estómago se me encogió y el pulso se me aceleró como un fórmula uno al recordar los labios de Lucas sobre los míos. Una sonrisa tonta e incontrolable brotó de mis labios.

—¿En qué piensas? —preguntó sacándome de mi ensimismamiento.

No levanté la vista al momento, me permití sentir aquella sensación un poquito más antes de hacerlo. Levanté la vista sin borrar la sonrisa.

—En nosotros.

No estaba mintiendo, pero tampoco le estaba diciendo la verdad del todo. Y conociendo a Lucas, eso le daba mucha cancha para hacer un sinfín de preguntas más. Y a mí, a mí me encantaba escucharlo hablar... Su tono de voz, grave pero suave a la vez, me transmitía paz.

—Eso engloba mucho, especifica preciosa —sentí como se le escapaba la última palabra y lo intentó disimular con una sonrisa canalla de las suyas.

¿Estaba nervioso? No me lo creía. Reí para mis adentros y empecé un juego peligroso pero divertido. Como cuando éramos niños, que buscábamos el riesgo solo para sentir la adrenalina del momento, ese momento que nos inundaba de felicidad y de euforia y, aunque fuese efímero, lo sentíamos eterno. Esa sensación inexplicable, que solo has sentido si has vivido de verdad.

—Pensaba en la noche de mi cumpleaños... —me instó con la mano a que le diese más pistas, aunque ya sabía bien por donde iban los tiros. Su sonrisa me lo confirmó—. Y en la canción... Nos sostuvimos la mirada por unos segundos, desafiándonos divertidos. Decidí dejar la pelota en su tejado y no dije nada más. Me parecía tirar demasiado de la cuera ya que nos habíamos prometido no reprimirnos, pero también no volvernos locos.

—Es una canción preciosa —sonreí recordándola.

—Sí, lo es. —se acercó para besarme la mejilla—. Pero tú lo eres más.

Sonreí apoyándome en su brazo y continuamos andando. Lucas me pasó el brazo por encima del hombro y yo entrelacé mi mano con la suya. Cuando estábamos a punto de llegar al conventillo me paré en seco delante de nuestra heladería favorita. Sin querer evitarlo se me escapó una sonrisa recordando la primera vez que vinimos a comprar helado aquí.

—¿Pillamos helado y hacemos maratón de American Horror?

—Vaguear me parece muy acertado antes de que empieces mañana a currar. —afirmó Lucas mientras cogía mi mano para entrar en la heladería.

Dicho y hecho. En menos de quince minutos estábamos entrando en la cocina para coger un par de cucharas y desaparecer tras la puerta de su habitación. Me puse el pijama y me metí en la cama. Lucas hizo lo mismo, salvo por el detalle del pijama; ya que el señorito, si no fuese por los calzoncillos, dormiría como dios lo trajo al mundo. Se acomodó a mi lado apoyándose sobre el respaldo de la cama y cogió la bolsa de la mesita de noche. La abrió y sacó las dos tarrinas de helado junto con las cucharas.

—¿Le doy? —señaló la tele con el mando para darle al play.

—Tardas —contesté mientras me metía la primera cucharada de helado a la boca.

Me encantaba la temporada que habíamos empezado a ver ahora. Brujas, magia negra, Voodoo. No sé porque, pero siempre me había llamado la atención el mundo del ocultismo. Por eso me quedaba absorta en la serie, y Lucas lo notó.

—Algo me dice que esta va a ser una de tus temporadas favoritas.

—Ya lo creo. —confirmé—. Aunque la primera también fue muy buena. Tenía ese algo súper psicológico que te hacía cagarte de miedo más de una vez, por no decir que hacía que me comiese la olla de una manera exagerada con el jueguito que llevaban de quien es quien... —negué divertida—. Puto hombre de látex.

—Era Tate. Lo sabes ¿no? —Me miró divertido.

Sí, claro que lo sabía. ¿O no?...

—Pues claro —afirmé. Achiné los ojos y lo señalé con mi dedo acusador, mientras él continuaba con esa sonrisa suya que tanto me gustaba. —No quiera jugar con mi mente, Sr. Guzmán.

Lucas levantó las manos a modo de rendición para después llevarse una mano al pecho con tal dramatismo que logró hacerme sonreír.

—Jamás se me ocurriría tal cosa, Srta. Agüero. —me guiñó un ojo y rompimos en carcajadas. Cualquiera otra persona en mi situación estaría un poco triste, ya que solo hacía unas horas que me había despedido de mi mejor amiga y de Silvia, y también tenía el corazón blandito por haber estado hablando con mis padres por video llamada, pensando en la distancia y en el próximo reencuentro (que muy a mi pesar no sabía cuando se produciría). Sin embargo, yo no tenía esa añoranza; los echaría de menos, por supuesto, pero mi lugar estaba aquí. Sin saber cómo y sin preguntármelo, Lucas me salvaba de todo eso. De los malos ratos, de tener el corazón como una pasa por echarlos de menos, de todo lo que fuese estar mal en general. Alcé mi rostro y me perdí en la oscuridad de sus ojos, sin evitar la sonrisa que nacía en mis labios a causa de estos pensamientos.

—¿Por qué me miras así? —preguntó con un tono suave.

Ni en un millón de años podría contestar a esa pregunta sin quedarme con la boca seca de tanto hablar, porque no había una sola razón, había tropecientas.

—No sé. Por muchas cosas... —sus rizos se colaron en mi campo de visión y atrapé uno de ellos entre los dedos—. Me gusta compartir tiempo contigo, que seas parte de mi día a día y... bueno, para resumir, que te siento un poquito parte de mí, de la Vega que se está reconstruyendo.

Mientras hablaba no lo miraba, pero lo sentía. Sentía como prestaba atención a cada una de mis palabras, mientras yo seguía jugando con su pelo y sonreía, a la vez que por mi mente pasaban imágenes de muchos momentos que habíamos vivido juntos.

—Tu no te estás reconstruyendo, campanilla.

—¿No? —pregunté desconcertada.

Si no me estaba reconstruyendo, ¿Qué estaba haciendo? ¿Suplantar la identidad de otra persona? Porque no me sentía para nada como me había sentido siempre. Podría decir algo así como: esta descripción no está actualizada.

Cuando Lucas volvió a hablar me centré otra vez en lo que pasaba en la habitación.

—No —confirmó—. Te estás trasformando.

—No te sigo...

Sus ojos oscuros se clavaron sobre los míos.

—Que no te estas reconstruyendo, te estás trasformando. Algo así como lo que les ocurre a las orugas: crecen dentro del capullo mientras poco a poco se van formando, hasta que el capullo se rompe y lo que sale es una mariposa que vuela alto. Libre.

Me quedé mirando a Lucas mientras las últimas palabras de la frase que me acababa de decir revoloteaban por mi cabeza.

—Tienes razón —admití en voz alta—. Si me reconstruyera, volvería a ser la misma persona que hace un tiempo atrás, y créeme que no lo soy.

La sonrisa de Lucas se amplió a la vez que se volvió más tierna.

—Lo sé. Lo he visto en cada paso que dabas, y no sabes lo orgulloso que estoy de ti. —Clavó la cuchara en la tarrina del helado y alzó la mano para acariciarme la cara con mimo. Me estremecí al sentir su tacto—. Eres maravillosa, que nunca nadie te diga lo contrario.

Me besó la frente y cerré los ojos en el acto. Sentía el calor que emanaban sus labios sobre mi piel y la sensación que me recorría el cuerpo era la de estar en casa, sin miedos ni preocupaciones. Lucas era casa.

—Gracias. —disfruté del calor hasta que me aparté para mirarlo a los ojos—. En serio, a veces me pregunto que he hecho para merecerte.

—Simplemente, ser tú.

No hicieron falta palabras, nuestras miradas se conectaron a niveles desconocidos por la

humanidad. Sentí la vibración por todo el cuerpo. Nos olvidamos de los helados y dejamos las cucharas para tumbarnos abrazados, como de costumbre. La necesidad que teníamos el uno del otro emanaba de nuestros cuerpos y se hacía latente en el ambiente. Apoyé la cabeza en su pecho mientras una de sus manos se colaba entre los mechones lacios de mi pelo, y la otra lo hacía por debajo de mi camiseta para acariciarme la barriga. Cerré los ojos al sentir su tacto y me sentí libre. Libre mientras sus dedos se paseaban de arriba a abajo sobre mis costillas y luego viajaban hasta mi vientre; respirando tranquila sin ninguna presión en el pecho. Libre sin cargas en el alma, ni dolores que ya no me pertenecían; escuchando como latía el corazón de Lucas bajo mi sien y haciendo que el mío quisiese latir al compas de este. Libre porque por primera vez no le tenía miedo al amor.

Lucas estiró un brazo para apagar la tele y volvió a regalarme caricias por el vientre mientras nuestras respiraciones se volvían a acompasar la una con la otra. Sonreí sobre su pecho y él lo hizo sobre mi pelo. Empiezo a pensar que no necesito más que esto, ¿O quizá necesite mucho más? Si lo pensaba mucho la respuesta era un sí rotundo, así que me acurruqué un poquito más y me dispuse a dormir.

—Descansa —susurré.

—Descansa, preciosa.

CAPÍTULO 2

Lucas

La alarma de mi teléfono, avisándome de que era hora de salir de la cama para ir al estudio, sonó demasiado fuerte para mis oídos. La aplacé cinco minutos más y me volví a enredar en la pequeña campanilla, que ya se quejaba por haberla dejado sin su estufa personal.

—Mmm... —Se acurrucó más en mi pecho—. ¿Qué pasa si hoy no vas al estudio?

Como pasar, no pasaba nada. Pero Charly ya nos había dicho que el jueves no podíamos faltar por nada del mundo. Se ve que en el festival del otro día un amigo suyo dijo que se pasaría por el estudio a presentarnos a un productor musical que era amigo de su padre. Nos habían dicho cosas así miles de veces y después resultaba que o era mentira, o el lugar en sí era un antro de mala muerte y los que se hacían llamar productores eran más bien “timadores”. Sea como fuere, tenía que ir si no quería acabar sin cabeza; no porque me la arrancase, sino porque tendría que estar escuchando a Charly más de una semana comiéndome el coco.

—Tengo que ir hoy, si o sí. Es jueves y viene un amigo de Charly a presentarnos a un productor amigo de su padre o algo así...

—¡¿JUEVES?! ¡MIERDA! —Se levantó como un resorte de la cama y se metió en el baño.

—¿Qué pasa los jueves? —pregunté desde la cama.

—Ayer me llamó Carol cuando estábamos a punto de salir para el aeropuerto y me olvide de decírtelo.

—¿Y?...

Escuché la cadena del wáter y la vi salir. Tenía el pelo más enmarañado que el mío, las mejillas rosadas y los labios hinchados. Joder. Quería ver la misma imagen todas las putas mañanas del resto de mi vida. Vega saliendo del baño recién levantada después de haber dormido conmigo. Juntos.

—Joder Lucas, a veces eres cortito —resopló mientras rebuscaba ropa suya en mis cajones—.

Pues me llamó para decirme que si en vez del martes de la semana que viene podía empezar mañana, es decir, hoy.

La vi mirar el reloj y entendí por qué iba como una loca. Le tocaba entrar a las nueve y eran las ocho y cuarto de la mañana.

—Me olvidé de decírtelo con todo el jaleo de la mañana con Gabi y Sil —dijo antes de meterse de nuevo en el baño.

Mientras Vega terminaba de ducharse decidí que ya era hora de salir de la cama y adecentarme un poco. Como mi ducha estaba ocupada, tendrí que ducharme cuando volviese del estudio. Saqué una camiseta de manga larga gris y una chaqueta vaquera negra y las tiré encima de la cama. Le siguieron unos pantalones pitillo negros rotos (cabe destacar que no sé ni los años que tienen), calzoncillos y un par de calcetines. Me vestí antes de que Vega saliese de la ducha, y me calcé unas botas negras.

Vega no tardó mucho en salir del baño. Cogimos las cosas y salimos por patas, ya que le quedaban veinte minutos para entrar y había que caminar unos diez.

—No me ha dado tiempo a tomarme ni un café —se quejó mientras caminábamos.

—Quizá tengan alguna cafetera en el curro.

—Ojalá. Pff... estoy nerviosa.

No tenia por qué. Pero me hizo gracia ver como movía los dedos pellizcando la manga del jersey que llevaba. Pobre jersey, tuve que hacer algo por él. Atrapé sus dedos entre los míos y la miré.

—No tienes por qué, y lo sabes —recalqué lo último—. Hiciste la prueba genial y por eso te cogieron. Es un curro normal y corriente, no te rayes más.

Sus ojos profundizaron en los míos y sus pies se elevaron, igual que las comisuras de su boca, para ponerse a mi altura y besarme la mejilla.

—Cierto. —intensificó la sonrisa—. Gracias por recordármelo.

—De nada, señorita.

Le guiñé un ojo y continuamos andando. No tardamos mucho en llegar a la tienda. Me gustaba la sensación, que me inundaba el cuerpo ahora mismo, de ser su calma y su puerto seguro. Me gustaba ser donde acude cuando flaquea, solo a reponer fuerzas y recordar que ella puede con todo. La miré de reojo mientras caminaba mirando al frente, ajena a mis pensamientos. Ajena a lo mucho que deseaba pararme en seco, cogerla por la cintura y besarla.

Besarla hasta fundirme con ella para el resto de mis días.

CAPÍTULO 3

Vega

Me despedí de Lucas antes de entrar por la puerta para enfrentarme a mi primer día de trabajo, que ya me traía de los nervios. Aunque me hubiese despertado su alarma, porque yo no me había acordado ni de ponerla, solo me había dado tiempo a ducharme, arreglarme y llegar diez minutos antes de las nueve, que era mi hora de entrada. Eso sí, de cafeína nada, así que rezaba porque hubiese una cafetera ni que fuese en la trastienda. Caminé por la tienda hasta que encontré a Carol detrás de la caja de cobro.

—Buenos días, Carol —la saludé—. Siento no haber llegado un poco antes, sé que el primer día es necesario. Disculpa.

—Has llegado perfecta. —sonrió amablemente—. Vamos, voy a presentarte al resto, que están

tomándose el café antes de empezar a currar.

Di las gracias muchas veces, hacia mis adentros, por encontrar un poco de cafeína para que ingiriera mi cuerpo y empezase a funcionar en condiciones, antes de seguir a Carol a través del pasillo.

Llegamos a una especie de sala donde había tres chicas y dos chicos sentados en una mesa redonda, hablando de temas triviales. Toda la atención recayó en mí en cuanto Carol abrió la boca para presentarme.

—Chicos, esta es Vega, la compañera nueva que os comenté.

Carol señaló al primero de la mesa y pasó por cada uno para decirme sus nombres.

—Ellos son Pablo y Ramiro.

—Rama para los amigos. —El moreno me guiñó un ojo y le devolví una sonrisa amable antes de que Carol continuase la presentación.

—Y ellas son Cris, Lola y María

—Encantada, chicos.

Cuando terminamos de presentarnos, con toda la vergüenza del mundo, me acerqué a la máquina de café para sacar uno. Metí el dinero y esperé, mirando concentrada el líquido que salía.

—¡Bueno! —Carol dio una palmada—. A espabilarse que hay que empezar a currar. Abrimos en cinco minutos.

Todos se pusieron en marcha y, si no recuerdo mal, Lola se acercó para hablarme.

—Te toca la sección de ropa interior conmigo, linda.

—Vale. —Me bebí el café de un trago. Ni lucifer se atrevió a tanto—. ¡Lista!

—¿Tienes la lengua de esparto o qué?

Ambas reímos mientras salíamos de la salita y nos adentrábamos entre las prendas de ropa. Algo me decía que Lola y yo íbamos a ser buenas amigas.

—Soy prima de Lucifer. —Alcé las cejas y reí.

Ella lo hizo conmigo. Me sorprendí a mi misma con la soltura de mi respuesta y lo bien que me desenvolví con alguien que no conocía de nada. Ahora podía mirar hacia atrás y ver lo que había dejado por el camino. Las malas caras. Los prejuicios. Los miedos. Las emociones que no eran mías, esas que no me pertenecían y aun así abrazaba como propias. Sonreí con orgullo por todo lo que había conseguido. Porque cada paso de los que daba me hacían sentirme más segura conmigo misma. Avanzaba mientras vivía y eso era lo que más me gustaba.

—Aquí es, obvio ¿no? —señaló la lencería que colgaba de las perchas—. No hay que hacer mucha cosa, solo colocar lo que no esté en su sitio y atender a cualquier cliente que necesite ayuda.

—Lo típico de una tienda.

—Exacto. —Lola me guiñó un ojo—. Hoy me quedaré en la sección de ropa interior de hombre que ya la tengo por mano, así tú te haces con esta, aunque ser mujer... ¡te facilita la tarea! —forcé una sonrisa mientras ella se marchaba riendo al otro extremo de la sección de ropa interior. Si ella supiera que no me ponía lencería de esta hace... no sé cuánto. De repente, una sensación encontrada se instaló en mi estómago al imaginarme con un conjunto de estos. Paseé mis dedos por las finas y suaves telas mientras colocaba las prendas de una de las cajas que había en el suelo. De mi boca tiró una sonrisa y, aunque no tuviese a quien enseñarle el conjunto, lo aparté a un lado para pagarlo y llevármelo luego. Era completamente de encaje rojo. Y ahora que lo pensaba... quizá sí que tuviese a quien enseñárselo.

El resto de la mañana se me pasó rápido entre colgar y doblar prendas. El chico que se presentó como “Rama” esta mañana se pasó por mi sección a decirme que tenían una tradición entre ellos

con los nuevos y que esta tarde cuando cerrásemos no hiciese planes. Miedo me daba. Pero asentí con una sonrisa y me aseguré, antes de irme a comer con Lucas, de enterarme de cual era esa tradición que tenían.

Entré en la sala para coger mi mini mochila de cuero y, de paso, hacer de detective. Me encontré con Lola y Cris sentadas rellenando unos papeles.

—¿No salís a comer? —pregunté mientras cogía mis cosas.

—Tenemos que terminar el inventario antes, pero nada, nos quedan menos de cinco minutos —contestó Cris antes de levantar la vista hacia mí—. Ya te han dicho lo de la tradición, ¿no? ¡Bingo!. Hemos llegado a lo que quería. Tampoco ha sido tan difícil.

—Algo me ha dicho... ¿Rama?

—Sí —intervino Lola—. Lo llamamos así porque Ramiro es larguísimo, a parte de feo.

Las dos rieron a pierna suelta, yo lo hice de una manera sutil, no era quien para reírme del nombre de nadie, pero sí, la verdad es que el nombre era horrible. Por lo menos el diminutivo era curioso. Molaba.

—Consiste en beber chupitos, cuya cantidad varía dependiendo del número del día que empezaste a currar con nosotros. —Cris se giró y miró el calendario—. Estás de suerte, estamos a día cinco.

Menos mal que no era veintiocho. ¿Qué hacían los que empezaban esos días? Pobrecito el hígado de esos chicos. Pero bueno, podría decir lo mismo del hígado de mi amiga Gabi. Ahora que ya había averiguado lo que quería, colgué la mochila de mi hombro y me despedí de ellas.

—Sí— contesté a Cris—. Bueno, chicas. Nos vemos luego.

Abrí la puerta y salí de la sala. Caminé por la tienda y a pocos pasos me topé con unos ojos oscuros que me miraban divertidos y ansiosos a la vez. Mi rubio favorito me esperaba apoyado sobre el capó de un coche que estaba aparcado en la acera frente a la puerta de cristal de la tienda.

—Hola, chico guapo —dije mientras llegaba hasta él.

—Hola, preciosa campanilla. —Besó mi mejilla. Yo sonreí a la vez que cerré los ojos mientras lo hacía.

Habían pasado cinco horas de mierda, pero joder, como lo había echado de menos. Nos separamos y abrí la boca para hablar:

—¿Cómo ha ido? —pregunté recordando lo que me había contado esta mañana sobre el amigo de Charly.

La felicidad en la cara de Lucas ya me decía que había ido de maravilla, pero la respuesta me lo confirmó.

—¡Vas a flipar!

Sonrió de oreja a oreja y enlazó sus dedos con los míos al comenzar a caminar. En el estómago se me arremolinaron los mismos nervios de siempre. Esos que solo provocaba Lucas. Era un gesto lleno de cariño que decía mucho de nosotros y que nos salía natural. Como si llevásemos toda la vida haciéndolo.

CAPÍTULO 4

Lucas

Estábamos terminando el postre cuando Vega me terminaba de contar como le había ido el primer día de trabajo. Sabía que las chicas que trabajaban con Carol eran majas, pero me ha

recalcado que la tal Lola es muy divertida y amigable y que le ha caído muy bien de primeras. Me encantaba verla explicándose todo con pelos y señales, mientras hacía mil gestos de los suyos como cuando explicaba algo normal y corriente y te lo hacía ver extraordinario. Estaba contenta y segura. Después de todo lo que había pasado, verla así de risueña y feliz hacía que mi corazón se hinchase, como un globo, de orgullo, felicidad, amor y todas las cosas buenas habidas y por haber. Esto me hacía saber que el camino que habíamos recorrido durante este tiempo había sido el correcto.

—En serio, son todos geniales —dijo mientras se llevaba un trozo de tarta de queso a la boca—. ¿Y tú qué? Cuéntame como ha ido lo del amigo de Charly —pidió.

—Agárrate a la silla... —Abrió los ojos sorprendida, y sonrió mientras se inclinaba sobre la mesa para prestarme toda la atención posible—. Esta mañana ha venido el colega de Charly con su padre para vernos tocar. —comencé a explicarle—. El productor es amigo del padre del chaval este que te digo. La cuestión es que ha dicho que le había gustado mucho como habíamos tocado y que teníamos mucho talento. —Vega asintió en acuerdo con lo que estaba diciendo y yo sonreí—. Nos ha dicho que esta tarde se pasará con el productor y que, si le gustamos, intentará convencerlo para que nos apunte a un festival que hacen en París de aquí a dos fines de semana —La emoción se notaba en mi voz y también en la cara de Vega, que me miraba con los ojos llenos de la misma ilusión que me había invadido a mí esta mañana.

—¡¿París?! —Sus manos atraparon las mías—. ¡Eso es genial! Es una oportunidad muy buena Lucas, te lo mereces. Todos os lo merecéis.

—Gracias. —Llevé sus manos hasta mis labios y las besé antes de soltarnos—. Deséame suerte esta tarde —pedí mientras nos levantábamos de la mesa.

—No la necesitas. —Su beso llegó cálido a mejilla—. Eres el mejor. Le sonreí antes de devolverle el beso. Entrelazamos nuestras manos como de costumbre y nos encaminamos hasta la salida. Habíamos entrado en pleno agosto y el frío era cortante. Pasé mi brazo por los hombros de Vega para darle calor. El frío y ella no casaban muy bien, sino que se lo digan a su habitación que, en invierno, parecía el puto caribe de lo fuerte que ponía la calefacción. Quedaba media hora para que su tiempo de comer acabase, así que me paré y le pregunté si le apetecía un café caliente antes de volver a entrar a currar. No sé ni para qué pregunté.

—Sí —respondió con una sonrisa tierna y los mofletes hinchados.

Se la devolví y nos adentramos en la primera cafetería que vimos a pillar dos cafés para llevar. No tardaron mucho en servirnoslos, cogí la bolsa, pagué y nos fuimos. Nos sentamos en uno de los bancos que estaban en frente de la tienda de Carol y sentí la vibración del móvil dentro de mi bolsillo. Lo saqué y contesté:

—Dime hermano.

—Móntatelo como quieras pero tienes que estar aquí en quince minutos campeón. —Noté el nerviosismo en la voz de Tato al otro lado de la línea—. El colega de Charly ha llamado y ha dicho que estarán aquí en veinte minutos, así que... ¡vuela!

—¡Mierda! —me quejé—. Tardo diez. Hasta ahora.

Me levanté del banco como un resorte y Vega hizo lo mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Te acuerdas que antes te había dicho que el productor vendría por la tarde ¿no? —asintió—. Pues la tarde para él son las tres, porque tarda quince minutos en llegar al estudio.

—Será ingles —bromeó—. Va, vete ya, que sino no vas a llegar.

—Sí. —La besé en la mejilla—. Nos vemos esta noche, preciosa.

Me encantaba ver como se le encendían las mejillas cuando le decía aquel calificativo, que más que hacerle justicia, se le quedaba corto. De su boca tiró una sonrisa tímida y, sin previo aviso, sus talones se despegaron del suelo para ponerse de puntillas y chocar sus labios contra los míos. Sentí como el estómago me daba un vuelco, subía, bajaba y daba quinientas mil volteretas. Nos separamos y me gustó ver que Vega sonreía, igual que yo. Eran sonrisas que no se pueden esconder, se escapan, incontrolables, cargadas de amor e ilusión.

—Mucha suerte. Nos vemos luego. —Giró sobre sus talones y se fue.

Me quedé varios segundos parado en medio de la acera viendo como Vega caminaba. Sintiendo, aún, el sabor de sus labios sobre los míos. Viendo como las ondas en la punta de su pelo se movían al compas de sus pasos. El pecho se me llenó de una sensación de plenitud que no había sentido nunca. En pocos meses haría dos años desde aquel día que la conocí en el conventillo; si echaba la vista atrás, podía ver todo lo que ella sola había conseguido, y lo que habíamos conseguido juntos. Podía ver nuestro comienzo y no visualizaba el final. No quería final. Solo que todo fuera a más. Que no parase nunca.

Cuando entré por la puerta, los chicos ya tenían todo preparado para empezar a tocar en cuanto llegase el productor en cuestión. Solo faltaba yo.

—Va, tío. —Enzo me metió prisa—. Prepara las cosas ¡venga!

Me puse a ello y en cero coma tenía la guitarra preparada, el pinganillo puesto y unas ganas infinitas de tocar. Estaba que me subía por las paredes, no sé si por tocar en un festival como el de París, o por el beso de la preciosa campanilla. No nos engañemos, era por lo segundo. Una electricidad me recorrió el cuerpo al recordar los besos que habían tenido lugar entre nosotros. La campana que había sobre el quicio de la puerta nos informó de que ya estaban aquí. Por la puerta entró el padre del amigo de Charly, seguido de un hombre de unos cuarenta y largos, ojos marrones, calvo y con perilla. Avanzaron hasta Charly y se dieron la mano para presentarse. Después nos presentó al resto, uno por uno.

—Él es Enzo, el bajista. Tato, el batería. Moe, piano. Y Lucas, el guitarrista. —Me tendió la mano y se la estreché. Charly volvió a hablar—. Y yo, que soy el cantante.

—Encantado de conoceros chicos. —Parecía majó—. Bueno, enseñadme lo que sabéis hacer —pidió.

Nos miramos entre los del grupo y nos pusimos manos a la obra. Cada uno se colocó en el lugar que ocupaba en el escenario, preparados para dar lo mejor de nosotros. Charly se giró hacia mí.

—Some say —me dijo el nombre de la canción.

—La has clavado —le dije a mi amigo por la elección que había hecho. Miré a Tato—Dame la entrada, hermano —pedí.

Y eso hizo. Un. Dos. Tres. Despegué. Toqué los primeros acordes y a su vez se me unió la voz de Charly.

Some say we're never meant to grow up I'm sure they never knew enough I know the pressures won't go away It's too late

*Find out we're different somehow It's too late to even have faith Don't think things will ever change You must be dreaming
Think before you make up your mind You don't seem to realize I can do this on my own And if I fall, I'll take it all It's so easy after all
Believe me, 'cause now's the time to try Don't wait, the chance will pass you by Time's up to figure it out, you can't say It's too late
Seems like everything we knew Turned out, were never even true Don't trust, things will never change You must be dreaming (dreaming) Think before you make up your mind You don't seem to realize I can do this on my own And if I fall, I'll take it all It's so easy after all
Some say we're better off without Knowing what life is all about I'm sure they'll never realize the way It's too late
Somehow, it's different every day In some ways, it never fades away Seems like it's never gonna change I must be dreaming (dreaming, dreaming) Think before you make up your mind You don't seem to realize
I can do this on my own
Think before you make up your mind You don't seem to realize
I can do this on my own
And if I fall, I'll take it all It's so easy after all
Believe me, it's alright
It's so easy after all
Believe me, it's alright
It's so easy after all...*

Cuando volví a abrir los ojos, las gotas de sudor se colaban por mis pestañas y mi pecho subía y bajaba agitado. Unos aplausos fuertes y pronunciados vinieron de Mateo (así se llamaba el productor), que tenía una sonrisa de oreja a oreja y los ojos abiertos de par en par.

—¡Madre mía, chicos! —dijo mientras avanzaba hacia nosotros—. En serio, hacía tiempo que no veía tanto talento junto —negó con la cabeza mientras se pasaba la mano por la cara, aún flipando. Respiré orgulloso por nosotros—. Tened claro que sí, que nos vemos de aquí a dos semanas en París.

Todos nos quedamos a cuadros. No nos lo podíamos creer. A Enzo se le fue la olla y comenzó a gritar. Entre todos lo calmamos como pudimos, no fuera a espantar a nuestra gallina de los huevos de oro antes de que los pusiese. Y no hablo por temas de dinero, sino porque este es nuestro puto sueño. No me refiero a tocar en París, no. Me refiero a avanzar, cada día un poquito más, hasta que nos conozcan en la china.

—No sé si decirle a vuestro colega que el viaje es a gastos pagos y que podéis llevar un acompañante por integrante del grupo, está casi al borde del infarto —bromeó Mateo. En efecto, era buen tío—. Los promotores que organizan el evento, junto con la compañía, son los que corren con los gastos de alojamiento y desplazamiento durante el fin de semana que dura el festival.

—¡Que puta pasada...! —murmuré.

—Lo es —contestó el productor a mi lado y luego habló para todos—. Cuando volváis de París tengo planes para vosotros, chicos. Ya hablaremos.

—Te pasaré todos nuestros datos por correo —dijo Charly.

—Sí, genial, cuanto antes mejor —contestó—. Así puedo dejarlo todo atado y mandaros los pasajes con tiempo, que solo nos quedan dos semanas.

—Perfecto.

—Quedamos así, chicos. —Nos dio la mano uno por uno—. Ha sido un placer conoceros. Nos vemos pronto.

Nos despedimos de Mateo y del padre del amigo de Charly, que no había dicho nada en ningún momento. Era un hombre muy serio. Cuando salieron por la puerta se acabó toda seriedad. Si nos hubiesen visto en ese momento, nos hubiesen encerrado en un puto manicomio.

—¡¡NOS VAMOS A PARÍÍÍSSS!!! —Enzo se quitó la camiseta y empezó a volarla mientras saltaba.

Todos nos unimos a él.

El estudio se llenó de la felicidad que nos producía el empezar a sacar sueños de la cajita en la que los teníamos encerrados, para empezar a cumplirlos. Después de un buen rato cantando, bailando y festejando como niños pequeños, nos tiramos en los sofás que había en el estudio para asimilar la locura que nos acababa de pasar. También de todo lo bueno que nos esperaba.

—Esto es una locura chavales... —dije revolviéndome el pelo—. Una locura que esperábamos hace años...

—Ni que lo digas, aún estoy flipando —dijo Charly—. Cuando me llamó mi colega, diciéndome que su padre tenía un amigo que quizá podría estar interesado en nosotros, no pensé que la cosa iba a salir tan bien —confesó.

—Y el viaje con todo pagado, ¿Qué? —Ahora habló Moe—. ¡Como si fuésemos putas estrellas de rock señores!

—Lo somos, lo que pasa es que aún no lo saben —dije riendo.

—Amén, hermano —Enzo dio un golpe de cabeza—. Cuando se lo cuente a Romi va a flipar. A ver, mis solterones de tres patas... ¿A quién vais a llevar vosotros?

Enzo siendo Enzo.

—La semana pasada conocí a una pelirroja a la que no le va a importar perderse entre las sábanas de la cama de un hotel en París conmigo —dijo Tato.

—¿Qué fetiche tienes con las pelirrojas amigo? —preguntó Moe, sabiendo que nuestro amigo solo se fijaba en las chicas de pelo cobrizo y pecas por doquier.

—Yo por lo menos tengo a quien invitar ¿Tú a quien vas a llevar? ¿a tu gato?

Intervine para poner un poco de paz entre estos dos, que siempre estaban como el perro y el gato, antes de que se tirasen algún trasto a la cabeza.

—Eh, eh, eh... no empecéis —pedí.

—¿Y tú? —Charly me señaló con un golpe de cabeza—. Aunque ya me lo puedo imaginar.

Como ya sabréis, no tuve que pensar con quien quería recorrer las calles de París.

Sí, solo podría ser con la preciosa campanilla.

—A Vega —confirmé lo que ya sabían todos.

—Lo que no entiendo es por qué no lo hacéis oficial de una puta vez. —Mi mejor amigo intervino—. No podéis más con las ganas que os tenéis, a veces pienso que sois gilipollas...

—Opino igual...

—Yo me sumo.

Al parecer, mis amigos no entendían que no había etiqueta posible que describiese lo que teníamos Vega y yo, por eso no nos habíamos dedicado a buscar ninguna. Por eso, y porque aún estábamos haciendo el trasbordo desde el vagón de la amistad incondicional, al del amor eterno.

—Todo a su tiempo. —Mi voz salió tranquila mientras me ponía en pie—. Levantad el culo, solo nos quedan dos semanas para arrasar París. —Me pasé la banda de la guitarra por la cabeza y me la colgué—. Venga ¡a currar!

Todos me siguieron hasta el escenario y nos pusimos manos a la obra. Las pulsaciones se me dispararon y la vi al cerrar los ojos. Ahora no solo subía a las nubes y me quedaba ahí, perdido, mientras tocaba. No, ahora también me llevaba a Vega conmigo. En mi retina. En mi mente. En mi corazón.

Galopaba por mi sangre junto con las notas que arrancaban mis dedos de la guitarra.

CAPÍTULO 5

Vega

No hacía más que mirar el reloj que colgaba de una de las columnas de mi sección, contando los minutos para que mi jornada laboral llegase a su fin. Sabía que me querían hacer beber no sé cuantos chupitos porque era tradición en el primer día de curro de cualquiera que empezara nuevo. Carol decía que era para afianzar las relaciones con los compañeros; ya que si todos nos llevábamos bien y nos conocíamos un poco, el trabajo se hacía más ameno. No estaba nerviosa por eso, al contrario, los chupitos me ayudarían a calmar los nervios hasta llegar a casa y que Lucas me contase como había ido lo del productor con pelos y señales. A media tarde me había enviado un mensaje contándome que la banda lo había petado y que tenía una súper sorpresa. Terminó de pasar el cuarto de hora que quedaba para cerrar y nos fuimos a un bar que estaba en la esquina de la calle. Entramos en el bar y nos sentamos en una de las mesas del fondo. Yo lo hice entre Carol y Rama.

—¡Chicos! —Carol llamó la atención de mis compañeros y después se dirigió a mí—. Eres una chica con suerte, Vega.

Sabía que hablaba haciendo referencia al día en el que estábamos y la cantidad de chupitos que me iba a beber.

—Me lo ha comentado antes Cris —reí y todos se unieron.

—Pues entonces, todo dicho. —Levantó la mano y llamo al camarero—. ¿Siete por cinco? —preguntó.

—Chica —habló Lola—, tú eres la jefa; si no lo sabes tú que eres la que echa las cuentas para pagarnos a fin de mes...

Me las quedé mirando, dándome cuenta de que había perdido el hilo de la conversación.

—¿Treinta y cinco chupitos? —Me tendrían que recoger en ambulancia y hacerme un lavado de estómago.

No sé si me había puesto blanca pensando en el chungo que me iba a dar si me bebía semejante cantidad de alcohol, o porque, por un segundo, un chico, que de espaldas se parecía mucho a Lucas, cogía a una tía por el culo y la atraía hacia sí para besarla.

—Tranquila, mujer. —Rama apoyó su mano en mi hombro—. Somos buenos compañeros de trabajo, son cinco para cada uno. —Me guiñó un ojo—. Dile a tu hígado que no se preocupe. Solté una carcajada por quedar bien, pero la verdad era que estaba en otro mundo. En otro planeta. Estaba pensando en como en una fracción de segundo mi mundo se había tambaleado entero, solo de pensar que Lucas podría estar con otra mujer. Mirarla. Abrazarla. Tocarla. Besarla...

No, no y no. Quizá la idea de ir poco a poco estaba bien, pero ya no bastaban los pasos de tortuga. Me abordó un miedo atroz a que Lucas se cansase de mis tiempos y de mis locuras, a que decidiese que la espera se estaba tornando demasiado larga para cualquier mortal que no fuese de piedra, y tuve que tragar saliva para continuar hablando.

—Es un alivio —contesté refiriéndome a mi hígado.

Pedimos los treinta y cinco chupitos y el camarero que nos los trajo, que por cierto, no tardó ni dos minutos en presentarse con la bandeja llena de ellos, nos miró con cara de pertenecer a alcohólicos anónimos.

Lola se inclinó sobre la mesa, para coger sus cinco vasos de chupito y empezar a colocarlos en fila. Me la quedé mirando sin entender el por qué. Lola habló para resolver mi duda:

—Los ponemos en fila para beberlos todos de golpe. Sin parar —me informó.

—Aquí olvídate del arriba, abajo y del centro... —Carol levantó su vaso y me lo enseñó—. Aquí solo cuenta el pa' dentro —dijo antes de vaciar el vaso y emitir un gruñido por el líquido abrasador que se deslizaba por su garganta.

Todos hicieron lo mismo y yo los imité. Con el último chupito la cabeza me daba vueltas.

Golpeé el culo del vaso, ya vacío, sobre la madera de la mesa, mientras las ganas de irme hacían que me removiera en mi silla. Mis compañeros eran todos muy majos y buena gente, pero mi mente no estaba aquí, con ellos; estaba en un tejado, comiendo helado, con un chico rubio contándome qué tan bien le había ido la prueba y cual era esa “súper sorpresa”. Tenía mil días para irme de copas con los compañeros del trabajo, pero solo un día, hoy, para estar con Lucas y disfrutar de su triunfo.

Como si lo hubiese llamado con el pensamiento, sentí mi móvil vibrar en el bolsillo. Descolgué y contesté:

—Dígamelo.

—Te lo digo. —La voz de Lucas se escuchó divertida a través de la línea—. He pillado helados, los he dejado abajo en la nevera, detrás de las berenjenas al escabeche, como siempre...

—No me digas... —Puse cara de disgusto y conseguí lo que necesitaba. Que me mirasen como si hubiera pasado algo—. Pero ¿está bien?

—Pero ¡qué dices?! —Lucas rio y yo tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no reír también. Primero por el papelón, y segundo por escuchar su risa—. Lo que estaría bien es que cuando llegues, te pases por la cocina, los cojas y subas a la habitación.

—Vale, salgo ya mismo para allí y nos vamos al médico. —Arrastré la silla y, mientras me levantaba, me aparté el móvil de la oreja para dirigirme a mis compañeros, que me miraban expectantes. Joder, iba para actriz; me hubiesen dado todos los Oscars—. Chicos... —Puse cara de pena—. Me sabe fatal, pero... Una abuelita del conventillo se ha caído y me necesitan.

¿En serio? ¿Una abuelita del conventillo se ha caído y me necesitan? Por favor... Va a ser verdad eso que dice Lucas de que mis excusas, cuando quiero desaparecer, son una mierda. Algunos de mis compañeros pusieron cara de pena y otros de preocupación. Todos menos Lola que, sonriente, alzó una ceja y la bajó al instante sin decir nada y diciéndolo todo. Me había pillado. Ya sabía yo que nos íbamos a llevar bien.

—Un segundo. —Me aparté el móvil de la oreja, otra vez, para volver a disculparme con mis compañeros—. De verdad que lo siento mucho...

—No te preocupes, reina —dijo Carol—. Ve, tranquila —asentí con la cabeza y le dediqué una mirada de agradecimiento.

Me despedí de todos uno por uno y me colgué la mochila antes de volver a poner la silla en su sitio y empezar a andar camino al conventillo. La respiración de Lucas a través de la línea me

dejó colgada un momento. Escuchándolo respirar tranquilo. Esperándome. Me brotó una sonrisa antes de volver a hablar:

—Estas flipando, ¿no? —pregunté en voz baja.

—Un poco. ¿Has dicho que se ha caído mi abuela? —Las carcajadas de Lucas llegaron a mis oídos igual que la voz de Lola.

—Esta no la doy por válida, eh... —Giré sobre mis talones y vi como su comisura se elevó—. Habrá que repetir.

—Lo daba por hecho, Lola. —Le guiñé un ojo, los saludé a todos con la mano antes de girar sobre mí misma y volví a mi conversación con Lucas—. ¿Qué decías...? ¡Ah sí, lo de tu abuela!

—Me respondí a mi misma—. No he dicho tu abuela, he dicho una abuelita del conventillo... —expliqué.

—¿Tan mala era la tradición esa que decían? —rio.

No era la tradición, era él. Y los chupitos, que me hacían echarle más de menos. A su calor. A sus caricias.

—No —contesté y sonreí.

—¿Entonces?

—Quería volver contigo. —Una emoción se arremolino en mi vientre—. Te echaba de menos. Me mordí el labio, inconscientemente, cuando lo escuché respirar y esperé una respuesta.

—¿Cuánto tardas? —preguntó.

Esperaba una respuesta, no una pregunta, y menos esa. Le acababa de decir que lo echaba de menos y me contestaba esto. Genial. Un pensamiento efímero se cruzó por mi mente, el mismo que hacía unas horas. El pensamiento de que ir a pasos de tortuga iban a cansar a Lucas.

—No sé, quince minutos mas o menos, ¿por? —Volví a morderme el labio. Ahora por nervios.

—Porque te pienso comer a besos. —No solo mi estómago dio un vuelco, lo di yo entera—.

Tengo un notición alucinante, campanilla. Uno que llevamos esperando mucho tiempo.

Llevamos. Sabía que lo decía en plural porque estaba hablando de la banda; sin embargo, también sentí que formaba parte de esa palabra en plural.

—Tardo diez —contesté recordando la llamada que había recibido al medio día antes de marcharse y sonreí.

—Tienes una memoria increíble. —La línea se quedó en silencio y yo, con una sonrisa tonta pintada en los labios—. Tú eres increíble. —Lo escuché tragar saliva e hice lo mismo antes de contestar.

—Sí. —Adiós pasos de tortuga—. Y juntos, siento que somos imparables.

Adiós pasos de tortuga y adiós a todo. Con Lucas no tenía miedos, tenía necesidad. Una necesidad voraz que avanzaba a pasos agigantados, y yo quería consumirme con ella de una vez. Quería ser. Quería ser con Lucas.

—Porque lo somos —contestó—. Mientras hablábamos he bajado a la cocina a por los helados, te he ahorrado un viaje.

—Gracias caballero —contesté divertida.

—Ha sido un placer.

—Te veo ahora... —Me paré en seco y sus comisuras se elevaron.

Sí, las suyas. Las de Lucas.

—Yo ya te estoy viendo. —Apareció esa sonrisa canalla que tanto me gustaba.

Sin colgar el móvil corrí hasta él y me enganché como una garrapata. Después de un largo abrazo, me separé de él y pegué mi frente a la suya, para saludarlo como nos merecíamos.

—Hola. —Nuestras miradas se encontraron—. Veo que tú también me has echado de menos. —

No lo pensé dos veces, porque no tuve que pensarlo ni siquiera una. Pegué mis labios a los de Lucas suavemente y lo besé.

Un beso lento. Muy lento. Y de amor. Mucho amor.

—Ya es hora de que empecemos a saludarnos en condiciones —expuse mi pensamiento con una sonrisa y él me respondió con otra—. ¿No?

—Estaba deseando escucharte decir algo así.

Sentí como mis pupilas se dilataban y vi como las suyas lo hacían antes de que nuestros labios volvieran a unirse.

CAPÍTULO 6

Lucas

La vi salir del baño con la toalla enroscada en el pelo, como era costumbre en ella, y las mejillas sonrosadas por el agua caliente de la ducha. Las piernas de Vega se contoneaban de una manera espectacular mientras avanzaba hacia mí; y sí, era invierno, pero ahora mi habitación no distaba mucho de la suya, si no fuese por la decoración, porque parecía el caribe con la calefacción a tope. Por eso, a modo de pijama, llevaba unos pantalones cortos de algodón blanco y una camiseta de tirantes finos del mismo color, la cual se transparentaba dejándome ver que no llevaba sujetador; lo que me obligó a tragar saliva. Me apoyé contra el cabecero de la cama y le tendí la mano, cuando llegó al borde de esta, para que se acomodase entre mis rodillas flexionadas.

—Ven —Se sentó junto a mí y vibré entero. Joder. Me centré en mirarla a los ojos—. Atenta a lo que te voy a contar porque me da a mí que te vas a poner a dar saltos de alegría —anuncié. Se pegó más a mí, prestándome toda la atención y le robé un beso rápido antes de volver a hablar—: El productor ha flipado con nosotros, en dos semanas nos vamos a París a tocar en el Eiffel Festival.

—¿Qué?! ¿París?! —Abrió tanto la boca que la mandíbula casi le llega al suelo—. ¡Eso es increíble, Lucas!

—Lo es —Ahora venía lo verdaderamente flipante—. Pero... ¿quieres saber la mejor parte? —La emoción se sentía en mis palabras y ella me instó con la mirada a continuar—. El viaje lo pagan los promotores encargados de la organización del evento y... podemos llevar a un acompañante por integrante de la banda.

No hacía falta decir que, por supuesto, sería ella la que iba a venir a París conmigo, ¿Quién sino? Aun así, a sabiendas de la respuesta que iba a darle, preguntó con la misma sonrisa con la que salió de la ducha. Inocente y provocativa a partes iguales.

—¿A quién vas a llevar? —aleteó las pestañas, consciente del efecto que iba a provocar en mí.

—A ti, preciosa. —Continué hablando según las palabras aparecían en mi cabeza—. A ti te llevaría hasta el fin del mundo.

La respuesta de Vega fue pegar sus labios a los míos. Os juro que de todas las respuestas que me había imaginado ninguna se comparaba con esta ni de lejos. Ya no había barreras ni puertas cerradas. Solo Vega y yo queriéndonos a más no poder. Intensifiqué el beso colocando una mano

en su nuca y la otra en su cintura. Nuestras lenguas se rozaban saboreándose. Sus dedos se colaron por mis mechones, sus dientes se apoderaron de mi labio inferior y de mi boca se escapó un gruñido.

—¿Qué te pasa, chico guapo? —sonrió sobre mi boca. Ahora fui yo el que atrapó su labio inferior de la manera más canalla posible.

—Que como sigas así no voy a poder reprimir las ganas que tengo de comerte entera, Vega. — Su respiración se volvió más agitada a la vez que se mordía su propio labio.

Se acercó a mi boca para susurrar sobre ella:

—¿Por qué las tienes que reprimir? —preguntó mientras me lamía los labios, lo cual me excitaba a niveles extremos—. Yo ya no quiero reprimir nada más. Te necesito. Necesito sentirte, Lucas. A ver como le explicaba esto ahora...

—Campanilla —Tomé su rostro entre mis manos—, han pasado dos años desde que nos conocimos hasta este preciso instante...

—¿Y...? —Me cortó sin entender nada de lo que le estaba diciendo.

—Que quiero que sea especial...

—¿El qué? ¿Acostarnos? No somos niños... —Me volvió a cortar.

La cosa no iba de si éramos niños o no. No tienes que ser un niño para que tu primera vez con alguien sea especial; de hecho, creo que por esto último mueren muchas relaciones, porque pierden esa magia, esa ilusión. Quería preparar la noche que nos merecíamos, y no sé si es porque todos los astros se alinearon este mismo día, o que el universo ya no quería retrasar lo inevitable, pero me di cuenta de que el fin de semana en París era perfecto. Perfecto para hacer de nuestra primera noche juntos la mejor de todas. Se lo iba a decir bien claro para que lo entendiese, así que me separé de su boca y me acerqué a su oído para susurrarle muy de cerca.

—La noche que hagamos el amor —sentí su cuerpo estremecerse junto al mío con las primeras palabras—, quiero que sea especial. Así que... esta noche no va a ser. Podemos esperar dos semanas si hemos esperado dos años, ¿no crees?

Indirectamente le dije dónde iba a tener lugar nuestra noche tan esperada. Cuando volví a mirarla sus mejillas estaban sonrosadas, su boca sonriente y su ceño fruncido. Su expresión me causó gracia. Deseaba enfadarse por tener que esperar, pero no podía hacerlo, y aquello me dio una muy buena idea o una muy mala, dependiendo de si íbamos a aguantar el juego que tenía en mente.

—Dos semanas son mucho... —protestó como una niña pequeña mientras jugaba con la cadena que colgaba de mi cuello.

—Dos semanas pasan rápido si sabes como matar el tiempo. —sonreí. Mi respuesta provocó una pregunta que estaba deseando escuchar.

—¿Se te ocurre alguna idea? —Si no me mataba con el tonto que llevábamos lo iba a hacer su aleteo angelical de pestañas.

—Se me ocurren muchas y pienso llevarlas a cabo todas. —La tomé por la cintura y antes de que se diera cuenta la tenía debajo de mí, con mi boca cerca de la suya—. Pero voy a empezar por la primera. —Esperé la pregunta como agua de mayo.

—¿Cuál es? —susurró inocente, provocando chispas por todo mi cuerpo.

—Explorar cada centímetro de tu piel con mis labios. Llevo mucho tiempo deseándolo — respondí mientras empezaba por su mandíbula.

Me encantaba poder decirle libremente todo lo que iba a hacerle, pero sobre todo, me flipaba el hecho de no estar en un puto sueño. Estaba pasando de verdad. Vega y yo. Los dos mirando hacia la misma dirección. Juntos.

Su voz cálida me sacó de mi ensimismamiento.

—Hazlo —Sus ojos se clavaron en los míos—. Hazlo, Lucas.

<<Hazlo, Lucas.>>, reproduje sus palabras en mi mente antes de empezar a besar cada centímetro de su piel y sentir la electricidad extendiéndose por todo mi cuerpo.

Dos palabras que marcaron el principio de todo.

CAPÍTULO 7

Vega

Nunca había escuchado mi corazón latir desde fuera. Palpitaba tan fuerte dentro de mi pecho que, paradójicamente, parecía estar fuera de él. Igual que el de Lucas.

Latidos. Agitación.

Sus ojos. Necesidad.

Sus labios. Electricidad.

Los labios de Lucas comenzaron a besar suavemente la línea

de mi mandíbula. Un beso suave que sentía en todas las partes del cuerpo. Y otro más. Y otro...

Enredé mis dedos en su pelo mientras me besaba con mimo y anhelo al mismo tiempo.

Disfrutando del momento. Me besó una mejilla, sonriendo sobre ella, para después recorrer con la punta de la lengua mi labio inferior, dejándome con ganas de saborearlo, terminando en la otra mejilla con una sonrisa canalla. Mi cuerpo aumentaba de temperatura con cada beso. Cogí aire y se formó un tornado en mi vientre. Los labios de Lucas bajaron de la mejilla al cuello, lentos y húmedos, regalándome unos besos que no quería que acabasen. Quería sentirlo por todas partes. Quería que sus labios me recorriesen con lentitud. Saboreándome. Conociéndome.

Descubriéndome. Mi piel se erizaba con cada nueva sensación que Lucas provocaba. Encogí el vientre cuando la humedad de sus labios llegó a mi pecho y dejó un único beso sobre él. Abrí los ojos y nuestras miradas se encontraron. Vibré entera, de pies a cabeza. Nos sonreímos cuando sentí sus manos recorrer mis brazos hasta alcanzar los tirantes de mi camiseta. Los deslizó con delicadeza hasta mis codos y dejó al descubierto la mitad de mis pechos. Me observó con detenimiento mientras me besaba un hombro y luego el otro, enredó sus dedos con los míos para incorporarse y quedar sentado justo delante de mí. Cara a cara.

La respiración se me aceleró y el corazón empezó a martillearme sin control. Me rodeó la cintura con los brazos y yo rodeé la suya con las piernas para fundirme con él. Pegué mi frente a la suya y moví la cabeza de un lado a otro provocando el roce de la punta de nuestras narices. Cada contacto con su piel me hacía estremecer hasta lo más profundo. Iba mucho más allá de lo físico. Atrapé su rostro entre mis manos y saboreé sus labios en un beso húmedo, entre risas y mordiscos, antes de echar la espalda hacia atrás para terminar de deshacerme de la poca tela que cubría mis pechos; las manos de Lucas iban a la par de las mías para facilitarme el trabajo. El roce de mis pezones contra su pecho cuando bajamos los brazos nos arrancó un gruñido de lo más profundo. Cuando él se disponía a hablar, la caricia de su cálido aliento tan cerca de mis labios me provocó una sensación de electricidad en el bajo vientre que me hizo contener la respiración.

—Podría decirte que eres perfecta, pero eres más que eso. Eres alucinante —susurró sobre mi

boca—, cada centímetro de ti es único, mágico y especial.

Pegué mis labios a los suyos con necesidad.

Lenguas. Saliva. Pasión.

Lucas comenzó a descender por mi cuello, dejando un reguero de besos a su paso, derritiéndome en el acto; lo que me obligó a arquear la espalda, alzar mis pechos y pedirle más. Por supuesto, me dio lo que pedí. Una de sus manos abandonó mi cintura para atrapar uno de mis pechos y masajearlo suavemente, mientras su lengua bajaba juguetona hasta el pezón del pecho que tenía libre y atraparlo con su boca. Solo me estaba lamiendo un pezón y parecía que en breve iba a explotar de placer. Lo hice en cuanto mis ojos se encontraron con los suyos, dejándome ver todo el deseo que contenían. Mis dedos se enredaron en su pelo a la vez que Lucas jugaba a pasear su lengua de un pezón al otro, mientras me hacía arder por dentro. Todo mi interior estaba en llamas y mi boca tenía urgencia de la suya. Lo obligué a subir para volver a enredar nuestras lenguas y me encontré con una urgencia igual que la mía, ¡arrolladora!

—Lucas... —Su nombre se escapó de entre mis labios. Nos separamos excitados. Agitados. Respirándonos—. Tenemos que parar ya o...

Su lengua me calló de un lametazo tan divertido como provocador.

—Tumbate —pidió.

Lo hice automáticamente, pero parecía que no entendía que, si me rendía a él del todo, ya no podría parar. Lo quería sentir de todas las formas, en todo mi cuerpo. No lo quería a medias ni quería esperar. Volví a hablar antes de dejarlo seguir.

—No voy a aguantar dos semanas de preliminares —Se apoyó sobre los brazos para pegar su torso al mío y quedar a centímetros de mi boca—, si sigues... ¡acabas! —advertí con toda la entereza que pude.

Lo vi debatirse entre esperar o hacerme el amor ahora mismo. Apoyó su frente sobre la mía y cerró los ojos. Un segundo. Dos. Tres. Los abrió y su voz se coló por mis oídos. Suave y ronca a la vez.

—Voy a decirte una cosa y luego me voy a levantar para darme una ducha muy, muy fría. — Abandonó mi boca para hablarme al oído—. Vamos a esperar esas dos semanas, sin preliminares y sin ponernos cachondos como motos, pero...

—Por si no te has dado cuenta, ya me has puesto cachonda como una moto. Si me vas a poner más cachonda de lo que ya estoy, hazlo ya; pero no vuelvas a hacerlo hasta que vayas a follarme, por favor.

Terminó de matarme cuando apretó su cuerpo contra el mío dejándome notar su erección y sonrió sobre mi boca antes de hablar:

—Voy a hacerte el amor durante horas, toda la noche, porque contigo no puedo hacer otra cosa que el amor. —Me estremecí. La respiración se me aceleró—. Y cuando te folle, preciosa, también te estaré haciendo el amor.

Me besó con ganas antes de levantarse de la cama y dejarme huérfana de él. Ahí, sola. Yo lo mato. Pillé un cojín y se lo tiré antes de que se metiese en la ducha. Cuando se giró, no pude evitar sonreír al encontrarme con su sonrisa.

—No tardes en darte la ducha, que yo también necesito una. —¿Solo una? ¡Cinco mínimo!. Vaya calentón.

—Porque tú quieres —dijo alzando una ceja recordándome lo que me ofrecía.

—Porque si te dejo me matas en dos días —contesté divertida—, o en medio.

—A ver lo que aguantas... —dijo poniendo en duda mi fuerza de voluntad.

—¿Aguantarás tú? —Lo provoqué.

Y más que lo iba a hacer. De hecho, tuve un momento de epifanía y me levanté de la cama de un salto. Dos semanas ¿no? Vale. Vamos a ver si las aguanta el machote. Comencé a caminar con picardía hacia él mientras dejaba resbalar los pantalones de algodón blanco por mis piernas hasta caer al suelo y abandonarlos a mi paso. Abrió los ojos como platos y sus comisuras se elevaron, me conocía bien y sabía que no se lo iba a poner fácil. Si yo aguantaba, él también. Llegué a su altura, le enseñé mi cara más angelical junto con la sonrisa más perversa y me metí en el baño.

—¿Qué haces? —preguntó en tono juguetón mientras me seguía.

—Ducharme contigo —contesté mientras me deshacía de mis braguitas de espaldas a él.

Un gruñido ronco escapó de su garganta acompañado de una sola palabra: ¡JODER!

Sonreí, ahora que no podía verme, ya que estaba provocando el efecto que quería. Me estremecí, por el frío de la cerámica, al meter el pie dentro del plato de ducha; aún dándole la espalda. Tenía una mezcla de sentimientos encontrados: Vergüenza, amor, necesidad... Un hormigueo recorría todo mi cuerpo por encontrarme delante de Lucas sin tapujo ninguno. Desnuda. En cuerpo y alma. Sin dejar ningún recoveco donde él no pudiese mirar. Porque no entendía otra manera de ser con él que no fuese esta, entregándole todo de mí. Ya no.

CAPÍTULO 8

Lucas

Ahí estaba yo, observando como el agua bajaba por la espalda de Vega hasta su culo, seguía por sus piernas y terminaba en sus pies, uniéndose con el resto del agua sobre el plato de ducha. Me quedé embobado mirándola, ahora que podía hacerlo libremente no me cortaba un pelo. Que supiera cuánto me gustaba. Que supiera que era lo más jodidamente perfecto que había conocido nunca y que no me cansaría de mirarla jamás, porque siempre descubriría un detalle diferente en su cuerpo y quería descubrirlos todos, guardarlos en mi retina. La admiraba y deseaba a niveles desconocidos, nunca me había pasado con nadie. Nunca habría nada que pudiera saciar mi sed de ella. <<Dos semanas>>, pensé para mí, recordándome lo que nos merecíamos. Mientras pensaba esto, mis ojos seguían el recorrido de las gotas de agua sobre su cuerpo.

—¿Vienes? ¿O vas a seguir comiéndome con la mirada? Porque te dejo hacerlo con la boca si quieres. —Me provocó y consiguió crear un movimiento sísmico en mi cabeza. Me miró por encima del hombro y pestañeó un par de veces seguidas. Matándome y reviviéndome a la vez.

Sonreí de la forma más canalla que pude y avancé hasta ella, pero sin meterme en la ducha. Creo que no se dio cuenta del juego en el que se estaba metiendo hasta que hice lo mismo que había hecho ella segundos atrás. Mis pulgares tiraron del elástico de mis calzoncillos y los deslicé por mis piernas hasta deshacerme de ellos y quedar como dios me trajo al mundo. Bueno, quizá como dios me trajo al mundo no, pero como si me hubiera tomado una caja de viagra, puede. Esto no lo bajaba ni el agua fría. Vega abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar, cosa con la que no pude evitar reírme.

—¿Ibas a decir algo, Campanilla? —pregunté mientras metía un pie en el plato de ducha.

Se giró dejándome ver su cuerpo desnudo y me perdí en él. Grabé en mi mente cada fina línea de

su cuerpo, las curvas de sus caderas, la perfecta asimetría de sus preciosos pechos, el lunar que tenía en mitad del muslo derecho, como le subían y bajaban las costillas a causa de respirar agitada por la excitación del momento... Era jodidamente perfecta, o al menos lo era para mí; y eso era más que suficiente.

Su voz me sacó de mi ensoñación.

—¿Qué vas a hacer con eso? —Sus labios formaron una fina línea que contenía una sonrisa burlona.

—¿Que sugieres? —yo no oculté la sonrisa.

Clavó sus ojos en los míos evitando mirar hacia abajo, pero sin conseguirlo. La cogí por la cintura y la pegué a mi cuerpo. Los dos nos estremecimos ante el contacto y contuvimos la respiración. Se colocó de puntillas para rodearme el cuello con sus brazos y acercase a mi boca. En sus ojos pude ver la fuerza de voluntad, que estaba sacando de no sé donde (igual que yo), para no devorarnos como animales, y habló:

—Creo que tienes dos opciones... —Empezó a decir mientras paseaba su dedos, de arriba abajo, por mi nuca.

—¿Cuáles? —pregunté en tono picarón. Las sabía. También sabía que no me iba a gustar la que iba a elegir, ni a ella tampoco.

—La primera es masturbarte —Me lo imaginaba—, y la segunda... —sus dedos abandonaron mi nuca, comenzaron a bajar por mi pecho y siguieron, juguetones, por mi abdomen. Ahora sí que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no hacerle el amor aquí mismo. Y entonces lo soltó—: Es que tus labios me recorran entera y hagamos el amor aquí y ahora, para después de hacer el amor... —Me besó con mucho de eso de lo que estaba hablando—, follar hasta que no recordemos cuando habíamos empezado a hacerlo.

Sus labios impactaron con los míos, aún cargados de amor y llenos de un hambre voraz y arrolladora. La misma que me estaba invadiendo a mí de pies a cabeza. Dentro de mí crecía algo que no sabía cómo describir, lo único que sé es que no se podía parar. La agarré del culo y la pegué más a mí, si es que eso era posible. Un gemido ahogado escapó de sus labios y se coló por mi boca cuando mi erección se pegó a su vientre, lo que provocó que yo emitiera uno profundo, uno que me dejó fuera de juego o, mejor dicho, me invitó a participar en él. Una de mis manos se perdió entre los mechones de su pelo y continuamos devorándonos como si nos hubiéramos estado esperando toda la vida. Como si no fuese suficiente, anhelando más y más. Como si alguno de los dos fuese a desaparecer como un fantasma y tuviéramos que aprovechar hasta el último minuto. Lo que no sabíamos, todavía, era que no nos iba a alcanzar el tiempo de toda una maldita existencia, para amarnos con todo el amor que nos cabía en el pecho. Por suerte, mis neuronas volvieron a hacer contacto y me separé de sus labios para hablar:

—Dos semanas —Solté un suspiro, sabiendo lo difícil que iba a ser para mí—. Solo dos... —volví a decir. El tono que salió de mi garganta se escuchó como una súplica.

Sus ojos navegaron por los míos durante unos segundos, bajaron hasta mis labios y volvieron a subir para clavarse en mi mirada. Cerró los ojos y respiró profundamente, antes de volverlos a abrir y hablar por fin.

—Vale, sigo sin entender porque, pero... —Iba a responder cuando presionó su dedo índice sobre mis labios para impedírmelo—, shh... Tú tienes condiciones. Yo también. Esas cinco palabras iban a acentuar la dura espera de las dos semanas; y sí, era yo el que quería esperar al fin de semana del concierto en París, pero todo tenía un por qué. Todo merecería la pena.

CAPÍTULO 9

Vega

El agua aún resbalaba sobre nuestros cuerpos, que permanecían rozándose de lo cerca que se encontraban. Iba a esperar las dos malditas semanas por él, porque si fuese por mí... Ahora mismo estaba caminando por el mismísimo fuego del averno y la sensación de quemazón que me recorría, de los pies a la cabeza, solo me pedía que me lanzase de nuevo a los brazos de mi rubio preferido y me entregase a la lujuria en cuerpo y alma.

Y ahí estaba él, esperando mis condiciones. Gotas de agua resbalando por esos rizos rebeldes que le caían sobre la frente. Los labios rojos e hinchados por los besos cargados de amor y deseo que nos habíamos regalado hacía escasos instantes.

—¿Vas a decir ya tus condiciones? ¿o vamos a terminar con el agua caliente de todo el conventillo? —rio para enfriar el ambiente.

Cosa que creo que no sirvió de mucho, ya que tenía su miembro rozando mi vientre. Vale, una de las condiciones que iba a poner era que debía tener “a la bestia” lejos de cualquier parte erógena de mi cuerpo hasta que fuese a usarla. ¡Mierda! Me estaban subiendo los calores otra vez, cosa que era completamente normal si analizábamos la situación: Tenía a Lucas desnudo, empalmado y comiéndome con la mirada. Sin olvidarnos de los dos años que llevo a pan y agua, aunque llegados a este punto podría asegurar que jamás me habían tocado como lo había hecho Lucas. La impaciencia por estar con él me ahogaba por segundos y decidí abrir el agua fría para romper la tensión sexual del momento. No iba a aguantar dos semanas. Lo quería ya. Lo necesitaba ya. Grité al sentir el frío recorrer mi piel desnuda.

—¡¿Qué haces puta loca?! ¡Está helada!

Y así, como si nada, la tensión sexual se evaporó entre risas y torpes intentos de volver a poner el agua caliente.

—A ti, salvarte de un dolor de huevos; y a mí, de tener que salir a comprarme un satisfacer al que llamarle Lucas —Acababa de decir la tontería más grande del mundo y, a la vez, la más real. Estallamos en carcajadas. Que guapo estaba cuando se le marcaba el hoyuelo al reírse... Me atrajo hacia sí y me besó en la frente. Cerré los ojos por un segundo mientras dejaba crecer lo que sea que se estuviese arremolinando. Los dedos de una de sus manos se enredaron dentro de mi pelo, masajeándolo suavemente; ese gesto contenía millones de sentimientos.

Fue entonces cuando Lucas volvió a hablar:

—Entonces... Creo que deberíamos salir, antes de que se nos derritan los helados, y ponernos a ver la serie —Nos separamos y me dio un tierno beso en los labios. No había nada de sexual en él, solo había cariño. Uno inmenso.

—Sí, es justo lo que quiero —contesté sincera, con una sonrisa tierna dibujada en los labios, mientras salía del plato de ducha y me enrollaba la toalla por el cuerpo. Le pasé otra a Lucas y no pude evitar desviar la mirada un segundo ahí abajo. Juro que fue solo un segundo—. Toma. Tapate eso, anda.

Lucas cogió la toalla y, con ella, a mí.

—Gracias, preciosa —Me dio un beso rápido en los labios—. Espérame en la cama, yo sí que

voy a necesitar esa ducha fría —asentí conteniendo la risa y lo dejé en el baño con su gran problemilla.

Cuando salí del baño era un alboroto de emociones con patas que se dirigía al armario, en busca del pijama, con una sonrisa de oreja a oreja y el corazón latiendo un poquito más vivo. Más fuerte.

El sonido de la guitarra del grupo AC/DC nos anunció que ya era hora de salir de la cama. Una de las cosas que menos me gustaban de ir a trabajar era el madrugón, pero así es la vida del adulto, por desgracia. Me hice un poco la remolona y sentí unos dedos serpentear por mi espalda. Sonreí como acto reflejo al sentir su tacto.

—Buenos días —sentí sus brazos rodearme la cintura por detrás y me estremecí con el beso cálido que dejó en mi hombro.

—Buenos días. —Me arrimé más a Lucas, mimosa; cosa de la que me arrepentí en el acto al notar lo “contento” que se había despertado, y recordar que hasta dentro de dos semanas no iba a poder aprovechar esa felicidad como yo quería. No pude evitar hablar con diversión—. Buenos días para ella también.

—¿Ella...? —preguntó con voz dormida.

Por lo visto, yo también seguía dormida porque no se me ocurrió mejor manera de decirle quien era “ella”, que aprisionando mi culo contra él a modo de respuesta. Cerré los ojos en el acto. El estómago me dio un vuelco y sus dedos se clavaron en mis caderas junto con un gruñido ronco que se escapó de su garganta.

Pegó su frente a mi espalda antes de dejar su aliento cálido sobre ella para hablar de nuevo:

—Creo que la ducha fría me está reclamando —sus labios dejaron un suave beso en mi piel antes de separarse de mí para levantarse de la cama.

No pude evitar girarme para mirarlo con una sonrisa tontorrón y, de paso, levantarme yo también para empezar a arreglarme para ir a trabajar. Me dirigí al armario y saqué la ropa que iba a ponerme, en concreto, unos vaqueros junto con un jersey de punto negro de cuello alto y mis queridas converse.

Lo dejé todo preparado encima de la cama y avisé a Lucas de que bajaba a poner los pijamas a lavar; así hacía tiempo hasta que me tocara ducharme; aunque, pensándolo mejor, no tenía porque matar tiempo ninguno ya que mi habitación estaba al lado. Abandonada, pero allí estaba. Con solo decirlos que no sabía ni donde paraban mis llaves, ya os podéis hacer una idea.

Abrí la puerta del baño y me asomé para preguntarle: —Lucas, ¿sabes dónde están mis llaves?

—pregunté a la vez

que él corría la cortina de la ducha para asomar la cabeza. —Busca por el escritorio Campanilla. Recuerdo haberlas

dejado en algún cajón —contestó sonriente y con los ojos cerrados a causa del jabón.

Sonreí y grabé aquella imagen en mi mente para no olvidarla nunca. Me quedé con la cabeza

apoyada contra el filo de la puerta durante unos segundos, hasta que me decidí a moverme e ir en busca de las llaves; no sin antes robarle un beso casto pero cariñoso.

—Gracias —sonrió.

Salí del baño y busqué las llaves por todo el escritorio. La verdad es que era un caos, pero no moví nada de su sitio porque bien sabía yo que mi rubio favorito se entendía en medio de su desorden. Encontré bolas de papel con canciones que nunca verían la luz, también varias chapitas de diferentes marcas de cerveza de distintas partes del mundo y, para mí sorpresa, también había un álbum de fotos de cuando Lucas era pequeño. No pude evitar abrirlo y cotillear. Lucas jugando en la playa. Lucas jugando al fútbol, descalzo en la calle, junto a sus amigos. Lucas subido encima de una moto con una chica que no conocía. Lucas... Cuando giré la pagina para ver más, una foto suelta cayó a mis pies. Me agaché a recogerla, pero, antes de ver la foto en sí, me fijé en un breve escrito que tenía detrás y lo leí en voz baja.

—Siempre serás el mejor guitarrista de todos los tiempos. Gracias por haber sido un simple mortal y haber compartido tu magia con nosotros, Renzo. Esta banda siempre será de seis. Vuela alto y haz que nos vibren los oídos con tus acordes cada vez que miremos al cielo. Te quiero, hermano.

La volví a dejar dentro del álbum con torpeza, regañándome a mí misma por haber mirado las cosas de Lucas sin permiso. Me centré en buscar las llaves de mi habitación. Las encontré, las cogí y salí por la puerta.

Cuando entré a mi habitación me la encontré igual que cuando se la dejé a Gabi y Silvia pero, mínimo, con quince grados menos. Caminé hasta el armario y lo abrí para sacar un par de toallas. Mientras lo hacía, no podía dejar de pensar en la foto que acaba de ver y lo que Lucas, o alguien más, había escrito. Por lo que decía en el reverso de la foto, antes eran seis. ¿Qué le habría ocurrido al otro chico? Lucas no me había contado nada, aunque, también es verdad que nunca le había preguntado. Pero, pensándolo bien, ¿Qué iba a preguntar si nadie me había dicho nada al respecto? No lo hubiese imaginado en mi vida. Solo existen un par de razones para que alguien no hable de algo en concreto: una es por odio, la otra es por dolor. Por lo que leí en el texto, supe que era por dolor. Mi semblante se entristeció así que me encaminé hacia la ducha, donde sabía que el pensamiento de abordar el tema con Lucas se esfumaría en un segundo. No quería hablar con él de algo que le dolía, no si no estaba preparado. Si me lo hubiese querido contar lo habría hecho. Hay algo que he aprendido en este tiempo gracias a él y es que cada uno habla de lo que quiere, pero, sobre todo, de lo que puede. A veces no estamos preparados para asumir ese dolor y merecemos respeto por algo que es nuestro. Nadie puede venir a decirnos que no es correcto afrontarlo solos, porque ese sentimiento reside en ti, no en ellos. Es algo que tenemos que aprender a transmutar nosotros mismos. Yo lo hice de la mano de Lucas, tuve suerte. Pero hay gente que no tiene redes que les sujeten, ni manos que les den un apretón de cariño e impulso para continuar; solo están ellos contra ellos, y que jodido tiene que ser ganar la batalla contra uno mismo en soledad.

Sacudí la cabeza para deshacerme de mis pensamientos y me metí bajo el chorro de agua caliente. Dejé que resbalara por mi cuerpo unos segundos, dejando que este recordase como las yemas de los dedos de Lucas paseaban por mi piel desnuda. Fue inevitable que mis comisuras se

elevasen y mi estómago diese un vuelco. Al instante, me vinieron a la cabeza las dos semanas que nos quedaban por delante; negué poniendo los ojos en blanco y decidí dejarlo estar, no pensar mucho en el tiempo y rezar porque a Lucas la tontería le durase poco. Terminé de ducharme y salí por patas hacia la habitación, con una toalla enrollada en el cuerpo y otra en la cabeza, para vestirme rápido, tener tiempo de tomarme un café y no llegar tarde al curro. El aire frío me golpeó y corrí de puntillas los pocos metros que separaban nuestras habitaciones. Abrí la puerta y el calorcito, mezclado con el olor del jabón que usaba Lucas, se colaron por mis fosas nasales y me abrazaron. Estaba sentado en el borde de la cama sin camiseta. Con el pelo revuelto, dejando caer gotas disparejas por su frente y sobre la alfombra. Se giró para mirarme y me encontré una sonrisa radiante, con todos sus dientes a la vista. Era guapo a rabiar el condenado.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—Me había quedado embobada contigo, chico guapo — contesté sincera mientras recogía mi ropa de encima de la cama para vestirme.

Mi respuesta lo pilló por sorpresa, pude verlo en sus ojos.

—Me quedo flipando cuando me sueltas las cosas así, sin pensar. Me encanta, no dejes de hacerlo, por favor —pidió y se acercó a besarme la frente antes de bajar a por las tazas de café. No iba a reprimir nada más. Nunca. Lo que no sabía era como había podido estar todo este tiempo haciéndolo. Ahora no podía parar. Nunca había suficiente. Me puse de puntillas y rocé mi nariz con la suya antes de dejar un cariñoso sobre sus labios.

—No podría —admití.

Nuestras miradas se encontraron y nuestros corazones empezaron a latir al unísono. Fuertes. Salvajes. Libres. En un segundo, todo mi cuerpo se había revolucionado con tan solo el contacto de nuestros labios. Noté una suave caricia en la mejilla antes de fundirnos en un abrazo en el que casi dejamos de ser dos, para ser uno solo. Os juro que me hubiese fundido con él para el resto de mis días. Soltarlo se me hacía difícil, pero vivir sin cafeína también, así que lo dejé ir. No sin antes darle un último achuchón.

—¿Doble? —preguntó bajo el quicio de la puerta antes de bajar.

Sonreí.

—Por favor —me sonrojé por aquel detalle.

No por el café en sí, sino porque, formular esa pregunta me confirmaba lo que ya sabía: me conocía demasiado. Ayer fue un día difícil para ambos, sobre todo si recordamos el momento ducha; así que sí, necesitaba ese café doble con urgencia para aguantar todo el día de trabajo, tras tremendo calentón, sin quedarme dormida apoyada sobre algún maniquí.

CAPÍTULO 10

Lucas

Bajé las escaleras con la adrenalina corriendo por mis venas y su sabor sobre mis labios. No cambiaba la mañana de ayer por nada del mundo, y esta tampoco. Ni las que vendrían, porque sabía que vendrían muchas más. Y a ser posible, que no acabasen nunca. Saludé a la gente que estaba sentada en la mesa y me adentré en la cocina a por los cafés. Al hacerlo me encontré con Sol.

—Buenos días, Solete.

—Buenos días, Luquitas. —Me devolvió el saludo y miró en mi dirección—. Anda que me entero por ti de que vais a tocar en París. —Me soltó mientras se subía de un salto sobre la encimera.

Mierda. Con toda la emoción de contárselo a Vega, me había olvidado de contárselo a mi mejor amiga. La lías, Lucas, la lías.

—Lo siento... —Caminé hacia ella y decidí ser sincero—. Esta semana ha sido bastante locura para mí... —empecé a decir, pero me cortó.

—Lo sé, te he visto. Os he visto —recalcó—, y me alegro. Ya era hora, demasiado habéis tardado. —Soltó de golpe y me dejó sin palabras.

Se había dado cuenta de todo. A ver, no es que lo intentásemos ocultar, pero tampoco lo íbamos pregonando. Aunque no hay que ser muy listo para intuirlo ya que dormimos juntos mientras su habitación estaba ocupada por Gabi y Silvia; y ahora lo seguíamos haciendo.

—A veces también lo pienso. —Arrastré un taburete de madera y me senté para hablar con ella—. Después caigo en la cuenta de que todo ha pasado exactamente cuando tenía que pasar, Sol. Ni antes, ni después.

Mi amiga me miró y ladeo la cabeza sonriente antes de hablar:

—Mabel se va a poner contenta cuando le digáis que la habitación de Vega vuelve a estar libre, y no precisamente por la habitación. —Subió y bajó las cejas—. Todos. De hecho, creo que hay algunos que hicieron apuestas. —Ambos reímos.

—¡No jodas!

—Sí... —puso los ojos en blanco divertida y se bajó de un salto. Me puso la mano en el hombro y se agachó para hablar a mi altura, con mucha calma—. Sé como eres cuando quieres a alguien, y merecías que llegase esa persona que te quisiese de la misma manera. —Dejó un beso en mi mejilla y salió de la cocina.

Lo que me acababa de decir Sol me traía recuerdos, y no precisamente buenos. Por un segundo me pregunté si Lucía habría logrado salir, finalmente, del bucle enfermizo de fiestas y drogas en el que había entrado antes de que yo entendiese, a tiempo para que mi salud mental no se resintiese, que no podía salvarla. Una mueca triste apareció en mi cara al pensar que seguramente no. Me levanté de la silla y llené dos tazas con el café que había preparado en la cafetera. Aún estaba caliente, pero sabía que a Vega le gustaba casi abrasante, así que le di un golpe de calor en el microondas, mientras aparcaba la historia de Lucía para otra ocasión. Salí de la cocina con las dos tazas de café, humeantes, en las manos. Me encontré a Vega bajando la escalera, sonriente.

—¿Tanto he tardado que ya me echabas de menos? —La piqué con un tono burlón.

—Sí, estos cinco minutos sin ti han sido una dolorosa tortura... —Se llevó la mano al corazón en un gesto dramático y se echó a reír—. Es coña —dijo mientras llegaba hasta mí—. Me ha llamado Lola para preguntarme si quería que me recogiera en coche hoy; le he dicho que por mí genial, que pasase por aquí un poco antes, si iba con tiempo, y nos tomábamos un café.

Sonreí mientras la escuchaba hablar. Fue imposible no echar la vista atrás y que se me llenase el pecho de orgullo por todo lo que había conseguido por ella misma. Todavía había días que caminaba con sus demonios, como todos, pero a cada paso que daba les iba plantando cara, hasta que se daba cuenta que esos demonios los creábamos nosotros. Los miraba cara a cara, cerraba los ojos, respiraba, sonreía y se esfumaban. Había renacido como la flor más bella después del invierno más gélido. Como si la primavera se hubiese instalado en ella de forma indefinida hasta hacer florecer el jardín entero que habitaba en ella; y marcharse dejando paso a un verano lleno de luz, sol y calor.

—Genial. —La besé en la mejilla y dejé las dos tazas sobre la mesa—. Me da a mí que Lola es

muy Gabi.

—No te haces una idea —negó divertida mientras se encaminaba a la cocina para servir una taza a su nueva amiga—, solo te digo que hoy es mi segundo día de curro y ya le debo una noche de chupitos.

—Es Gabi, pero potenciada.

Soltó una carcajada mientras sacaba una taza de color menta de la vitrina para llenarla de café. Se dirigió a la encimera, quedando de espaldas a mí; yo me apoyé sobre la mesa alta que tenía detrás y seguí todos sus movimientos con la mirada. Vertía el café con lentitud y lo hacía sonriendo. Lo sabía por como ladeaba levemente la cabeza y lo poco que se atisbaba de su perfil dejaba ver esa alegría. Apremiar los pequeños detalles de Vega me gustaba, me hacía conocerla no solo en sus gustos, hobbies y demás, no. Me hacía conocerla a ella de verdad. Sus gestos en determinados momentos me revelaban lo que sus labios no. Las diferentes sonrisas que, dependiendo como fuesen, significaban una cosa u otra. Su manera de respirar, hablar, moverse... Conocerla no era, como bien he dicho antes, saber cosas que le podría contar a cualquiera, no. Conocerla, para mí, era entenderla sin necesidad de palabras. Entender su cuerpo, su mente y su alma. Día a día. Juntos. Ella enseñándome, yo aprendiendo y viceversa. El sonido de las campanillas de la puerta me devolvieron a la cocina.

—Ve a abrirle, ya termino yo el café —dije mientras llegaba hasta Vega y ella se giraba.

Ahora era uno de esos momentos de los que hablaba antes, esos en que sabía que la conocía y me encantaba la sensación de saber que lo que venía a continuación me gustaba. Y mucho.

—Gracias —Se puso de puntillas para pegar sus labios a los míos durante unos segundos, sonreír sobre ellos y salir por el arco de la cocina.

Mientras terminaba de preparar el café, el móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué y miré el número que salía en la pantalla, no lo conocía. Contesté igual.

—¿Diga? —sentí una respiración a través de la línea y volví a preguntar—: ¿Sí?

—Lucas... —Su voz temblorosa casi me hizo tirar la taza de café.

Contuve la respiración y todo empezó a darme vueltas. Dejé la taza de café, respiré profundamente, contuve las ganas infinitas de gritar que me aboraron y aparté el teléfono de mi oreja, unos segundos, antes de contestar.

—No sé quien te ha dado este número, pero no vuelvas a llamarme. Hace años que te fuiste y no volviste a aparecer —Un nudo se formó en mi garganta—. Dejé de esperarte hace años. Te esperé hasta que entendí.

Un leve sollozo se escuchaba a través de la línea. Sabía que no iba a ser capaz de decir ni una sola palabra, igual que cuando se marchó. Y si era capaz, no quería oírlo. Colgué.

Dejé ir todo el aire de mis pulmones y eché la cabeza hacia atrás. Confundido. Descolocado. Estaba pasando lo que nunca creí que pasaría. Negué con la cabeza y decidí olvidarme del tema. Volví a la taza de café que tenía delante, serví la leche y atravesé el umbral de la cocina. Lo que me encontré al otro lado se llevó todos los demonios que habían regresado hacía escasos segundos. Se me hinchó el corazón al verla reír junto a Lola.

—Buenos días, señoritas —dije llegando a la mesa.

La chica pelirroja, con pecas y ojos verdes me hizo un repaso de arriba abajo sin cortarse un pelo. Vega la miró, divertida, mientras se levantaba de la silla. No sé si me lo pidió con esa mirada fugaz que me dedicó al hacerlo o que a mí me salió tan natural como a ella, pero me senté en su lugar para que ella se sentase sobre mi regazo.

—¡No me habías dicho que tenías un novio tan guapo!

Sentí los dedos de Vega apretar ligeramente mi pierna y no pude evitar que se me escapase una

sonrisa canalla por el comentario que había soltado su nueva amiga. Nuestras miradas se encontraron y en su cara pude ver una sonrisa acompañada de un tono rosado en sus mejillas. Uno que no notaría nadie salvo yo, que la conocía a la perfección, y eso me encantaba. Se giró para poder hablar con su amiga de nuevo.

—Lo es —contestó alargando el brazo para coger la taza y así esconder una sonrisa detrás de un sorbo de café tras su respuesta.

LO ES. Sabía lo que iba a pensar y entendí indirectamente el mensaje. Ya estaba todo dicho. Me sentí como cuando me saqué el carnet de coche, pillé mi primer semáforo en verde y una recta muy larga. ¡Acelaré!.

CAPÍTULO 11

Vega

Era esconder la sonrisa detrás de la taza de café o comérmelo a besos aquí mismo. Delante de Lola y de algunos presentes que se habían ido sentando y saludando a su vez. Novio y guapo. Pensé en lo que había dicho Lola hacía un momento y me gustaban los dos adjetivos. Lo miré y sin necesidad de palabras se lo dije todo. Cada segundo que pasaba, lo que crecía en mí se incrementaba y la sensación que me burbujeaba en las venas era fascinante. Me sentía más viva que nunca. La felicidad expiraba por mis poros y mi piel irradiaba una luz que hasta a mí me deslumbraba por momentos. Terminamos de tomarnos el café y me levanté para despedirme de Lucas. Ahora sí que iba a flipar todo el mundo. Me coloqué frente a él y me puse de puntillas para rodear su cuello con mis brazos.

—Llámame si tienes tiempo de respirar y comemos juntos —dije haciendo referencia al próximo concierto en París y lo mucho que tenían que ensayar. Dejé de pensar para empezar a sentir. Fundí mis labios con los suyos en un beso que duró solo unos segundos, pero suficientes como para que mi cuerpo ardiera. Escuchamos murmurar, divertidos, a muchos de los comensales y los aplausos llenaron el conventillo. Se me encendieron las mejillas y no pude evitar sonreír sobre los labios de Lucas, igual que estaba haciendo él. Contagiándome esa felicidad.

—No te prometo nada, pero si puedo escaparme te aviso. —Ahora el que me besó con mimo, varias veces, fue él.

Cerré los ojos un segundo antes de separarme de Lucas y me despedí de todos muerta de la vergüenza, pero feliz de no tener que dar explicaciones; porque con el beso que nos acabábamos de dar en medio del patio ya lo habíamos dicho todo y me encaminé con Lola hasta la puerta. Cuando por fin la atravesamos, me echó la típica mirada de: en cuanto te subas al coche me lo cuentas todo. Y así fue.

El sábado pasado nos había tocado trabajar a Lola y a mí porque hacíamos fines de semana rotativos, es decir, trabajamos dos de los cuatro sábados que tenía el mes. Eso significa que este sábado no me tocaba madrugar. Agradecí no tener que escuchar el sonido del despertador y poder seguir durmiendo. El placido momento solo duró hasta que sonó la guitarra que me llevaba despertando toda la semana, pero volvió cuando Lucas se abrazó a mi cintura y escondió su cara entre el hueco de mi cuello y la almohada.

—¿Los sábados también? —pregunté con voz adormilada. Estaba calentito y quería que se quedara todo el día enredado entre las sabanas conmigo, aunque eso supusiese muchas duchas frías. Quería comer en la cama, ver la tele y besarlo hasta quedarme dormida entre sus brazos. Me pegué más a Lucas y me separé en el acto al notar su dureza, que ya se me hacía hasta dolorosa. <<Una semana>> dije mentalmente.

—Esa cosa a un palmo de mi culo, por favor. —Lo sentí sonreír sobre mi piel y me imaginé la sonrisa más canalla del mundo. Logró robarme la primera risa de la mañana.

—Mmm... pero si te estabas quejando porque me iba... —contestó con voz ronca. Pegó su cuerpo más al mío y sentí un hormigueo en el vientre.

Me giré de golpe y no sé que fue peor, si el remedio o la enfermedad, porque ahora tenía la cara de Lucas sobre mi cuello y el olor de su pelo colándose por mis fosas nasales. Un mordisco juguetón alcanzó mi hombro y di un salto sobre el cochón. Me enredé aún más con este chico de ojos oscuros que me daba los buenos días con un suave beso en los labios. Automáticamente, mi respiración se entrecortó y la electricidad me recorrió de pies a cabeza.

Vale. O salía él de la cama o salía yo.

—Entonces... —Pasé mi pierna por su cintura pegando mi sexo al suyo para rozarme mientras atrapaba su labio inferior entre mis labios y le robaba un gruñido gutural—, ¿te quedas en la cama conmigo? Sabía que no lo haría y no solo por el ensayo, sino porque ya llevábamos siete días buscándonos y dejándonos con las ganas. Cuando quería sabía como ser una cabrona con todas las letras. Se quejó sobre mi boca antes de morderse el labio, clavar sus ojos sobre los míos y salir de la cama de un salto. Se estiró y después se revolvió el pelo. Siempre había pensado que todos los tatuajes que cubrían la piel de Lucas tenían un significado, y no pude evitar preguntar por el ángel que cubría su espalda, ya que estaba abrazándose a sí mismo mientras sus alas se incendiaban por debajo.

—¿Por qué están ardiendo?

—¿Qué? —preguntó mientras sacaba una camiseta del cajón.

—Las alas —Fui más concreta—, las del ángel que tienes tatuado en la espalda.

Se giró y se apoyó sobre la cajonera. Sus ojos penetraron en los míos y, como ya sabía, ninguno de los tatuajes que tenía Lucas estaban ahí por estar. Tenían un significado. Una historia. Su comisura derecha se elevó haciendo una mueca y avanzó hasta la cama para sentarse junto a mí, al borde de esta. Las yemas de sus dedos se pasearon por los mechones sueltos que me caían sobre la almohada antes de hablar:

—Arden porque yo también ardí un día —El tono de su voz se volvió suave y sus ojos se clavaron en los míos—, están ahí para recordarme que salí ileso del incendio. —El corazón se me encogió un poquito al escuchar sus palabras. Abrí y cerré la boca, pero no me atreví a preguntar más. Tampoco hizo falta—. Fue algo muy jodido que te contaré cuando venga del ensayo, Campanilla —Sus labios se unieron a los míos antes de desaparecer dentro del baño. Me hice un ovillo bajo el edredón y no logré volver a dormirme. No podía parar de pensar en qué habría sido eso tan jodido que le había ocurrido. Al instante, como un flash y sin saber por qué, la foto que había caído del interior del álbum me vino a la cabeza. ¿El infierno había sido la muerte de su amigo y el salir ileso superar aquel duelo? Se me formó un nudo en la garganta de solo pensar en lo que habría pasado Lucas con la pérdida de su amigo. Sobre todo conociéndolo como lo conozco y sabiendo que cuando quiere a alguien lo hace con todo el corazón. Supongo

que cuando lo perdió, lo hizo de la misma manera. Sintiéndolo hasta en los huesos. Me giré en la cama, me tapé la cabeza con la almohada e intenté dormir hasta que mi cuerpo me echase de la cama para bajar a desayunar. Algo que no tardó en suceder porque terminé bajando con Lucas cuando salió de la ducha.

—...es perder dinero si no la está utilizando, pero es que yo no soy quien para meterme ni decirles nada, hija... —escuché que Mabel le decía a Sol cuando llegábamos a la mesa.

—Buenos días —saludé y me devolvieron el saludo con una sonrisa.

—¿Quién está perdiendo dinero? —preguntó Lucas.

—Nadie... —respondió Mabel.

—Vega —contestó a su vez Sol.

<< ¿Yo?>> pensé. También lo dije en voz alta.

—¿Yo? —Sol me miró sonriente y Mabel la regañó con la mirada.

No sabía porque decían que estaba perdiendo dinero, pero no iba a tardar mucho en averiguarlo.

—A ver... —Sol empezó a hablar—, lleváis más de dos semanas durmiendo juntos y ya nos hemos dado cuenta, todos los presentes, de que no vas a volver a tu habitación. —Ahora me hablaba directamente a mí— ¿Por qué no te mudas con Lucas y así matáis dos pájaros de un tiro? —preguntó con entusiasmo.

Sentí como las mejillas se me encendían, igual que el sábado pasado cuando me vino a buscar Lola, que casi todo el mundo vio los besos de despedida que nos dimos en medio del patio el rubio y yo. Solo de pensar en la pregunta de Sol, mi cabeza empezaba a cavilar como la de una niña llena de ilusiones y sueños. Y nos imaginé. Lucas haciendo el café por las mañanas. Lucas escribiendo tumbado en el suelo y yo tumbada con él, leyendo cualquier libro que me resultase interesante. Lucas riéndose en el comedor, la cocina, el baño y en cualquier recoveco de nuestro hogar. Lo más curioso de todo es que no nos imaginé aquí, sino que lo hice en algún apartamento de La Boca. Uno muy pintoresco y con vistas de toda la ciudad. No conseguía quitarme la sonrisa mientras mi cabeza imaginaba miles de situaciones que me provocaban vuelcos en el estómago y corrientes eléctricas por el cuerpo. Hablo de ese tipo de sensaciones que quieres experimentar una y otra vez, como el subidón de una montaña rusa cuando va a caer. La voz de Mabel me sacó de tan preciosa ensoñación.

—¡Sol! —La regañó y no pude evitar sonreír.

Los ojos del rubio volaron hasta los míos, que lo miraban ilusionados. Nos contagiamos de la emoción del otro y hablamos a la vez.

—¡Vale! —dijimos para sorpresa de todos, ya que más de una mandíbula tocó el suelo.

—¿Me ayudas a cambiar mis cosas de habitación? —pregunté mirando a Sol, que asintió con una sonrisa radiante. Luego me dirigí a Mabel, que me miraba con toda la ternura que podía transmitir una mirada—. No tengo mucha cosa, supongo que para esta noche ya me lo habré llevado todo dejando la habitación como me la encontré a mi llegada.

Mi cuerpo vibró entero al sentir los dedos de Lucas buscando los míos para entrelazar nuestras manos. No me pasaron desapercibidas las miradas fugaces que nos dedicaron Mabel y Sol, acompañadas de unas sonrisas que me dejaron el corazón calentito.

—Está bien, cielo —contestó Mabel llena de felicidad.

—Intentaré venir a echaros una mano durante el día si me dejan escaparme —habló Lucas—, aunque no os prometo nada.

—Tengo cuatro bártulos —Miré a Lucas—, no vamos a tardar ni medio día. Vete a ensayar tranquilo y si no acabo muy tarde de recoger, me paso por el estudio y volvemos juntos. —Una sonrisa tímida tiró de mis labios al notar las miradas de Mabel y Sol sobre nosotros, como si

estuvieran viendo la mejor película romántica de todos los tiempos.

—Me parece una idea genial —respondió achinando los ojos al regalarme una sonrisa.

Se despidió de las dos romanticonas y del resto de los presentes; yo lo acompañé hasta la puerta, donde nos detuvimos para despedirnos. Le rodeé el cuello con los brazos a la vez que me ponía de puntillas para alcanzar sus labios. Un beso. Dos. Me supieron a poco. Me separé de él y esa sonrisa canalla suya, que tan loca me volvía, hizo acto de presencia confirmándome que estábamos pensando lo mismo. Abrimos la puerta y salimos. Una vez fuera, cerré la puerta a mi espalda y me despedí de mi chico guapo en condiciones.

—Ven aquí —Tiré de los cordones de su sudadera y lo atraje hacia mí para volver a pegar nuestros labios a la vez que mi espalda chocaba contra la puerta.

Lucas recibió gustoso mis besos cargados de deseo y amor por él. Nuestras lenguas se enredaron mientras sus manos bajaron hasta mi cintura para clavar sus dedos en ella. Se me incendiaron al instante la piel, el vientre y el corazón. Todo mi cuerpo ardía con sus caricias, anheladas a pesar de estar sintiéndolas. Atrapó mi labio inferior y sonrió al hacerlo. Estiró de él y lo soltó de golpe, lo que me produjo un chispazo que me hizo soltar un gemido ahogado sobre su boca. El corazón de ambos martilleaba fuerte. Respiré y hablé:

—No aguanto más... —confesé con vergüenza y una necesidad arrolladora— ¿Por qué no me haces el amor de una vez? —pregunté con un tono susurrante, casi suplicante.

Lucas apoyó su frente sobre la mía y cerró los ojos muy fuerte. Inspiró. Espiró. Sonrió. Estaba completamente loco y me iba a volver loca a mí. Bueno ya lo estaba desde hacía mucho, aunque ni yo misma me hubiese dado cuenta. Estaba loca por el chico que tenía delante. Estaba loca por Lucas.

—Vale.

—¡Dios! Ya sabía que... —Paré de hablar cuando realmente me di cuenta de lo que acababa de decirme. Volví a preguntar, en un susurro casi imperceptible—: ¿Qué...?

Su sonrisa canalla se transformó en una llena de ternura. Sus manos abandonaron mi cintura para estrujarme entre sus brazos. Volvió a cerrar los ojos y rozó la punta de su nariz contra la mía. Muy lentamente. Como si hacerlo fuese doloroso de tanta necesidad que había en aquel gesto. Cerré los míos también y me concentré en su respiración. Su voz volvió a susurrar sobre mi boca:

—Que voy a hacerte el amor, preciosa. —Creo que en ese momento dejé de respirar. Mi cuerpo y mi sistema nervioso dieron una sacudida—. Tengo que avisar a los chicos. Vamos. —Volvió a besarme antes de sacarse el teléfono del bolsillo y avisar de que no iba a ir.

Mi cuerpo no dejaba de temblar mientras subía los peldaños de las escaleras hasta la habitación de Lucas. Ahora nuestra. Otro vuelco en el estómago y más chispas en el vientre de pensar en la palabra nuestra, en nosotros como un todo. Lucas y yo. Cuando abrió la puerta me volví de gelatina; como cuando vas a acostarte con alguien por primera vez y los nervios hacen que sientas un cosquilleo por todo tu ser. Así me sentía: Ansiosa, deseosa y con el corazón a punto de salirse del pecho. Lucas tiró de mí hacia el interior de la habitación y me pegó a su pecho antes de susurrar sobre mi boca.

—No me odies por lo que voy a hacer —Abrí la boca, pero antes de llegar a hablar me calló con un beso a la vez que conducía hacia la cama. Nos deshicimos de la ropa entre besos juguetones y mordiscos provocativos.

Caímos sobre la cama entre risas y, sin olvidar lo que acababa de decirme, pregunté:

—¿Por qué voy a odiarte por hacerme el amor?

No sé ni como pude hilar esas palabras teniéndolo encima de mí, despeinado, agitado y deseoso.

Y no olvidemos su característico olor colándose por mis fosas nasales mientras su aliento rozaba mis labios y su torso desnudo se pegaba al mío.

—Porque no vamos a hacer el amor “convencional”, por así decirlo —su voz me alejó de mis pensamientos para consumirme con la oscuridad de su mirada cargada de deseo, excitación y amor.

<<Porque no vamos a hacer el amor “convencional” por así decirlo >> repetí para mis adentros y me perdí. << ¿Entonces? >> pensé. Supe que había descifrado la expresión de mi cara donde se reflejaba mi pregunta no pronunciada porque se le escapó una sonrisa traviesa antes de hablar de nuevo

—Voy a hacerte el amor con la boca, preciosa campanilla. — Cuando me dispuse a quejarme volvió a callarme con un beso.

Las ganas de querer dejarlo eunuco por aquello desaparecieron en cuanto sus labios abandonaron mi boca para trazar un camino de besos húmedos hasta mis pechos. Mi corazón estaba desbocado, mis pupilas dilatadas y había perdido el control sobre mis facultades lingüísticas, porque hoy sí que era incapaz de decirle que parase. Mis ojos no se despegaron de los suyos ni un segundo desde que había empezado a recorrer mi cuerpo con sus labios, que ahora atrapaban un pezón para succionarlo y morderlo de manera juguetona, mientras sus pupilas se dilataban y sentía como las mías le seguían. Pasó al otro pezón y si no fuese porque sus labios pararon para hablar, con un tono tan sensual que logró que la necesidad se apoderase de mi bajo vientre, hubiera perdido el control.

—Quiero que me enseñes lo que te gusta —besó con un cariño desgarrador la elevación de mi pecho y comenzó a bajar por mi vientre, que se contrajo bajo sus labios—. Quiero que disfrutes. Conocerte y descubrirte, ¿vale? —asentí y regresó a mis labios para besarlos antes de volver a bajar a mi vientre.

Cada beso de Lucas, que humedecía mi piel erizada, me robaba un gemido de placer que ahogaba en el interior de mi garganta y terminaba explotando en mi sexo. Su boca se detuvo en la cinturilla de mi pantalón y entraron en juego sus hábiles dedos para desabrocharlo y deslizarlo por mis piernas mientras se deleitaba mirándome. Se detuvo en el lunar que tenía en mitad del muslo izquierdo y lo repasó, suavemente, con la yema del pulgar. Sonrió y lo besó con mimo. Me estremecí. Continuó deshaciéndose de mis pantalones hasta que los dejó caer al suelo. Se arrodilló a los pies de la cama y con los ojos siguió el recorrido que iba trazando su dedo índice desde mis tobillos hasta el elástico de mis braguitas. Una sonrisa llena de timidez y deseo, a partes iguales, asomó a mis labios cuando paseó el dedo por el elástico, rozando tela y piel. Activando todas mis terminaciones nerviosas de golpe. Él también sonrió antes de que mi ropa interior terminase junto a mis pantalones. Volvió a arrodillarse a mi pies, contemplándome; y no hablo solo del cuerpo, sino de ese lugar al que, ahora lo sabía, solo podía llegar él. Mi alma. Respiré profundamente cuando las manos de Lucas se colocaron sobre mis rodillas para flexionar mis piernas y abrirlas para él. Se mordió el labio inferior y vibré entera. La urgencia que tenía por él latía sobre mi zona sensible y sentí como su nombre se escapaba de entre mis labios.

—Lucas... —Fue más un suspiro.

Un suspiro que se incrementó en cuanto sus labios besaron mi monte de venus. El cuerpo entero me dio una sacudida y mi piel sintió su contacto al instante. Besó el interior de uno de mis muslos muy despacio para después besar el otro de la misma manera, sin dejar de mirarme ni un solo segundo. Yo no podía dejar de hacerlo tampoco. Quería verlo. Quería vernos.

Me estremecí y la espalda se me elevó imperceptiblemente de la cama cuando Lucas sopló sobre mi sexo. Lento y suave. Cerré los ojos por un segundo. Cuando los volví a abrir no pude apreciar sus pupilas a causa del deseo, pero sí pude verme a mí reflejada en ellas. Igual de deseosa y anhelante.

—Voy a comerte muy despacio, —Su aliento rozó mi sexo de nuevo, pero esta vez acompañado de besos húmedos sobre mis labios interiores. No pude ahogar el gemido que escapó de mi boca—, y en el proceso quiero que me guíes... —Estaba yo para guiarlo. Yo, que me había perdido en sus caricias hacía un buen rato. Sin dejar de besarme me cogió la mano y la llevó hasta mi entrepierna, a la vez que me besaba los dedos, colocándolos entre su boca y mi zona sensible—, como cuando lo haces tú. —su mirada penetró en la mía—. Enséñame a complacerte.

No pude hacer otra cosa que asentir y aferrarme a las sabanas cuando su lengua alcanzó mi clítoris hinchado. El cuerpo enteró me dio una sacudida cuando su mano incitó a mis dedos a darme placer.

—Tócate... —pidió con tono suave.

—Tócame tú... —rebatí con toda la cordura que había encontrado.

—¿Cómo? ¿Así? —Un único dedo se coló en mi interior y del placer que me produjo se me arqueó la espalda. —Sí...

—¿O tal vez así? —Introdujo otro y supe que mi cuerpo no aguantaría mucho más.

La necesidad de correrme me obligó a unir las yemas de mis dedos con la lengua de Lucas para darme más placer. Su boca se paseaba de arriba abajo por mi sexo y mis dedos masajeaban ágiles mi clítoris, que incrementaba su tamaño cada vez que mi rubio favorito centraba la punta de su lengua en él. Sus dedos en mi interior salían y entraban a buen ritmo, haciéndome perder la poca cordura que me quedaba y llevándome al borde del clímax.

—No voy a aguantar mucho más... —susurré con el cuerpo tenso, avisándome del orgasmo devastador que Lucas estaba provocando.

Lucas sonrió sobre mi sexo y con la mirada me pidió que no aguantase. Que me dejara ir. Que le regalase el placer de verme tener el mejor orgasmo de mi vida hasta ahora. Que le diese todo de mí. Y lo hice. Cerré los ojos y me dejé ir, junto con un placer descomunal que me invadió de pies a cabeza, mientras Lucas aferraba sus brazos a mi cintura. Abrazándome. Haciendo de aquello algo íntimo y perfecto. Conectados por nuestras miradas mientras mi sabor inundaba su boca.

Mis dedos se enredaron en su pelo, con cariño, para poder relajarme entre sus brazos. El placer, que me abandonaba poco a poco, dio paso a la timidez y a un inmenso amor sin censuras.

Lucas besó mi monte de venus antes de tumbarse a mi lado para abrazarme. Un único beso, sin lujuria, pero lleno de cariño. Otro beso, igual de tierno, llegó a mis labios y sonreímos.

—Espero que lo hayas disfrutado, preciosa.

La palabra disfrutar se quedaba corta. Me debatí entre decirle que había sido el mejor orgasmo de toda mi vida o que no había estado nada mal y no sonar desesperada. No lo pensé mucho.

—Ha sido el mejor orgasmo de toda mi vida..., y eso que solo has usado la lengua y los dedos;

el día que uses la... —sus labios impactaron contra los míos, divertidos, para callarme.

—Shh... —Otro beso rápido—, que yo aún necesito una ducha fría para bajar esto. —Una mirada fugaz a su entrepierna, por parte de los dos, nos hizo reírnos como niños.

No necesitaba esa ducha fría. Me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio inconscientemente y hable:

—Puedo ayudarte con eso, si quieres... —El tono que usé provocó que sus pupilas volviesen a dilatarse, solo una fracción de segundo, de la misma manera que cuando estaba entre mis piernas.

—Hay algo que quiero más que eso... —Empezó a decir mientras me arrimaba más a su cuerpo —, y es que disfrutes de la sensación que te invade el cuerpo ahora mismo, que te des una ducha, te quedes en la cama o que hagas lo que quieras, pero que sea para ti. —Dejó un cálido beso en mi frente antes de volver a habar—. Yo voy a darme esa ducha fría y después traeré algo para que desayunemos.

Se incorporó, pero lo detuve antes de que saliese de la cama. No quería que se diese una ducha, quería satisfacerlo igual que había hecho él conmigo. Lo deseaba. Deseaba a Lucas de todas las maneras habidas y por haber. Deseaba hacerlo.

—Pero... —empecé a decir con voz tímida.

—Pero nada. —Un beso casto selló mis labios—. Me quedo contigo toda la mañana, así que tendremos tiempo para mí más tarde, preciosa. —No pude evitar sonreír con el adjetivo—.

Ahora, este tiempo es tuyo.

Me quedé observando a Lucas mientras sus palabras aún se repetían en mi mente como si fuese un bucle. Uno precioso lleno de sensaciones nuevas. Me sentí llena de respeto, confianza y seguridad. No pude evitar acercarme a él para colgarme de su cuello y llenarme de eso que me daba y que cubría hasta los huecos que jamás habían existido. Mi cuerpo no necesitaba ningún tipo de tela para sentirse cubierto, lo hacía él con sus brazos, con sus manos. Lo hacía él abrazándome y fundiéndose conmigo como estaba haciendo ahora mismo. Inspiró sobre mi pelo y cerró los ojos, no lo veía pero sabía que así era.

Besé su cuello suavemente y hablé sin despegarme de él.

—Quédate conmigo para siempre —pedí.

Me separé para mirarlo y lo encontré con una sonrisa arrebatadora dibujada en los labios.

—Para siempre es poco tiempo, ¿no crees?

Ambos sonreímos antes de unir nuestros labios hasta que la ducha fría se hizo muy necesaria. Para ambos.

CAPÍTULO 12

Lucas

La comida que había preparado Mabel estaba buenísima, como siempre. Pocas veces comíamos en la habitación, nos gustaba compartir mesa con todos los que vivían aquí. Hoy había sido un día especial y decidimos comer arriba, juntos y solos, para aprovechar el poco rato que me quedaba antes de tener que volver al ensayo con los chicos.

La media hora que me había tumbado con ella había pasado volando. Me senté en el borde de la cama para volver a ponerme la camiseta e irme.

El tacto de las yemas de sus dedos sobre el tatuaje del ángel en llamas, ya era la segunda vez que

lo tocaba hoy, erizó cada poro de mi piel. Eso me obligó a cerrar los ojos con fuerza a la vez que se me encogía el estómago.

—Renzo... —Su nombre escapó de mi boca en un susurro inconsciente mientras su recuerdo me invadía de pies a cabeza.

Sentí los brazos de Vega rodearme por detrás para abrazarme y apoyar su cabeza en mi espalda antes de preguntar:

—Las alas son por él, ¿verdad? ¿Quién era? —preguntó en pasado, cosa que me llamo la atención.

Sabía que esta vez no podía eludir esta conversación ya que se lo había prometido. Me giré para encararla y en sus ojos vi un toque de culpabilidad, como queriendo decirme algo. Lo pasé por alto y respondí:

—El que me enseñó todo lo que sé —dije con una sonrisa a medias—. Era el sexto integrante de la banda.

—Lo sé... —Me giré al escucharla. Los ojos confesores de Vega me miraron tímidos antes de hablar—. El otro día, cuando buscaba las llaves de mi habitación en los cajones de tu escritorio, encontré un álbum de fotos de cuando eras pequeño... Mientras cotilleaba tus fotos, una foto de la banda se cayó al suelo y en ella salía Renzo... Lo siento, no era mi intención encontrarla ni, mucho menos, invadir tu intimidad.

—No te preocupes. Si no te lo conté antes es porque aún me duele hablar del accidente y todo lo que vino después... No porque quiera ocultarte nada — confesé.

Su mano alcanzó mi rostro y lo acarició con cariño.

Recordar a Renzo era algo que podía hacer sin derramar lágrimas. Hablar libremente de lo que pasó... no. Era algo que aún tenía clavado, por eso el ángel. Salí ileso de aquel incendio, sí; pero eso no significa que las cenizas no continúen viajando conmigo.

Solo necesité que los ojos de Vega volviesen a conectar con los míos unos segundos para hacerle saber que aún no estaba preparado para profundizar más en el tema.

Su respuesta fue volver a rodearme la cintura en un abrazo de comprensión y volver a apoyar su cara en mi espalda a modo de apoyo.

Me despedí de Vega, y salí pitando para el estudio. Solo íbamos a tocar cuatro canciones en el Eiffel Festival, pero nos estábamos asegurando, en los ensayos, de que fueran las mejores de nuestro género en el recital. Estábamos a miércoles, solo quedaban dos días para coger el avión rumbo a París y empezar a cumplir uno de nuestros sueños, y las ansias se palpaban en el ambiente. De vez en cuando había algún rife entre los chicos, pero nada que no arreglasen un par de cervezas. Por eso, en vez de ir directo al estudio, me pasé por el supermercado y pillé unas cuantas. Abrí la puerta y les enseñé la bolsa.

—Vengo con el abastecimiento, señores —dije a modo de saludo.

—Menos mal.

—Te escaqueas para comer con Vega y...

—Traigo birras —dije antes de que empezase la queja.

—Vale. —Se encogió de hombros y reí por lo fácil que era disuadir a Enzo—. Me parece un buen pago. Te vas a comer con la churri y traes birras, lo compro.

—Eres un negociador nato —le tiré a la cara la sudadera que me había quitado mientras hablaba

y nos reímos.

La tarde no había distado de todas las otras de la semana, de hecho, la rutina era la misma cada día: me levantaba, despertaba a Vega comiéndomela a besos, nos duchábamos, ella se iba a currar y yo al estudio. Había días que podía escaparme a comer con ella y otros, en los que el ensayo nos tenía tan absorbidos y sentíamos que lo estábamos bordando, que tenía que quedarme y darlo todo. Y así hasta acabar el día. Las noches eran otra cosa. Mi mundo con Vega era otra historia. No había noche que sus manos me regalasen una caricia igual. Cada una era diferente, mágica y única. Como ella. Mi piel se erizó al recordarlas. Lo único igual cada noche era la manera que teníamos de dormir. Abrazados, con su oreja sobre mi pecho, nuestras respiraciones mezclándose y las yemas de sus dedos paseándose por mi oreja para conciliar el sueño. Una sonrisa tontorrón, al recordar la suya, se escapó de entre mis labios. La voz burlona de Tato me trajo de nuevo al estudio.

—¡Mira a este! Que cara de tonto enamorado tiene... — chasqueó los dedos delante de mí.

No sé por qué, Lola se coló en mis pensamientos, pero fue perfecto recordar que era una pelirroja bastante guapa. La casualidad era que mi amigo perdía el culo por ellas. Entonces, la sonrisa tonta se convirtió en una chulesca.

—Enamorado sí, tonto no —contesté sin vergüenza—, o puede que sí... —Me recosté sobre el respaldo del sillón de cuero y vacilé—, porque te iba a presentar a una pelirroja que...

—A ver... —Relajó el ambiente y no pude evitar reír antes de escucharlo hablar—. Quien dice tonto dice distraído.

Ahora no me reí solo yo, lo hicimos todos. Estábamos sentados en los sillones bebiéndonos los botellines que acababa de traer.

—Se llama Lola, trabaja con Vega —empecé a decir—, se llevan bastante bien y no sé porque me da que sois dos locos que os llevaríais muy bien. Demasiado. —Recalqué la última palabra arqueando las cejas.

Tato se inclinó hacia delante y como si las ganas del moreno por conocer a la pelirroja se hubiesen leído el libro entero de “El Secreto” y lo estuviesen poniendo en práctica, sonó mi móvil en el interior de mi bolsillo.

—Espero no haber interrumpido —sonreí al escucharla.

—Tu nunca interrumpes.

Los soniditos a modo de burla de mis colegas me obligaron a echarle una mirada amenazante a Tato para que los callase o se quedaba sin cita a ciegas con la pelirroja. De repente, pegó un chiflido que nos dejó sordos a todos y los mandó a callar, cosa que inesperadamente pasó. La voz de Vega me devolvió a la conversación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó haciendo referencia al chiflido.

—Nada, que están como una cabra —contesté sin darle más importancia.

—Ya... —rio—. Luego voy a ir con Lola y Carol a tomar algo, ¿os apetece venir? —preguntó milagrosamente, y digo milagrosamente por lo que acababa de decirle a mi amigo.

Sonreí antes de volver a hablar.

—Claro —contesté.

—Si no les has preguntado.

—Estos se apuntan a un bombardeo, a menos que se esté muriendo alguien. —Mis amigos me observaban en silencio y ahora el que tenía cara de tonto a la espera, era Tato.

—Genial. Nos vemos en el bar que hace esquina con la tienda cuando acabe. Te quiero, chico guapo —La imaginé sonriendo al otro lado.

—Y yo a ti preciosa, mucho. Nos vemos después —sonreí y colgué.

Cuando miré a mis amigos me los encontré burlándose de mí con muecas. Al terminar de vacilarme me preguntaron qué había dicho Vega, aunque se hacían una idea. No pude evitar reírme al contestarles que habíamos quedado con Vega, Lola y Carol para tomar algo después que acabasen la jornada laboral. Se apuntaron todos menos Moe, que tenía que ir a no sé dónde con su hermana; y Enzo había quedado para cenar con Romi.

Mientras nos terminábamos las cervezas y nos levantábamos para ponernos a ensayar, instalé en mi cara una sonrisa al cerrar los ojos por un momento y verla. Solo necesité un segundo para que todo mi ser la recordase. Estaba enamorado de la preciosa campanilla hasta las trancas y no lo ocultaba, ni tenía pensado hacerlo. Me flipaba que ella tampoco. Terminé de acomodarme para empezar a tocar y me coloqué en mi sitio.

—Arrancamos con la primera, paramos diez minutos, vamos con la segunda y así hasta la cuarta. Cuando acabemos hacemos las pruebas finales de sonido a ver cómo queda, ¿os parece? —nos preguntó Charly.

Todo estuvimos de acuerdo. Coloqué los pies firmes sobre el suelo y los dedos sobre las cuerdas de la guitarra. Esperé a que Tato nos indicase el comienzo de la canción con el ritmo de las baquetas y entonces cerré los ojos. Me dejé llevar por las notas que arrancaba de mi guitarra y la voz rasgada de Charly, al compás de los acordes de la canción *The Reason* de Hoobastank, que llenaban el estudio.

Cuando terminamos el ensayo nos despedimos de Moe y de Enzo, que se fueron por otro lado; Tato, Charly y yo caminamos hasta el bar donde se encontraban las chicas. Cuando entramos, las vimos en una mesa del fondo, de pie al lado de un billar y cada una con su respectiva copa en la mano. Mientras avanzaba entre el gentío, observé a mi Campanilla, que aún no nos había visto. Estaba riéndose libremente con sus amigas y me encantaba ver cada gesto suyo: su pecho subiendo y bajando con cada carcajada, sus hombros sacudiendo con su risa y esa preciosa sonrisa.

Me pilló admirándola embobado y su sonrisa se iluminó aún más, si es que era posible. Nadie más se dio cuenta de que habíamos llegado así que aproveché para rodearla por la cintura con tantas ganas que hasta las puntas de sus pies se desprendieron del suelo al pegarla contra mi pecho.

—Hola —susurré sobre su pelo antes de separarme de ella para mirarla.

—Hola —respondió antes de unir sus labios a los míos.

CAPÍTULO 13

Vega

El anhelo de toda la tarde sin vernos se saboreaba en nuestros labios. Sonreí sobre estos antes de darle un beso rápido y presentar a nuestros amigos, que nos miraban expectantes y divertidos.

—No es cortéis eh... —La alegre voz de Lola se escuchó a mi lado y aproveché para presentar a los chicos.

—Charly, Tato —Los señalé con la mano y después la guie hasta Lola—, ella es Lola. —Presenté a mi amiga, pero no dije nada más porque ella sola se bastaba y se sobraba.

Sonreí al verla avanzar hasta los chicos y besarlos en la mejilla con todo el desparpajo que la caracterizaba. Lucas y yo nos miramos cómplices ya que no se nos pasó por alto la mano de Tato en la cintura de Lola cuando se saludaron. La mirada sonriente de mi amiga, al volver a mi lado,

me hizo saber que a ella tampoco.

Todos se sentaron en la mesa que habíamos ocupado con nuestros abrigos, mientras Lucas y yo íbamos a por bebidas para ellos que acababan de llegar. Nos acercamos a la barra y pedimos tres cervezas tostadas, que se nos antojaron al escuchar a una pareja hablando de su sabor mientras esperábamos a que nos atendieran. No tardaron mucho en entregarnos los botellines, los que nos entretuvimos fuimos nosotros besándonos, de pie junto a la barra, sin preocuparnos por las miradas indiscretas.

—Nos están mirando —sonreí sobre sus labios. No me importaba, la verdad, pero lo solté de todas formas.

—¿Y? —preguntó sonriendo de la misma manera.

—Que parece que tengamos dieciocho años, comiéndonos a besos por las esquinas, y tenemos veintiocho. —Recalqué el número abriendo los ojos divertida antes de robarle un beso rápido y juguetón, olvidándome de lo que acababa de decir.

Lucas se rio a la vez que se separaba de mí para coger los tres botellines que le entregaba el camarero. Uno de ellos lo cogí yo.

—Eres una pesada con lo de la edad y con lo que parecemos o dejamos de parecer. Lo sabes, ¿no? —Me picó divertido. Yo lo fulminé con la mirada pero sin poder borrar del todo la sonrisa de mi boca. Me encantaba escucharlo hablar, así que lo insté a que continuase y me explicase por qué—. Primero he de decir que creo que el amor no tiene límite de edad en su forma de expresarse. Y segundo... —Se calló un momento y frenó antes de llegar a la mesa—. ¿Qué más da lo que parezcamos o dejemos de parecer para las demás personas mientras nos parezca bien a nosotros? —Era una pregunta trampa porque en ella ya venía la respuesta.

Sonreí con el corazón hinchado de amor, me puse de puntillas y uní mis labios a los suyos de nuevo.

—A mí todo me parece perfecto contigo. Así que, te dejo comerme a besos aquí mismo si quieres. —Vacilé divertida. De camino a la mesa, Lucas se plantó una sonrisa canalla en la boca como respuesta a mi vacilada.

Justo antes de alcanzar a nuestros amigos, el frío cristal de los botellines rozó mi cintura por el modo en que me había agarrado mi rubio para susurrarme al oído lo que realmente quería decirme con esa sonrisa.

—Eso prefiero hacerlo cuando lleguemos. —Una electricidad descomunal me recorrió la columna vertebral y mi piel se erizó solo de imaginar sus labios dejando un reguero de besos a lo largo de mi cuerpo. Se acercó tanto a mí que sus labios se pegaron a mi oreja para estremecerme —. Solos y con poca luz te como mejor, preciosa.

Vibré entera, todo dentro de mí colisionó y la electricidad se arremolinó en mi estómago. Todo ello me condujo a dudar, por un segundo, si esta noche iba a poder ponerle freno a mis ganas de hacer el amor con el amor de mi vida.

Las mejillas me ardían y el corazón me palpitaba con fuerza cuando llegamos a la mesa. Nos encontramos a nuestros amigos enfrascados en una discusión sobre moda rockera. —... no tienes ni idea, en serio... —Carol se pellizcaba el puente de la nariz mientras se reía.

—¿Qué nos hemos perdido? —pregunté sonriente mientras Lucas les entregaba los botellines a sus amigos y yo a él el que llevaba en la mano.

—Este, que dice que su maleta para ir a París está llena de vaqueros rotos y camisetas de bandas épicas... ¡A París! —exclamó como si Charly estuviese loco.

Si la loca de la moda supiese que los otros cuatro llevaban más de lo mismo en las suyas, hubiese infartado aquí mismo. Lola me miró divertida por las salidas de nuestra amiga y se me ocurrió

que era el momento perfecto para soltar la preguntita del millón.

—Por cierto, chicos... —Me miraron prestándome atención—, ¿con quién viajáis vosotros? —pregunté a sabiendas de la respuesta.

No me pasó desapercibida la mirada fugaz que Lucas me lanzó antes de que los chicos nos contasen sus planes. Le respondí con un guiño cómplice y devolví mi atención al cantante y al batería.

—Podría llevar a cualquier tía, pero se lo he pedido a Sol. Era lo justo. —Se encogió de hombros y bebió del botellín—. Enzo va con Romi, tú vas con Vega y no me parecía bien dejarla aquí para irme con una que conocí el fin de semana pasado.

Al escucharlo, mi mirada se perdió en un punto fijo de la mesa pensando en que le había usurpado el lugar a Sol. A ver, no me sentía como si se lo hubiese robado, pero sí sé de buena mano que antes pasaban mucho tiempo juntos. Son mejores amigos, se han criado juntos y ahora Lucas pasaba conmigo casi todas las horas que tenía libres. De vez en cuando se tomaba un café a solas con ella o cuando lo hacíamos en grupo, pero no era como antes. Un atisbo de culpa se asomó por el balcón de mi corazón, pero la sensación duró solo un segundo. El segundo que tardé en sentir su mano apretar mi muslo con cariño. No necesitaba palabras para hacerme entender lo que ese gesto significaba, pero aún así lo hizo:

—No pienses tonterías —murmuró.

Asentí antes de relajar mis facciones y besarle suavemente en los labios. La aguda voz de Lola nos obligó a girarnos.

—¿Qué te apuestas? —Lucas y yo nos miramos, confundidos a la par que divertidos, antes de volver la vista hacia mi amiga.

Estaba de pie, con las manos a ambos lados de la cintura y una ceja levantada de modo chulesco. La sonrisa pícara de su boca me hacía ver la seguridad que tenía en sí misma. Me gustaba rodearme de mujeres así. Me gustaba tener a Lola como amiga.

Iba a hablar cuando Tato se levantó y dijo:

—¿Estás segura? —Vaciló, acercándose más a ella.

Madre mía. Miré a Lucas con un interrogante en la cara, el mismo que tenía él. Solo nos habíamos despistado un par de minutos y resulta que nos habíamos perdido la mitad de la conversación. Menos mal que Lucas tuvo los reflejos de preguntar, en el momento justo, que era lo que nos habíamos perdido.

—¡¿Qué coño ha pasado aquí en un momento?! —preguntó divertido.

Lola se giró para contestarle:

—Pues que... aquí tu amigo, —Señaló al batería—, dice que no me bebo diez chupitos de golpe sin que me saquen en camilla del bar... —dijo gesticulando con la mano, como si de lo que estuviese hablando fuese la tontería más grande del mundo.

¡Ay, madre! Pues siento decir que Tato la había cagado. No sabía el aguante que tenía Lola con el alcohol, pero sí que sabía de la tradición que tenían mis compañeros cuando contrataban a alguien nuevo. Y creedme, estaba perdido. Lucas se rio porque también la conocía.

—Y lo mantengo —dijo Tato.

Lola, Carol y yo nos miramos para luego estallar en risas.

—Este no sabe lo que dice... —habló Lola a la vez que se limpiaba con el dorso del dedo el rímel—Si me los bebo, ¿Qué me ofreces?

Tato la observó detenidamente, curioso, divertido y pensativo. Se volvió a sentar en el sillón y ahora miraba a Lola desde abajo, chulesco y divertido. La misma mirada con la que lo miraba mi amiga. La sonrisa del pelinegro se ensanchó mientras miraba a Lucas para, acto seguido, volver a

Lola, que esperaba divertida.

—Que te vengas a París conmigo. —Soltó de golpe.

—Ea, sin anestesia amigo —habló Lucas a mi lado.

—¡Hecho! —Lola le tendió la mano y Tato se la estrechó.

—La que se ha liado en un momento con estos dos... —pensé en voz alta.

—Ya te digo —dijo Carol—, me vais a tener que hacer un hueco en la maleta, parejita.—Las tres risas se mezclaron entre sí.

No tardaron mucho en traer los diez chupitos y dejarlos sobre la mesa. Lola se arremangó el jersey lila de punto que llevaba y se preparó para beberse los diez chupitos de golpe. Me recordó a las típicas películas del oeste, esas en las que los pistoleros se ponían súper serios antes de dispararse a la cabeza como si nada, como si fuese lo más normal del mundo. Las manos de Lola recogieron su cabello cobrizo en un moño rápido y despeinado a la vez que su sonrisa se ensanchaba mientras

ponía en fila los chupitos. Tato la miró extrañado y preguntó: —¿Qué haces? —Lola lo miró, alzó una ceja, pero no contestó; se centró en los pequeños vasos que tenía delante. Lo hicimos todos.

—Dejarte muy mal en cuestión de segundos, amigo. —Carol le guiñó un ojo.

—Coincido —asentí y reí—, aparte de ganarse un viaje a París de gratis.

La risa brotó de mi garganta y todos se me unieron. Incluso Tato, que en el fondo estaba deseando que Lola se bebiese los diez chupitos como si fuesen agua. Una electricidad chispeó en mi estómago cuando Lucas acercó a mi oído.

—¿Crees que dormirán juntos o separados? —preguntó divertido.

—¿Crees que dormirán? —Subí y bajé las cejas obviando la química que había entre nuestros amigos.

Los labios del rubio chocaron con los míos y sonreí en el acto. Estas muestras de cariño me llenaban de un sentimiento del que aún no sabía el nombre, pero que me inundaba de felicidad pura y dura.

—¡Pa' dentro!

Los diez chupitos resbalaron por la garganta de la pelirroja, provocando lágrimas en sus ojos a causa de la quemazón de la absenta. ¡¿ABSENTA?! Me cago en la puta, ya le podrían haber puesto tequila. Menuda cogerza va a pillar. Se limpió la boca, muy señorita ella, con el dorso de la mano y le guiñó un ojo con chulería al batería.

—Voy a preparar la maleta en cuanto llegue a casa —anunció divertida.

La cara de Tato era un poema. Estaba flipando y, a la vez, fascinado por la forma de ser de Lola. En la mirada se le notaba que la admiración no estaba causada porque se hubiera bebido los diez chupitos. Sonreí y pillé a Lucas con la misma sonrisa mirando a su amigo. Apoyé la cabeza sobre la suya y miré a mi alrededor. Era más feliz que nunca. Un beso que se escapó de mi corazón llegó a mis labios y aterrizó sobre sus rizos. Hablé sobre ellos mientras el olor a su champú se colaba por mis fosas nasales llegando a todas mis terminaciones nerviosas.

—Creo que va a ser un viaje interesante.

—Cambia interesante por alucinante, preciosa —besó mi cuello y yo cerré los ojos. Era todo lo que necesitaba. Esto. A él. A Lucas.

CAPÍTULO 14

Lucas

Cuando la alarma sonó, hacía un buen rato que estábamos despiertos, mimándonos bajo las sábanas. Mis dedos se paseaban por la espalda de Vega provocando que su piel se erizase bajo mis yemas, y los suyos recorrían mi pecho de una forma tan lenta que hasta los anhelaba; también me regalaba los besos más dulces del mundo. Los nervios no nos habían dejado dormir mucho y las ganas contenidas, el uno del otro, de estas dos semanas ya se palpaban. Era rozarnos y saltar chispas por doquier. Había tenido días en los que me había odiado a mí mismo por querer esperar al viaje a París; pero ahora que la miraba, sonriéndome, con los labios hinchados por los besos que nos acabábamos de dar, sabía que la espera no iba a merecer la pena. ¡Lo iba a merecer todo! La alarma volvió a sonar y salimos de la cama. Vega se duchó primero mientras yo bajaba a preparar un par de tazas de café como cada mañana, que tomábamos una juntos en el cuarto y después bajábamos a desayunar, como era costumbre, con todos en el patio. Me encontré a Sol en la cocina, que me saludó rápidamente antes de desaparecer para terminar de preparar las cosas. Normalmente era bastante organizada, pero Charly le dio una bonita sorpresa en el último momento, que la descolocó y alegró a partes iguales. —En una hora os veo aquí —gritó desde el patio. Si no nos ponía una hora límite para controlarnos, no era

feliz. Negué sonriente mientras terminaba de llenar las tazas de café y volvía a la habitación con mi preciosa campanilla. Abrí la puerta y el mundo entero dejó de girar a mi alrededor para que solo me concentrase en la imagen que tenía delante. Nuestra habitación desordenada como nunca, con nuestras maletas en el suelo, abiertas, aún por acabar de hacer; las caricias que nos habíamos regalado y que aún se palpaban en el ambiente... y ella. Vega sentada en la cama, recién salida de la ducha, con el pelo enrollado en la toalla, los cascos inalámbricos que le regalé puestos, tarareando la letra de la canción que estaba sonando en estos y untándose crema por las piernas con un conjunto de encaje rojo, era todo lo que quería ver el resto de mi vida. Entré sin distraerla de su tarea y dejé las tazas en el escritorio. Con lo alta que tenía puesta la música no me había escuchado entrar. Me quedé observándola unos segundos y saqué el móvil del bolsillo para immortalizar el momento. La cámara del móvil me mostró, a través de la pantalla, el momento perfecto para capturar la primera foto de las muchas que quería hacerle. Vega alzó la cabeza con los ojos cerrados y cantó a todo pulmón un trozo de la canción.

—Y en medio del silencio escucho nuestra melodía...

No dudé en capturar el instante en el que llegó al clímax de la canción. Sonriendo. Moviendo la cabeza de un lado a otro. Sintiendo la música en las venas, como yo siempre le decía. Saqué un par de fotos más en las que la pillé cantando, hasta que ella me pilló a mí.

—¿Qué haces? —Me dedicó una sonrisa tímida a la vez que preguntaba.

—Immortalizar el momento —confesé, girando la pantalla del móvil.

La preciosa campanilla pegó un salto de la cama en cuanto sus ojos observaron la pantalla y abrió la boca en un divertido gesto de sorpresa, antes de robarme el cacharro de las manos para

ver las fotos.

—Ala... —Hizo una mueca con la boca—, si salgo fatal... —De vuelta a la cama, pasó a la siguiente y se le escapó una sonrisa—. ¿Para qué quieres esto? Parezco una loca. —Giró la pantalla y me enseñó la primera foto que había hecho.

Rápidamente le quité el teléfono de las manos a la vez que le robaba un beso para compensar.

—Para que cuando la vea recuerde lo preciosa que estás echándote crema y cantando feliz. —Le guiñé un ojo y apoyé mi cabeza sobre su muslo, que descansaba estirado sobre el colchón. Sus dedos se enredaron en mi rizos automáticamente—. Aunque creo que la foto que he guardado aquí —Señalé mi cabeza con el dedo—, es mucho mejor e imposible de borrar.

Sus labios, sonrientes, impactaron contra los míos para después separarse y volver a besarme muchas veces, mezclando nuestras risas, lenguas, saliva, dientes y te quiero entre beso y beso.

—Te quiero —susurré antes de besarla una vez más.

—Te quiero, muy mucho. A rabiar. —sonrió sobre mi boca antes de darme el último beso y levantarse de un salto de la cama.

La seguí durante unos segundos con la mirada, hasta que clavó sus ojos en los míos regañándose para que terminase de hacer la maleta; eso sí, sin poder ponerse muy seria. Me levanté sonriente y como buen chico me puse a terminar de meter las pocas cosas que me faltaban dentro de esta. Cogí una camiseta negra de manga corta del cajón, ya que estábamos en agosto, y en el otro continente nos íbamos a abrasar vivos de calor. Encima me puse una sudadera y cuando me giré para mirar a Vega, no pude hacer otra cosa que reírme. Estaba intentando ponerse dos pantalones a la vez. El corto debajo y el largo encima. Luchó bastante para subirse los largos sin que pareciera que había robado algo y se lo hubiera metido en los pantalones. Al final lo logró.

Antes de salir por la puerta revisamos que lo tuviéramos todo.

—Vale, a ver... —Vega empezó —, tu maleta, la mía, la de mano... que por cierto, —Se giró para mirarme—, ¿hemos metido todos los papeles que tenemos que llevar para poder viajar? —asentí, pero volvió a preguntar—: ¿Seguro?

Cogí su rostro entre mis manos y busqué sus ojos para tranquilizarla. Estaba de los nervios.

—Seguro. —Besé suavemente sus labios—. Has repasado todo lo que nos vamos a llevar unas... —Me hice el pensativo—, quince veces, preciosa.

Besé su frente y al despegar los labios sentí que me llevaba conmigo toda su preocupación. Oí como su mente gritaba que vale, que estaba todo bien. Sentí sus hombros destensarse y la adrenalina abandonar su cuerpo, pero no la felicidad. Abrió los ojos para mirarme y sonrió.

—Sí. —Se puso de puntillas y sus labios se unieron a los míos.

Cogimos las maletas, salimos de la habitación y cerré la puerta con llave tras nosotros. Una sensación de felicidad extrema me comenzaba a invadir a medida que bajaba los peldaños de las escaleras y lo que veían mis ojos hacía que me explotase el corazón. Mi preciosa campanilla caminando delante de mí y, de fondo, todos nuestros amigos, con los que emprenderíamos este fantástico viaje.

Cuando llegamos a la altura de estos, todos éramos un manojo de nervios. Éramos ovillos de lana enredados, deseosos del desenredo para empezar a tejer. Nos saludamos y no tardamos en salir a pedir los taxis que nos llevarían al aeropuerto. Tardamos en conseguir tres taxis que llegasen seguidos y libres. Cuando lo logramos, arrancamos camino al aeropuerto. El tráfico era fluido y tardamos alrededor de una hora en llegar. Mis dedos estaban enredados con los de Vega, que iba mirando por la ventanilla sumida en su mundo. Perdida entre el paisaje que transitaba por sus ojos y la música que sonaba por sus auriculares. Mi música era la que sonaba en mis oídos cada

vez que la miraba. La canción más bonita del puto mundo en bucle, una y otra vez. Una vibración en mi bolsillo me alertó de la llamada entrante. De haber sabido que al leer la pantalla iba a ver el mismo número que la semana pasada en la cocina, no me habría molestado ni en sacarlo. No habrían vuelto los monstruos a visitarme. No sería yo el que, ahora, mirara por la ventanilla intentando refugiarse en su Alzheimer selectivo. Que a veces pasa de selectivo a bloqueante. Qué listo es el puto cerebro cuando se trata de reprimir el dolor. Entre huidas mentales de mis propios recuerdos a parches, cuidados paliativos a mí mismo y abrir puertas para que los monstruos desfilasen y la tranquilidad volviese a instalarse en mi psique, el taxista nos avisó de que ya llegábamos al aeropuerto.

Catorce horas sobre un pájaro mecánico solo habían conseguido que quisiésemos estirar las piernas para no perderlas. Menudo viaje. Lo bueno era que habíamos llegado a las siete de la tarde y habíamos decidido ir a cenar fuera y tomar algo; aunque para lo último ya veríamos si nos daba el cuerpo o no. Queríamos hacernos con el horario para poder aprovechar día de mañana y no pasarlo durmiendo. Aunque dormir no íbamos a dormir mucho. Por lo menos Vega y yo. Dos semanas de preliminares a favor de ella y en el mío... muchas duchas frías. Se hacía complicado dormir cuando el sueño era estar despierto. Con ella. Amándola.

París huele a pis. Por eso hacen tan buenos perfumes los cabrones. Aunque he de decir que en lo que menos estaban puestos mis cinco sentidos era en la ciudad en sí. Estaban puestos en ver a Vega disfrutar de París con una felicidad desbordante.

Llegamos a la puerta del hotel y entramos. En el recibidor nos atendió una mujer de mediana edad muy maja, la cual nos hizo entrega de las llaves a cada uno de nosotros. Las habitaciones estaban todas correlativas, en el mismo pasillo, por lo que decían los números de las llaves digitales que nos habían dado. Subimos.

—Bueno señores, nos vemos abajo en una hora. —Coloqué la llave en la cerradura y me giré para tirar de Vega y entrar a la pedazo de habitación que nos había tocado. Porque todo hay que decirlo, no habían escatimado en un solo detalle. Habitación grande, mini bar, lavabo con bañera (nada de plato de ducha cutre), sofá de dos plazas junto a una mesa baja decorada con pastas de diferentes tipos y un jarrón con flores frescas. Era un conjunto precioso ante el contraste de la ventana, que daba a un balcón igual de cuidado que el interior de la habitación. Lo mejor de todo fue la cama. La cama en la que te podías tirar a nadar si querías. Era enorme. La preciosa campanilla no nadó en ella, pero si se tiró a plomo boca abajo. Mis ojos sonrieron mientras avanzaba hasta ella.

—Estoy muerta... —Se quejó con la cara hundida en el colchón.

Me tumbé a su lado y le acaricié la espalda por debajo de la camiseta. Podría decirse que una de las mejores sensaciones del mundo era leer la piel de Vega. Su bello erizándose era braille para mis yemas. Me encantaba leerla.

—Y yo... —Le aparté el pelo del cuello para besárselo—, cenamos y nos volvemos. Las copas las dejamos para mañana. — Giró la cabeza de golpe para no asfixiarse y, de paso, mirarme y casi matarme en el acto. Una mirada que entendí y aclaré con una sonrisa canalla antes de que mi integridad física corriese peligro—. Es que esta noche tengo una cita muy esperada con la mujer

más preciosa de todo París. —Robarle besos era mi afición. Verla sonreír después de estos, también.
—Que pelota eres... —Ahora la ladrona de besos era ella.
—Y tú que guapa —sonrió a la vez que volteaba los ojos y no pude evitar abalanzarme sobre ella para comérmela, entre risas, a besos.
Enredados el uno en el otro, naufragando entre besos que sabían a vida y cosquillas llenas de amor. La hora que teníamos para bajar nos arrancó de la cama. No nos importó. Sabíamos que esta noche la haríamos arder.

CAPÍTULO 15

Vega

Los baños de mujeres. Esos cubículos donde pueden pasar las mil y una. Donde se escuchan confesiones, llantos, gemidos y risas. Donde la soledad no existe a simple vista, aunque bañe cada rincón. Ese cubículo que se parece al confesionario de la iglesia, pero con olor a pino y algún escrito cutre en la pared. Donde no hay cura, pero si una amiga que te da el papel del wáter porque tú no llegas o se va a buscarlo porque no hay. Baños de mujeres. Paraísos en los que refugiarte o asquearte. Eso de maquillarse en ellos creo que solo es un falso mito.

—Espero que el polvo que te ha echado el rubio haya valido la espera. —Lola me miró a través del espejo del lavabo del restaurante al que habíamos venido a cenar. Lo decía porque habíamos aparecido casi una hora tarde.

—¿Te refieres al sexo tántrico que llevamos practicando estas dos semanas? —contesté irónica, pero divertida, a la vez que le salpicaba gotas de agua en la cara, con las manos recién lavadas—. Me he recreado en la ducha.

—¡Cabrona! Que me borras el maquillaje —se quejó sonriente.

—Anda... —Chasqueé la lengua y me senté de un salto en el mármol del lavamanos—, si son cuatro gotas. Por cierto... —Alcé las cejas y elevé una comisura en mood amiga malvada cotilla—, ¿con Tato qué?

—Cuando hemos dejado las cosas le he dicho que dos metros de separación cuando durmamos, que la cama era muy grande. Aunque... espero echarle un polvazo, para que nos vamos a mentir.

—Se encogió de hombros y nos reímos. La naturalidad en persona.

—Sé de buena mano que le gustan las pelirrojas. Ahí lo dejo. —Me bajé del mármol del lavamanos. Tenía el culo cuadrado.

—Gracias por el dato, —Me guiñó un ojo—, ¿alguna información sobre cómo le gusta la lencería?

—Por como te mira, creo que te preferiría sin ella —dije de camino a la puerta para volver a la mesa con nuestros amigos.

—Pues mira por dónde... ¡Hoy no llevo bragas! ¡Qué despiste!

—Que guarra... —Solté una carcajada—. Pues yo si llevo, pero estoy deseando que me las quiten. RO-GAN-DO.

Lola negó con la cabeza y se acercó a mí para pasarme un brazo por los hombros.

—Tía... —Se intentó poner seria. No lo consiguió—. ¿Cómo coño habéis estado dos semanas

durmiendo juntos sin follar? En serio, podría ser un caso de esos de locos perturbados que salen en la tele; eso o que sois unos muermos sin vida sexual. Aunque no lo creo, porque el rubito tiene una cara de que te va a empotrar de tal forma, que las dos semanas de espera, se habrán convertido en dos segundos en un chasquido de huevos.

—¿Pero a ti te daban cola cao caducado de pequeña o qué? —No pude aguantar la risa ni la pregunta torpe que se escapó con ella—: Y ¿qué cojones es un chasquido de huevos?

Si mi boca hubiese contenido algún tipo de líquido, hubiese puesto el baño bonito. Como el Picasso que le quise hacer antes a Lola. Cuanto me recordaba a Gabi. Tenía la esperanza de que, cuando la llamase mañana, me dijese que, finalmente, podría coger un vuelo con Silvia y estar presente en el concierto del domingo por la noche.

—Lo dejo a tu libre imaginación, amiga —Abrió la puerta de un tirón y se colocó frente a mí—, pero esa no es la pregunta correcta. ¿Sabes cuál es? —preguntó con una sonrisa más canalla que la de Lucas.

—Sorpréndeme —vacilé.

—La pregunta es... ¿Qué coño hacéis aún aquí cuando ya hemos acabado de cenar y van a pedir el postre? Ya habéis quedado bien. Vete con Lucas y que te de el postre en la habitación del hotel, que os lo merecéis. Yo lo haría. —me guiñó un ojo y me tendió la mano para salir del baño.

Mi estómago empezó a saltar. Lola tenía razón. Ya habíamos cumplido con nuestros amigos. Nos debíamos el cumplir con nosotros de una vez por todas.

—Tienes razón. —El largo pasillo, entre el lavabo y el restaurante en sí, me llenó de una impaciencia voraz—. Bébetes un par de copas a mi salud. Voy a decirle a Lucas que nos vamos. Caminamos por el pasillo y al llegar a la mesa, yo iba medio flotando por la felicidad que me embriagaba. París. Mis amigos. El amor de mi vida, que me mira con los ojos brillantes mientras me siento a su lado y lo beso.

Sus dedos se enredaron con los míos, por debajo de la mesa, en perfecta sincronía. Encajando. Su tacto es cálido aunque algo rugoso, pero yo lo siento suave. Nuestras miradas se cruzaron y en ellas se veían el amor y el deseo contenidos. No hicieron falta palabras entre nosotros, pero sí con nuestros amigos que, por suerte, no leen la mente.

—Chicos —habló Lucas—, nosotros nos vamos a ir yendo... —Arrastró la silla hacia atrás y yo imité su gesto, viendo venir las sogas que nos querían atar.

—¿En serio os vais? ¡Que estamos en París! —saltó Moe.

—¡Eso! —habló Charly—, que el polvo lo podéis echar después...

Este no sabe lo que dice. Claro. Los únicos de la mesa que saben lo de las dos puñeteras semanas son Lola y Enzo. Todos los demás se piensan que estamos retozando como animales cada cinco minutos, por no decir que...

—La cosa es que nos apetece echarlo ahora y no un polvo cualquiera... —oí mi propia voz y el colorete me salió gratis.

Había dicho en voz alta lo que estaba pensando. Menos mal que no se me había escapado nada más. Si es que tengo una boca... Nuestros amigos me miraron divertidos, incluso Lucas estaba flipando con lo que acababa de soltar por la boca. Me rendí y sonreí. Me liberé. La vergüenza huyó despavorida a otro cuerpo que sintiese culpa por amar libremente dándolo todo. Se fue en busca de un amor de esos que se esconden y que a veces se mueren por el camino de la oscuridad porque nunca llegaron a ver la luz. Nosotros no éramos de esos. Lo sabía. Nosotros nos vivíamos.

—Pues que te aproveche el postre, linda. —La pelirroja me guiñó un ojo recordándome la

conversación del baño.

Asentí a mi amiga y salí con Lucas del restaurante entre algunos abucheos a modo de broma de nuestros amigos, pero más comentarios picantones que otra cosa, lo que hizo que algunos clientes voltearan a ver que pasaba. Salimos del restaurante con un aura ardiente y mis mejillas aún sonrosadas. Los dos nos paramos en seco. Sincronizados. Conscientes. Perdiéndonos en los ojos del otro mientras gritaban de deseo. El anhelo de algo que aún no conocíamos, pero sabíamos que superaría cualquier expectativa, nos consumía. Con Lucas no había expectativas, solo éramos. El incremento de mis latidos era la alarma de que ya era hora de llegar a destino de una buena vez. Besé a mi chico con necesidad y tiré de él para perdernos por las calles de París, y en el camino hasta el hotel ir encontrándonos a nosotros. En cada beso robado y cobrado. En cada caricia que doblaba una esquina. Con cada risa que se nos escapaba de entre los labios quedándose en el aire como si fuese una estela de felicidad palpable.

Lucas

Nunca unas escaleras me habían parecido la mejor montaña rusa del mundo. Sin duda era el efecto que creaban sus besos y caricias. Subíamos comiéndonos a besos hacia la habitación y la gente se nos quedaba mirando, pero no nos importaba un carajo. Yo solo podía verla a ella y no tengo duda de que ella solo podía verme a mí. Éramos ajenos a todo porque nos cegábamos el uno al otro.

Besos. Pies torpes. Risas.

Lenguas. Manos deseosas. Anhelo.

Todo se ralentizó en un segundo cuando nuestras manos alcanzaron juntas el pomo de la puerta.

Volví a encontrar sus ojos. Entramos.

Latidos. Cercanía. Brillo.

Contacto. Piel que grita. Amor.

Vega

La penumbra de la habitación hacía que sus ojos brillasen aún más. No podía dejar de mirarlo. Corrijo. No podía dejar de verlo. El corazón me latía fuerte y el suyo lo escuchaba desde mi postura. Como si mi cuerpo hubiese decidido ir a cámara lenta, corrí las cortinas para que entrase la luz de la luna y abrí el ventanal para que la noche veraniega de París pudiese ser testigo de la magia que íbamos a crear juntos. Comencé a bajar los tirantes de mi vestido, descubriéndome ante él más allá de lo físico. Me deshice del vestido veraniego de espaldas a la cuidad de las luces. Avanzó hasta mí con pasos tranquilos, sin prisa y con disfrute. La luz de la luna bañaba sus rizos rubios creando un contraste de luces y sombras sobre su rostro que marcaban su precioso hoyuelo, causado por la curvatura de sus labios. Alcé lentamente la mano y lo rocé con delicadeza. La intimidad del momento nos estaba sumergiendo en una tranquilidad que nos permitía darnos todo lo que deseábamos. No me privé de ninguna caricia ni de ninguna mirada. Dejé escapar cada suspiro y susurré muchos te quiero mientras nos deshacíamos con delicadeza de los trozos de tela que nos sobraban. Los dedos de Lucas se pasearon por mis costillas, mis brazos y mis labios. Mis manos llegaron al dobladillo de su camiseta para sacársela por la cabeza y le siguieron los pantalones. Hicimos el recorrido hacia la cama enredados el uno el otro. Lucas se sentó en el borde de esta y yo lo hice a horcajadas sobre él. Sus dedos se posaron, suavemente, sobre el encaje rojo de mi sujetador y después pasaron a mis labios. Dedos temblorosos.

Ansiosos. Me ardían las mejillas, el cuerpo y el alma. Los besé y sonreí sobre ellos. Mis brazos rodearon su cuello y los suyos mi espalda. Nuestras bocas volvieron al asalto. Buscándonos. Un

placer lento. Que mataba y revivía a la vez. Un amor incendiario en toda regla. Una corriente eléctrica subió por mi columna vertebral al sentir sus dedos desabrochar el encaje que cubría mis pechos, para dejarlo caer al suelo con el resto de las prendas que nos habíamos ido quitando. Un gruñido ronco se mezcló con mi gemido ahogado al sentir el contacto de mis pezones contra su torso. Pasaron de ser pezones a ser diamantes, de lo duros que se me pusieron. Sin poder evitarlo, aceleré el beso. Necesitaba sentirlo dentro de mí. Una sonrisa asomó a su boca.

—¿Tienes prisa? —susurró.

—Llevo dos semanas durmiendo contigo y ya no son suficientes los preliminares, chico guapo

—sonreí y lo besé—. No es prisa, es necesidad. Mucha.

—Entonces vamos a hacer que la espera haya merecido la pena. Disfrutémonos sin prisa, pero sin pausa —pegó sus labios a los míos y mi cuerpo al suyo. Le sonreí a modo de respuesta.

Nuestras lenguas volvieron a encajar y la mezcla de nuestras salivas me pareció el sabor más fantástico del mundo. Sus manos se perdían por cada rincón de mi cuerpo y entonces se dejó caer hacia atrás, arrastrándome con él, sin separar nuestros cuerpos. Latido con latido. Me incorporé y me encontré unos ojos teñidos de admiración que me removieron de pies a cabeza. Con una simpleza enorme, Lucas nos giró, mi espalda quedó contra el colchón y él encima de mí.

Nuestros pechos, que subían y bajaban a la misma velocidad, no paraban de chocar; yo lo notaba como si fueran colisiones de estrellas. Los besos se volvieron más intensos y el anhelo palpable.

Mis dedos

recorrían su espalda, en dirección ascendente, para perderse entre sus preciosos rizos rubios; y después volvían a bajar. Sus labios abandonaron mi boca para besarme el cuerpo entero, de arriba abajo; y de paso, besar también mi alma. Esa no la había besado nadie, ahora lo sabía. Llegó al elástico de mis bragas y las deslizó hasta mis pies. Al hacerlo, se bajó de la cama quedando de pie al borde de esta.

Admirándome y devorándome

con la mirada, hizo lo mismo con sus calzoncillos, dejándolos caer al suelo. Mis ojos navegaron por su cuerpo, sin mapa pero guiados por la admiración, mientras sus labios volvían a mi cuerpo para recorrermelo desde los tobillos. Sus manos subieron por mis piernas hasta la altura de mis muslos. Besó la cara

interna de uno. Vibré. Después el otro. Dolor placentero. Dejó un único beso en mi monte de venus y continuó su camino, llenándome de besos húmedos, lentos y electrizantes al contacto

con mi piel, por mi vientre. Al llegar a mis pechos los mimó con las manos y los saboreó con cariño y devoción. El corazón nos taladraba el pecho buscando escapar y unirse. Mis yemas tenían grabado a fuego el tacto de su piel y el de sus labios..., que llegaron a los míos hinchados de amor. Respiré sobre su boca sin dejar de mirarlo. Agitada. Buscándolo. Mientras abría las piernas, un pensamiento salió de mi boca.

—Hagamos el amor hasta que no recordemos cuando empezamos a hacerlo —susurré sobre su boca recordando lo que

le dije en la ducha.

Aquel recuerdo feliz me robó un suspiro que no me cabía en el pecho.

—Hoy y siempre. —Apoyó su frente sobre la mía antes de volver a unir nuestros labios con una lentitud pasmosa. Sentí como mi corazón dejaba de latir y la respiración se me cortó al sentirlo. Un segundo único. El segundo que Lucas tardó en adentrarse en mí de una manera demoledora. Nos arrancamos, mutuamente, un gemido de lo más profundo de nuestras entrañas. Uno de placer que murió en la boca del otro. Nuestros cinco estaban conectados en su totalidad. Sentí mi piel erizarse por completo, al igual que la suya bajo mis yemas. Rodeé su cintura con mis piernas y, sin salir de mí, se incorporó para quedar sentados. Abrazados. Entrando y saliendo de mí sin ninguna prisa. Nuestros cuerpos eran imanes explorándose y queriéndose con pasión. Las caricias que le daba se me quedaban cortas. Cada vez que entraba y salía de mí sentía como si el mundo se apagase, como si solo existiésemos nosotros. El placer combinado con el amor era luz. Separé mis labios de los suyos para besar su pecho, memorizando el contraste del frío acero del piercing de su pezón sobre mis labios y el relieve de la araña que decoraba la boca de su estómago. Sus hombros con caminos de lunares en braille. Mientras, él jugaba con mi pezón entre sus dedos y rozaba mi cuello con la punta de su nariz, haciendo que mi piel reaccionara a su paso, como si no quisiese olvidarse nunca de mi olor. Como si quisiese sentirme cada vez que cerrase los ojos. Sentirnos a ambos. Si las pieles se pudieran leer, las nuestras ahora mismo dirían muchas cosas. Hablarían de amor y pasión. Admiración y confianza. Hablarían de dos personas que estaban destinadas a ser y estaban siendo. Aquí y ahora.

No sabría decirlos las horas que llevamos hundidos el uno en el otro. Perdidos en una vorágine que no queríamos que acabase. Ya casi estaba amaneciendo y mi cuerpo sentía que quería rendirse al placer. Rendirse a él. Nos miramos mientras continuábamos haciéndonos el amor. Abrazados. Lucas me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y ese gesto me transportó al galpón. El garaje donde me llevó a volar. Donde ya estaba enamorada de él, pero aún no lo sabía ni yo. Su teoría de los tres amores me vino, como un flash, a la cabeza y lo supe.

—Tu eres el número tres —murmuré.

Era Lucas y siempre lo había sido. Mi rubio era el número correcto. Sus ojos ahondaron en los míos y nos devoramos en un beso que hizo que nuestros gemidos y nuestros cuerpos explotaran a la vez.

CAPÍTULO 18

Lucas

Estábamos siendo uno. Sus caderas estaban sincronizadas con las mías. Igual que nuestros corazones. Latido a latido. Joder. La estaba amando en cada caricia, cada beso, cada suspiro... Habíamos perdido la noción del tiempo y ya casi amanecía. El sol brillaría sobre nuestra piel, perlada en sudor por las horas que llevamos haciéndonos el amor. Sin poder parar. Perdidos, pero encontrados el uno en el otro. No escuchaba ningún sonido más allá de su respiración y del bombeo de su corazón. No me cansaba de hundirme en ella ni ella en mí. Aún no nos habíamos corrido ninguno de los dos. No queríamos acabar. El clímax era como izar bandera blanca, pero

nuestros cuerpos gritaban lo que estaba a punto de pasar. Nos sincronizamos. Nos miramos. Nos vimos. Sus mejillas sonrosadas y sus labios hinchados dando paso a sus palabras.

—Tú eres el número tres. —Sus manos se aferraron a mi cuerpo desnudo. Toda ella lo hizo. Nos fundimos en un orgasmo devastador que sentí hasta en las entrañas. La estaba amando con cada célula de mi cuerpo. Se me quedaba corto el abrazo que le estaba dando, quería abrazarla hasta rozar su alma y no soltarla en la puta vida.

El primer rayo de sol había entrado hacía unos minutos por la ventana, bañando la habitación. Vimos amanecer después de corrernos juntos y ahora, mientras la abrazo como de costumbre, disfrutamos extasiados del orgasmo de hace unos minutos. <<Quiero estar con ella toda la vida>> Pensé y la atraje más hacia mí. Mis piernas desnudas se enredaron con las de Vega, a la vez que sus dedos se clavaban sobre mi pecho intentando traspasar las capas de mi piel para llegar más allá. El recuerdo de aquel primer contacto con ella, colgados de aquellos arneses, consiguió que imitara el gesto de sus dedos sobre sus costillas y su cintura. Me hablaba de la teoría de los tres amores. Aquella que le conté en su día, colgados entre nubes de algodón y comienzos inconscientes de un enamoramiento que jamás tendría freno. Relajé mis manos, preocupado por dejarle cardenales, pero continué aferrado a ella.

<< Tu eres el número tres >> su voz volvió a resonar dentro de mi cabeza y todas mis terminaciones nerviosas vibraron. Sentí como los ojos se me ponían vidriosos y me escocía la punta de la nariz. Sonreí sobre su pelo y levanté su rostro para mirarla. No me avergonzaba que viese la emoción en mi cara, al contrario, quería que viese el efecto que me provocaba amarla y que fuese recíproco. Sus ojos me imitaron, nos sonreímos y nos unimos en un beso salado y empapado en amor. Un beso que duró... No sé cuánto duro, lo único que sabía era que no quería que acabase en la vida. Me separé de ella para coger una bocanada de aire y susurrar sobre sus labios la mayor de las verdades de todas las que le había dicho.

—Te amo. —La besé con tanto amor que apreté los ojos por el fuego que crecía en mi interior, abrasándome pero sin consumirme. Avivándome.

—Te amo, Lucas. —Cerró los ojos y paseó lentamente su nariz por mi mejilla—. Te amo tanto que no puedo parar —rió mientras se le escapaba una lágrima, que casi brillaba con luz propia por todo el sentimiento que contenía; una que pillé al vuelo con el pulgar.

—No paremos. —Su respuesta fue pegar sus labios a los míos. Todo lo que necesitaba.

—Nunca. —El color miel de sus ojos se intensificó.

—Nunca. —Besé su frente. La punta de su nariz. Y sus labios—. ¿Te duchas conmigo, preciosa?

—Siempre —sonrió y a mi se me escapó la risa por el juego de palabras.

La achuché fuerte contra mi pecho y, cual garrapata, Vega se agarró a mi cintura rodeándola con las piernas. Mensaje recibido. Me levanté de la cama y caminé con ella abrazada a mí hasta la ducha.

El hotel era un hotelazo. Llenamos la bañera con agua caliente y Vega se pasó echándole jabón. Nos metimos y la suavidad de su piel bajo el agua logró activar todos mis receptores. Nos enjabonamos mutuamente reactivándonos, como si no hubiésemos tenido suficiente. Al parecer no lo habíamos tenido, porque Vega se giró para unir sus labios con los míos a la vez que agarraba mi erección y se sentaba sobre ella haciéndome explotar de placer. La abracé y me rendí a su vaivén de caderas. Subía y bajaba. Lento, torturante. Sentí como quería incrementar el ritmo pero el agua se lo impedía, así que me levanté con ella en brazos, sin sacarla de mi interior y con suavidad apoyé su espalda contra los azulejos de la pared. Arqueó la espalda al sentir el contraste de su espalda en llamas contra el frío del azulejo. Sus ojos se clavaron en los míos y joder... la sonrisa perversa que dibujaron sus labios hizo que mi erección creciese más en su interior.

—Y ahora, —Su aliento cálido golpeó mi boca—, ¿me estás follando o haciéndome el amor? —preguntó provocativa a la vez que jadeante, sin borrar la sonrisa.

Sonreí de la manera más canalla posible y me hundí más en ella antes de responder.

—Estamos follando con amor, preciosa. —Mis dientes atraparon su labio inferior y con él se llevaron un gemido al volver a sentirme, entrando y saliendo de nuevo—. Un amor salvaje... —Indomable. —Me robó la palabra de la boca.

Sonreí. Yo le robé un suspiro al volver a moverme y, ahora, no dejar de hacerlo. Dentro, fuera. Rápido, lento. Sus manos se perdían por mi pecho y sus uñas dejaban marcas pasionales sobre este. Mis dedos se aferraron a sus caderas y su cuerpo me aviso de que se iba a correr. Sus músculos se tensaron bajo mi cuerpo y al escuchar sus palabras susurrantes en mi oído:

<<Lucas... libérate conmigo.>>, exploté con ella. La habitación entera se llenó de nuestros gemidos. Me senté con ella en la bañera y se sacó lo quedaba de mi erección pero sin desprenderse de mi cuerpo. Estábamos en la misma postura que cuando empezamos a follarnos salvajemente pero solo quedaban el cariño y el amor incondicional que nos teníamos. Vega hundió su nariz en mi cuello y pasamos unos minutos en un silencio cómodo mientras nos enjabonábamos el uno al otro, aunque era un silencio que gritaba muchas cosas: Amor, pasión y realidad. El grito de ese silencio se mezclaba con el vapor de la estancia, llenándola de nosotros. De todo lo que las palabras no alcanzaban a decir. Gritaba que abriéramos la puerta...

—¿Tato? —pregunté en voz alta, aunque más para mí mismo—. Y...

—¿Lola? —La voz de Vega, preguntándose que hacían estos dos aquí a las seis de la mañana, me confirmó que no estaba loco—. A saber la que han liado... —dijo saliendo del agua.

—Por cómo nos aporrean la puerta, nada bueno... —La seguí fuera de la bañera—, se están... ¿peleando? —La risa se me escapó.

—Creo que sí... —contestó mientras salíamos del cuarto de baño. Parecía que nuestros amigos iban a echar la puerta abajo—. ¡UN MOMENTO! —vociferó la pequeña campanilla.

Pillé una camiseta de la maleta y le tiré otra a Vega, porque si se ponía a buscar unos pantalones, tendríamos que pagar la puerta de la habitación y muy probablemente los daños causados. Yo me puse unos pantalones cortos de chándal. Una carcajada se escapó de nuestros labios cuando abrimos la puerta y vimos el cuadro que teníamos delante. No podría describiros exactamente la cara de mi amigo, era una mezcla entre vergüenza, sueño y cabreo. La de Lola era de cabreo, a niveles súper Saiyan (de los dibujos de Goku) .

—¿Qué coño os ha pasado? —Vega intentaba contener la risa a la vez que abría más la puerta para dejarlos pasar.

—A mí nada, pregúntale a este —escupió Lola mientras pasaba delante de nosotros, dejando atrás a Tato, para ir derecha a sentarse en el sofá de al lado del ventanal. Vega siguió sus pasos. Mis ojos se clavaron en los de mi amigo cuando atravesaba el umbral de la puerta, mirándome y susurrando que no había hecho nada. ¿En serio me había insistido tanto con Lola para liarla tan pronto? Le daba como mínimo un mes, por como lo había escuchado hablar de ella. No el primer fin de semana que pasasen juntos. Lo conocía hacía muchos años y sabía que Tato era un alma libre. Tanto que aún no había encontrado ninguna acompañante para su vuelo. No sabía lo que se perdía.

—Que poquito has tardado amigo... —murmuré a su lado mientras llegábamos a la altura de las chicas.

—Va, Lola... —Mi amigo se sentó a su lado y la pelirroja se levantó como un resorte.

—Ni me hables —Lo cortó.

Así no íbamos a solucionar nada. No tenía ni idea de lo que les había pasado, lo único que sabía

era que estos dos no podían estar, en estos momentos, en la misma habitación. Mis ojos volaron hasta los de Vega y decían lo mismo.

—Chicos... —empezó a hablar—, creo que lo mejor es que habléis cuando la cosa esté más relajada —propuso.

—No, si no tengo nada que hablar con él. Lo que quiero es cambiar de habitación —soltó. Campanilla y yo nos miramos, con los ojos abiertos de par en par. Sorprendidos y asustados. No por ellos, por nosotros. Habíamos esperado dos semanas. ¡DOS PUTAS SEMANAS! Iba a matar a mi amigo en cuanto nos quedásemos solos. —Bueno —hablé—, son las seis de la mañana, estamos todos un poco nerviosos y esta noche es el concierto; tenemos que descansar. —Me giré para mirar a Tato—. Tú te quedas aquí conmigo y ellas que duerman en vuestra habitación —asintió.

Miré a las chicas, que también asintieron, y me levanté del sofá para acompañarlas hasta la puerta.

—Lo siento, preciosa. —Rodeé a Vega por la cintura y la besé.

—No es culpa tuya que a nuestros amigos les falten un par de neuronas —sonrió sobre mi boca y la volví a besar.

—Hablaré con él.

—Y yo con Lola —susurró.

Me costó separarme de ella después de la noche que nos habíamos regalado. Cerró la puerta con pesadez y las oí meterse en la habitación de enfrente. Me giré hacia mi amigo y lo fulminé con la mirada.

—Más te vale tener una buena excusa.

Caminé hasta el sofá y me dejé caer a su lado. No sé qué me dio más miedo: su cara desencajada al no saber ni él mismo lo que había pasado o lo que me dijo a continuación.

—He tenido un gatillazo tío, ¡UN PUTO GATILLAZO! El primero de mi vida y con una tía que me trae loco... —Se pasó las manos por el pelo y se mordió el carrillo—. No entiendo nada.

CAPÍTULO 19

Vega

Cerré la puerta y miré a mi amiga. ¿Por qué demonios quería ahora un cambio de habitación? Ayer, en la cena, no hacían más que tontear y hacer manitas por debajo de la mesa, como si fuesen críos enamorados; a lo que no tengo nada que objetar porque yo también lo hago con Lucas y me encanta. En fin, no entendía nada. Lo único que tenía claro es que la noche de mis amigos no había ido como la nuestra y que mis ojos se estaban cerrando.

—¿Tienes cafetera en la habitación? —pregunté con voz automática.

—Sí, de capsulas. ¿Por? —preguntó extrañada. Lola era esa amiga que, o tenía el día de pillarte al vuelo o le tenías que hacer un mapa porque las cuatro neuronas no le conectaban.

—Porque me voy a quedar dormida sentada, mongola —obvié divertida, señalando mi cara—, y necesito prestarte mucha atención, porque siento decirte que lo de cambiar de habitación no lo veo...

—No, si cuando te lo cuente todo lo vas a ver claro clarinete, amiga... —Cruzamos hasta su puerta, que estaba en frente de la nuestra, y nos adentramos en la habitación.

Al entrar, mis ojos volaron por toda la estancia y por las prendas de ropa que adornaban el suelo;

y algunos muebles también. Alcé las cejas y miré a Lola, que caminaba hacia la cafetera, queriendo romper el suelo a cada paso que daba.

—Joder... ¿Qué pasó aquí anoche? —pregunté mientras me sentaba en un sofá igual al de mi habitación.

—Qué NO pasó, dirás. —Bufó a la vez que metía la capsula en la cafetera.

—Pero si ayer estabais de puta madre Lola, no entiendo nada. —Le eché un vistazo a la habitación y volví a mirarla con una ceja levantada—. ¿Qué pasa? ¿No se le levantó? —bromeé. Me fulminó con la mirada y no me lo pude creer—. ¡HOSTIA TÍA! ¡NO SE LE LEVANTÓ! Me tapé la boca para no dejar escapar mis carcajadas y ese día descubrí lo mucho que duele que te den con la capsula de expreso intenso en toda la ceja.

—Tu cállate, que se te escuchaba en todo el hotel, hija de puta. —Se sentó a mi lado resignada y me tendió la taza de café mientras se llevaba el suyo a la boca—. En serio, no sé qué coño pasó. Estábamos devorándonos el uno al otro, literalmente — recalco—, y de repente, cuando me agaché para chupársela...

—Hostia puta... —La corté, sin poder evitarlo, mientras negaba con la cabeza y me reía. La insté a continuar.

—Pues eso, que no había pilón al que agarrarse —finalizó y se llevó la taza de café a la boca. Me miró por encima de ella, esperando una respuesta.

—¿Él qué te ha dicho?

—Que no sabía qué coño le había pasado —Puso los ojos en blanco—. Sus palabras textuales, cuando empecé a vestirme, fueron: “Vamos Lola, no te vayas... No sé que coño ha pasado. Si solo hay que ver como me tienes... ¿Te crees que mi apuesta con los chupitos fue casualidad?”.

—¿Y tú que le dijiste?

—Que no me gustaban los picha floja... —Bebió de la taza de nuevo y alzó una ceja antes de volver a hablar—. Lo siguiente fue aporrearte la puerta. Como comprenderás, no me da la gana de seguir durmiendo con él. Ya sé que te jodo viva con el rubito, pero tía... —La ceja levantada fue sustituida por unos pucheros.

Ahora mismo, odio a mi amiga a niveles extremos. La parte positiva del gatillazo de Tato es que había sido a las seis de la mañana y no de madrugada. Ahí hubieran muerto los dos nada más abrir la puerta. Me pellizqué el puente de la nariz intentando pensar qué hacer ahora. Mi cabeza estaba colapsada con tanta información y, si le sumábamos las horas de “no” sueño de esta madrugada, pues ya me diréis.

—Lola... —Dejé la taza sobre la mesa y la miré fijamente—, creo que deberíamos dormir y cuando nos levantemos, tendríais que hablar como dos personas adultas. —Tato pidió que no dijese nada, pero creo que decirlo era hacerle un favor. Volví a hablar—: Después de la noche de los chupitos, le dijo a Lucas que no sabía que era lo que tenías pero que eras especial...

—Pero si me conoce de dos días... —dijo a la vez que bajaba el nudo que se le había formado en la garganta. Que mal se le daba disimular cuando algo le interesaba.

Sonreí y recordé una cosa que me dijo Lucas hacía tiempo. Una que la iba a dejar fuera de juego y le iba a abrir los ojos. Válido para Tato y cualquier persona que entrase en su vida.

—Yo también te conozco de dos días, —Capté toda su atención—, y te considero mi amiga; y si hay algo que sé es que quiero que lo sigas siendo muchos años más. A ser posible, de esas amistades que duran para siempre. —Mis comisuras se elevaron y ella sonrió—. No somos tiempos, somos conexiones, energía. Puedes enamorarte en un suspiro y desenamorarte al instante, en una mirada, y la diferencia de tiempo solo habrá sido un segundo.

No dijo nada, pero su silencio hablaba por sí solo. Si es que Lola era polvorilla pura. Nos

levantamos del sofá y tiramos las tazas desechables. No dijo mucho mientras nos lavábamos los dientes, con los típicos cepillos de los hoteles, ni cuando nos metimos en la cama. Ambas nos tumbamos boca arriba, mirándonos en el enorme espejo que teníamos encima de nosotras encastado al techo. Las comisuras de Lola se elevaron. —Eres una buena amiga, Vega —me sonrió con el corazón. —Espero estar a la altura. —Le devolví la sonrisa y me acurruqué—. Durmamos, que nos espera un día largo. —Sí.

Se acomodó para dormir y me quejé porque me estaba robando un poco de manta, en pleno agosto, en el hemisferio norte. Al final, acabamos medio compartiéndola. Sentí como los párpados comenzaban a pesarme y a mis oídos llegó la voz de mi amiga.

—Gracias.

Estábamos de espaldas la una a la otra y aproveché para sonreír. No conté los segundos que tardé en dejarme llevar por Morfeo e irme con Lucas a un lugar en mi mente. Apartados de todos. Solo él y yo.

CAPÍTULO 20

Lucas

No me podía creer lo que estaba escuchando. Mi amigo me miraba desde el sofá, con la vergüenza de un niño de ocho años, pero habiendo soltado la confesión de un abuelo de ochenta. Lo que no entendía era el transcurso de las horas y de cómo había sucedido todo hasta que, Lola y él, habían decidido jodernos el momento ducha. Terminé de preparar los cafés y me dejé caer al lado de Tato, al que le tendí una taza, la cual me arrebató de las manos y se bebió de un trago. Temí que hablase y echase fuego por la boca, así que lo hice yo.

—Joder ¿Quieres otro? —pregunté sarcástico.

—Lo que quiero es beberme unas cuantas copas y olvidarme de lo que ha pasado... —Se frotó las sienes—. La pelirroja que conocí el mes pasado me hubiese traído menos dolores de cabeza y más alegrías...

—Pero la pelirroja del mes pasado no es Lola, ¿A qué no? —Capté su atención al instante. No de buena manera. O si, depende como se mire.

—Vete a la mierda. —Me lanzó el cojín a la vez que echaba la cabeza hacia atrás en un suspiro.

—Me puedo ir donde quieras, pero no puedes negar lo evidente. —Le devolví el cojinazo para que me mirase—. Te gusta más de lo que admites ahora por el cabreo y lo sabes... sino, no estaríamos teniendo esta charla.

—Eso no significa que vaya a comerle el culo cuando se ha comportado como una niña de quince años —asentí. Cuando tenía razón la tenía.

—Lo sé Tato, pero no me refiero a eso. —Mientras buscaba las palabras para explicarle a mi amigo lo que quería decirle, recordé que tenía en las manos un vaso desechable con café. Le di un sorbo y las neuronas conectaron—. Lo que quiero decir es que no todos reaccionamos de la misma manera ante la misma situación, cada persona es un mundo tío. No sabes lo que se le pasó por la cabeza a Lola en ese momento, ni lo que estará pensando ahora; por eso, creo que si te gusta de verdad, deberías hablar con ella y no dejarla suponer. Las suposiciones, en momentos

así, son más enemigas que amigas.

—Ni que lo digas. —Cogió el cojín que le había tirado y lo usó para taparse la cara.

—Pues eso, cuando nos levantemos y esté la cosa más mansa, lo habláis. —Me levanté del sofá para ir hasta la cama y tirarme sobre esta.

Tato se destapó la cara y usó el cojín a modo de almohada. Se acostó boca arriba en el sofá y en menos de diez minutos estaba roncando como una orca el cabrón. Yo, por otro lado, no podía dormir. Las sábanas aún olían a Vega, a nosotros, a todo el amor que había cabalgado libre y aún se palpaba entre los pliegues del algodón. No me quedó más remedio que cerrar los ojos y soñar con ella.

Nos levantamos, nos dimos una ducha y bajamos con los demás. Nos esperaban en el restaurante del hotel para comer algo antes de ponernos en marcha camino al festival, hacer la prueba de sonido y petarlo como sabíamos hacerlo. La verdad es que aunque estuviésemos todos juntos aquí, a punto de cumplir uno de nuestros sueños, todavía no me lo podía creer. No tenía duda de que estábamos más que preparados para romperla y rozar el puto cielo con los dedos, a la vez que la gente despegaba los pies del suelo al sentir nuestra música. Los nervios estaban y eso me gustaba porque era de los que estaban llenos de ganas, de ansias que parecían los pies de niños juguetones. Corriendo. Saltando. Viviendo. Volví de mi ensoñación cuando todos nos saludaron al llegar a la mesa. Estaban todos menos Vega y Lola, que todavía no habían bajado. Nos sentamos y la cerveza fría, que me pasó Enzo, llegó a mis manos al mismo tiempo que la pregunta que Moe le hizo a Tato.

—¿Qué tal fue anoche, colega? —elevó una comisura y una ceja.

¡MIERDA! Tato se inclinó sobre la mesa con cara de cabreo. ¡MIERDA POR DOS! Si Moe había hecho lo que se me estaba pasando por la cabeza se iba a liar parda. ¡PERO QUE MUY PARDA!

—¿Por qué lo dices? —preguntó con sorna y el ambiente se tensó al instante.

Las miradas de todos nosotros se cruzaron entre sí, menos las de ellos dos. Si las miradas de Tato fuesen puñales... pobre Moe.

Se inclinó sobre la mesa y ensanchó la sonrisa.

—Por saber si los efectos secundarios de la medicación de mi abuelo son ciertos o no...

Dos segundos. Solo dos putos segundos fue lo que tardó Tato en abalanzarse sobre él y liarse a puñetazos con la cara de su hermano.

—¡Hijo de puta!

Al ver como volaban los puños, que parecían flechas, no dudamos en meternos en la pelea para separarlos. Entre Enzo y yo cogimos a Tato, a sabiendas de que nos llevaríamos algún que otro golpe. Era polvorilla pura. Dinamita que explotaba y volaba todo lo que tenía alrededor. Me llevé un codazo en la ceja al intentar cogerlo por detrás para sacarlo de encima de su hermano y Enzo se llevó algún que otro cabezazo mientras lo reteníamos hasta que se calmase. Estábamos dando un espectáculo increíble. Todos a nuestro alrededor nos estaban mirando. Si soy sincero, la gente me la traía bastante floja; lo que me preocupaba es que nos vetasen del festival por problemáticos o algo por el estilo. Algo que no éramos. Nunca o casi nunca.

—¡Para tío! ¡Calma! —dijo Enzo intentado sujetarlo. Tarea difícil.

—Te voy a reventar, cabrón. —Intentó zafarse. Era como una nube gris, cegado por él mismo.

—¡TATO! —Le obligué a mirarme— Es tu hermano, ¡es tu puto hermano colega!

Su respiración era agitada y en sus ojos pude ver el color de la rabia. No lo solté hasta que su respiración se volvió más pausada y sus ojos volvieron al color azul de siempre. Ahora que nos volvíamos a ver, lo solté y miré a Enzo para que hiciese lo mismo. Lo soltó dudoso, pero lo hizo. Los ojos de Tato volaron hacia Moe, que estaba sentado en una silla mientras Romi le curaba el labio y Sol la ceja izquierda. Le había dejado la cara echa un mapa. Lo que aprecié en ese cruce de miradas fue decepción, una bien cruda, mezclada con la estela de la rabia que había inundado a mi amigo segundos atrás.

CAPÍTULO 21

Vega

—... que vergüenza... —la voz de una mujer rubia llegó a mis oídos a la vez que la imagen de los chicos.

¡¿Qué coño había pasado?! Lola y yo nos miramos, flipando, mientras avanzábamos entre la gente, que no hacía más que cotillear entre cuchicheos. Mis ojos encontraron los de Lucas y uno de ellos se había teñido de rojo. Le sangraba la ceja y un fino río bajaba por su cara. Aceleré el paso.

—¿Qué ha pasado? —Lo toqué preocupada.

Él me abrazó calmado y mi cuerpo se relajó bajo sus manos, pero la preocupación no desapareció.

—Una peleíta de hermanos, nada que no se vaya a solucionar —dijo como si nada. Como si no nos estuviesen mirando todos los presentes a los que, al parecer, les habíamos jodido la comida. Era una suerte que no se hubiese atragantado nadie con lo que sea que hubieran liado.

—Te han partido una ceja, Lucas —sonrió como un niño con su primera cicatriz.

Vi a Moe, que estaba echo un cristo, y empecé a atar cabos. Recuerdo que una vez le había dado laxantes, de su abuelo, a Enzo para tener barra libre en su cumpleaños. Una idea loca se me vino a la cabeza y volví la mirada hacia mi amiga, que estaba de pie a mi lado sin saber qué hacer o decir. Eso sí, sin quitarle los ojos de encima a Tato. Sabía que le gustaría acercarse a él, pero también sabía de sobra que no lo haría. Volví a hablar: —Tato. —Me miró. Sus ojos confirmaron que estaba en lo

cierto. El gatillazo no había sido casualidad—. Díselo. Ahora. No me contestó. Asintió y se levantó. La mano de Lola se

apoyó en mi hombro y sus dedos me apretaron con fuerza. Tato

le preguntó si podían hablar un momento, a lo que ella respondió: “Te doy cinco minutos, si me aburres se quedan en dos y

medio”. La tía era un hueso duro de roer y orgullosa como ella

sola, pero por lo visto, al pelinegro le gustaba Lola muchísimo

más de lo que admitiría en voz alta. Se alejaron entre el gentío

y me concentré en mi rubio, que necesitaba curarse la herida

y cambiarse de ropa urgentemente. Nos acercamos a ver como

estaba Moe, aunque no se lo merecía. Se había pasado tres pueblos. Tato le había partido la

nariz, el ojo le chorreaba sangre

y en el labio más de lo mismo. Les pedí a las chicas los enseres

necesarios para curar a Lucas y sorteamos a la gente para salir

cuanto antes de todo el follón que se había montado. Cuando iba a abrir la puerta de la habitación

me detuve en

seco, igual que Lucas, al escuchar los gritos de Lola. Unos que no tenían nada que ver con los de esta mañana. Mis ojos juguetones miraron al rubio, que negaba con la cabeza igual de

divertido que yo, mientras nos adentrábamos en la habitación y cerrábamos la puerta.

—Bueno... —Apoyé las cosas en la mesa mientras Lucas se sentaba en la silla—, vamos a ver esa herida —dije mientras me acercaba para verlo mejor.

—Es un cortecito de nada, enfermera —contestó con un tono picarón que me robó una sonrisa, a la vez que yo le robaba un beso.

—Eso lo tengo que valorar yo, que soy la profesional, señor

—contesté divertida a la vez que Lucas colocaba las manos por detrás de mis muslos para acercarme y sentarme a horcajadas sobre él.

—Entonces, —Sus labios rozaron suavemente los míos—, estoy en sus manos, señorita. Siempre —su pulgar acarició mi mejilla acompañado de esa última palabra, que no hablaba precisamente de la herida.

Mis ojos navegaron por los suyos durante un buen rato mientras le curaba el corte que, aunque era pequeño, sangraba una barbaridad. Estaba curándole un daño físico pero, mientras mis dedos se movían ágiles en la tarea que hacían, me di cuenta de que quería curar todas sus heridas, las que se veían y las que no. Las que tenía abiertas, las que estaban medio cerradas o descosidas y las nuevas que vendrían. Quería ser la tirita que cubriera todos sus males, pero no de esas desechables sino de las que duran para siempre. El sentimiento de que ya lo era me inundó y me hizo sonreír, además de llenarme el corazón un poquito más. Las palmas de Lucas descansaban en mis muslos mientras sus pulgares se movían lentamente, acariciándome. Yo terminé de ponerle un punto de papel y di por finalizada mi labor como enfermera.

—Listo —anuncié contenta con el resultado.

—Gracias, preciosa. —Besó mi boca para acompañar a las palabras y se separó sonriente—. No sé qué hubiese pasado si no hubieses hecho de enfermera, no quiero ni pensarlo... —hizo un gesto dramático a modo de broma.

—De gracias nada, guapo. —Alcé una ceja y sonreí tan picarona como divertida—. Ya me lo pagarás esta noche después del concierto.

Como respuesta a mi petición se atrapó el labio inferior entre los dientes, me acercó más a él y me besó con mimo, lo que me hizo derretirme en el acto.

Recogí todo lo que había usado para curar a Lucas y fuimos en busca de los demás antes de que se nos hiciese más tarde. Nos habíamos levantado a las tantas, unos por perderse en ríos de alcohol y nosotros por perdernos en la piel del otro; sin olvidar el follón que habían montado los dos hermanos. Eran casi las tres de la tarde, los chicos tenían la prueba de sonido a las cinco y aún teníamos que ponernos de acuerdo sobre donde comeríamos algo antes de salir pitando hacia el festival.

Nos reunimos todos en la entrada y cuando llegamos, me encontré a Lola con una sonrisa tímida. Cosa curiosa en ella dado el desparpajo que siempre la acompañaba. Me gustó verla sonreír así, me decía muchas cosas. Salimos todos juntos y el cuerpo me dio un vuelco al sentir la mano de Lucas rodear mi cintura desde atrás para susurrarme al oído:

—Por cierto, eres la enfermera más sexy de la historia. —Besó mi mejilla y se adelantó para

alcanzar a los chicos.

Como siempre, me quedé mirándolo más de lo debido. Miraba sus rizos moverse mientras caminaba, el dobladillo de su camiseta ondear con la brisa del verano parisino, el hoyuelo que avistaban mis ojos al apreciar su perfil, esa sonrisa tan suya mientras hablaba con sus amigos y sus pasos firmes y constantes.

CAPÍTULO 22

Lucas

La prueba de sonido había sido una puta pasada y no veíamos la hora de subirnos al escenario y escuchar a la gente gritar. Solo quedaban horas para volver a pasearme un rato por las nubes. Para disfrutar. Saltar. Gritar. Volar.

Las chicas nos esperaban en el camerino conjunto que nos habían asignado al llegar. El sitio era cojonudo. El escenario estaba montado en medio de una enorme explanada. Protegido con vallas de seguridad al frente y a los laterales, para que la gente no saltase y se subiesen al escenario como unos locos. En la parte trasera se encontraban todos los módulos (es decir, los camerinos), con el nombre del grupo en la puerta de entrada. Sí, todo era muy rollo Hollywood. Me sentí como una estrella del rock en toda regla cuando leí Anesthesie, el nombre de nuestro grupo, colgado en la puerta. La adrenalina previa a subirme al escenario ya se estaba gestando en mi estómago y no tardaría mucho en invadir cada recoveco de mi cuerpo.

Entramos al camerino y nos encontramos a las chicas más preparadas y emocionadas que nosotros. No me dio tiempo a abrir la boca para saludarlas, Vega ya había llegado hasta mí y se había colgado como una garrapata amorosa.

—¡¡Que ganas!! —Me estrujó la cara contra ella y se separó para enseñarme una sonrisa, con dientes incluidos —. ¿Estás nervioso?

Lo que os decía, estaba aún más emocionada que yo y eso me flipaba demasiado. Le planté un beso casto pero lleno de amor en la boca y clavé mis iris en los suyos.

—Estoy ansioso —confesé—, mil por mil.

—Como para no estarlo —sonrió y se bajó de un salto—, pero lo vas a petar. Mil por mil. —Me parafraseo antes de guiñarme un ojo y dirigirse a los chicos—. Lo vais —recalcó la última palabra.

El pecho casi me revienta del todo cuando mi mejor amigo (Enzo) abrazó a mi chica de ojos de atardecer y ella recibió el abrazo con gusto. Yo lo recibí desde la distancia, con el pecho lleno de orgullo por lo que habíamos conseguido. Aún recuerdo el día que se la presenté, cuando le dije que le encantaban los abrazos y que si no se presentaba dándole uno que no lo hiciese porque le iba a caer mal de primeras. La risa brotó de mi garganta cuando mi memoria auditiva recordó los gritos que le pegó la pequeña campanilla aquel día. La imagen que captaban mis ojos era la mejor del mundo. Mi gente y el amor de mi vida. No podía estar más feliz que en este preciso momento. Saqué el móvil del bolsillo y lo coloqué encima de la mesa con un temporizador de diez segundos.

—Familia —llamé la atención de todos—, vamos a immortalizar el momento, para que cuando

tengamos que escondernos por las calles perseguidos por los fans, recordemos que hasta este día no nos conocía ni nuestra madre. —Las risas de todos inundaron el camerino. Nos colocamos como pudimos en el poco espacio que había y mi índice tocó el temporizador antes de volver al lado de Vega para que uno de los mejores momentos de nuestras vidas quedase immortalizado para siempre. Y no, no hablaba solo de la foto. Hablaba de la retina, la mente y el corazón. Cogí el móvil y observé la imagen. Mis comisuras se elevaron. El círculo del que te rodeas es muy importante, las personas que te recargan lo son. Y ellos eran la mejor batería del mundo. Energía de la buena. De la que alimenta el alma. Cuando iba a girarme, todos se abalanzaron sobre mí para ver la foto. Los miraba y no podía hacer otra cosa que sonreír. La mano suave y templada de Vega alcanzó mi rostro y lo acarició con tiento. Había demasiadas palabras en la mirada que tenía clavada sobre mí. Distinguí admiración, agradecimiento, complicidad, amistad y amor... Eso me impulsaba a dar lo mejor de mí. Estaba listo para dejarme la piel y el alma en ese escenario.

Vega

Los chicos estaban a punto de salir al escenario y todos teníamos los nervios a flor de piel. Sobre todo nuestros músicos que, al despedirse de nosotras, se alejaron con el técnico de sonido casi dando saltitos. Como cuando eras pequeño, tu madre venía del trabajo y sabías que te había comprado algo; tus botes interiores eran de tal magnitud que el ojo humano no podría percibirlos. Pues ellos eran cinco niños de camino a su sueño.

De repente, las luces blancas y azules que habían iluminado al grupo anterior se apagaron. Flashes de luces rojas empezaron a deslumbrar al público que, al escuchar la guitarra de Lucas tocar el primer acorde, se volvió loco. Nosotras cinco incluidas. Lucas volvió a deslizar los dedos por las cuerdas y las luces de los laterales, junto con las que colgaban del techo, se encendieron de golpe. Pero no fueron las luces las que me cegaron, fueron ellos. Teníamos la suerte de estar en primera fila justo delante del escenario. Aquello nos permitía verlos de pleno y hacer llegar nuestras voces emocionadas a sus oídos, cantando los temas que iban a tocar. El brillo que emanaban los ojos de mi rubio preferido era mágico. La voz de Charly resonó por doquier dando la bienvenida a la gente.

—¡¡BUENAS NOCHES, PARÍS!! —Los gritos se incrementaron y la gente empezó a saltar pidiendo más—. ¿Estáis listos para disfrutar de la mejor noche de rock de vuestra vida?! —preguntó. El público respondió con más gritos y más saltos.

Giré la cabeza hacia atrás y observé la cantidad de gente que llenaba el descampado. ¡Era brutal! Y ahora que lo pensaba, ¿cómo habían entendido a Charly todas esas personas? El francés había brillado por su ausencia en esas pocas frases ya que, como es natural, había usado su lengua materna. Lo más probable era que no hubiesen entendido un pimiento, pero no importaba. Lo único que importaba era que la voz de Charly había empezado a vibrar y...

Unas manos me cogieron del trasero y me sobresalté al instante. Al girarme, todo mi semblante se transformó de inquietud a felicidad extrema y no pude evitar que mis brazos la estrujasen.

—¡¿Cómo no me has avisado de que vendríais?! —pregunté—. Ayer me dijiste que te iba a ser imposible escaparte. ¡Menuda sorpresa perras! Me alegro de que estéis aquí, os he echado mil de

menos... —Nos fundimos en un abrazo a tres bandas.

—Y nosotras a ti chochona... —sonreí al escuchar a Gabi siendo Gabi.

Sí, en efecto; el rubito se había vuelto a aliar con mi mejor amiga para darme una sorpresa que sabía que me alegraría el día, la vida y el corazón. No pude evitar que mis ojos volaran hasta los suyos encima del escenario. Oscuros y perfectos. Me sonreía y yo le sonreía a él. Un te quiero mudo se formó en sus labios antes de mirar al cielo y arrancar las notas más demoledoras que había escuchado en la vida, dando paso al estruendo de emociones que provocaba el estribillo de November Rain.

Lucas

Vi a Gabi y a Sil llegar a la altura de Vega, regalándole una de las mejores sorpresas que podíamos hacerle. No era gran cosa para cualquier mundano, pero sé de buena mano que para mi preciosa campanilla estar aquí y ahora, con toda la gente que la quiere, es más que suficiente. Me doy cuenta de que, con ella, nuestro vaso de agua siempre está medio lleno; y en caso de que empiece a estar medio vacío, nos tenemos el uno al otro para rellenarlo. Sus ojos encontraron los míos y su alegría subió al escenario para acompañarme en el momento cumbre de la canción. Dejé ir unas notas melancólicas que arranqué de mi guitarra junto a la voz de Charly, que se preparaba para darlo todo en el estribillo de November Rain. Una necesidad abrupta de mirar al cielo y sentir que volvía a compartir escenario con Renzo me abordó. No pude volver a abrir los ojos durante toda la canción ya que, sin ninguna duda, no hubiese podido seguir tocando sin su compañía. Sus notas, insonoras para cualquiera, me acompañaron el corazón desde el cielo.

Sentí a mi amigo, mi hermano, en todas y cada una de las siguientes canciones que tocamos. Casi podía verlo tocando a dúo conmigo.

El recuerdo que deja una persona, al irse de tu vida para siempre, es imborrable; sobre todo si esa persona se lleva algo de ti que no recuperarás. Pero no importa esa pérdida porque es tu regalo para su viaje. El mismo regalo, en forma de recuerdo, que nos acompañará a los cinco, como un tatuaje de tinta invisible grabado a fuego en nuestras almas. Eso fue lo que yo dejé en el escenario, mi alma. Lo hice por él, por todo lo que me enseñó; porque necesitaba que mi guitarra sonase tan fuerte que no solo se sintiesen sus acordes aquí en la tierra, no. Los necesitaba retumbando a toda hostia allí arriba, en el cielo. Porque este también fue su sueño.

Vega

Que el frío me calase hasta los huesos era una de las cosas que más odiaba, pero volver a mi lugar en el mundo me calentaba el corazón. Puesto que habíamos aterrizado de madrugada y, si no calculo mal, serían casi las cuatro, no queríamos hacer ni pizca de ruido mientras entrábamos en el conventillo. “Modo ninja activado”, diría mi hermano. Nos despedimos de Sol al llegar a las escaleras. Romi, que se había ido con Enzo después de recoger las maletas y salir del aeropuerto, dijo que cuando se levantasen vendrían a desayunar o a comer, no lo sabían ni ellos. Lo que tenía claro es que sería al día siguiente. Las catorce horas de vuelo nos habían dejado hechos polvo a todos, y yo quería aprovechar con Lucas el lunes de fiesta que nos había dado Carol, a Lola y a mí, por el tema del viaje. La verdad es que no me podría haber tocado una jefa mejor que ella. Más amiga que jefa, cabe recalcar. Enlacé mi mano con la de Lucas y tiré de él

escaleras arriba.

Una vez en la habitación, Lucas se dejó caer sobre el colchón boca arriba y yo lo hice boca abajo. Me deslicé, cual serpiente, hasta sus brazos, que ya venían en mi búsqueda, para enredarnos el uno en el otro y quedar frente a frente. Suspiramos a la vez. Ahora entendía mejor que nunca esa sensación de “llegar a casa”; y no lo decía precisamente por el conventillo en sí, que también, sino por el conjunto. La gente, el lugar, nuestra habitación, —Lo que me recuerda que no hice el cambio y tengo que hacerlo mañana, es decir, hoy mismo—, Lucas y yo... todo el conjunto que conformaba ese nosotros.

—A lo largo del día haré el cambio de habitación. —Los dedos de Lucas se adentraron suavemente en mi pelo y sus labios rozaron mis mechones al sonreír, ya que con esa sonrisa me estaba diciendo que recordaba a la perfección porque no hubo cambio aquel día. La memoria de mi piel salió a relucir, erizando cada bello de mi cuerpo.

—Vamos a dormir hasta las tantas... —dijo. Sonreí sabiendo que era cierto, y más ahora, que no teníamos que salir corriendo a darnos duchas de agua fría.

Pensar en aquello logró activar todos y cada uno de mis sentidos. La piel se me volvió a erizar —si es que en algún momento había dejado de estarlo—, y mi estómago empezó a dar vueltas de campana.

Levanté la para mirarlo y me vi reflejada en sus pupilas, quedando a la altura de su boca. Una invitación en toda regla para comenzar la partida.

—¿Lo dices por el vuelo interminable o es que quieres volver a ver el amanecer conmigo? —dejé un beso húmedo en su comisura y lo volví a mirar, esperando una respuesta.

La respuesta llegó con un beso arrollador que me arrebató hasta la última gota de oxígeno del cuerpo.

Los nervios y las ganas de ver cómo iba a ser el apartamento de Narciso se arremolinaban en mi estómago. Nadie sabía que estaba aquí, solo Mabel.

Ayer nos levantamos a las tantas, tal y como había previsto Lucas; justo para la hora de cenar. No teníamos ganas de salir a buscar comida para llevar y aunque estábamos muy cansados por el viaje, decidimos bajar a cenar con todos, los habíamos echado de menos. Cuando me senté en la mesa, me topé con el rostro de un hombre que no conocía. Era mayor y con una sonrisa muy entrañable. Mabel nos lo presentó como su amigo, aunque la sonrisita con la que acompañó la presentación distaba mucho de la palabra amistad. Durante la cena se habló de temas triviales, como cada día, aunque no pudieron faltar preguntas sobre el viaje a París. Como era costumbre cuando se terminaba de cenar, todos se levantaban para ayudar a Mabel y Mirta a recoger. Como las guapas de mis amigas se escaquearon antes de ser reclamadas para dicha tarea, yo me quedé a echar una mano. << ¡Anda que no son listas! >> pensé. Después de varios viajes a la cocina, me disponía a dar el último con el mantel que acababa de sacudir, pero justo cuando iba a entrar, me paré en seco al escuchar la conversación que estaban teniendo Mabel y Narciso dentro de la cocina.

—Ella estaría más que feliz de que fueras a recorrer el mundo. Sabes muy bien cuanto le gustaba viajar y una vez jubilada hubiera querido recorrer todos los lugares del mundo que le habían quedado por ver desde vuestra luna de miel por Europa—escuché decir a Mabel.

—Cierto, encontré una lista de lugares pendientes de visitar dentro de uno de sus libros favoritos... —La añoranza en su voz alcanzó mi corazón—, creo que lo escribió poco después de volver de la luna de miel, sí... —El hombre hizo una pausa y suspiró antes de volver a hablar—. Mabel, yo quería pedirte un favor.

—Sabes que puedes pedirme lo que quieras, Narciso. Dime, ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quería preguntarte si tú podrías encargarte de cuidar nuestro apartamento el tiempo que esté fuera. Solo sería regar las plantas y ventilar un poco cada día. Por la limpieza no te preocupes, una chica vendrá una vez a la semana a encargarse de esa tarea.

Quise dejar de escuchar y me giré para volver por donde había venido, pero escuché a Mabel hablar de nuevo y mi vena cotilla impidió que mi pies se moviesen del suelo, obligándolos a girar sobre sí mismos otra vez.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó.

—No lo sé. Ni siquiera sé si volveré, querida amiga.

—Narciso... —La voz de Mabel se volvió aún más dulce que de costumbre—, ¿Por qué me pides que cuide las plantas de una casa en la que no va a volver a vivir nadie? No sabes si volverás pero quieres que alguien lo cuide. No te entiendo.

—A Blanca le gustaban mucho las plantas y sus flores, no quiero que se marchiten. Además, soy incapaz de vender nuestro hogar; ese que tantos momentos felices me ha dado junto a ella, el que ha visto a mis hijos crecer y ha sido testigo de tanto. No, no soy capaz.

—Nadie ha dicho que tengas que venderlo. Puedes alquilarlo —sugirió Mabel.

—¿Y si algún día quiero volver? Además, no puedo arriesgarme a que lo destrocen o remodelen sin mi permiso y encontrármelo de sopetón... ¿te imaginas? —exclamó a la vez que Mabel soltaba una carcajada.

—Siempre has sido un poco paranoico, pero con los años has ido a peor, amigo —rio—, la mayoría de gente suele ser normal. Creo que tengo a las personas indicadas para que vivan en él, lo llenen de amor y recuerdos, igual que hicisteis Blanca y tú, y lo van a cuidar muchísimo; de echo, Vega cuida conmigo las plantas de todo el conventillo, y es una magnífica ayudante. —Soltó y casi se me escapa un grito de la sorpresa que me llevé al ser nombrada en medio de aquella conversación.

En ese momento escuché a Mabel carraspear y cerré los ojos al darme cuenta de que me había pillado. ¡Qué vergüenza, por dios! Asomé la cabeza, tímidamente, por el marco de la puerta y me la encontré con una sonrisa de oreja a oreja, aunque con una ceja levantada. Me invitó a pasar y me presentó a Narciso. No entendía muy bien que era lo que pretendía, pero todo encajó con su explicación: “Para que yo no tenga que andar yendo y viniendo cada día y para que Lucas y tú tengáis vuestra intimidad, había pensado en que le alquilaseis vosotros el piso.” A él le pareció una idea genial, ya que conocía a Lucas desde hacia muchos años; y a mí se me abrió el cielo, ya que era una ocasión perfecta para devolverle todas las sorpresas que me había dado.

Después de todo eso nos despedimos y quedamos para vernos al día siguiente, es decir, hoy, para firmar un contrato medio formal, más que nada para dejar constancia del alquiler. Y aquí estaba yo, ansiosa a más no poder y con el pulso desbocado imaginando un hogar junto a mi chico de rizos perfectos.

Los nervios se me arremolinaron en el estómago en cuanto vi a Narciso llegar.

—Hola, Vega —me tendió la mano y se la estreché.

—Hola, Narciso.

—¿Subimos? —preguntó abriendo la puerta y ofreciéndome paso.

—Sí, claro —asentí sonriente mientras me adentraba en el portal del edificio.

La entrada era preciosa, me recordó mucho a los portales antiguos de los bloques de pisos de Barcelona. El ascensor que nos subió hasta el tercer piso era antiguo también. Narciso corrió unas rejas de seguridad cuando este bajó a nuestra altura y las volvió a correr cuando entramos. Por dentro estaba totalmente reformado, pero por fuera habían mantenido la madera original perfectamente tallada y cuidada. Seguí a Narciso a través de un pasillo hasta que se paró delante de una puerta a la vez que sacaba la llave de su bolsillo y me dedicaba una sonrisa tierna. Al abrir la puerta, los ojos se me abrieron como platos por la grata sorpresa que me llevé.

—Vaya... —Las palabras escaparon de mi boca e instintivamente mis ojos volaron hasta los del hombre que me miraba expectante—, no me lo imaginaba así para nada. Es... es precioso —terminé de decir cuando descubrí lo que me hizo amar este apartamento al instante.

—Gracias —contestó a la vez que miraba en la misma dirección que lo hacía yo—. A Blanca le encantaba leer. Por la cara que has puesto veo que te gustan los libros, ¿cierto? —preguntó.

—Sí, muchísimo.

—Mi mujer se alegraría mucho de saber que en su casa vivirá alguien que aprecia su pequeño tesoro tanto como ella.

La sonrisa que formaron sus labios, llegándole hasta los ojos, me estremeció el corazón. Solo fui capaz de asentir sonriente, ya que por unos segundos no supe que decir; y agradecí que él no esperase mi respuesta y avanzase para enseñarme todo el piso. Comenzamos por el comedor, que fue lo que más me llamó la atención de toda la estancia. Las paredes eran todas de ladrillo excepto una. En esta se encontraba la barra que hacía que el comedor se juntase con la cocina y era de color verde botella. Los sillones Chester de color camel, a conjunto con una mesa de madera antigua con las puntas de las patas doradas, combinaban a la perfección con la enorme librería que tenían detrás. ¡La pared entera era una estantería! Incluso tenía una escalera de color negro con riel, que te permitía llegar a la fila de libros que no tocaban el techo por escasos centímetros. El estilo industrial que tenía el lugar me conquistó desde el momento en que di el primer paso para entrar. La cocina tenía la misma decoración que el comedor y gozaba de unos fogones que no cualquiera tiene hoy en día; como diría mi madre: “de los que hacen comida de verdad”. El dormitorio principal transmitía una calma inmensa. Las paredes pintadas de gris, con un relieve que simulaba el hormigón, combinaban a la perfección con los muebles negros y los doseles blancos, de tela traslúcida, que cubrían la cama. Terminamos de recorrer el piso y, como ya os podéis imaginar, no hubo un rincón de este que no me gustase.

Narciso me invitó a sentarme a la mesa con él mientras tomábamos un café. Apoyado en la mesa había un maletín del que sacó una única hoja, la cual deduje que sería el contrato.

—Bueno, vamos a ver... —Se colocó las gafas y se acercó demasiado para leer—, es un contrato muy sencillo, como ya te expliqué, más que nada para dejar constancia de que yo seré el arrendatario y ustedes dos mis inquilinos. —Me miró y asentí a modo de respuesta—. Bien... he puesto lo básico: sin fianza, ya que no tenía pensado alquilarlo y sé de buena mano que estará bien cuidado; y no he puesto duración de contrato ya que es algo informal, como te he comentado... Perdona la memoria de este viejo. —Ambos sonreímos—. No veo necesario poner duración ya que yo, realmente, no volveré a vivir aquí; así que pueden quedarse el tiempo que deseen, pero debo decirte que no lo venderé en un futuro.

—No se preocupe, lo entiendo. Yo tampoco podría deshacerme de algo que contiene tantos

recuerdos y felicidad. —Los ojos del hombre de pelo blanco se cubrieron de una capa vidriosa y mi mano se apoyó sobre la suya a la vez que volví a hablar—. Narciso, de verdad que lo cuidaremos como si fuera nuestro y también lo llenaremos de mucho amor. Quédese tranquilo. Sentí su mano coger la mía para regalarme un apretón cariñoso y sonreí con ternura ante semejante gesto. No tenía idea de cuanto hacía que Blanca, la mujer de Narciso, había fallecido; pero sí sabía que él la tenía presente en cada segundo de su vida. El corazón me bombeó un poquito más fuerte al ver que aún quedaban amores de esos que no se marchitan con el tiempo. Amores de los que no se agotan, porque la arena que contienen sus relojes es interminable. Le comenté a Narciso que solo firmaría yo, ya que quería que fuese una sorpresa para Lucas. No se opuso en ningún momento, al contrario, se alegró de que fuésemos nosotros dos quienes ocupásemos su hogar, aquel que tanto le había dado. Le entregué el dinero del primer mes y me hizo entrega de las llaves, las cuales cogí con sumo cuidado, como si fuesen de cristal. Una alegría inmensa se instaló en mi pecho y no pude evitar soltar un suspiro cargado de felicidad. Imágenes de Lucas y de mi, disfrutando de este bonito apartamento, bailaban libres por mi mente. Narciso me acompañó hasta la puerta y me preguntó, muy amablemente, si podía bajar yo sola. Asentí al leer en su mirada que necesitaba despedirse, aunque creo que esa no sería la palabra adecuada, ya que creo firmemente que este hombre jamás querría despedirse de Blanca. Creo que la palabra más adecuada sería “empaparse”, sí. Entendí que Narciso quería empaparse de todo lo que contenían aquellas paredes. De todos los abrazos que se generaron en esa cajita. Y es que a veces no tenemos por qué despedirnos, simplemente tenemos que recolectar todo aquello que nos hace inmensamente felices dentro de la palma de la mano, y llevarlo con nosotros. Las despedidas a los sentimientos no existen, ni existirán jamás; porque si te despides de un sentimiento es que ya no existe, entonces... ¿de que te despides? Me despedí de Narciso con un abrazo y volví con los nervios a flor de piel al conventillo.

CAPÍTULO 26

Lucas

Me rendí en mi búsqueda y me senté en el balancín del patio a observar a Mabel. Ella me conocía desde que era un mocoso preguntón de cinco años, pero yo también. Estaba seguro de que sabía donde estaba la pequeña campanilla, lo que no entendía era porque no me lo quería decir. Cuando le pregunté si había visto a Vega empezó a sacarme temas que no venían a cuento y a evitar mi mirada, no podía mentirme si me estaba mirando a los ojos. ¿Qué sería lo que se traían entre manos? No tenía ni la más mínima idea, pero lo descubriría pronto.

Entré a la habitación y me acerqué al escritorio para coger un post-it de tamaño mediano y un boli para dejarle una nota a Vega. Lo que odiaba esta chica los móviles no era normal, o sí y los raros éramos todos los demás. Creo que me decanto por la segunda opción al compartir con ella que estos aparatos hacen más mal que bien, aunque sea indiscutible lo prácticos y necesarios que son.

No sé si le has robado la capa de invisibilidad a Harry Potter o es que eres la hostia jugando al escondite, pero ha sido misión imposible encontrarte. Me voy a casa de Enzo a echar unas birras. Nos vemos a la vuelta, preciosa. Te amo.

Lucas.

La dejé en la mesita de noche antes de salir y dirigirme a casa de mi amigo.

Ni la nevera industrial que teníamos en el conventillo enfriaba tanto como la de casa de Enzo. Era blanca, medía metro cincuenta y las bisagras estaban oxidadas. Nada de eso importaba cuando las cervezas que salían de su interior estaban casi al punto de congelación. Es decir, perfectas.

Destapó el botellín y me lo pasó a la vez que se dejaba caer en el sillón que tenía frente a mí.

—¿Has visto a Romi por el conventillo? —preguntó. Lo raro era que no estuviese con él.

—Pues no, la verdad. De hecho, creí que estaría contigo — contesté a la vez que me llevaba el frío botellín a los labios para darle un largo trago. Lo que acababa de decir era muy cierto.

Cuando no estaban juntos, estaban juntos también porque nos juntábamos en grupo.

—No, ni idea. —Se encogió de hombros e imitó mi gesto para beber—. Cuando me desperté, a las cuatro y pico, ya no estaba.

—Quizá esté con Vega —pensé en voz alta—, cuando salí de la ducha tampoco la encontré por ningún lado.

Ambos nos encogimos de hombros y bebimos. Le solía decir a Vega que Gabi y ella parecían separadas al nacer; pero ahora que nos miraba a Enzo y a mí, me di cuenta de que, en algunas cosas, también lo parecíamos.

—¿Te ha llamado Charly por casualidad? —preguntó mi amigo sin venir a cuento.

—No... —Hice un mohín de no entender un pimiento y pregunté—. ¿Por?

—Vale, veo que a ti tampoco te ha dicho nada. —Le dio un trago corto a la cerveza y volvió a hablar—. Esta mañana me llamó para decirme que si las cosas salían como él esperaba, mañana nos reuniría a todos en el estudio para darnos un notición.

Las últimas palabras salieron con una emoción incontrolable. Sabía qué era esa emoción porque la conocía. La emoción de estar cada vez más cerca de cumplir un sueño que habíamos perseguido toda la vida y casi rozarlo con los dedos.

—Charly siempre igual de misterioso —dije sin poder evitar reírme.

—Ni que lo digas. —Enzo me imitó—. ¿Te imaginas cuando nos paren por la calle para pedirnos autógrafos? ¿Y cuando nos conozcan hasta en el súper de cualquier pueblo de mala muerte? —preguntó haciendo un poco de teatro. Aunque soltando preguntas reales. Muy reales.

En ese momento, toda la nube de luz que contenía aquellas imágenes que se me cruzaban por la mente, imaginándonos en la cima del rock, se tiñeron de un color gris. Un gris lleno de lluvia y malos recuerdos. Un gris que solo me recordaba a ella y su indiferencia. El blanco era blanco y el negro era negro, pero... ¿Y el gris? Yo lo describiría como la nada. Eso que ni va ni viene. Ni es más ni es menos, simplemente no es. Algo indiferente, sin aprecio ni desprecio. El color gris es algo así como el limbo de los colores.

El chasquido de dedos de mi amigo me sacó de mi propia nube gris.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó extrañado.

Me conocía bien, así que no me esforcé en mentirle ni en andarme por las ramas. A parte, era mi mejor amigo.

—Hace unas semanas me llamó Gladis.

Los ojos de mi amigo se abrieron mostrándome la sorpresa, la misma que la mía en su día al recibir aquella llamada. Enzo se levantó y se cambió de sofá para sentarse a mi lado.

—No jodas... ¿Y qué te dijo?

—Decir, no dijo mucho, —El trago que le di a la cerveza esta vez iba cargado con un poquito de rabia—, le colgué. Hace años que dejó de existir para mí.

Mi amigo alzó las cejas para volverlas a bajar y suspirar, a la vez que se pellizcaba el puente de la nariz.

—Lo que no entiendo es porque te llama ahora, después de todos estos años. ¿A cuento de qué? —preguntó tanto para mí como para él.

Decir que no me lo había preguntado desde que había recibido la llamada era mentir, porque sí lo había hecho. Era imposible no pensar en por qué ahora, cuál sería la razón que la había movilizado a marcar mi número después de tantos años. En más de una ocasión, el pensamiento de que estuviese enferma me invadía y me hacía sentir culpable; pero al segundo, era sustituido por otro pensamiento que suponía que la llamada, seguramente, se había debido a que necesitaba dinero para drogarse y vivir absorta del mundo. Cuando eso pasaba, todos los recuerdos que tenía de Gladis se volvían de color gris y volvía la calma. Era triste pensar eso, pero así era. Eso había conocido de ella y era lo normal. Entonces volvía al limbo en el que vivía. Alejada de mi día a día y de mi vida.

—Ni idea —respondí a la vez que hacía un gesto de despreocupación con el botellín vacío para después dejarlo sobre la mesa de centro—. Después de colgar, borré el número y ya no me volvió a llamar más. Espero que no lo haga.

Enzo se levantó para abrir la nevera y sacar dos botellines más. Al volver a mi lado, su expresión me decía cuanto lo sentía. Aquello no me molestó, pero sí que me obligó a soltar una verdad como un templo, al sentarse otra vez a mi lado.

—Gladis no es mi madre. Mi madre es mi abuela, que para eso me crio, y no lo va a cambiar ninguna llamada. No cuando la llamada llega veintitrés años tarde.

CAPÍTULO 27

Vega

Esto de dar sorpresas se me daba fatal, por eso les pedí ayuda a las chicas. Romi se escapó de casa de Enzo en cuanto se quedó dormido y Sol había llamado al timbre hacía unos cinco minutos escasos. Lola, Carol y yo teníamos un grupo de WhatsApp para hablar de trabajo, pero lo que más se decía eran chorradas. Les había escrito para contarles mi plan y, como ya imaginaba, se apuntaron a la primera. Carol hoy trabajaba, así que habíamos quedado en que Lola la pasaría a recoger y de allí vendrían a casa con un arsenal de pizzas para todos los que íbamos a ser.

Me había encargado de llamar a Mabel para que pusiese al tanto a todos. Sí, a todos. Conocía a Lucas a la perfección y sabía cuanto le gustaba rodearse de los suyos si de celebrar algo bueno se trataba. El comedor era bastante grande y, aunque el espacio iba a reducirse mucho en cuanto todos llegasen, no nos importó un pimiento.

Le pedí a Romi que terminase de hacer los famosos “sanguchitos de miga argentinos”, mientras yo bajaba a ayudar a Lola y Carol a subir las pizzas. Cuando llegué abajo sonreí porque éramos unas chicas con suerte. Digo suerte porque los chicos estaban doblando la esquina. Todos menos Enzo y Lucas, obviamente. Subieron las pizzas por nosotras, aunque no nos libramos de tener que subir las bolsas con las bebidas.

Entre todos preparamos la comida y la bebida sobre la mesa principal, la barra de la cocina y una mesa de centro, que también era bastante generosa, mientras la gente del conventillo iba llegando. Mis nervios aumentaban por momentos. El corazón me dio un vuelco cuando oí el timbre y pensé que Lucas ya había llegado. Mis ojos volaron a los de mi amiga que, a su vez, me colocaba una mano en el hombro para relajarme.

—Tranqui —dijo y volví a respirar—, aún no le he pasado la ubi a Enzo, solo he dicho que necesito que venga a recogerme a un sitio.

Miré a mi amiga, estupefacta, y no supe si reírme o llorar. —A ver... —Me pellizqué el puente de la nariz—, ¿y donde se supone que entra el que Lucas venga con él en la ecuación? —pregunté con sarcasmo.

Romi puso los ojos en blanco y suspiró con pesadez, como si la respuesta que me iba a dar fuese obvia.

—Pues en que Lucas está con él tomándose unas cervezas. Se lo explico, le digo que no le diga nada y listo.

—Vale, eso se dice antes. De todas formas, no me parece buena idea. —Me quedé pensando, por un momento, en lo mal que se le daba a Enzo disimular y se me ocurrió la excusa perfecta—. ¡Ya está! Dile que hemos ido al centro comercial, luego me has tenido que acompañar a hacer unos recados y por eso nos tienen que recoger en la ubicación que le vas a mandar. —Tomé aire al terminar de hablar y sonreí.

—Chica lista. —Mi amiga imitó mi gesto mientras sacaba el móvil del bolsillo trasero del pantalón—. Voy a escribirle.

—Vale —contesté un poco nerviosa—, ¿Crees que ha sido buena idea? —pregunté en un segundo en que me atacó la duda.

—¿Bromeas? —preguntó con voz chillona—. Creo que has tenido la mejor idea del mundo, has aprovechado una oportunidad que os ha caído del cielo y Lucas va a flipar cuando entre por esa puerta.

Mi amiga me dedicó una sonrisa tan sincera que las dudas se disiparon y dejaron de existir. Con Lucas no había dudas y no iba a empezar ahora. A cada segundo me demostraba que me amaba tanto como yo a él. Mis comisuras se elevaron y mi corazón empezó a palpar más fuerte que nunca. Ahora todo lo que había en mi cuerpo eran ganas. Ganas de compartir momentos dentro de estas cuatro paredes. Miré a Romi sonriente y hablé:

—Diles que se den prisa.

Le guiñé un ojo y me devolvió el gesto junto con una sonrisa, tan amplia como la mía, a la vez que sus dedos tecleaban sobre la pantalla del teléfono a toda velocidad.

CAPÍTULO 28

Lucas

—¿Qué cojones hacemos en el piso de Narciso? —pregunté extrañado mirando a mi amigo que, por su cara, se preguntaba lo mismo que yo.

—Ni idea tío, —Se encogió de hombros y tocó uno de los muchos timbres que había en el telefonillo—, solo sé que han ido al centro comercial y después se han pasado por aquí porque tenían que hacer un recado.

El nombre de Mabel me vino a la cabeza al instante. Ayer, Narciso había estado cenando en el conventillo y, si lo pensaba bien, el piso no estaba lejos pero tampoco a la vuelta de la esquina, así que era muy probable que las piernas esbeltas y jóvenes de mi preciosa campanilla le hiciesen el favor de pasar por aquí por ella. La voz de esta misma se escuchó por el altavoz del telefonillo.

<<Vale, a la mierda mi teoría >> pensé.

—¿Sí?

—¿Mabel? —Enzo arrugó la nariz en señal de no entender

un pimiento y me miró, a lo que respondí encogiéndome de hombros.

—La misma, Enzo, cariño —respondió.

—Abre, viejita —pedí y abrió.

Entramos y el interior del portal captó mi atención al completo. Era antiguo, pero estaba muy bien cuidado, al igual que el ascensor. Mientras subíamos hasta el tercer piso, una sensación rara se instaló en mí y empecé a ponerme nervioso. No solía pasarme, pero últimamente estaban pasando muchas cosas. Algunas muy buenas, otras... no lo eran ni por asomo.

A mis nudillos no les dio tiempo de llegar a tocar la madera de la puerta porque se abrió antes. La sonrisa que me recibía al otro lado era una llena de nervios y, a la vez, de ilusiones. Mis comisuras se elevaron y alcé un ceja en señal de interrogación.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté sorprendido al vislumbrar a toda la gente que había en el interior del comedor, y eso que no llegué a verlos a todos.

Mi curiosidad aumentó cuando me di cuenta de que, los rostros que había vislumbrado en aquella mirada fugaz, eran mi familia; sin embargo, Narciso no estaba por ningún lado. Me incliné para besar a la chica más preciosa de toda La Boca antes de entrar.

—Pasa y lo verás, —Se puso de puntillas y sus labios recibieron a los míos—, están todos en el comedor.

—¿Todos? —preguntó mi mejor amigo, asomando la cabecilla por detrás.

Vega asintió, colocándose detrás de la oreja un mechón de pelo que le cubría la cara. La sonrisita nerviosa con la que me había recibido volvió a hacer acto de presencia. La seguimos hasta llegar a la estancia principal y me quedé completamente sorprendido por la cantidad de gente que había allí. Mi cabeza solo barajó dos opciones: o se había muerto alguien o esto era una fiesta; odié si quiera barajar la primera opción. Me tranquilicé al ver la mesa del comedor y la barra de la cocina llenas de comida, ya que eso significaba que estaba ante la segunda. Empecé a sonreír y, cuando fui a preguntar, hablaron todos ellos.

—¡¡¡¡SOOORPREEEESAAAA!!!!

Mi sonrisa no se borraba, de hecho, cada vez se ampliaba más, sobre todo porque no entendía nada de lo que estaba pasando. Todos se reían y muchos cuchicheaban a mi alrededor; por lo que busqué con la mirada a mi preciosa campanilla para pedir una explicación. Una que no tardó en darme. Su mano se movió con destreza para meterse dentro del bolsillo trasero de su pantalón y sacar un par de copias de llaves. Su sonrisa se tornó tímida y sus mejillas se sonrojaron con ese color melocotón, tan particular, del que se teñían siempre que los nervios y la vergüenza afloraban. Ambos éramos conscientes de que estábamos rodeados de gente pero, en este preciso instante, el tiempo se detuvo para nosotros dos. Avancé dos pasos hacia ella al compás de mi corazón, que empezaba a acelerárseme. Cogí las llaves que colgaban de un llavero de madera con mi nombre pintado de color azul. Las moví dentro de mi mano y miré a Vega.

—¿Es lo que estoy pensando? —la emoción se instaló en mi voz.

—Creo que sí...

—Son las llaves de este piso, ¿verdad?

—Son las llaves de “nuestro” piso. —Recalcó la penúltima palabra, consiguiendo que sus mejillas se encendiesen aún más y que las mías la imitasen.

No se encendieron por vergüenza, ni mucho menos; se encendieron por el fuego abrasador que se originó en mi interior, avivando una llama de amor interminable que no paraba de crecer. Un segundo fue lo que tardé en rodear su cintura con mis brazos y estampar mis labios contra los suyos, a la vez que ella se enganchaba a mi cintura rodeándome con las piernas.

Silbidos y aplausos de todos los presentes resonaron por las paredes. Bajé a la preciosa campanilla, no sin antes robarle un último beso y volver a hablar:

—Eres lo mejor del mundo, preciosa.

—Anda ya, —chasqueó la lengua y sonrió—, solo se me presentó una buena oportunidad y la aproveché. Va, vamos a celebrarlo.

—Vamos —dije avanzando a su lado para comenzar a saludar a mi familia—, luego me pones al día de como te has vuelto tan buena negociadora. —le guiñé un ojo y besé su mejilla.

—Tenemos toda la noche, chico guapo. —Imitó mi gesto—. Ah sí, estaremos completamente solos —dijo con un tono más bajo y me regaló una de esas sonrisas provocativas que tan loco me volvían. Perversas y angelicales a partes iguales.

Saludos y felicitaciones de parte de todos, junto con muchos besos y abrazos por doquier, fueron celebres acompañantes de la noche.

Esto no era el conventillo y no cabíamos todos juntos en una mesa para cenar ni de coña, por eso ahora mismo parecía más una reunión que una comida. El comedor se juntaba con la cocina y, tanto en la mesa como en la barra, los trozos de pizzas desfilaban por las manos de los invitados. Algunos de pie charlando y otros sentados haciendo lo mismo.

En cuanto mi abuela me dejó respirar de tanto beso, cogí dos trozos de pizza, por supuesto de pepperoni y me uní a mis amigos, que charlaban, bebían y comían junto al balcón.

—Que calladito os lo teníais eh... —Solté sonriente abrazando a Vega por la espalda—. Sobre todo tú, —Señalé a mi mejor amigo con un golpe de cabeza—, que a todas las fiestas sorpresa que organizas viene hasta el butanero, enterado de todo el tema.

—¿Perdón? Yo organizo las mejores fiestas sorpresa, señores. —Soltó Enzo, pero lo ignoramos entre risas.

Enfrascarse con él en una discusión de si sus fiestas eran las mejores o no, era como jugar a la ruleta rusa. Podías perder la cabeza o conservarla. Nadie lo tenía claro.

—No se lo dijimos por eso mismo —dijo Romi poniéndole ojitos a su novio para que no se enfadase. Menudos son los dos.

—Cierto, —La voz de Vega llegó a mis oídos—, que te fueras a buscarlo porque no me encontrabas fue ideal, la verdad —confesó con una sonrisa.

El brillo de sus ojos iluminó la estancia entera y cada recoveco de mi corazón. Me perdí en ellos, lleno de mil y una sensaciones que me abordaban a cada instante. Ver a todos disfrutar me llenaba de una manera que era imposible de explicar con palabras.

<<Estoy en nuestra casa. NUESTRA>> pensé, sin ocultar la sonrisa en mi cara y mi corazón.

Terminamos de cenar entre risas y confesiones. Se ve que habían hecho una apuesta sobre nuestra relación y el tiempo que tardaríamos en formalizarla. He de decir que no me sorprendió que mi mejor amiga acertase, casi de lleno, en los tiempos.

Los últimos en marcharse fueron Romi y Enzo. Adoraba tenerlos cerca, no me malinterpretéis, pero por una vez deseaba estar a solas con mi preciosa campanilla. Antes de despedirnos, quedamos en vernos al día siguiente a primera hora para traer las pocas cosas que tenemos Vega y yo. No me costó casi nada convencerlo de que se levantase un domingo a las ocho de la mañana. Sacarlo a comer y de borrachera eran sus únicas condiciones. Vale, quizá con lo segundo dañaba bastante mi economía, sobre todo tratándose de Enzo, que le gustaba más empinar el codo que a mi abuela estirarme de los mofletes, pero las ganas me obligaron a aceptar.

El golpe de la puerta, al cerrarse tras ellos, nos arrancó una sonrisa provocativa a ambos.

—Dime, chico guapo, —La voz de Vega sonó muy sensual—, ¿Te gusta la sorpresa que te he preparado? —preguntó con toda esa picardía que soló me mostraba a mí.

La miré fijamente y observé a mi alrededor. La emoción me abrumó tanto que no pude decirle nada más que la verdad. —Me encanta, aunque no creo que pueda igualar esta sorpresa nunca —confesé acercándome a ella y abrazándola por la cintura—. Sabes que eres increíble, ¿no? —besé suavemente sus labios y me perdí en sus ojos a la vez que esperaba la respuesta.

—Sí, aunque creo que se me ha ido la puta olla —rio y mi corazón pegó un brinco—. Aún así, creo que es lo mejor que he hecho en mi vida hasta ahora —confesó.

Noté como sus mejillas se sonrojaban y ya no era por vergüenza, sino por un amor que le salía hasta por los poros. Como a mí.

—¿El qué? ¿dejar que se te fuese la puta olla? —pregunté, parafraseándola, con una sonrisa burlona.

—No —contestó un poco más seria pero sin perder la sonrisa, que ahora era más tierna—. Tomar la decisión de alquilar el piso de Narciso, —Sus ojos profundizaron en los míos haciéndome vibrar por completo—, vivir juntos..., tu y yo...

Miró a nuestro alrededor y le sobraron las palabras porque mis ojos le habían dicho que había captado el mensaje.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —la besé con mimo.

—Te voy a mejorar la frase —dijo sonriente sobre mis labios—. Somos lo mejor que nos ha pasado. —Me devolvió el beso y yo le sonreí antes de contestar.

—Te lo compro, preciosa. —Volví a besarla y la aupé para que me rodease la cintura con las piernas—. ¡Brindemos por eso! —dije mientras caminaba hasta la barra y la dejaba sobre ella con cuidado.

La vibración de mi móvil, dentro del bolsillo de mi pantalón, interrumpió el momento pre-brindis. Lo saqué para ver quien era y maldije entre dientes al volver a ver en la pantalla ese dichoso número de teléfono. Sin poder evitarlo, mis ojos volaron a los de Vega, que me miraba con una mezcla de preocupación e incertidumbre. Quería encontrar el momento para contarle la historia de la mujer que me parió, pero el universo me daba una de cal y otra de arena, así que

decidí responder, sin extenderme demasiado, a la pregunta que acaba de hacerme.

—¿Quién es?

—La mujer que me trajo al mundo para después dejarme con mi abuela e ir a inflarse a opiáceos y wiski del barato. —Solté con el resquemor rozando la punta de mi lengua.

La boca de Vega se abrió para volver a cerrarse. La confesión sobre la mujer que me dio a luz la había dejado estupefacta.

—Lo siento mucho... —Quise hablar pero me cortó—, nunca quise preguntar por tus padres, pero jamás me hubiese imaginado tal cosa...

—No lo sientas —dije seguro—, tuve suerte de criarme con mis abuelos en el conventillo y no con una loca, que se empastillaba para no ver la realidad, y con un borracho maltratador.

Pensar en ella no me afectaba tanto como cuando la imagen de él venía a mi mente. Toda mi anatomía se tensaba y aún podía sentir los golpes.

No destensé la mandíbula ni los puños hasta que los dedos de Vega me rozaron lentamente, rescatándome de ese sucio apartamento queapestaba a alcohol.

—¿Quieres contármelo? —preguntó con tiento.

—No es una historia bonita de escuchar...

No es que no quisiese contárselo, lo que no quería era revivirlo mientras lo hacía. La suerte de que me conociese demasiado fue una bendición en aquel momento ya que, por primera vez, el que no estaba preparado era yo.

—Ni de recordar, supongo. —Besó la punta de mi nariz con mimo y me liberó de todo mal en cuanto volvió a hablar—. La noche se me está antojando corta, chico guapo, y quiero que se nos haga de día festejando.

Esa noche descubrí que la preciosa campanilla era para mis demonios lo que la criptonita para Superman. Si ella estaba cerca se esfumaban por completo.

CAPÍTULO 29

Vega

El sol de la mañana me despertó con el calor de sus rayos sobre mi dermis. Ayer nos quedamos dormidos en el sofá después de hacernos el amor hasta las tantas de la madrugada. He de decir que la encimera de la cocina tiene la altura perfecta. ¡A buen entendedor pocas palabras bastan!

Siento el peso de la cabeza de Lucas sobre mi vientre y decido moverlo, con cuidado de no despertarlo, para ir a buscar algo de desayunar; porque la casa vendría amueblada, pero la nevera está ahora mismo en una situación en la que entra un ratón a buscar algo y se estrella.

Cuando consigo desenredarme de su cuerpo, me doy una ducha rápida, me visto y salgo de casa, camino a la paradita de Gabriel. Lo cierto es que mientras camino por las calles de La Boca, mi mente se pierde entre las líneas de los adoquines que forman la acera, pensando en el día que Gabriel me confundió con la novia de Lucas, y ahora, en efecto, somos pareja. No, si al final va a ser verdad que todo el mundo sabía que íbamos a acabar juntos menos nosotros.

Llegué al puesto con una sonrisa en los labios y, una aún más grande, en el corazón.

—Buenos días, Gabriel —lo saludé.

—Buenos días, señorita Vega. —Me dedicó una sonrisa mientras se inclinaba para asomarse por

la ventana del camión—. Por lo que veo, hoy solo un desayuno, ¿no?

—No —sentí como mis mejillas comenzaban a ruborizarse—, Lucas se ha quedado en casa durmiendo y como no había nada de comer, he pensado en sorprenderlo con el desayuno —confesé a la espera de su respuesta.

Gabriel abrió los ojos como platos y su boca me enseñó una sonrisa de dientes antes de formular una pregunta en vez de darme una respuesta.

—¿Nada de comer en el conventillo...? —Gabriel alzó una ceja sabiendo que eso era imposible y mi sonrisa se volvió aún más tímida.

—Ahora vivimos juntos, nos mudamos ayer.

—¡No sabes cuanto me alegra oír eso! —exclamó ampliando aún más la sonrisa.

—Muchas gracias —contesté.

—¡Ya era hora! Si es que desprendéis amor por los poros, niña.

No pude evitar volver a ruborizarme. Pero esta vez la respuesta que le di nos sorprendió a ambos.

—Pues sí. A veces me pregunto como hemos tardado tanto.

—Habéis tardado el tiempo que el destino había contado en su minuterero para que os encontrarais. Ni antes, ni después —dijo mientras encendía la cafetera para preparar los cafés que aún no le había pedido, pero sabía que le iba a pedir.

—Supongo. —Me encogí de hombros y me preparé para pedir los desayunos—. Lo de siempre, Gabriel.

Asintió a la vez que me guiñaba un ojo y se ponía manos a la obra.

Hoy Gabriel no tenía leche semidesnatada sin lactosa, por lo que, de camino a casa, me paré en una cafetería muy pintoresca a la que no había entrado nunca, pero sí que había visto; pedí el café especial que tanto le gusta a Lucas para llevar. Lo recogí y decidí llevarlo en la mano que tenía libre para no perderla por congelamiento.

Abrí la puerta con sumo cuidado de no hacer mucho ruido, y rezándole a todos los santos por que Lucas aún no se hubiese despertado. Él siempre era el de las sorpresas y hoy quería ser yo. Las relaciones son como la piel. Sí, la piel. Cuanto más la cuidamos y la mimamos, más tiempo tarda en envejecer. Con las relaciones pasa lo mismo. Y con los corazones.

Dejé la bolsa sobre la encimera y me quise dar de cabezazos contra esta. Ahora que me disponía a preparar todo muy bonito y decorado en una bandeja, me di cuenta mientras abría

los armarios, que, en efecto, no había ni una sola bandeja de desayuno.

—¡Mierda! —Solté.

No escuché sus pasos pero su olor inundó toda la cocina, obligándome a girarme para encontrármelo en el quicio de la puerta con una sonrisa adormilada.

—Buenos días, preciosa. —Avanzó unos pasos y se apoyó sobre la encimera mientras miraba las bolsas—. ¿Y todo esto?

—preguntó a la vez que su mano viajaba hacia la bolsa para robar algo de comer.

—¡Eh! —Le di un manotazo para frenarlo y no le dejé probar bocado—. Sé que cuando te levantas te comerías una vaca

por los pies, pero vas a esperar a que te prepare la “ya no sorpresa” —dije señalando la evidencia

de que se había despertado a la vez que le robaba el primer beso de la mañana. —Si me lo pides así no me importa —contestó tomándome por la cintura y subiéndome a la encimera.

Mis piernas rodearon su cintura por inercia y cada célula de mi cuerpo se activó en el instante en que la piel de su torso desnudo entro en contacto con las yemas de mis dedos, que se pasearon por este a la vez que lo besaba con mimo. —Ya que estas despierto, ¿me ayudas? —pedí.

—No sé... ¿Qué me das? —preguntó tontorrón mientras sus labios se perdían por mi cuello.

—Comida —contesté con la risa escapándose junto a las palabras.

Los labios de Lucas abandonaron mi cuello y sus ojos me echaron la mirada más canalla que había visto hasta ahora.

—¿Qué tipo de comida? —alzó una ceja y no pude evitar reírme.

Mi mano se estampó contra su hombro a la vez que me bajaba de un salto de la encimera y la rodeaba para sacar las cosas de las bolsas. Lucas me siguió, con la mano sobre mi trasero.

—Podrías esperar hasta después del desayuno... —pedí entre risas.

—Creo que se me ha quitado el hambre. —Me abrazó por detrás y me besó en el hueco de la clavícula de una manera que me hizo vibrar de pies a cabeza.

—Eso coméntaselo a tu barriga —dije al escucharla sonar—, no creo que esté muy de acuerdo con tu decisión.

—Vale. —Me soltó y me besó en la frente a la vez que empezaba a sacar el desayuno de las bolsas.

—Vaya, si que tienes hambre —pensé en voz alta.

—Mucha —contestó sonriente.

Le devolví la sonrisa y me quedé mirándolo más rato de la cuenta. Estaba soñando despierta, literalmente. Me encantaba hacer eso. Mirarlo mientras él era totalmente consciente de que lo estaba haciendo. Disfrutaba mucho de ello. Él también lo hacía y lo sabía porque cuando mis ojos llegaban a la altura de su boca la sonrisa que dibujaban sus labios me dejaba completamente embobada.

—Venga, —dijo de forma lastimosa, aunque con una sonrisa el doble de arrebatadora que me sacó de mi ensoñación—, desayunemos, preciosa.

Asentí y me senté en el taburete junto a él. Como siempre, los desayunos de Gabriel se habían pasado todos los niveles. Ese hombre tenía unas manos de oro. Terminamos de desayunar y la ventaja de que no hubiese vajilla en el piso de Narciso fue que no tendríamos que lavar nada. Algo que aprecié porque nos dejaba más tiempo para estrenar nuestra nueva cama. Bueno, en realidad la estrenamos ayer. <<Y bien estrenada, por cierto>>, pensé para mis adentros.

Lucas

La seguí a través del pasillo entre risas y algún comentario más picante que otro. Vega cruzó el pasillo de puntillas hasta llegar a la que a partir de ahora iba a ser nuestra habitación. Lo hizo rápido, pero mis ojos la grabaron en la retina a cámara lenta. Sus pies corriendo descalzos y de puntillas sobre el parqué, haciéndolo como si con cada pisada dejase magia a su paso. Con la melena rozándole la espalda y su contagiosa sonrisa al girarse para ver si la seguía. Algo que no tenía que comprobar, porque la seguiría hasta el fin del mundo.

La habitación me parecía más sosa que la de un hospital, pero era nuestra y eso era lo único que importaba. ¡Ah sí! y la preciosa chica que tenía delante. La alcancé antes de que llegase a la cama y la envolví entre mis brazos para tirarme sobre la cama con ella.

—¡Lucas!, que me vas a hacer vomitar el café. —Se quejó entre risas.

Me contagié de ella a la vez que volví a echar otro vistazo a la habitación. No me podía creer que fuese algo nuestro de verdad. Pero lo era. Me giré para mirarla y la cercanía por tenerla entre mis brazos hizo que mi nariz rozara la suya.

Putita bendita y fantástica electricidad.

—Ahora que pienso... —Empecé a decir mientras paseaba la mano que tenía libre, de manera ascendente, por su muslo—, vivimos solos. ¡Solos! —Recalqué la última palabra alzando una ceja y colando un dedo por la cinturilla de su pantalón.

—¿Y...? —Me instó a seguir, dejándome entrever una sonrisa pícara.

—Que ahora, —Me acerqué a su oreja para susurrarle lo siguiente—, ya no tienes que contener los gemidos y no sabes lo cachondo que me pone pensar en ello. —Noté su estómago encogerse junto al mío y un suspiro se escapó de entre sus labios—. Veo que a ti también.

Me separé para mirar la lujuria en sus ojos a la vez que me pedía que la siguiera en un beso descontrolado. Mis manos se unieron al juego desabrochándole el pantalón para quitárselo. Sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando de mis mechones, a la vez que profundizaba el beso. La tomé por las caderas y me giré para dejarla tumbada encima de mí. Se incorporó quedándose a horcajadas y se mordió el labio inferior antes de hablar:

—Solo tenemos quince minutos, lo sabes ¿no? —preguntó.

<< ¿Quince? >> pensé, después recordé que habíamos quedado todos a las ocho en el conventillo para hacer la mudanza.

Miré a la preciosa Campanilla con el entrecejo fruncido, pero con una sonrisa canalla, a modo de juego.

—Creo que no me costaría mucho esfuerzo hacerte cambiar de opinión... —mi dedo índice se coló por el elástico de su braguita y sus dientes volvieron a atrapar su labio inferior. La única diferencia era que ahora el motivo era totalmente diferente.

Placer y deseo.

—Pues va a ser que tienes razón y todo, como siempre. — Ambos reímos antes de volver a juntar nuestros labios.

Vega

La mudanza no se podía considerar una mudanza en sí, porque el total de nuestras pertenencias no llenaban ni la parte trasera de la furgoneta del padre de Tato. Mientras los chicos terminaban de bajar cosas, me senté en el balancín favorito de Lucas —ahora también el mío—, y los observe desde la distancia. He de confesar que últimamente me he vuelto muy fan de hacer eso. Apremiar lo que me hace feliz desde fuera, con detalle y lupa de aumento. Lo que me recordó que, entre todo el ajetreo de la noticia y ahora la mudanza, no le había contado nada a mis padres. Ni si quiera a Gabi. Saqué el móvil del bolsillo y abrí el grupo familiar de WhatsApp, del que también formaba parte mi adorada amiga, y realicé una video llamada grupal.

No habían sonado ni dos tonos, que ya estaban los cuatro en la pantalla.

—¡Hola familia! —los saludé.

Los había pillado comiendo, pero me importaba un pimiento. La noticia que iba a darles les iba a

alegrar más. No lo tenía tan claro con Gabi, ya que parecía que la había despertado; cosa que me hacía deducir que le habían vuelto a dar el turno de noche que tanto odiaba.

—Hola cariño.

—Hola mama. —La saludé con una sonrisa—. Lo siento amiga, te han vuelto a dar el turno de noche que tanto amas... ¿no?

—Sí... —Su sonrisa fue forzada y tenía los ojos hinchados—, y da gracias que he leído tu nombre en la pantalla, sino iba a contestar tu tía la del pueblo. Hola capullin —saludó a mi hermano a través de la pantalla, que le hacía muecas imitando su queja.

—No me cabe duda...

Mis ojos se desviaron un momento para mirar al rubio el tiempo suficiente para que mis comisuras se elevasen y mi querida madre notase ese brillo en los ojos que dice que se les instala por norma general a la gente enamorada.

No lo escondí.

—Ay... esa sonrisilla... —su sonrisa reflejaba mi felicidad. Y la de mi padre también.

—Tengo que contaros una cosa.

—¿Estas preñada? —Soltó Gabi abriendo en demasía los ojos.

—¿Voy a ser tito? —preguntó mi hermano uniéndose a la loca de mi amiga.

—¡No, no estoy embarazada, coño! ¡¿Queréis dejarme que os cuente?! —

—Dejar a la niña que cuente la noticia que tiene, hombre... —la voz de la calma y la sensatez se hizo presente.

—Gracias papá. —Le tiré un beso a través de la pantalla—. Bueno, la cosa es que... —Fue inevitable que, otra vez, mis ojos se desviasen hasta mi chico de ojos marrones una décima de segundo—, Lucas y yo hemos alquilado un piso y nos vamos a vivir juntos —Solté sin respirar. Sus respuestas fueron bocas abiertas y caras de asombro y felicidad; el suspiro de mi padre y esa sonrisa que le infla los mofletes; el brillo en los ojos de todos ellos; el amor incondicional en una sola imagen. Me querían y se alegraban por mi, cosa que me llenaba de orgullo.

La distancia no separa corazones. No los nuestros.

—¡Que buena noticia, mi niña! —exclamó mi madre—, No llamabas mucho...

—Por no decir nada... —interrumpió mi hermano, al que mi madre fulminó con la mirada. No sé bien si por interrumpirla o por decirle algo a la niña de sus ojos.

—Pero Gabi nos tenía al corriente de todo. —Continuó mi madre—. Ya era hora de que dierais el paso alguno de los dos.

Sonreí, ahora un poco más tímida, y vi llegar a Mabel a mi altura.

—Me alegro de que tengáis informadora personal sobre mi situación amorosa —reí—, pero ahora os tengo que dejar. Por la noche os llamo.

Colgué el teléfono y di unas suaves palmaditas sobre el cojín que estaba a mi lado, instando con una sonrisa dulce a que Mabel se sentase a mi lado en el balancín.

—Vaya mañana de mover trastos ¿eh?... —

—Sí, aunque tenemos pocas cosas.

—Eso es lo que importa de verdad —sonrió con ojos chinos.

—¿Lo que importa? —pregunté un tanto extrañada sin entender lo que quería decirme.

—Sí —confirmó antes de proseguir con la explicación—, es importante que os llevéis pocas cosas, para así, a partir de ahora, poder atesorar muchas más juntos. Recuerdos, momentos, y vibras, hija. Todo lo demás está sobrevalorado.

Me perdí en los enormes ojos grises de Mabel. Esos que tanto hablaban sin necesidad de decir una palabra.

Tomé la mano que había apoyado sobre mi rodilla mientras hablaba y dejé un beso corto sobre el dorso de esta. Uno corto en el tiempo pero que contenía un agradecimiento infinito, tanto como la eternidad. Me pareció que después de dos años, casi tres, viviendo aquí y sintiéndome parte de esta preciosa y maravillosa familia —de la que Mabel me había abierto las puertas cuando más necesitada de amor y cariño estaba, aunque ni yo misma lo supiese—, lo menos que podía hacer era darle las gracias.

—Gracias por estar siempre que te he necesitado, Mabel. Gracias de verdad. —Mis palabras salieron sinceras junto a una sonrisa tierna—. Como diría Lucas, eres algo así como un ángel de la guarda. —ambas reímos.

—Lo seré siempre que lo necesites, chiquita. —No me cabía duda.

Ambas nos levantamos, nos dimos un corto abrazo y nos acercamos hasta los chicos, que estaban terminando de cargar las últimas cosas en la furgoneta.

—Ya está casi todo, ¿no? —pregunté a Lucas, que cruzaba el quicio de la puerta en ese momento.

—Sí, acabo de cargar lo último —contesto a la vez que llegaba hasta mí—, ¿Nos vamos? —Me dedicó un gran sonrisa que dejaba a la vista todos sus dientes. Mi respuesta fue meterle el dedo índice en uno de sus preciosos hoyuelos.

—¡En marcha! —Le planté un beso rápido y nos repartimos entre los dos coches que había y la furgoneta de Tato.

Eran casi las once de la noche cuando miré el reloj rojo que habíamos colocado las chicas y yo esta mañana en una de las paredes del comedor. Terminé de secarme la humedad de las manos en los pantalones, como de costumbre, —No es que me suden las manos, es que acababa de fregar los platos y me había saltado esa parte—, mientras iba en busca de Lucas. Lo encontré dormido en una de las tumbonas de la terraza, con la colilla de tabaco ya consumida entre los dedos. Me acerqué para sentarme a su lado con la intención de mimarlo sin que se despertase. Alcé la mano y acaricié el contorno de su oreja con suavidad, hasta deslizar mis dedos por su cuello y acabar repasando la tinta de las letras que lo cubrían, formando la palabra “Rahma”. Me entraron ganas de despertarlo para preguntarle lo que significaba, pero no hizo falta. Sus dedos juguetones se colaron por mi espalda y sus ojos se abrieron adormilados, igual que la voz que salió de su garganta.

—Es árabe —dijo.

Por un segundo no sabía de lo que estaba hablando, después caí en la cuenta de que lo que me estaba diciendo era el idioma en el que estaba escrito el tatuaje que cubría su garganta.

—¿Qué significa? —pregunté curiosa mientras mis dedos volvían a repasar la tinta.

—Misericordia. —Me dedicó una sonrisa y continuó hablando—. Pero no por pena ni nada de eso, sino a lo que implica mostrar compasión, bondad y empatía hacia los demás. — Finalizó con otra sonrisa y con toda mi atención puesta en él.

Lucas era de esas personas que siempre te transformaban en algo mejor. Da igual cuanta oscuridad creas que te acompaña, él siempre va a ver esa rendija de luz e intentará llegar a ella. Me había quedado embobada mirándolo y sintiéndome afortunada de tenerlo a mi lado, de haberlo encontrado como mi compañero de vida y de viaje. De que ambos nos hayamos elegido

para caminar juntos. El beso que me robó junto a su voz, ya que volvía a hablar, me devolvieron a la terraza.

—Me gusta más cuando piensas en voz alta, preciosa.

—No sabría ni como explicar en voz alta todo lo que pienso de ti, chico guapo. —Lo miré sonriente mientras sentía sus dedos deslizarse por mi espalda y bajar lentamente en dirección a mi trasero.

—¿Tan malo es lo que piensas de mí que no eres capaz ni de decirlo? —Bromeó usando un tono sexy.

Me giré para quedar cara a cara con él, con una sonrisa tonta en la cara, mientras enredaba mis dedos en sus mechones rubios. Pasé mi pierna por encima de su cintura y la mano que tenía libre acaricié mi muslo de manera ascendente, hasta colar sus dedos dentro del pantalón corto de algodón que siempre llevaba como pijama y dejar la palma de esta sobre mi culo. Como ya tenía sus dos manos en el mismo sitio, me aupó y pegó cada centímetro de nuestros cuerpos, encajando a la perfección. Lo único que no se tocaban, por milímetros, eran nuestros labios.

—Demasiado bueno, diría yo —susurré sobre su boca uniéndome a su juego.

—Eso tiene fácil arreglo —sonrió con sus ojos clavados en mis labios para después, fundirse con ellos.

CAPÍTULO 32

Lucas

Cerré la puerta de nuestro piso con el sabor de nuestros besos aún en el paladar y salí pitando hacia el estudio.

Estaba nervioso. Charly nos había reunido a todos para darnos, según él: una súper noticia. Ahora bien, miedo me daba saber lo que era una súper noticia para mi amigo, ya que estaba como una regadera.

Cuando llegué a la puerta del estudio me paré en seco al ver a los chicos allí fuera.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté arrugando la nariz—, hace un frío que pela.

—No podemos entrar aún. —La voz de Tato salió temblorosa, ya que estaba tiritando a causa del frío.

—Esta con Mateo. —Me informó Enzo.

<< ¿Mateo? >> pensé. La respuesta vino a mi mente a la vez que Enzo me lo confirmaba.

—El productor que nos llevó a París.

—Ajá... —Seguía sin entender porque no podíamos entrar—. ¿Y?

—Joder Lucas... —Se quejó—. ¡Están negociando!

Ahora sí que me había quedado en blanco. ¿Negociando? Miles de pensamientos, todos ellos buenos, aparecieron en mi cabeza. Empezaba a cavilar sueños cual niño pequeño.

—HOSTIA... Eso era lo que decía que, si salía bien, íbamos a flipar —dije recordando las palabras que me había dicho Enzo días atrás en su casa.

—Exacto, hermano.

Estábamos todos fuera y Charly dentro, negociando con el productor de nuestros sueños; porque si algo era Mateo, a parte de un tío cojonudo, era eso, el que nos iba a llevar a la cima para tocar el cielo con los dedos y a hacerlo nuestro.

No podía esperar a volver a casa para contarle a Vega lo que había pasado en el estudio. Quería que lo festejase conmigo ya que era lo que llevaba persiguiendo desde que tenía seis años y era un mocoso con aires de grandeza. Y quería poder llevarla hasta el fin del mundo conmigo, pero esta vez no era posible.

La noticia que tenía Charly, en efecto, era un notición. Nos íbamos a París dos meses a cerrar la temporada de verano en el Eiffel Festival, por todo lo que habíamos gustado al otro lado del charco. Dos meses de conciertos cada sábado, cobrando una buena pasta, e igual que la última vez, con todos los gastos pagos. Lo único que había cambiado era lo más importante y es que Vega no podía venir conmigo.

Cuando Charly abrió la puerta del estudio y nos dijo que ya podíamos pasar, en mi interior estaba dando saltos de alegría.

Mateo nos contó como iba a funcionar todo durante esos dos meses y todas las condiciones y cláusulas que teníamos que cumplir para poder asistir al evento. La cláusula: “Sin acompañantes”, me había dejado fuera de juego, transportándome directamente a mi chica de pelo suave y sonrisa bonita. A Vega.

Acabábamos de mudarnos y el hecho de irme y dejar el nuevo hogar durante tanto tiempo, ahora que lo estábamos haciendo nuestro, me echó para atrás. Hasta ahora nada me había detenido en la misión de perseguir mis sueños. Pero ya no tenía claro si quería perseguir el rock o los pies de ella caminando hacia la ducha.

La imagen que se generó en mi cerebro me estaba dando la respuesta. Los pies de Vega corrían por el pasillo de nuestra casa, junto a su risa, que era perseguida por la mía y mis dedos en busca de sus cosquillas.

Todos habían firmado ya su contrato; todos menos yo.

—¡Ey, empanao! Firma ya —Me apresuró Charly.

No podía firmar. Lo que había estado esperando toda mi vida se encontraba delante de mis narices, sobre la mesa y no era capaz de coger el puto boli, que había dejado Mateo junto al contrato, y firmar por mis sueños. Me disculpé con todos y salí del estudio a la vez que mis manos nerviosas sacaban el teléfono del bolsillo para teclear el número de mi preciosa campanilla.

CAPÍTULO 33

Vega

Apenas eran las diez de la mañana y ya estaba en la salita del curro bebiéndome mi segundo café para poder estar en pie después de la noche de ayer, la de anteayer y... Bueno, todas las noches desde que Lucas y yo vivimos juntos.

Perderme entre las sábanas con él, entre sueño y sueño, era algo que no podía ni quería dejar de hacer; por más escapadas que tuviese que dar a la sala de descanso.

Apreté el botón y esperé a que el pitido de la máquina me anunciase que ya estaba listo. Para matar el minuto y medio que tardaba en salir el café, saqué el móvil del bolsillo y me puse a cotillear Instagram.

Como siempre, todo eran postureo y memes. Mi dedo se paseaba de arriba abajo sin poder dejar de mirar y, a la vez, sin encontrar nada interesante. De verdad, estaba más entretenida cuando leía las etiquetas del champú para matar el tiempo. Aunque tengo que reconocer que volver a estar en contacto con mi chica favorita, Gabi, es genial. Como ella. Me detengo en una foto suya junto a Sil y le doy al corazoncito de “Me gusta”, mientras se me escapa una sonrisa tierna de entre los labios. Están abrazadas, mirándose la una a la otra y las dos sonrientes. Verlas así me entenece y solo desearía que a Gabi y a mí no nos separasen tantos kilómetros.

De repente, entró una llamada de Lucas y respondí casi sin darle tiempo al teléfono de sonar.

—Hola, chico guapo.

—Hola, preciosa —contestó con un tono diferente al habitual cuando me llamaba con aquel calificativo.

—Vaya voz... ¿Ha pasado algo? —pregunté.

La respuesta tardó unos segundos, en los que la línea enmudeció y solo se podía escuchar la respiración de Lucas.

—Nos han propuesto irnos a París dos meses —empezó a decir—, al parecer hemos gustado mucho y Mateo está seguro de que, si cerramos la temporada de festivales de verano en el Eiffel festival, las puertas del mundo musical se abrirán de par en par para nosotros.

Ahora sí que no estaba entendiendo nada. La ilusión que tenía que estar latente en su voz al darme la noticia, brillaba por su ausencia. Lo que Lucas me estaba contando era lo que había estado esperando toda su vida, lo que había estado persiguiendo la banda desde hacía años y no entendía que no estuviese dando saltos de alegría mientras estábamos al teléfono.

—Lucas, no te entiendo... —expresé con sinceridad—, es lo que has estado esperando toda tu vida.

—Ya... —contestó dejando ir un suspiro que sonó más que su voz—, y sería una puta pasada si no tuviese que estar separado de ti durante ese tiempo.

Las palabras se habían atascado dentro de mi boca y no encontraban el hueco para salir. No había caído en que, si los contrataban durante dos meses, no iba a ser igual que aquel fin de semana que sí pudieron llevar acompañante. ¡Mierda! Si esperar dos semanas, para hacer el amor, me parecieron dos años, dos meses iban a ser como veinte.

Me vi en la obligación de ponerle freno a esos pensamientos y a mi necesidad. Me estaba doliendo en el alma procesar lo que iba a decirle a Lucas, pero así lo sentía; por más que me quemase en el pecho el echarlo de menos. Ya lo estaba haciendo y aún no había hecho ni las maletas.

—No puedes dejar escapar esta oportunidad. —Respiré y continué hablando—. Sabes perfectamente que no voy a irme a ningún lado —aseguré con seguridad, aunque la voz ya empezaba a flaquearme.

—¿Y si te cansas de esperarme?

—¿¿Cómo me voy a cansar de esperarte?! —la pregunta se escapó de entre mis labios a toda velocidad.

—Si firmo el contrato, son dos meses que no voy a verte y... —¿Y? —Lo corté—. Dos años, Lucas. Dos años tardé en

darme cuenta de que estaba perdidamente enamorada de ti...

¿De verdad crees que no voy a esperarte dos meses? Y más cuando es para cumplir el sueño de tu vida.

En serio, si pensaba eso, no podía estar más equivocado.

La respuesta de Lucas tardó en llegar lo que se me antojó una

eternidad, pero fue escucharlo y mi mundo se paralizó por completo.

—Tengo miedo a perderte. —Su voz sonó casi como un susurro.

—A mi no vas a perderme, —quería salir de la tienda e ir corriendo a abrazarlo—, pero si no vas, sí que perderás la oportunidad que se te ha presentado y que tanto tiempo llevabas esperando. —Me mordí el labio esperando a que volviese a hablar.

—Tienes razón, es lo que he soñado toda mi vida. —La última frase salió con ese toque de ilusión que quería escuchar. Mis ojos se habían humedecido por la emoción del momento que, aunque triste, me estaba pareciendo precioso. Mucha gente diría que se me ha ido la castaña, yo no opino así. Pienso que dar alas a los sueños de las personas que queremos y admiramos, los hace crecer; y a nosotros con ellos.

—Eso era lo que quería escuchar —sonreí y volví a hablar—.

Ahora ve y firma ese contrato. Te mereces esto más que nadie, fideílo.

El sonido de su risa fresca y espontánea se coló por el altavoz al volver a hablarme:

—¡Eres lo mejor de este puto mundo! —Él sí que lo era—. Entonces... ¿Me esperarás?

Negué con la cabeza, mientras ponía los ojos en blanco y continuaba sonriendo. Este hombre me iba a matar, pero de amor. La sonrisa boba se fue transformando en una que rebosaba amor del de verdad, de ese que te hace cerrar los ojos para sentirlo más dentro. Me empapé de todas las emociones que estaba sintiendo antes de responder:

—Te esperé toda mi vida sin saberlo, y volvería a esperarte mil veces.

Vega

Lo vi desaparecer dentro de la terminal y sentí que el corazón se me encogía como una pasa. Un nudo se instaló en mi garganta y mis iris se volvieron cristalinos a causa de las lágrimas que estaba conteniendo. Había jurado no soltar ni una mientras Lucas estuviese delante, no quería que se fuese con ese mal sabor de boca. Quería verlo persiguiendo, atrapando y viviendo su sueño.

En cuanto nuestras miradas se perdieron, las lágrimas cayeron a borbotones.

<<Solo dos meses..., solo dos meses para volver a abrazarlo y no soltarlo nunca>> me repetí a mí misma una y otra vez como un mantra mientras emprendíamos el camino de vuelta al conventillo.

Lucas

Volver a pisar París sin ella era una puta mierda. Pero en este viaje nos obligaban a venir solos. De camino al hotel no hacía más que repetirme que dos meses no eran nada para nosotros, pero me jodía vida y media que acabásemos de mudarnos juntos y ya nos tuviésemos que separar.

Sin poder evitarlo, saqué el móvil del bolsillo y activé el roaming para poder mandar un WhatsApp. Sí, a ella. Le había prometido que ni bien pisase París le escribiría.

Lucas: *Aquí un parisino al habla. Ya estamos llegando al hotel.*

El corazón se me aceleró en el momento en que recibí su mensaje. Caminaba por las calles sin tan siquiera mirar a mi alrededor, por lo que era la primera vez que me comía una farola con una sonrisa de oreja a oreja.

Vega:

Aquí una que se acaba de despertar para ir a currar. ¿Cómo ha ido el viaje?

Lucas: *Solo te voy a decir que a la vuelta me empastillo para dormir todo el vuelo y no escuchar a Tato...*

Vega:

¿Tato? Te juro que pensaba que me ibas a decir a Enzo.

Lucas: *Hablando de lo maravillosa que es Lola le ha quitado el puesto al loco de la colina. Jajajaja*

Vega:

No se si hemos hecho bien en presentarlos, les ha dado fuerte...

Lucas: *Ni que lo digas... Espero que te sea leve el día de curro.*

Vega:

Creo que cuando acabe el día me vendrá bien retomar la tradición de los chupitos. Iré con Lola, como no, para que termine de taladrarme la cabeza con el futuro padre de sus hijos. jajaja.

Lucas: *Bébetelo uno por mí, preciosa. Como si estuviese ahí contigo.*

La estaba echando demasiado de menos. Solo llevaba un par de horas pisando el continente Europeo y era consciente de que cada día la echaría más y más de menos. Por un segundo, mientras dejaba la maleta en la habitación, cerré los ojos y me imaginé sentado con ella en cualquier bar recóndito dentro de las calles desconocidas de La Boca, tomándonos un par de chupitos y diciéndonos, entre besos y miradas, cuanto nos queremos el uno al otro.

Vega:

Bff... Putos dos meses.

Aunque si te digo la verdad, no quisiera que estuvieses en ninguna otra parte que no fuese allí.

Lucas: *Empiezo a dudar de ese sueño...*

Vega:

¿Dudar? ¿Tú?

Lucas: *No sé si me va a compensar tocar en un festival veraniego en vez de estar donde quiero estar, porque sino no lo estaría deseando como lo estoy haciendo en este momento. Y es contigo. ¡Joder! Me muero de ganas de estar contigo, Vega.*

Nunca había tenido la sensación de que la música fuese un impedimento para ser feliz, al

contrario, esta era la que me movía. Ahora todo aquello se estaba volviendo de un tono grisáceo. Estaba en París sin Vega, pero queriendo estar con ella. Como he dicho: empiezo a dudar de ese sueño.

Vega:

Pues no. No dudes ni un segundo que estás donde tienes que estar.

Se te ha presentado una oportunidad de las pocas que la vida nos ofrece, y has hecho lo que tenías que hacer, subirte al tren cuando ha pasado.

Lucas, los trenes solo pasan una vez...

Tú y yo somos para siempre.

Toda la duda que había acumulado mi pecho segundos antes se diluía como una gota de pintura gris uniéndose al aguarrás. Una bocanada de aire llenó mis pulmones antes de volver a teclear, con una sonrisa sincera y cargada de amor sobre los labios.

Lucas: *Para siempre es poco tiempo, ya te lo dije.*

Vega:

Entonces dos meses no son nada, chico guapo. Me voy a currar. Te quiero.

Lucas: *Eres lo mejor del puto mundo, preciosa. Te quiero. Que vaya bien el día. Te escribiré cuando hayamos dejado todo y me haya acomodado un poco en mi nuevo hogar vacacional.*

Devolví el teléfono al bolsillo y no me entretuve en sacar la ropa. Mi cabeza le daba mil y una vueltas a lo que me había pasado. Toda mi vida había querido una sola cosa, y ahora que vivía lo que quería, solo podía pensar en quererla a ella.

CAPÍTULO 36

Vega

No noto casi el frío que hace en la calle porque corro para meterme dentro del coche de Lola a toda prisa.

—Hola, bella flor —me saluda la pelirroja poniendo la mejilla para que la bese.

—Hola, Lolita. —Me inclino para dejar un beso ruidoso sobre esta y señalo el reloj—. Arranca que hoy sí que llegamos tarde.

Trabajar un sábado era un palazo. Lo único bueno que tenía era que solo trabajábamos hasta las dos y nos dábamos el caprichito de ir a comer por ahí y, si se terciaba, solo pasábamos por casa a ducharnos y ponernos monas para volver a salir.

A media mañana, aproveché que Lola salió a fumarse un cigarro y salí con ella. Me saqué el móvil del bolsillo y le escribí a mi rubio favorito.

Vega: *Hola, chico guapo. ¿Te pillo comiendo?*

Lucas:

No, de hecho, salíamos a eso justo ahora.

Te echo mil de menos, preciosa... Te acuerdas de lo de esta noche, ¿Verdad?

Como iba a olvidarme de algo tan importante para él. Para los dos. Sabía que estaba cumpliendo uno de sus sueños y me alegraba mucho por ello. Estaba deseando verlo tocar en directo aunque fuese a través de una pantalla.

Vega: *Estoy deseando recibir esa video llamada. Ojalá pudiese estar allí contigo...*

Lucas:

Lo estarás. Solo tienes que cerrar los ojos y dejarte llevar.

Vega: *Lo haré. Tengo que entrar. Te quiero mucho, mucho.*

Lucas:

Joder, odio despedirme de ti...

Te llamo luego. Y está claro que yo te quiero más, mini foca.

Este apelativo, con el que una vez me hizo cabrear demasiado, ahora me estaba robando una sonrisa al recordar la primera vez que me reí de verdad delante de mi rubio favorito, dejándole ver a la foca que llevaba dentro. De ahí el apodo mini foca, por la risa y por mi menudez.

El codo de mi amiga y su sonrisa burlona me sacaron de mi ensimismamiento y no me quedó otra que soltar prenda. Aunque Lola sabía a la perfección a que se debía mi sonrisa.

—En serio, —Achinó los ojos de repente, pero sin borrar la sonrisa—, a veces el rubio me da hasta asco de lo perfecto que es...

—Dice la que me ha estado contando toda la santa mañana lo detallista que es cierto batería que conozco. —Solté mientras me adentraba en la tienda.

Nos liamos con la faena mientras decidíamos que hacer el resto de la tarde. El tiempo pasó volando y cuando nos quisimos dar cuenta eran las dos de la tarde y teníamos que cerrar.

En vez de dirigirnos a la cafetería en la que habíamos decidido comer, cruzamos a la de en frente de la tienda. Era un poco más cutre y los que atendían no nos caían tan bien pero, siendo sinceras... llevábamos trabajando desde las ocho de la mañana y cualquier comida y cualquier alcohol nos parecían gastronomía de primera.

Nos dieron la carta y pedimos el menú del día porque a parte de estar a buen precio, a ver quien le dice que no a una milanesas a la napolitana con patatas fritas, porque yo no.

—Tía, podríamos decirle a Carol de hacer algo guay esta noche, ¿no? —preguntó Lola a la vez que se llevaba a la boca el botellín de cerveza que nos acababan de traer.

—Esta noche es el concierto de Lucas. —Abrí los ojos sorprendida antes de volver a hablar—. Me sorprende que no recuerdes que tu amor tiene que tocar también esta noche.

—Buah, —Se llevó una mano a la cabeza—, me había olvidado por completo, te lo juro...

—No, si ya lo veo. —Limpié el botellín y la miré—. Pero bueno, eso no quita que, cuando acabe, no nos podamos ir por ahí.

—También.

—A parte —recordé que teníamos cinco horas de diferencia con Francia—, empiezan a las siete de la tarde de aquí. No creo que acaben más tarde de las ocho y media o nueve.

—¿Te hará video llamada? —preguntó.

—Sí.

—Pues nos vamos a tu casa y los vemos juntas —propuso.

—Vale, por mi genial.

—¿Lo digo por el grup...

La comida llegó y, por mucho que le guste hablar a Lola, si hay algo que tiene es educación.

Esperó a que el camarero terminase de dejar los platos sobre la mesa, ambas le dimos las gracias con una sonrisa y volvimos a nuestra conversación.

—¿Qué me decías? —pregunté llevándome el primer trozo de comida a la boca.

—Que si lo digo por el grupo o no —contestó.

—Sí. Vale.

CAPÍTULO 37

Lucas

Siempre he odiado a la gente que corre como loca por los pasillos y más cuando son estrechos. Aunque pienso que es algo normal antes de salir al escenario. Los nervios de todos los que trabajan para que el concierto sea un espectáculo en toda regla no tienen que ser pocos, pero eso no quita que lo odie. Mientras terminan de prepararnos y colocarnos los micrófonos para salir a campo abierto, saco el teléfono del bolsillo y le mando un audio a Vega, que ya me había mandado cuatro mensajes que no había tenido ni tiempo de leer.

Vega:

Holaaa.

Vega:

Estoy súper nerviosa por el concierto, creo que más que tu fideílllo. Tengo muchas ganas de verte ahí arriba.

Vega:

Estoy con Lola en casa, os veremos y después saldremos a tomar algo con los del curro.

Vega:

Hazme una perdida cuando vayáis a salir y te llamo. Te quiero muy mucho.

Sí que estaba nerviosa. Los dos lo estábamos. Lo cierto es que no era por el concierto en sí, sino porque habíamos aprendido a conectarnos de una manera única y especial. Nos echábamos demasiado de menos.

Apreté el botón del micrófono y grabé el audio con una sonrisa canalla, a la par que tonta, en los labios.

Audio Lucas: —*Hola preciosa. No sabes lo que es esto. ¡Es una puta locura! Hay grupos buenísimos y la gente es muy maja, aunque*

van como cabras. Envié el audio y miré a la chica que me estaba colocando el micrófono en la camiseta. Sonreía y asentía con la cabeza, sabiendo que lo que acababa de decir era totalmente cierto. Le devolví la sonrisa y grabé otro audio para mi preciosa campanilla.

Audio Lucas: *Vale, me parece genial. Te aviso cuando terminen de ponerme los micros. No sabes lo que me gustaría que estuvieses ahora aquí. Te echo mil de menos, preciosa. Te llamo en cinco o diez minutos. Te quiero mucho.*

Pulsé el botón de enviar a la vez que Vega se ponía en línea. Leer debajo de su nombre “grabando audio...” hizo que los latidos de mi corazón se acelerasen. Hacía dos semanas que no la tocaba, que no la sentía..., y escuchar su voz era como si sus manos me acariciasen, sin estar haciéndolo físicamente. Su voz conseguía traspasarlo todo. Hasta los putos kilómetros.

Pulse el botón de reproducir con dedos temblorosos.

Audio Vega:

Y a mí estar ahí. Pero sabes que estoy que reviento de felicidad porque puedas estar cumpliendo una parte de tu sueños... eh... vale, aunque no hace falta que me hagas una perdida, estoy atenta. Ya te he dicho que estoy más nerviosa que tú. Hazme la video llamada directamente. Te quiero. Hasta ahora.

Le mandé no sé cuantos millones de corazones y me volví a guardar el móvil en el bolsillo. En cuanto la chica terminó de colocarme todo el cableado por el cuerpo y de engancharme los benditos aparatos en la ropa, nos informó que en cinco minutos nos preparásemos para salir. Miré a mis amigos que estaban como yo, nerviosos, aunque con más adrenalina que nervios. Nuestras sonrisas delataban la alegría y el éxtasis que nos provocaba estar a unos pasos de abrazar aquello que habíamos deseado durante tanto tiempo.

CAPÍTULO 38

Vega

No recordaba un dolor de tal calibre desde que tenía por lo menos quince años. La cabeza me daba más vueltas que un tornillo pasado de rosca. El haber mezclado bebidas no me había sentado muy bien, el revoltijo de mi estómago me lo confirmaba. Estiré la mano para coger el móvil de la mesita de noche y ver si cuando saliese de la cama me tocaba comer o cenar.

—Casi las cuatro de la tarde, joder... —murmuré a la vez que enterraba la cara en la almohada, deseando que el dolor de cabeza se disipase.

La noche de ayer fue una completa locura. Cuando terminamos de ver el concierto de los chicos, nos arreglamos para salir a tomar algo con los compañeros del trabajo. Algo tranquilo: beber un poco, bailar y disfrutar de la compañía de nuestros amigos...

<<Sí, ¡tranquilo una mierda!>> soltó la mini yo que vive en el fondo de mi cabeza.

Mi estómago se volvió a revolver y un enfado descomunal se apoderó de mi cuerpo al venirme a la cabeza todo lo que había sucedido en la madrugada.

<<Nos habíamos tomado las dos primeras copas en el mismo local de siempre, en el que celebrábamos la tradición de los chupitos. De buena mano sabéis que no bebo alcohol; mejor dicho, no bebo otra cosa que no sea ginebra. La cosa es que Carol gritó: “cerveza para todos”, y yo solo pude sonreír y rezar para que la mezcla no me cayese como una bomba en el estómago. Algo que, definitivamente, no pasó. Al salir de allí nos dirigimos al Club 47, un pub que estaba muy bien ambientado y en el que sonaban los temas más comerciales del momento, esos que quieras o no te ponen a menear el esqueleto al instante.

—Chicos, ¿Ronda de chupitos para ir calentando o qué? —preguntó Carol subiendo y bajando ambas cejas.

Primero las cervezas y ahora los chupitos... empiezo a pensar que el calentamiento me va a salir caro. Cuando me quiero dar cuenta, encima de la barra nos espera un vasito de cristal a cada uno, lleno de tequila. Sin pensarlo demasiado, lo cojo y me lo bebo de un trago.

Las horas se nos pasaron volando entre risas, anécdotas y unos cuantos bailes sobre la pista; cuando me quise dar cuenta eran casi las cinco de la mañana y mis pies ya caminaban por inercia. Me acerqué a Lola, que bailaba con Cris, para avisarla de que iba a la barra a pedirme un refresco, con algo de azúcar, que me bajase un poco el nivel de alcohol; y ya de paso, que los esperaba allí para irnos.

Sentí el burbujeo del refresco llegar a mi estómago y el azúcar a mi sistema nervioso.

Claramente, la borrachera no se me pasó pero sí que note como mis sentidos se avisaban lo suficiente como para no llegar a casa a rastras. Una mano se posó en mi hombro y al girarme me encontré el rostro de Rama.

—¿En serio? ¿Un refresco de naranja? —preguntó divertido—. Vaya manera más cutre de cerrar la noche, Vegueta —bromeó.

—Me parece más cutre volver a rastras o teniendo que cerrar un ojo... —respondí con el mismo tono divertido, pero creyendo fielmente en lo que decía.

—Si vuelves arrastrándote o con un ojo cerrado, significa que lo has dado todo. Soy de los que si salen, o lo hacen bien o no lo hacen —finalizó con un guiño de ojo que me recordó mucho a Enzo.

Lucas. Pensar en Enzo me redirigió automáticamente a mi rubio. Cómo lo echaba de menos. Me quedé perdida, mirando los rizos de un chico que estaba en el otro extremo de la barra. No era Lucas, estaba claro, pero de espaldas se le parecía muchísimo.

—¡Eh! —La voz de Rama captó mi atención de nuevo—. Te habías quedado empanada mirando al tío ese, pero... ¿tú no tenías novio?

—Tengo, —lo corregí—, está en París cerrando conciertos, en uno de los festivales que hacen en Francia en verano.

—Vaya... —Chasqueó la lengua y la cara que puso no me gusto un pelo—, si fueses mi novia no te dejaría ni por todos los conciertos del mundo, pero cada uno...

Mi ceño se frunció y la ceja izquierda se me disparó como un resorte al mirarlo, antes de hablar.

—Eh..., Rama..., no sé a qué mierda viene esto, no somos tan amigos como para que te tomes esas confianzas. Y mucho menos para que hables de mi relación, cuando apenas sabías que tenía una. —Escupí con un tono más borde al que habitualmente usaba cuando algo me molestaba.

—Lo siento, Vega. —Se disculpó haciendo una mueca con la boca—. Solo es que los tíos pensamos con la polla y no hay excepciones —dijo con calma.

Aunque la culpa por haberme dicho aquello se hacía palpable en su tono, escucharle decir que los tíos piensan con la polla con la intención de quitarle hierro al asunto me enfureció aún más.

Me bajé del taburete de un salto y me coloqué delante de él.

—¡Eres un gilipollas! —Escupí a la vez que lo señalaba de cerca—. Que tú pienses con la polla no significa que todos los tíos lo hagan. Vaya mierda de amigo eres tú, si es que se te puede llamar así.

—Va, tía... —Puso los ojos en blanco con pesadez y volvió a mirarme—. Solo ha sido un comentario sin importancia. Va..., no te enfades, te invito a una copa. Dos —ofreció sonriente, intentando disipar el mal ambiente que se había creado.

Lo miré mas rato del necesario, preguntándome por qué en pleno siglo veintiuno aún existen estos tipos de especímenes. No obtuve respuesta a mi pregunta, pero si tenía una para la que me acababa de hacer Rama.

—¡Que te den!

Lo miré por última vez antes de girar sobre mis talones para salir del local, olvidando que mis amigas seguían dentro. No lo pensé dos veces, saqué el móvil del bolsillo y ni siquiera miré la hora cuando marqué el numero de Lucas. Solo se escuchó un tono antes de su voz.

—¿Estás bien, campanilla? Son las cinco de la mañana.

Los nervios y el mal humor abandonaron mi cuerpo en el instante que escuché su voz.

—Ahora sí.

Apreté la almohada con fuerza contra mi cara y suspiré de manera exasperante, volviendo a preguntarme cómo había personas tan idiotas en el planeta. Aparté el tema de mi cabeza y me levanté de la cama; al hacerlo, sentí una punzada en la sien que casi me hace caer al suelo en redondo.

—Joder..., vaya resaca... —La voz adormilada de Lola me obligó a girarme.

—Ni que lo digas, no vuelvo a beber en mi vida —Sentencié.

—Ni yo —contestó, no muy segura, levantándose de la cama—, bueno, hasta el fin de semana que viene... —las risas resacasas inundaron el ambiente.

—Voy a hacer una cafetera.

—O dos.

Con dos tazas de café en el cuerpo y una tercera sobre la isla de la cocina, esperé a que Lola terminase de ducharse para hacerlo yo. Aproveché la espera para mirar si tenía algún mensaje de Lucas, como cada mañana y, en efecto, lo había; también había otro que no me causó muy buena espina. Leí primero el mensaje que sabía que no contendría ninguna mala noticia.

Lucas:

Bonjour, preciosa. Espero que cuando te levantes no le des más vueltas a lo que pasó ayer; te conozco bien y no merece la pena. Tengo todo el día ocupado, ensayando para el concierto de la semana que viene; pero en cuanto acabe y vuelva al hotel, te llamo. No sabes cuanto te echo de menos. Las horas que tengo ocupadas las llevo bien, pero a la que los compromisos me dejan un segundo libre, es imposible no pensar en ti. Te quiero.

Contesté el mensaje con una sonrisa tonta en los labios, a sabiendas de que no lo leería aún, pero cuando lo hiciese, se llevaría una sorpresa.

Vega: *Buenos días, ya casi tardes por aquí. Solo me ha venido a la cabeza un segundo, para recordarme lo idiota que puede llegar a ser una persona, en fin... Estoy deseando hablar contigo. Creo que sería mejor una video llamada... Tengo una sorpresa para ti y en una llamada*

normal no podré enseñártela. Te puedo asegurar que te va a gustar, lo que no puedo prometer es que después no necesites una de esas duchas frías de las que tanto por saco te daban en el conventillo. como las de la habitación del conventillo. jajaja. Te quiero, chico guapo. Nos vemos después.

Envié el mensaje para Lucas, y acto seguido entró uno que decía: “Por favor, no podemos decidir esto sin ti”, que me obligó a abrir la conversación a la que le estaba dando largas. Era Mabel pidiéndome que fuese lo más rápido posible al conventillo, que se trataba de un asunto de suma delicadeza y que no me podía contar nada por aquí. No entendí nada. ¿Qué sería eso que no podían decidir sin que yo estuviese presente? Me terminé el café de un trago y contesté el mensaje.

Vega: *Buenos días, Mabel. Me doy una ducha, que ayer llegué de madrugada, y salgo pitando para allí. Ahora me dejás preocupada... Espero que no sea nada. Hasta ahora.*

Apreté la tecla enviar y, al levantar la cabeza, me encontré a Lola mirándome con cara rara bajo el quicio de la puerta del baño.

—¿Qué te pasa que tienes esa cara? —preguntó.

—Mabel me acaba de mandar un mensaje para que vaya lo más rápido posible al conventillo...

—¿Para qué? ¿Qué ha pasado? —me cortó.

—No lo sé, Lola. —Me encogí de hombros—. Pero la sensación que tengo en el cuerpo muy buena no es. Además, —Dejé la taza en el fregadero y me giré para terminar de hablar—, los mensajes me los lleva mandando desde las nueve de la mañana...

—Qué raro, tía. —Arrugó la nariz y me siguió por el pasillo hasta la habitación.

—La verdad es que sí y más viniendo de parte de Mabel, que es más cristalina que el agua.

—Pues nada, hija, solo sabrás de que se trata cuando vayas.

—Eso voy a hacer —dije mientras terminaba de coger la ropa interior y los calcetines de los cajones, para cuando saliese de la ducha.

—Yo, —Hizo una pausa para auto señalarse—, con tu permiso, voy a hacer una cafetera. Que ya he visto que la otra te ha cundido, linda.

Le dediqué una sonrisa a modo de disculpa y la cabrona me dio un cojinazo en toda la cara.

—¡Eh! —Me quejé entre risas—. Tienes suerte de que el revoltijo que tengo en el estómago no me deje hacer movimientos raros porque sino poto aquí mismo, pero...

La respuesta de Lola fue sacarme la lengua para hacerme burla divirtiéndose cual niña pequeña.

La dejé en la cocina haciendo la cafetera y me metí a toda prisa en el baño para ducharme lo más rápido posible. Los pensamientos brotaron en mi mente como lo hicieron las burbujas de jabón al frotarlo sobre mi piel. Quizá lo que estaba pasando era que se debía de tomar algún tipo de decisión sobre el conventillo y, como usé el dinero de Martín para pagar los arreglos, pues quiere contar con mi opinión; no se me ocurre otra cosa. Por un segundo me sentí molesta al pensar aquello. Repito, un segundo; después me abordó una sensación de confianza y plenitud que no pasaron desapercibidas. Me sentí parte de todo lo que conformaba el conventillo y su gente. Hacía tiempo que me sentía parte de ellos pero, hoy, la sensación se había incrementado un poquito más. Terminé de enjuagarme el pelo y salí para secarme y vestirme.

Fuera del baño, ya en la cocina, Lola estaba absorta mirando el móvil mientras el humo del café se colaba por las fosas nasales. Alzó la vista al verme llegar y me sonrió.

—¡Que asco das! —Soltó sin dejar de sonreír—. Estás guapa hasta resacosa, zorra... ¡Y encima llevas chándal!

Las carcajadas salieron a borbotones de mi garganta. Me encantaba ser amiga de Lola.

Últimamente, se había convertido en mi persona vitamina al tener lejos a Lucas. Y podría jurar que la sensación era mutua.

—Dijo la pelirroja buenorra... —contesté mientras me servía una taza de café—, por cierto, ¿me vas a acompañar? —pregunté.

—Te acompaño hasta el conventillo, pero no me quedo. Tengo que recoger mi piso entero, que parece una pocilga. Llevamos una semana de locos en la tienda y no he hecho nada en casa... y mañana ya es lunes. —Terminó de hablar y un suspiro exasperante salió de su boca.

—Sí, —Volteé los ojos al recordar que alguien, a quien no quería ver, hacía el mismo turno que yo—, y para colmo, me toca verle la cara al gilipollas de Rama. Vaya lunes más completito.

—Le vas a tener que ver la cara durante mucho tiempo, dudo mucho que Carol lo eche —dijo haciendo un mohín.

—No quiero que lo eche. Lo que haya pasado entre nosotros no interfiere en su trabajo, ni en como lo haga o lo deje de hacer, es un buen encargado; pero ya te adelanto que me va a durar unas semanitas el cabreo. Se pasó tres pueblos, Lola.

—Lo entiendo, pero no se lo tengas en cuenta —pidió—, es un capullo, sí; pero no lo hace con mala intención.

Alcé una ceja sorprendida porque bien sabemos que mi querida amiga, aquí presente, le hubiese tirado algo a la cabeza en cuanto Rama hubiese hecho el comentario en referencia a su amor de ojitos azules. Sí, Tato.

—Bueno...

Aparté el tema y empecé a meter las cosas que necesitaba llevarme dentro de la pequeña mochila de cuero que me había regalado Lucas para mi cumpleaños. Lola hizo lo mismo, comenzó a recoger sus cosas mientras tarareaba una canción que me resultaba familiar pero no sabía descifrar cual era ahora mismo. Tenía mil cosas en la cabeza y una de ellas era la gran incógnita con la que Mabel me había dado los buenos días. La prisa y la curiosidad se volvieron a instaurar en mi cuerpo a la vez que miraba a mi amiga para ver si ya estaba lista. En efecto, lo estaba. Cogí las llaves y salimos de casa para coger el coche y encaminarnos hacia el conventillo.

Los nervios se arremolinaban en mi estómago cada vez más al ver íbamos dejando calles atrás, haciéndome saber que quedaba poco para llegar a mi destino. Terminó de formarse un tornado en cuanto me bajé del coche de Lola y me despedí de ella hasta mañana por la mañana, que me recogería para ir juntas al trabajo como de costumbre. Me quedé mirando como se alejaba mientras me decidía a entrar. No sabía lo que me esperaba dentro, no entendía a que se debía tanto misterio y eso me ponía frenética. Todo lo que había englobado algo de misterio en mi vida, siempre había desencadenado en finales que no hubiera deseado descubrir jamás. Todos, a excepción de Lucas.

Cogí aire y abrí la puerta con las llaves que aún colgaban de mi llavero, esas que Mabel no me dejó devolver. Una sonrisa se escapó de entre mis labios, mientras empujaba la puerta, al recordar aquel momento. El momento en que me dijo que esta sería siempre mi casa, viviese allí o no. Mabel me recibió con un abrazo que decía muchas cosas, más de las que habitualmente solían decir. Al separarme de ella, pude ver la preocupación en sus ojos.

—¿Qué pasa, Mabel? —pregunté descolocada al ver sus ojos hinchados de haber llorado. No oculté lo que pensaba—, ¿Has llorado?

—Vega, hija... —Suspiró y se tapó la cara con las manos por un segundo, antes de destaparla y

devolverme una mirada desoladora—. Ven, —Tomó mi mano—, es mejor que lo veas; por primera vez yo no sé que hacer. Ya no sé qué es lo correcto o lo que no.

Y, también por primera vez, yo no contesté. Me quedé callada, descolocada y preocupada. Subimos las escaleras y noté como mi mano se apretaba nerviosa sobre la de Mabel al pararnos delante de la puerta cerrada de la habitación de Lucas. Mis ojos volaron hasta los de ella, llenos de preocupación. Si iba a abrir la puerta, necesitaba saber qué era lo que me iba a encontrar dentro.

—Mabel, necesito saber que pasa —pedí con tono suave.

—Lucía se presentó ayer de madrugada. Como ves, no pude dejarla en la calle y menos con una niña.

<< ¿Quién coño es Lucía?>> Cada vez me sentía más perdida y cuando iba a preguntar, el recuerdo voló por mi pensamiento: << ¡La ex de Lucas!>>. Y ese pensamiento salió de mi boca en forma de pregunta.

—¿La ex de Lucas?! —No pude ocultar la sorpresa—. ¿Qué hace aquí? No entiendo nada...

Supongo que lo busca, ¿no? — pregunté a sabiendas de que la respuesta era un sí. Blanco y en botella —. ¿Te ha dicho para qué? Y... ¿Quién es la niña?

Al formular la pregunta en voz alta el estómago me dio un vuelco y un nudo, que no bajaba, se instaló en mi garganta. Solo esperaba que todos los cabos que estaba juntando no llegasen a atarse.

—No ha dicho absolutamente nada. Se niega a contármelo y dice que solo hablará con Lucas. — Me informó Mabel negando con la cabeza y clavando sobre mí una mirada dolorosa, pero con resquicios de ilusión—. Vega, cariño... Creo que la niña es hija de Lucas. Tiene siete años y las fechas cuadran, no sé... Lucía siempre ha sido muy manipuladora y mentirosa; que aparezca de repente, después de tantos años... Si tengo que ser sincera me escama un poco. Por eso te he llamado.

—¿Me has llamado para que llame a Lucas y se lo cuente? —pregunté extrañada.

—No, hija...

—No te entiendo, Mabel. Necesito que seas clara —pedí suavemente, aunque nerviosa.

—Te he llamado porque le he tenido que contar que Lucas ya no vivía aquí, que vivía contigo.

—Se pellizcó el puente de la nariz a la vez que un suspiro exasperante se escapaba de entre sus labios—. Está empujada en hablar con Lucas, hija. Me ha pedido su número de teléfono pero no he querido dárselo.

—¿Por qué?

—Mirta no se fía de ella. No quiere arriesgarse a que sea todo un mentira que se ha inventado Lucía porque no tenga a donde ir. Mirta y Benjamín jamás se perdonarían estropear el sueño de su nieto —se sinceró.

Entendía perfectamente la postura de Mirta y Benjamín, pero... ¿Y Lucas? Si lo que decía Lucía era cierto, lo que no perdonaría Lucas, jamás, sería que todos hubiésemos colaborado en ocultárselo. Entre la resaca por las mezclas que hice ayer, el dolor de cabeza que me regaló Rama por la cara y esto, me iba a dar un patatús en cero coma. No me anduve con rodeos y le hice saber a Mabel lo que pensaba realmente.

—Mabel, —Apoyé mi mano sobre su hombro con cariño—, voy a entrar a hablar con ella, pero si Lucas tiene una hija no se lo pienso ocultar. —Si algo tenía claro en todo este lío, era eso—.

Ni por su sueño, ni por nada... Él no me lo perdonaría, y yo tampoco lo haría.

Asintió con comprensión y con la mirada me avisó de que iba a llamar a la puerta para avisar a Lucía de nuestra llegada. Asentí también. Lo hice hecha un manojo de nervios.

CAPÍTULO 39

Lucas

Todo lo que estábamos viviendo estas semanas era una divina locura. Los cinco nos sentíamos como auténticas estrellas del rock y, aunque no lo fuésemos todavía, algo me decía que lo seríamos muy pronto. Tenía un palpito. Vale, sí, el mismo palpito que tengo desde los cinco años; pero si ha durado tanto, es porque se cumplirá tarde o temprano. Solo teníamos que estar atentos a las señales que se nos presentaban. La misma que tenía nuestra banda en este momento, y como buenos oportunistas, la estábamos explotando al máximo. Lo hacíamos cada vez que nos subíamos al escenario del Eiffel Festival, dejándonos la piel, el alma y apostando todo a una carta. Con los ojos bien abiertos al ver que nuestro sueño se iba materializando.

Las quejas de Enzo me trajeron de vuelta a la habitación del hotel.

—Ahora entiendo porque las estrellas de Rock se quedan en los huesos. Entre la droga que se meten y la media hora que les dan para comer... ¡Es de locos!

Negué con la cabeza y reí.

—En lo de la droga hay muchos matices, chalado. Por ejemplo, tú no te drogas —contesté divertido a la vez que mi amigo ponía los ojos en blanco con pesadez y diversión.

—Dios... ¿Por qué eres tan discutidor?

—No soy discutidor. —No lo era. Sus labios dibujaron una sonrisa burlona—. Digamos que soy “no globalizador”. —Me acomodé en el respaldo del sofá, contento con la respuesta.

—¿No globalizador? —arrugó la nariz y preguntó—: Algo así como que no metes a todos en el mismo saco, ¿no?

—¡Bingo! Recuérdame que te regale un diccionario en tu próximo cumpleaños. —De mi boca escapó una carcajada y recibí un cojinazo, como de costumbre.

Terminamos de cenar con rapidez, Enzo para llamar a Romi y yo para llamar a mi preciosa Campanilla. El mensaje que me había mandado al medio día, con palabras sugerentes, me traía loco. Todo lo que mi mente se había podido a llegar a imaginar en cuestión de segundos, en el momento en que lo recibí, se queda corto en comparación a todo lo que estaba deseando hacer con ella. Cerré los ojos y recordé las yemas de mis dedos deslizándose por su suave piel. El mero hecho del recuerdo provocó que una corriente eléctrica me recorriese de pies a cabeza. Aguanté dos semanas, pero la tenía ahí, conmigo... Tenerla tan lejos me estaba matando y el no tener las duchas frías siempre a mi disposición, también.

Me incliné un poco hacia adelante para poder estirar el brazo y coger el móvil de la mesa de centro para llamar a Vega. Un tono, dos, tres... contestador. Volví a intentarlo. Lo mismo.

—Que raro... son las cinco de la tarde. Ya tendría que estar más que despierta. —Me dije a mi mismo en voz alta mientras volvía a telefonar.

Un tono, dos... Lo mismo. Sin respuesta.

Escuché como mi amigo entraba a la sala y aún estaba al teléfono con Romi. Mis pies actuaron antes que mi cerebro. Me colé en su conversación.

—Romi ¿Sabes algo de Vega? —Negó con la cabeza. Estaban en video llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó Enzo.

—La he llamado tres veces y no me contesta... La última vez me ha colgado directamente al segundo tono.

La preocupación y el asombro estaban igualados. Y con las últimas palabras que había dicho, os

puedo asegurar los tres estábamos igual.

—Rarísimo —dijo Romi a través de la pantalla.

—Pues sí, hermano. Espera un rato y vuelve a probar...

—Sí, eso haré —contesté.

—No te rayes, seguro que estaba cagando y por eso te ha colgado. —Soltó mi mejor amigo como si aquel fuese un comentario similar a decir: me voy a comprar el pan.

No logró arrebatarme toda la preocupación, pero sí hacerme reír y no estar tan nervioso. Me despedí de los dos y les dejé privacidad para que terminasen hablar. No tenía ganas de escuchar las guarradas que mi amigo le iba a soltar a Romi por teléfono.

Cogí la riñonera, me colgué la guitarra y le hice señas de que lo esperaba abajo antes de salir de la habitación y cerrar la puerta detrás de mí. Miré la pantalla apagada del teléfono que aún llevaba en la mano, pensando en qué coño sería lo que había hecho que Vega me colgase el teléfono.

CAPÍTULO 40

Vega

Los nudillos de Mabel tocaron la madera de color amarillo y la puerta se abrió. Al otro lado se encontraba una chica alta, de ojos azules, pelo largo y rubio con cara de pocos amigos. No pude evitar que mi mirada volase hasta la cama, esa que habíamos compartido Lucas y yo, y en la que ahora se encontraba sentada su hija. <<Aún no lo sabes...>> me dije a mí misma. Pestañee un par de veces para volver a la realidad y me encontré a Lucía escrutándome de arriba a abajo con la mirada.

—Eres la novia de Lucas, ¿no? —El desdén se palpaba en su voz.

Intenté no darle importancia, tampoco la conocía. Por eso le tendí la mano y me presenté.

—Vega, encantada.

La respuesta de Lucía fue hacerse a un lado para abrir más la puerta y dejarme pasar. Digo dejarme porque la voz de Mabel me anunció algo que no hubiese querido escuchar en ese momento. Pero también la entendí a la perfección.

—Yo... os espero abajo. —Me giré para mirarla diciéndole, sin palabras, que no se preocupase. Que lo entendía—. Así podréis hablar más tranquilas. —De sus labios tiró una sonrisa triste y desapareció.

Lucía cerró la puerta y se encaminó al balcón. Mis pies estaban estáticos en la que había sido nuestra habitación durante meses. El corazón me latía de una forma exagerada, queriendo escapar de mi pecho e irse a vivir a otro cuerpo donde no tuviese este tipo de disgustos. Hice un esfuerzo para que las neuronas de mi cerebro conectasen entre sí y empecé a caminar hacia el balcón. En el trayecto solo me detuve, un segundo, para devolverle la sonrisa a la preciosa niña que me sonreía desde la cama, donde estaba dibujando. En ese momento lo supe; supe que era hija de Lucas. Sus ojos brillaban igual que los de mi chico guapo cuando sonreía enseñando los dientes. También lo supe porque su madre me lo confirmó en cuanto puse un pie en el balcón.

—Es su hija —dijo mientras sacaba la cajetilla de tabaco para sacar un cigarro para ella y ofrecerme otro a mí.

—No, gracias. No fumo.

—Vaya... —Alzó las cejas, mirándome como si fuese un bicho raro por no querer joderme los

pulmones y encendió el cigarro.

Podría haberle contestado que cada cual hace con su salud lo que cree conveniente, pero preferí dejarlo estar. Igual que cuando me abrió la puerta. Lo único que quería era que fuese al grano y me dijese que era lo que buscaba o lo que quería. Más allá del tema de que Lucas tuviese una hija, lo que realmente me preocupaba era que hubiese aparecido ahora, siete años después, y no cuando se quedó embarazada, que hubiese sido lo más normal y más conociendo a Lucas. Jamás hubiera dejado tirada a su hija. << ¿Qué coño busca esta tía?>> pensé para mis adentros. Sentí como mi ceño se fruncía, poco a poco, a causa de la situación y las palabras brotaron de mi boca sin anestesia.

—¿Qué haces aquí Lucía?

—Es obvio, ¿no? —preguntó señalando con la cabeza a su hija, que nos miraba curiosa desde la cama.

—No, no es obvio. Hubiese sido obvio si lo hubieses hecho embarazada, no cuando la niña tiene siete años. Que aparezcas ahora es... —Tuve que tomarme un momento para encontrar la palabra adecuada—, raro.

Abrió los ojos como platos durante un segundo. Se giró para tirar el cigarro y al volverse, su mirada estaba cargada de odio y, podría jurar, que también percibía algo de dolor. Cogió la cajetilla y de ella sacó otro cigarro, con los dedos temblorosos se lo llevo a la boca, lo encendió y le dio una calada antes de volver a hablar:

—Me la suda lo que pienses tú y lo que piensen ellos... — Con la cabeza señaló hacia la habitación, refiriéndose a la gente del conventillo. En concreto a Mirta, Benjamín, y Mabel—, lo único que quiero es que me des el número de Lucas para llamarlo, porque nadie me quiere decir donde está, y que venga a conocer a su hija. No voy a hablar más contigo ni perder el tiempo. Solo voy a hablar con Lucas. —Zanjó antes de dar una calada que casi consume el cigarro entero.

—¿Qué venga a conocer a su hija?! —No quería enfadarme, pero me lo estaba poniendo realmente difícil—. Lo que no puedes hacer es venir exigiendo nada después de tantos años... — Sentí el móvil vibrando en mi bolsillo y tuve que volver a guardarlo cuando, al sacarlo, leí en la pantalla su nombre.

—Puedes contestar tranquila, guapa —se burló. Había leído el nombre de Lucas en la pantalla.

—No voy a contestar. —Colgué al segundo tono con una culpa inmensa y me guardé el móvil en el bolsillo otra vez—. No ahora.

—¿Tienes miedo de que te deje cuando vea que tiene una familia?

<< ¿Una familia?>> pensé. Esta tía está peor de lo que yo pensaba. La sangre empezó a burbujearme por las venas y mi paciencia llegó a su límite. La víbora que había en mí se tomó la libertad de decir una verdad como un templo.

—Tú no eres su familia, Lucía. Y no puedes aparecer de la nada, exigiendo respuestas, cuando eres tú la que debería darlas.

Me miró con un odio profundo durante unos segundos, pensando en qué decir. En sus ojos leí un millón de cosas, cada una de ellas indescifrables para mí; lo único que tenía claro es que ninguna era buena. Al final se limitó a decir:

—Llámalo de una vez y acabemos con esto.

Ahora, la que necesitaba un momento para pensar la respuesta que iba a dar, era yo. Por una parte, quería contarle a Lucas lo que estaba pasando; que Lucía había aparecido y que lo había hecho con una niña que decía que era suya. Por la otra, sabía que estaba viviendo el sueño de su vida y no me perdonaría a mí misma estropeárselo porque su exnovia no se había podido esperar

medio añito más para llamar a la puerta del conventillo, no. Tenía que aparecer justo ahora. En este preciso momento. Me debatí entre llamarlo o no unos segundos más. Tomé una gran bocanada de aire que lograra llenar mis pulmones, evitando que me diera un telele antes de volver a hablar. —No lo voy a llamar, tendrás que esperar a que vuelva. — Sentencié—. Por el momento puedes quedarte aquí, no creo que Mabel tenga inconveniente; de ser así no te habría abierto la puerta en mitad de la madrugada.

—¿Qué vuelva de dónde? —preguntó con nerviosismo al ver que las cosas no habían salido como ella tenía pensado. La miré, pero decidí no contestar. Me limité a despedirme de Lucía y de la niña, que me plantó un beso que me dejó sin aliento; tanto a mi como a su madre. A mí, por lo amorosa que fue sin apenas conocerme, y a su madre, porque la descolocó por completo.

Giré el pomo de la puerta para salir, pero la pregunta de Lucía me obligó a detenerme en seco.

—Se lo vas a decir por lo menos, ¿no? —no logré descifrar el tono con el que salieron sus palabras. Me giré para contestarle y acabar con la conversación.

—Primero tenemos una charla pendiente. Mañana, cuando salga del trabajo, vendré y hablaremos; pero ten en cuenta que no pienso decirle nada a Lucas hasta que me cuentes la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó, ahora con altanería.

—La verdad de por qué ahora y no siete años atrás.

No me quedé para escuchar su respuesta. Le guiñé un ojo a la preciosa niña de ojos negros y salí por la puerta.

CAPÍTULO 41

Lucas

Había pasado casi una hora desde que Vega me había colgado la llamada. Concentrarme en el ensayo estaba siendo misión imposible y los chicos ya se estaban empezando a mosquear.

—Así no se puede... —Enzo se quitó la guitarra para dejarla en el suelo y se acercó a mí apoyando su mano en mi hombro—. Tomate cinco minutos de descanso. Sal fuera, fúmate un cigarro y...

—Sí, voy a llamarla —contesté sin dejarlo terminar de hablar.

—No iba a decir eso, pero bueno, haz lo que te salga de los cojones siempre y cuando vuelvas concentrado, ¿okey?

Asentí rápidamente a la vez que cogí la cajetilla de tabaco y el móvil. Salí por la puerta de la sala de ensayos y como si todos los astros se hubiesen alineado a mi favor, entró una llamada al móvil. Respiré cuando al otro lado de la línea escuché la voz de mi preciosa campanilla.

—Hola, chico guapo. Perdón por colgarte antes.

—¿Estás bien? —Fue lo primero que pude preguntar.

—Sí, solo que había venido Narciso a traerme las llaves del trastero y no quería ser maleducada. Lo siento. —Volvió a disculparse.

—No me pidas perdón más veces, no tengo nada que perdonarte —aseguré—, eso sí, me debes una fototetis para compensar el mal rato que he pasado pensando que te había comido un hombre lobo o algo por el estilo —Fue imposible evitar que la risa escapase de mis labios.

—¿Fototetis? —preguntó con tono divertido a sabiendas de la respuesta, provocando que todo mi

cuerpo reaccionase a su risa.

—Fototetis —confirmé entre risas—. Me la debes.

La línea se quedó muda, por unos segundos, hasta que volví a escuchar su voz.

—Cuando colguemos revisa el WhatsApp, te he dejado una sorpresita en nuestro chat. —El tono que usaba ahora era totalmente diferente al anterior, este iba cargado de provocación. De deseo contenido deseando salir.

Si pensaba que me iba a esperar a colgar, lo llevaba claro. Mis dedos, rápidos y hábiles, abrieron la aplicación de WhatsApp para abrir la conversación con Vega. Mis ojos se abrieron como platos con la foto que me encontré y mi entrepierna cobró vida como si de una varita mágica se tratase. La foto en sí era normal. Vega estaba sentada en el sofá de nuestro piso, con la cabeza un poco ladeada para posar sonriente y una camiseta básica negra. Lo que yo decía, una foto normal; si no fuese porque sus pechos se salían del algodón negro, mostrándome sus perfectos pezones y consiguiendo que me volviese más loco por ella de lo que ya lo estaba. Mi preciosa campanilla sabía cuando ser dulce y cuando ser picante.

Escuché el sonido de su risa picarona a través del móvil y me vi obligado a volver a pegar mi oreja al altavoz para escucharla mejor.

—Dios... Es una suerte para mi carrera profesional que para ir a verte tenga que coger un avión, porque si de un coche se tratase... —Me mordí el labio inferior conteniendo las ganas infinitas que tenía de besarla. De tocarla—, dejaba todo lo que estoy haciendo ahora mismo para ir a hacerte todo lo que se me esta pasando por la cabeza en este preciso instante, preciosa.

—¿Y qué es lo que se te pasa por la cabeza ahora mismo? —supe que se estaba mordiendo los carrillos sin necesidad de verla.

—Estar horas y horas follándonos, como la primera vez que hicimos el amor.

Cerré los ojos a la vez que mis labios formaban una sonrisa llena de amor y recuerdos que aún me latían en la piel y que no olvidaría jamás. Le acababa de recordar ese momento en aquella habitación de un hotel de París para que supiese que no me olvidaba de ella. La tenía presente cada vez que giraba una esquina o pasaba por alguna panadería con los expositores llenos de croissants... cada vez que eso ocurría, solo tenía que cerrar los ojos para verla justo a mi lado mojando las medialunas en el café con leche. La echaba tanto de menos que pensar en simples detalles, como limpiarle con la lengua la gota de café que resbalaba por su barbilla a causa de mojar mucho la medialuna, me hacía querer subir y decirle a los chicos que lo sentía en el alma pero que tenía que largarme al aeropuerto a coger un avión porque mi corazón ya no soportaba ni un minuto más sin ella. De mis labios se escapó un suspiro que se llevó consigo una nota grave de mi garganta a causa del gruñido que acababa de ahogar al escuchar la respuesta de Vega. No solo la respuesta, el tono sugerente también había surtido efecto.

—Como desearía que estuvieses aquí, conmigo. —Su respiración se volvía agitada por momentos—. Dentro de mí.

Abrí la boca para contestar pero me giré de repente al escuchar que la puerta del estudio se abría y Charly la atravesaba con cara de pocos amigos. << ¡Mierda!>> pensé. Miré el reloj y pude comprobar que me había pasado los cinco minutos por el forro. Me dolió en el alma pero tuve que despedirme de Vega y volver a entrar.

Por supuesto, antes de volver a colgarme la guitarra, le envié un mensaje.

Lucas: *No prometo nada, preciosa, pero intentaré que me sientas lo más dentro posible de ti. Nos vemos esta noche. Te amo y te*

echo de menos mogollón.

CAPÍTULO 42

Vega

Si cierro los ojos, aún puedo verme tumbada en la cama, sintiendo las palabras de Lucas a través del altavoz, consiguiendo estremecerme por completo con cada una de ellas, a la vez que me masturbaba como si quien estuviese dándome placer fuese él y no mis hábiles dedos. Cada susurro de su voz era una caricia que me tocaba la piel y la hacía vibrar.

Las puertas automáticas se abren delante de mí y entro al trabajo con una sonrisa tonta que aún no puedo borrar de mis labios, dejo el bolso en la sala donde tomamos café y me pongo en marcha. Como siempre, la mañana transcurre tranquila salvo por un par de miraditas por parte de Rama, que era mejor ignorarlas que devolverlas. Cuando llega la hora de comer, hoy más que nunca, hecho mucho en falta la compañía de Lucas. Lola me ha preguntado si me apetecía ir a comer con todos los chicos, recalcando la palabra todos por el percance con Rama, pero le he dicho que prefería hacerlo sola. Hoy tengo la conversación que dejé ayer pendiente con Lucía y es algo que me trae de cabeza. No puedo parar de pensar en qué va a pasar, qué va a hacer o qué va a decir.

Me acerco a la barra y pido una ensalada acompañada por una pechuga de pollo y una guarnición de patatas fritas. Me lo como en absoluto silencio mientras barajo mil y una posibilidades de conversación y sus mil y un finales posibles. Prefiero descartar todas las que finalicen en un completo desastre. La cantidad de preguntas que me revolotean en la mente hace que coma de forma automática pareciendo más robot que persona, ya que cuando el camarero volvió a la mesa tubo que chasquear los dedos delante de mí para captar mi atención.

—Disculpe. —Aparté mi cacao mental a un lado por un segundo y pedí la cuenta—. Me trae la cuenta, por favor —asintió, se dio media vuelta y se marchó.

No tardó mucho en volver con la bandejita y el datáfono para pagar y dejármelo encima de la mesa. Pagué y salí por la puerta.

El resto de la tarde se me pasó demasiado rápido. Las cuatro horas de trabajo me parecieron quince minutos y, a su vez, quince horas. Quería saberlo todo y a la vez no, era una contradicción andante. Por no decir que me estaba matando la decisión que había tomado de contárselo todo a Lucas a su vuelta, y no ahora. Cada vez que pensaba en aquello, un miedo atroz a no haber hecho lo correcto se apoderaba de mí y hacía que el cuerpo me temblase como un flan.

—Amiga, ¿te llevo? —La voz de Lola me sacó del bucle de inseguridad en el que había entrado.

—No..., hoy prefiero ir andando —contesté.

—Vale, como quieras. —Se quedó mirando más rato del habitual y me sentí fatal por haberle ocultado lo de Lucía—. Vega, ¿estás bien? —preguntó a sabiendas de que no era así.

Ayer, cuando me preguntó que era aquello que me quería decir Mabel, me inventé una excusa para no tener que contarle algo tan privado sobre la situación que estábamos viviendo ahora mismo. No por mí, sino por Lucas; al fin y al cabo, era una decisión que no me pertenecía directamente a mí.

—Estoy bien, solo es que... —Me pellizqué el puente de la nariz y no mentí del todo cuando

terminé de hablar—, estoy cansada.

Nuestras miradas se quedaron conectadas por unos segundos, haciéndome saber que Lola ya me conocía demasiado y eso me alegraba. Me alegraba que supiese que no era solo cansancio lo que tenía, sino que había algo más, pero que ahora no era el momento de indagar. Me dedicó una sonrisa tierna y habló:

—Descansa entonces. —Nos dimos un abrazo corto pero lo suficientemente largo como para dejar ir en él un poquito de la ansiedad que me estaba consumiendo desde ayer—. Mañana te recojo a la misma hora de siempre —dijo mientras nos separábamos.

—Vale, Lolita. —Le sonreí agradecida, no solo porque me pasase a buscar como cada mañana, sino por todo; también lo expresé con palabras—. Gracias, de verdad.

—Para eso están las amigas. —Me guiñó un ojo y empezó a andar hacia el parquin donde se encontraba su coche.

La vi alejarse y yo hice lo mismo en la dirección contraria. Cada paso que daban mis pies, eran cinco que deban mis nervios dentro de mi estómago.

Me levanté con piernas temblorosas después de escuchar a Lucía y empecé a dar vueltas por la antigua habitación de Lucas. Mientras caminaba en círculos, mi mente iba a tres mil por hora. Todavía estaba asimilando todo lo que me había contado, no podía creer que una persona fuese capaz de hacer algo así.

Cuando llegué al conventillo, lo primero que hice antes de subir a hablar con Lucía fue pasarme por la cocina a por un café bien cargado. Me lo bebí con suma tranquilidad y me encaminé escaleras arriba. Jamás hubiese esperado escuchar la historia que Lucía iba a contarme. La parte de las drogas ya la conocía, Lucas me lo había contado; lo que me había dejado a cuadros era el hecho de que no las hubiese dejado hasta que tuvo riesgo de aborto. Según Lucía, cuando Lucas la dejó aún no sabía que estaba embarazada. La ruptura la había dejado hundida y se refugió en lo que ya era su vía de escape habitual. La cocaína. Me contó que había estado de fiesta en fiesta, de gramo en gramo, hasta que a los siete meses de embarazo se desplomó en medio de una discoteca y sus “amigos” la tuvieron que llevar al hospital. En cuanto le dieron el alta volvió a hacerlo y de nuevo acabó en el hospital, solo que esta vez Vic ya venía en camino. Mientras me lo contaba, solo podía mirarla con odio y rabia. No podía entender como alguien tenía tan poca empatía hacia una vida que estaba creciendo en su interior. Hacia su hija.

El resto de la historia no distaba mucho de todo lo que ya me había contado anteriormente. Dejó la droga una semana. ¡Si a eso se le llama dejarlo que baje dios y lo vea! Según ella, Vic lloraba mucho y para poder relajarse y no tirar la toalla recurría a la droga. Muchos dirán que una adicción es difícil de superar y que lo que vivió Lucía es algo normal; lo siento, yo no estoy entre esos muchos. ¿Es duro superar una adicción? Sí; pero es de ser una persona de mierda dejar que esa adicción te consuma a ti y a todo lo que tocas. Es una acción muy egoísta quedarse cuando la huida, en este caso, es lo más valiente. Hubiera sido valiente reconocer que no podía criar a su hija en esas condiciones, por eso fue cobarde al quedarse.

Me contó que habían tenido problemas con el casero y que las había echado a la calle por deber dos meses de alquiler, ya que hacía tres que se había quedado sin trabajo y no encontraba nada por más que buscase. Así que ahora estaba aquí, diciendo que había tardado, pero que había

salido de aquel bucle en el que había entrado hacía años y que era hora de que Lucas conociese a su hija. No sé si me sonaba a trola o a coincidencia.

—¿Cómo sé que no te metes nada ya? —pregunté con desconfianza.

Alzó una ceja y me miró de arriba abajo para después contestar con unas palabras que, sin conocerme en absoluto, sabía a la perfección que me molestarían.

—Lucas no me perdonaría aparecer junto a Vic y que siguiese consumiendo. Lo conozco demasiado, guapa. —Me guiñó un ojo y se sentó sobre la cama con una chulería que me produjo un cabreo descomunal.

Hacía tiempo que no me sentía tan enfadada, así que, si quería provocarme, después tendría que aguantar a la fiera que iba a liberar.

—Lucía, —Saboreé su nombre y sonreí con pena pero no de la buena—, Lucas no te perdonará ni aunque hagas el camino de Santiago de rodillas.

Vi la mandíbula de Lucía apretarse antes de volver a hablar. Temí haberme precipitado al seguirle el juego ya que hacía tiempo que no era así << ¿Qué me estaba pasando?>>

—¿Y a ti sí? El que no le cuentes que tiene una hija, digo — sonrió provocadora.

Decidí retirarme del juego y perder la partida. Entendí que a veces perder era ganar.

—No es algo que tenga que hablar contigo. —Finalicé—. Hablaré con Mabel para que te quedes aquí hasta que vuelva Lucas, —La informé—, entonces podrás contarle todo lo que me has contado a mí. Yo vengo cada día a comer y a cenar, así que espero que hagamos esto lo más llevadero posible para todos, ya que aquí vive mi familia. —Sus mil demonios me estaban maldiciendo por dentro por lo que acababa de decirle.

Era muy cierto que todos y cada uno de los que vivían aquí eran mi familia. Unos más, otros menos... pero todos y cada uno de ellos habían estado ahí alguna vez para mí.

La respuesta de Lucía fue asentir con un golpe de cabeza y tirarse en la cama al lado de su hija. Por unos segundos, aquella preciosa niña me sonrió y sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Por supuesto, le devolví la sonrisa y le guiñé un ojo antes de darme la vuelta y salir por la puerta, como la vez anterior.

CAPÍTULO 43

Lucas

Estamos sentados en la barra del bar que hay dentro del hall del hotel, mientras nos bebemos unas cervezas y esperamos a que el productor baje para irnos a celebrar que todo está siendo un completo éxito. Miro el botellín y mientras pego el frío cristal a mis labios y dejo resbalar el amargo líquido por mi garganta, pienso en la locura que está siendo este viaje, en lo bien que lo hemos pasado tocando en los festivales y en que solo quedan dos semanas para la vuelta a casa y poder ver a mi preciosa campanilla. Ahora que lo pienso, es una paradoja que me roba una sonrisa al instante. Dos semanas fueron las que le pedí que esperase para hacer el amor por primera vez; y doble paradoja el hecho de que esté pensando esto en la misma ciudad donde se cumplió aquel ansiado plazo para los dos.

Mateo no tardó en llegar y tampoco lo hicimos en irnos. Estábamos en pleno mes de agosto y el frescor de las noches, aunque fuese casi escaso, era de agradecer. Nos repartimos en dos ubers y nos dirigimos hacia un Pub que, según Mateo, era uno de los mejores de la zona.

Mis ojos se fijaban en cada farola y en cada parisino que caminaba por las calles decoradas con luces de esquina a esquina. No pasaron muchas calles hasta que llegamos a nuestro destino y nos bajamos del coche. Quise morirme en cuanto lo hice.

La música que sonaba dentro del recinto se podía oír desde fuera y hubiese preferido que me hubiesen avisado, ya que ahora dispondría de unos tapones tamaño XXL para que el chumba chumba no hiciera que me explotase la cabeza. Nos miramos entre los del grupo y nos encogimos de hombros casi a la vez, no nos quedaba de otra que atravesar la puerta y poner buena cara.

La noche fue avanzando y los sonidos que antes me parecían molestos, ahora eran casi insignificantes; los seguía oyendo, pero nuestras risas superaban los decibelios de estos.

La mesa que ocupábamos estaba llena de botellines vacíos y copas con restos de hielos que ya se habían derretido. Habíamos perdido la cuenta de cuantas cervezas nos habíamos bebido y los comentarios tontos ya empezaban a desfilar por la boca de mis amigos.

—Mira a Charly, solo le falta una tía con un buen par de tetas sentada encima, y colaría como el Mick Jagger de los setenta —dijo Tato a la vez que todos estallábamos en risas por la comparación. Muy acertada, todo hay que decirlo.

—Eso tiene fácil solución —contestó Mateo mientras invitaba a un grupo de chicas, que se encontraban a pocos pasos de nuestra mesa, a sentarse con nosotros.

Tal y como pensé que pasaría, no solo se sentaron con nosotros, sino que lo hicieron con total confianza y naturalidad, como si nos conociesen de toda la vida. El pensamiento que se me vino a la cabeza al ver a Mateo tomar la mano de la última chica en llegar y sentarla sobre el regazo de Charly, como si le perteneciese, quedó confirmado. La chica se sentó sin pudor alguno, lo que consiguió que los ojos de mi amigo se saliesen de sus orbitas debido a la cercanía que la chica, de pelo corto y rubio, había dejado entre sus pechos y la cara de Charly.

Nos miramos entre todos y puedo decir que solo encontré la misma incomodidad que yo sentía en los ojos de mi mejor amigo, que se acercó más a mí para hablarme:

—Joder tío... estas cosas a mí no me molan nada —murmuró Enzo a la vez que se llevaba el botellín a la boca para darle un trago rápido, sin saber donde meterse—, ¿Putas? ¿En serio?

Lo reprendí con la mirada por la palabra que había usado para referirse a esas chicas, más allá de cual fuese la situación, y respiré antes de hablar. Tuve que hacerlo ya que Enzo estaba muy incómodo, pero yo no me quedaba atrás.

—Esto es incómodo de cojones —susurré viendo como la mitad de mis amigos ya estaban intercambiando fluidos salivales.

—Romi se entera de esto y me mata.

—Y a Vega le da algo... —Me giré para mirar a mi amigo—, ¿nos vamos?

A Enzo no le dio tiempo a contestar. Sin previo aviso, una chica, que no tendría más de veinte años, se sentó sobre sus piernas y comenzó a pasear su dedo índice por la tela de su camisa.

—¿Tú eres el tímido del grupo? —preguntó con voz aguda y cara angelical.

¡Joder!. Conocía a Enzo y sabía que, ahora mismo, se estaba cagando en todo por dentro. Quería salir corriendo, pero no podía hacerlo; no encontraba la manera de decirle a la chica que se acababa de sentar sobre su regazo que se quitase, que tenía novia y que la amaba, sin parecer un maleducado. La vergüenza que podía llegar a pasar en ciertos momentos lo bloqueaba de tal manera que o lo dejaba sin palabras o lo convertía en medio tartamudo.

—Te... te... tengo... —Su mirada de socorro se clavó en la mía ya que no sabía cómo salir de esta situación.

Respetaba a Romi al cien por cien, así que, como buen amigo que era, decidí echarle un cable y responder por él.

—Tiene novia —dije.

La chica se giró para mirarme un segundo y después alzó la vista y miró detrás de mí.

—¿Y tú? —preguntó una voz femenina con acento francés muy cerca de mi oído.

Me giré al instante. Al hacerlo me encontré a una chica, esta vez no tan joven. Era morena con los ojos negros, de mediana altura y delgada. Esperaba una respuesta y se la iba a dar. Por un segundo, miré a mis amigos temiendo poner en juego el comienzo de nuestra carrera si me levantaba del sillón, le decía que sí que tenía novia, me levantaba, me iba y los dejaba allí tirados sin dar explicación alguna; pero esa duda duró menos que un caramelo en el patio de un colegio. No sabía lo que iba a pasar pero, aún a riesgo de cagarla, terminé con mi botellín con total calma y me puse de pie antes de hablar:

—Sí —contesté usando un tono tranquilo pero firme a la vez.

—Vaya, toda una pena...

Haciendo caso omiso a lo que le acababa de decir y formando una sonrisa tan malévola como provocadora, alzó la mano para tocarme, pero la detuve antes de que lo hiciese. Iba a dejarle claro que si había algún contacto piel con piel entre ella y yo, sería el de mi mano frenando la suya.

—Tengo novia —contesté usando un tono un poco más seco que el anterior.

Bajó la mano con lentitud pero avanzó hacia mí, hasta quedar a escasos pasos, pero sin tocarme.

—Una noche es una noche. Además... —Me dio un repaso de arriba abajo a la vez que se mordía el labio y volvía a clavar sus ojos en los míos—, ojos que no ven... —No la dejé acabar la frase.

<< ¡¿Ojos que no ven?!>> repetí dentro de mi cabeza, quedándome a cuadros con la insistencia. Toda la amabilidad que antes había tenido, para no armar un espectáculo innecesario, se esfumó y solté lo que había pensado hacía escasos segundos.

—Con que lo vean los míos es suficiente. Aparta. —Cogí a Enzo del brazo y la esquivé para llegar hasta Mateo y avisarle de que nos largábamos.

Al llegar al sillón donde se encontraba, lo vimos tan entretenido con tres chicas, a las que por lo menos les doblaba la edad,

que decidimos irnos y dar las explicaciones que tuviésemos

que dar cuando la situación no estuviese tan salida de madre. Cuando salimos del garito, llené mis pulmones con el aire

de la madrugada parisina; cosa que agradecí después de horas

de bombos sonando demasiado alto, copas vacías y la escena

final como la guinda del pastel.

Volvimos andando al hotel, hablando de cómo había cambiado la cosa dentro del pub en cuestión de minutos y sobre

las mil mierdas que englobaban el mundo musical en general.

Resumiendo: Sexo, drogas y fiestas. Si os soy sincero, no pensaba que mis ojos conocerían las mierdas de este mundillo tan rápido.

Abrimos la puerta de la habitación y me fui quitando ropa hasta quedarme en calzoncillos. Al llegar a la cama, me desplomé sobre ella y Enzo hizo lo mismo sobre la suya, girándose para hablar:

—Por cierto... ¿Tato no estaba con Lola? —preguntó de repente.

Ahora que mencionaba aquel pequeño detalle, un flash de mi amigo se cruzó por mi mente. Estaba sentado en el pub con dos chicas al lado. No hacía nada, pero se dejaba manosear que daba gusto. Negué a la vez que decía lo que estaba pensando en voz alta:

—Espero que no la cague; y si lo hace, espero no enterarme

—contesté sincero.

Tener cierta información y decidir si compartirla o no, me jodería mucho. No es plato de buen gusto para nadie y menos cuando se trata de uno de tus mejores amigos y la mujer que amas.

—No creo que sea tan gilipollas. Además, —Se inclinó un poco y susurró—, entre tú y yo, Lola esta muy buena. —No pude evitar negar con la cabeza y reírme.

—Duérmete anda, que te estas espabilando. —Le tiré un cojín, para no perder la costumbre y apagué la luz.

—Pero mi churri más —murmuró en la penumbra. En serio, quien lo entienda que lo compre. Me acomodé como pude para dormir, ya que las noches eran raras sin que Vega me pegase alguna que otra patada o enredase sus pies con los míos. Como cada noche, cogí la almohada y la coloqué pegada a mi cuerpo para poner el brazo y la pierna sobre ella. Me consolaba con abrazar una triste almohada y desear con fuerza que las dos semanas que quedaban pasasen lo más rápido posible. Las ganas de ella florecían a borbotones. La echaba tanto de menos que a veces dolía. Me estaba sacrificando por mi sueño, pero quería que el reloj avanzase más rápido de lo que lo hacía habitualmente, para poder tener las dos cosas. Mi sueño y a ella. Me di cuenta de que no tenía dos sueños distintos. Solo tenía uno, porque uno no existía sin el otro. Cogí el móvil de la mesilla para mirar la hora y saber si podía mandarle un mensaje, vi que era muy tarde para hacerlo.

En el trayecto de avión que hicimos hasta París, en un momento en el que ya no sabía que hacer para que las horas dentro aquel pájaro de hierro se me pasasen más rápidas, me puse a mirar la galería de fotos del móvil. Más concretamente, las fotos de Vega. Recuerdo que me quedé varios minutos mirando en una de ellas sus ojos color miel. Brillaban junto al sol que se colaba por los cristales coloridos de una de las ventanas del conventillo, en la que se apoyaba mi preciosa campanilla cuando la pillé desprevenida y le hice la foto. La cuestión es que decidí ponerla de fondo de pantalla en mi móvil. Me quedé dormido mientras la miraba y soñé con la única piel a la que pertenecía. LA DE ELLA.

CAPÍTULO 44

Vega

Últimamente, las pocas horas que me dejaba libre el trabajo las aprovechaba para pasar tiempo en el conventillo jugando con Vic, conociéndola. A medida que iban pasando las semanas, Lucía me dejaba pasar más rato con ella; algo que le costaba horrores pero que no podía impedir. No sé qué tengo con los niños, pero empiezo a creer que es una especie de imán que los atrae; ciertamente no me importa, al contrario, me encanta rodearme de esos seres llenos de luz, puros y sin maldad; no como los adultos, que crecemos y abandonamos a nuestro niño interior a su merced sin darnos cuenta de que cuidarlo y seguir conviviendo con él es más fácil que intentar recuperarlo después. El camino es largo y muchos se pierden en el trayecto. Yo misma soy el claro ejemplo de ambas cosas. De perderse y encontrarse.

Cuando llegué al conventillo, la puerta de la calle estaba abierta y Mabel y Mirta tomaban mates y comían masitas, sentadas bajo el marco de esta. Me recibieron con una sonrisa, mate calentito y el plato de masitas en mano, muy cerca de mis fosas nasales, dejándome inundar por aquel aroma dulzón que conseguía hacerme la boca agua.

—Hola, señoritas. —Las saludé con una sonrisa a la vez que aceptaba la masita que me ofrecía Mirta—. Gracias, ¡que buena pinta!

—Están recién hechas —me informó Mabel.

Me terminé la masita, me tomé el mate que me dio Mirta e hice la misma pregunta que hacía todos los días desde que tuve aquella conversación con Lucía. No podía evitarlo. A veces pensaba que era porque se trataba de la hija de Lucas, otras porque era solo una niña indefensa que dependía de una madre media loca y ex drogadicta. Al final, dejé de pensar en el por qué y asumía que simplemente lo hacía porque de alguna manera la sentía parte de mí.

—¿Cómo ha ido hoy? —Ambas se encogieron de hombros antes de responder.

—Bien, hoy por lo menos la ha llevado al parque... —contestó Mirta dejando ir un largo suspiro a la vez que se encogía de hombros otra vez.

Se me escapó una risita irónica. Hacía poco más de un mes que Lucía había reaparecido y desde el minuto uno en el que la vi relacionarse con Vic, tuve la sensación de que no era una madraza, sino que parecía que la pequeña le molestaba la mayoría del tiempo. Fue muy triste corroborar aquello con mis propios ojos día tras día. Viendo como una niña encantadora solo buscaba la atención de su madre, una muestra de cariño o una simple regañina. Para Vic, cualquier cosa valía si hacía que Lucía estuviese atenta a ella. No podía entender que se comportase así con su hija, cuando yo, que no era su madre, sentía las ganas y la necesidad de desvivirme por ella casi desde el primer momento en que sus ojos, igual de oscuros que los de su padre, me atravesaron el corazón. Me molestaba en lo más profundo saber que había pasado tiempo con su hija por el simple hecho de que Lucas volvía en una semana. Me hervía la sangre que ese fuese el único motivo que la moviese a querer pasar un rato con su hija. Id abriendo apuestas, porque ya os digo yo que en cuanto Lucas ponga un pie en el conventillo, Lucía será la madre más amorosa y adorable que ha pisado la faz de la tierra. Al pensar aquello, un miedo conocido al abandono me abordó y me arrinconó contra las cuerdas. El flash de Lucas y Lucía juntos se intentó colar en mi cabeza, pero decidí no dejarlo entrar. Solo cerré los ojos y respiré. Mientras lo hacía, mis dedos recordaban el tacto de los rizos rubios de mi chico guapo para tranquilizarme. Acabé ganando la

pelea por K.O técnico. Hace tiempo que el miedo no tiene lugar en mi vida.

Mirta y Mabel terminaron de resumirme la tarde y entramos para preparar la cena. Al llegar al medio del patio, las coletas rubias de Vic asomaron por el balcón junto con su preciosa sonrisa.

—¡Has llegado! —exclamó emocionada mientras bajaba las escaleras a toda prisa para llegar a mí y colgarse de mi cuello de un salto, como llevaba haciendo esta última semana.

—Hola caracola, —Le planté un beso en la mejilla provocando que la risa brotara de su garganta —, ¿Qué tal ha ido el día? ¿Te lo has pasado bien? —pregunté sonriente, a sabiendas de que la respuesta era un sí rotundo.

Los ojos se le iluminaron antes de hablar, y a mí se me encogió el estómago al ver a Lucía con el ceño fruncido acercándose a nosotras.

—¿Quieres dejar de interrogar a mi hija? —El tono que usó distó mucho de uno simpático—. Me empiezo a hartar de que cada puto día que llegas le preguntes lo mismo. —Ella no me preocupó un pelo. La que sí lo hizo fue Vic, al cambiar el semblante, de repente, a uno más cohibido.

Me dieron ganas de preguntarle qué coño le pasaba. ¿En serio no era capaz de apartar las diferencias que pudiese tener conmigo y ver que solo me estaba interesando por su hija?

Definitivamente no, no lo era. Respiré profundamente por segunda vez desde que había llegado y no le di más importancia al asunto. Pasé de Lucía, aunque con la mirada que le dediqué las palabras se tuvieron que escribir solas en su mente. Me dirigí directamente a Vic:

—Voy a echar una mano a Mirta y Mabel a preparar la cena, ¿vale? Si quieres puedes ir arriba a lavarte las manos y luego vienes a ayudarnos.

Su respuesta fue una sonrisa de oreja a oreja que se me contagió al instante. Los pequeños pies de la hija de Lucas corrieron escaleras arriba y mis ojos, por un segundo, vieron al niño que seguía viviendo dentro del hombre que me tenía locamente enamorada. Al llegar arriba, Vic desapareció dentro de la habitación y mis ojos volvieron a los de Lucía, que me escrutaba con un sentimiento tan oscuro que no me atreví ni a ponerle nombre.

A pesar del encontronazo con Lucía, la noche había acabado bien. Mientras Vic nos ayudaba a preparar la cena, Lucía soltaba alguna que otra pullita como: “eso lo hace cualquiera”, “eso no tiene muy buena pinta, ¿eh Vega?”, “creo que te has pasado con la sal, no va a haber quien se lo coma”, etc. Podría seguir enumerando pero la verdad es que le di la importancia que debía darle, ninguna. Durante la cena no dijo nada. Supongo que el echo de ver el vínculo que había creado con todos la cohibió un poco y obtuvo una dosis de vergüenza. Sí, esa que le faltaba cada vez que abría el pico. Lo tubo cerrado todo el tiempo que duró la cena, pero maldita la hora en que lo volvió a abrir.

Mientras estábamos recogiendo los platos entre todos, Lucía solo levantaba dos tenedores y se volvía a sentar en la mesa para ponerse a mirar la pantalla del móvil, absorta al mundo que la rodeaba. En ese momento, sentí el mío vibrar dentro del bolsillo y dejé las cosas sobre la mesa de nuevo para poder sacarlo y contestar a la llamada. En cuanto lo saqué y leí el nombre de Lucas en la pantalla, inevitablemente, mis ojos miraron a Lucía fugazmente. Me aparté del ruido y de ella y descolgué con dedos temblorosos.

—Hola, chico guapo —contesté con voz suave.

Los nervios de pensar en que solo quedaban siete días para volver a abrazarlo opacaron los de

que Lucía estuviese a pocos metros de mí. Eran nervios diferentes. Eran mariposas que revoloteaban en mi estómago queriendo salir por mi boca.

—Hola, preciosa —contestó con el mismo tono—, ¿Qué tal todo? Siento haberte escrito solo por la mañana y no haberte dicho nada más el resto del día; el sábado que viene es el último concierto y hoy no nos han dejado ni respirar.

Lo sabía a la perfección. Esta mañana cuando me levanté y miré el teléfono tenía un mensaje más largo que la biblia, pidiéndome perdón un millón de veces. Recordarlo hizo que de mis labios brotase una sonrisa tonta.

—Solo queda una semana y no creo que sea tan esclavo porque te encanta lo que estás haciendo —contesté.

—Ya. —Un silencio agradable se instaló en la línea, durante unos segundos, antes de que Lucas volviese a hacerme olvidar donde me encontraba con el sonido de su risa traviesa y su voz ronca y dulce a la vez—. Lo que pasa es que ya te echo demasiado de menos... el finde pasado me dormí mirando tu foto en mi fondo de pantalla —confesó. Los dos dejamos escapar una risita tonta.

—Espero que por lo menos salga guapa— bromeé.

—Sales como eres, preciosa. Con una luz que no he visto en nadie, ni en un millón de años.

—Eres un pelota —sentí mis mejillas arder y no pude contener la risa. El amor que brotaba a borbotones de todo mi ser por el chico de rizos rubios, cada vez crecía más y más.

—Suelo serlo, pero contigo no me hace falta.

Cuando abrí la boca para despedirme de Lucas, la voz de Lucía diciendo: “Nosotras nos vamos a la cama, hasta mañana” a mi espalda, me dejó helada como un tempano. La línea enmudeció y mi cuerpo se convirtió en un castillo de naipes a punto de desmoronarse, un solo soplo habría sido suficiente. En el momento que pasó por mi lado, su mirada se cruzó con la mía, dejándome ver la picardía con la que había soltado el comentario para que Lucas lo escuchase. En ese momento me pregunté cuanto rato llevaba escuchando la conversación y si había escuchado a qué hora llegaba el domingo siguiente. Recé para mis adentros que no hubiese sido así. Cuando le contase a Lucas todo lo que había estado pasando, lo quería hacer sola, no quería ni testigos ni verdugos; lo único que deseaba era que en el momento que le soltase todo, entendiese mi postura y por qué tomé la decisión que tomé el día que Lucía vino en su búsqueda con una niña de siete años de su mano. La vi desaparecer con una sonrisa burlona de oreja a oreja, dejándome sin palabras para el rubio, descolocada por completo y sin saber donde meterme si me preguntaba de quién era la voz que había escuchado. Me costó un mundo pasar el nudo que tenía en la garganta para poder volver a hablar. La línea seguía enmudecida y decidí romper el silencio, aunque los mismos monstruos que me visitaron en el pasado volvieran a pavonearse delante de mis narices.

—Lucas... ¿Estás ahí? —pregunté, intentando que los nervios no fueran perceptibles en mi tono de voz.

Un segundo... dos... tres... Su voz volvió a hacer eco en mis oídos.

—Sí, solo es que...

—¿Qué? —La pregunta me salió automática al escuchar el tono de duda en su voz.

No sé cuántos Ave María pude rezar en el transcurso de tiempo entre mi pregunta y su respuesta.

—Nada, nada... —contestó, aún con tono dudoso, a la vez que el aire volvía a mis pulmones.

La culpa y todos los sentimientos negativos que sentía a consecuencia de ocultarle a Lucas que su ex había aparecido de nuevo, y no sola, sino con su hija, me volvieron a invadir. ¿Y si se lo

contaba todo? ¿No sería más fácil? La cabeza me iba a explotar y aún no había colgado la llamada. No quería flaquear mientras hablaba con él, me conocía demasiado y si con lo que acababa de pasar no se había dado cuenta de que algo estaba ocultando, lo haría en el momento en que mi voz comenzase a flaquear. Me despedí de él antes de que ocurriese la catarsis.

—Voy a terminar de ayudar a recoger, te escribo cuando llegue a casa —dije con toda la entereza que pude.

—Vale, yo voy a aprovechar para darme una ducha antes de que Enzo acapare el lavabo una hora como mínimo. Te quiero.

Tuve que mordirme el labio para contener las ganas infinitas de llorar que me estaban dando.

Cogí aire y le dije una verdad que sí podía decirle ahora y todos los días de mi vida.

—Te amo, Lucas, mucho. —Una lágrima silenciosa, llena de culpa y remordimiento, resbaló por mi mejilla al escuchar su respuesta. Esa que siempre le daba yo cuando me decía que me amaba.

—Y yo a ti, muy mucho.

Pude ver su sonrisa a pesar de no tenerlo delante y me sentí peor de lo que ya me sentía, si eso era posible. Los pitidos continuos en la línea, después de que Lucas colgase el teléfono, me hundieron aún más en mi miseria. No podía hacer más que preguntarme si había hecho lo correcto.

CAPÍTULO 45

Lucas

En cuanto pisé la terminal del aeropuerto Charles de Gaulle de París, las ganas de volver a abrazar a Vega me hicieron sentir como un niño a la espera de su primer beso. Esa sensación de primera vez, con la diferencia de que conoces exactamente a quien te vas a encontrar. Como algo que sabes que por más que pase el tiempo siempre va a estar lleno de primeras veces. Porque a eso sabe ella, a primeras veces.

Me siento al lado de la ventanilla e imito a mis amigos: coloco el asiento un poco reclinado y saco el móvil junto con los auriculares, para dormir todo el viaje con banda sonora. Quien dice dormir, dice cerrar los ojos e imaginar en bucle el reencuentro con mi preciosa campanilla. Quería que, al volver a abrir los ojos, las catorce horas de vuelo se hubiesen esfumado. No lo conseguí, pero hice algo mejor.

Las ganas, los nervios, la adrenalina, el amor, el deseo, los nervios por dos... Las emociones eran tantas y tan fuertes por volver a verla, a sentirla..., que me supuraban por los poros de la piel y solo pude hacer una cosa con ello. Otra canción para ella.

Al abrir mi cuaderno, entre sus hojas encontré una canción que había compuesto hacía más de un año. Cuando todo lo que sentía por Vega acababa muriendo en un papel. Me gustaba pensar en la sensación de que ahora no morían, sino que vivían. Lo hacían en su piel.

YOU'RE THE REASON

Verso 1:

*I gaze into the night, thoughts filled with you
Whispering your name, hoping you feel it too*

*This within me, a song sung in solitude
In the silence of my darkness, an echoing interlude*

*In the quiet of my obscurity
In your gaze, where I long to be
To lose myself in its radiant light
A profound eternity, a tranquil flight*

Estrillo:

*Leave behind that pain I'll take care of your heart
Leave behind that pain You're the reason for
my song*

Verso 2:

*In agony, I wither without you near
Life's reason is to see your smile, crystal clear
Today, I feel a terrestrial dream unfold
Living the torment of a love story untold
May you find peace within my embrace
And the freedom of a love's genuine grace*

Estrillo:

*Leave behind that pain I'll take care of your heart
Leave behind that pain You're the reason for*

my song

Vega

Me encontraba junto a Sol y Romi en la misma puerta de salida que cuando vino Gabi, aquella vez que Lucas la trajo por sorpresa. Fue uno de los mejores días de mi vida y cada vez que recuerdo el encuentro, una sensación de felicidad mezclada con nerviosismo se instala en mí y me roba una sonrisa. Ahora espero a que Lucas atraviese esa puerta con la misma sensación, solo que esta vez va acompañada de culpa y miedo. Mis dedos se mueven nerviosos pellizcando las mangas de mi jersey, mientras mi cabeza piensa en mil y una formas diferentes de soltarle el bombazo a Lucas.

Por los altavoces anunciaron la apertura de puertas. Mi corazón se paró por completo al ver que estas se abrían y que los chicos salían de los primeros. Dejé de respirar, por una decima de segundo, al conectar nuestras miradas.

Ya nada importa. Los miedos se esfuman, dejando solo la necesidad de llegar a él. Ya no veo a nadie. Solo veo a Lucas y corro como si me empujaran hasta sus brazos. Él hace lo mismo. Cuando chocamos, nos fundimos en un beso salado a causa de las lágrimas que derraman nuestros ojos. Lágrimas que saben a felicidad mezclada con amor y que dicen todo lo que las palabras no alcanzan a transmitir.

No calculo el tiempo que pasa hasta que logramos separarnos y Lucas me vuelve a dejar en el suelo. Solo sé que mi mundo se desmorona en cuanto veo que su mirada se desvía, hacia alguien que está a mi espalda, se le va todo el color de la cara y dice:

—¿Lu...? ¿Lucía? —preguntó como si hubiese visto a un fantasma.

—La misma.

Sentí el suelo partirse bajo mis pies a la vez que la tierra me tragaba. ¡¿Qué hace aquí?! No, no, no, no...

Lucas

De todos los escenarios posibles que me imaginé al pensar en nuestro reencuentro, os puedo jurar que este ni siquiera estaba en la lista. << ¿Qué hace aquí, Lucía? ¿Qué está pasando? >> Las preguntas no dejaban de agolparse en mi cabeza y todo dejó de tener sentido cuando mis ojos volvieron a mirar a Vega en busca de una respuesta. No me encontré con mi preciosa campanilla esta vez, sino que lo hice con una Vega que ya había visto anteriormente. Una llena de miedos, dudas e inseguridades. Traté de encontrar respuestas navegando por sus ojos, buscando alguna pista que me pusiese un poco en contexto; por primera vez desde que la conocí, no supe descifrarlos.

Abrí la boca para volver a hablar pero Vega se adelantó. —Te lo puedo explicar... —Las palabras salieron de su boca torpes y llenas de culpa—. Y tú, —Se giró para hablarle directamente a Lucía—, ¡te has lucido! Gracias bonita. —Las últimas palabras salieron con un resquemor de su boca, que solo le había visto usar con una persona. Sí, con el capullo de Martín. Pude ver como Lucía se callaba pero formaba una sonrisa de satisfacción que yo conocía muy bien. Aquello me descolocó aún más y me dejó fuera de juego, sin entender absolutamente nada y deseando saber qué coño era lo que había pasado el tiempo que estuve fuera; pero sobre todo

quería conocer el motivo por el que Vega me lo había ocultado. Verlas a las dos, ahí paradas, me estaba jodiendo la cabeza.

—Por favor... —La invité a que siguiese con su explicación.

En sus ojos pude ver como se debatía entre dármele aquí, delante de todos, o cuando estuviéramos a solas. Mis ojos abandonaron los de Vega por un segundo, atraídos por la sonrisa que dibujaron los labios de Lucía. No porque sintiese algo por ella, ni de lejos, sino porque la conocía a la perfección. Desgraciadamente había visto esa sonrisa muchas veces y solo podía significar una cosa: el desastre se aproximaba.

Cuando volví a mirar a Vega, la vi tragar saliva como si le costase pasar por su garganta un nudo de palabras que no quería dejar salir. No aún.

—Vamos a sentarnos... —Buscó la cafetería más cercana y la señaló con dedos temblorosos—, podemos desayunar allí y...

—No, Vega. —La corté, empezando a cansarme de la situación—. Quiero una explicación y la quiero ahora —exigí.

Fue hacerlo y sentirme como una completa mierda. Los ojos de mi preciosa campanilla comenzaron a cristalizarse y sentí como mi corazón se hacía pedacitos por haber provocado aquella sensación en ella, una que juré no provocar nunca.

<<Frena Lucas... aún no sabes lo que está pasando>> me dije a mí mismo.

Por un momento se me cruzaron por la mente las llamadas de mi progenitora, tan insistentes y seguidas... <<¿Sería algo relacionado con ella?>> <<No>> me respondí automáticamente. Esa mujer jamás había conocido a Lucía, así que carecía de sentido alguno la presencia de esta, aquí y ahora, si el tema estuviese relacionado con ella. Por más que intenté atar cabos para averiguar qué era lo que estaba pasando, no logré hacer ningún nudo; solo logré enredar más la cuerda. Decidí que Vega me contase lo que había ocurrido en mi ausencia como le pareciese y donde quisiese. Si algo tenía claro en todo este lio era que no iba a dejar que cayese ni una sola lágrima de esos preciosos ojos por nada del mundo.

Pasó un buen rato hasta que nos trajeron los cafés y ninguno de los tres dijo nada en todo ese tiempo. La sonrisa de antes aún permanecía en la boca de Lucía mientras miraba el móvil; Vega, sin embargo, mantenía la mirada en un punto fijo mientras se mordía un carrillo y esperaba el café nerviosa. Me dio la sensación de que evitaba mirarme y sentí como mi corazón se partía en mil pedazos, como se astillaba dentro de mi pecho. No entendía por qué coño Lucía estaba tan feliz y mi alegre campanilla tan echa mierda.

Los cafés humeaban sobre la mesa de madera y decidí que era el momento de saber lo que estaba pasando, así que me incliné sobre la mesa y carraspeé para llamar la atención de ambas. Lo hice a la vez que posaba mi mano sobre la rodilla nerviosa de Vega para tranquilizarla.

—Soy todo oídos —dije, dedicándole una mirada fugaz a Lucía, para centrarme en quien verdaderamente me importaba. Vega.

—A ver... —No sabía por donde empezar. Apreté su rodilla con cariño y cogió aire antes de volver a hablar—. Mabel me llamó un día preocupada, ya sabes que siempre se preocupa mucho y bueno, me dijo que tenía que ir al conventillo con urgencia para enseñarme una cosa, que solo podía decidir yo y no sé qué cosas más...

—Vega, —La corté—, cuéntamelo por favor —pedí.

La conocía a la perfección y sabía que cuando te contaba las cosas de carrerilla y con pelos y señales, era porque no quería acabar de contarle. No quería llegar al final. ¡Mierda! Fuese lo que fuese lo que había pasado, pasaba o yo que coño sé ya... era malo. Lo era si las palabras para hablar de ello no le salían.

Le dio un sorbo al café y se inclinó sobre la mesa para hablar. Para hacerlo de verdad, sin tomar el camino de curvas, sino cogiendo la recta. Me reconstruí un poco al ver en sus ojos la confianza que tenía en mí para hacerlo.

Respiró profundamente, abrió la boca y...

—Tenemos una hija. —La voz de Lucía captó mi atención por completo.

Me quedé sin palabras. <<¿Qué tenemos una que...?>> <<He debido de escuchar mal>> pensé. Aquello era imposible.

—¿Qué has dicho? —pregunté descolocado.

—Que tienes una hija, Lucas. —Vega se adelantó a Lucía para responder a mi pregunta.

Todo se quedó en silencio durante un momento. El mundo dejó de girar. El desastre no se aproximaba, ya estaba aquí. Miré a Vega en busca de una explicación más extensa y solo encontré dolor, tristeza, culpa y mentiras; mentiras que me atravesaban consiguiendo que me desangrase lenta y dolorosamente. También busqué esa misma explicación en los ojos de Lucía, por supuesto; porque Vega me había mentido, pero ella me había ocultado algo mucho más gordo y durante muchos años. Lo único que encontré fue una sonrisa de satisfacción, por haberle jodido la explicación a Vega, adornando su delgada cara. Aquello consiguió sacarme de mis casillas y a la vez de mis pensamientos.

—¿Quién coño te crees que eres para ocultarme algo así?! —vociferé, consiguiendo que media cafetería se girase para mirarme, cosa que me importó una mierda.

Estaba que echaba humo por las orejas. Tenía una hija y me enteraba nada más y nada menos que en la maldita cafetería de un aeropuerto. Señalé a Lucía con el dedo para cantarle las cuarenta y sí, para reprocharle también el haberme privado de ser padre durante todos estos años. Quería que me explicase por qué aparecía ahora y no cuando tenía que haberlo hecho. Quería respuestas y me las iba a dar. Me sentía como un refresco que acababan de batir para destaparlo en cuestión de segundos y ponerlo todo perdido.

Abrí la boca para explotar contra ella pero la voz de Vega me frenó por los pelos.

—Lucas... —su mano cogió la mía, pero el enfado me obligó a apartarme.

—¡No, Vega! ¡No!

—¡Solo hice lo que creía mejor! —el dolor comenzaba a dominar su voz.

—Y creíste que ocultármelo era lo mejor, ¿no? —pregunté irónico— ¡De puta madre! —grité, perdiendo el control por completo.

Lo que Vega había intentado frenar con Lucía, se lo había llevado ella. Me pellizqué el puente de la nariz y bajé la cabeza abatido. Las ganas infinitas de gritar me oprimían el pecho y me estaba costando un mundo controlarme. Volví a alzar la cabeza al escuchar su voz completamente rota. La imagen que tenía delante hizo que la espuma del refresco bajase hasta no dejar una sola burbuja. Me encontré con una Vega tan abatida como yo, sin saber qué hacer o qué decir, disgustada con todo lo que estaba pasando... pero lo que de verdad transmitían sus ojos era decepción con ella misma y eso no lo podía permitir. Le costó mucho salir del pozo en el que una vez cayó, y yo había prometido ser siempre su cuerda. No le quería fallar, ni tampoco a mí.

—Yo... —Las palabras se le estaban haciendo un nudo en la garganta y sus ojos amenazaban con derramarse en cuestión de segundos.

Funcioné en modo automático e hice lo que me pidió el corazón: tiré de ella y la abracé. Los dos éramos un mar de sentimientos y entendí que no podíamos solucionar esto ni aquí ni ahora.

—Mmm... ¿Hola? —Me había olvidado por completo de Lucía.

Me separé de Vega y, al volver a mirar a Lucía, su semblante había cambiado por completo. Su ceño estaba fruncido y sus pensamientos estaban subtítulos en su cara. <<Por ahí no...>>

pensé. Si había algo que tenía claro, entre todo este maldito embrollo, era que amaba a Vega sobre todas las cosas. Por más dolido que estuviese con ella, que lo estaba, no iba a dar pie a que Lucía pensase que tenía alguna posibilidad conmigo al haber aparecido con mi hija.

<<Mi hija...>> repetí para mis adentros, consiguiendo que un remolino de emociones por conocerla me impacientaran por ir en su busca.

—Creo que es mejor que terminemos de hablar esto en... —No supe qué decir. Me di cuenta de que, por el estrés de la situación, no había preguntado donde vivía ahora Lucía ni donde estaba la niña, a la que ansiaba conocer aunque los nervios y la incertidumbre me hiciesen temblar las piernas como un flan.

—En el conventillo —respondió con un tono bastante borde—, la niña y yo estamos viviendo en tu antigua habitación. —subió y bajo las cejas, recalcando la última palabra, a la vez que elevaba una comisura dejando ver una sonrisa malintencionada.

Mis ojos volaron hasta los de Vega y pude notar la incomodidad que estaba sintiendo con las palabras de Lucía que, sin ser claras, hacían alusión a las veces que había estado en esa habitación pasando tiempo conmigo.

Apreté la mandíbula y decidí ser claro. Tanto con palabras como con actos.

—De acuerdo, primero necesito pasar por nuestra casa para dejar las maletas. —Enlacé mis dedos con los de Vega y sentí como los suyos me agarraban con fuerza.

Lucía nos miró con desprecio a ambos y, sin decir más, se encaminó hacia la puerta para emprender el viaje de vuelta al conventillo. Como si todo lo que había pasado no tuviese nada que ver con ella, como si nada le importase a parte de su propio culo. Siempre había sido así y, por lo visto, no había cambiado nada en absoluto. Reflexionar sobre la forma de ser de Lucía me devolvió ocho años atrás y, con ello, volvieron los malos recuerdos. Sentí pena al darme cuenta de que, de todo lo que habíamos vivido, podía contar con los dedos de una mano los momentos buenos que habíamos pasado juntos. También pensé en la niña que nos unía y en si con ella sería diferente que con el resto. Recé porque así fuese, rememorando los cinco primeros años de infancia de mierda que me dieron los dos cabrones de mis progenitores. De repente, una pregunta salió de mi boca antes de haberla pensado siquiera.

—¿Cómo se llama? —solté.

Vi como se iluminaban los ojos de Vega antes de contestarme. Aquello consiguió que el dolor que sentía, por todo lo que había pasado, disminuyese considerablemente.

—Vic —contestó suavemente—, y es maravillosa. Vas a amarla en cuanto la conozcas —aseguró con una sonrisa y bajó la mirada al momento de decirlo, supongo que perseguida por la culpa.

—Ya la amo. —La verdad salió de mis labios y dejé salir otra antes de dejar la cafetería—. Y a ti, aunque ahora mismo este dolido —asumí en voz alta.

Sus ojos tristes gritaban: “Siento todo esto, solo quería lo mejor para todos. Perdóname por favor”. Alcé nuestras manos hasta mis labios y besé el dorso de la suya con mimo. Que estuviese dolido no significaba que tuviese nada que perdonarle, simplemente había hecho lo que sintió correcto en ese momento y, por más que me doliese, ya estaba hecho.

En efecto, con su boca pronunció las palabras que mis ojos habían leído en los suyos.

—Perdóname. Lo siento, lo siento... —murmuró acariciándome el rostro, consiguiendo estremecerme con una simple caricia.

—No hay nada que perdonar, ya hablaremos con más calma. —Besé la palma de su mano y después sus labios, en un beso corto—. Vamos, estoy deseando conocerla.

Asintió varias veces y, con una preciosa sonrisa dibujada en su boca, salimos de la cafetería de

camino al conventillo. Sí, lo de irnos a casa solo lo había dicho para que Lucía cerrase la boca de una buena vez, pero lo cierto era que las ganas de conocer a Vic no cesaban, al contrario, cada vez iban más, junto con un amor que no sabía de donde había salido y que no podía contener por más tiempo.

CAPÍTULO 48

Vega

En lo que dura la vuelta en taxi al conventillo, pongo a Lucas en contexto. No hablamos de la charla que tuve con Lucía cuando llegó, pero le cuento todo lo demás y decidimos hablar largo y tendido en otro momento. Si hay algo que no volveré a hacer jamás es ocultarle algo a Lucas. Entendí que hay decisiones que no nos pertenecen, por más bien que queramos hacer o creamos que estamos haciendo. Me centré en contarle cosas de Vic, lo que le gustaba hacer y a que le gustaba jugar. Le conté que era una maestra de los puzzles, que le encantaba plantar flores con Mabel y que su perro favorito era un “danduta”. Así llamaba Vic a los dálmatas.

—¿Crees que le gustaré? —La risa se me escapó sin poder evitarlo.

Vic no conocía a su padre en persona, pero Lucía le había hablado siempre de él. A pesar de la decisión que tomó, sin pertenecerle, por lo menos se dignó a decirle quién era Lucas y que papel tenía en la vida de Vic. No sé que historias le había contado Lucía para justificar su ausencia, ya que no había soltado prenda sobre aquello en la conversación que tuvimos, pero por como le brillaban a Vic los ojos cada vez que le decíamos que ya quedaba poco para que lo conociese, supe que nada malo.

—Créeme que sí —contesté segura de la reacción que iba a tener Vic cuando lo viese acercarse por primera vez— ¿Entramos? —pregunté sacando las llaves del bolsillo para abrir la puerta del conventillo.

Escuchaba y veía el latir del corazón de Lucas. Estaba tan desbocado y ansioso que, si miraba bien su pecho, se podía apreciar un ligero movimiento de este debajo del algodón que lo cubría. Sin dudarlo y haciendo lo que dictaba mi corazón, posé mi mano sobre su pecho y automáticamente Lucas tiró de mí para hundir su nariz en mi cuello y hablar, logrando que su aliento acariciase mi piel y me provocase unas cosquillas agradables.

—Tengo un miedo de cojones a no saber qué hacer —confesó.

—No tienes que hacer nada —contesté a la vez que me separaba de él para mirarlo—, solo tienes que ser tú, Lucas.

Asintió y me acarició el rostro para después dejar un suave beso en mis labios y enlazar sus dedos con los míos. Giré la llave y abrí la puerta. Dentro nos esperaban ambas, Vic y Lucía. Sentí los dedos de Lucas apretar con fuerza mi mano en cuanto vio a Vic. Ella no lo había visto a él, estaba sentada en el suelo muy concentrada en pintar unas cajitas que tenían unos dibujos en blanco y negro que no llegaba a apreciar desde la distancia. A cada paso que avanzábamos, el corazón de Lucas latía más y más fuerte. Nos paramos a muy poca distancia de Vic y hablé antes de que se diese cuenta de nuestra presencia.

—Vic, hay alguien que esta deseando conocerte tanto com...

—¡Papá! —lo reconoció al instante y se tiró a sus brazos para fundirse en un abrazo que robó hasta el último suspiro de Lucas.

Aquella palabra había salido llena de emoción y nuestros se contagiaron de ese sentimiento. Ese

abrazo contenía todo lo que se habían perdido en tantos años que habían pasado el uno sin el otro y lo mucho que se habían echado de menos sin saberlo. Yo estaba presenciando el momento más bonito que había visto hasta ahora. Lucas acariciaba el pelo de su hija mientras la abrazaba y de vez en cuando iba dejando besos sobre este; unos besos que sabían a un amor inexplicable, incondicional... Un amor inefable.

Cuando lograron separarse, sus ojos oscuros, tan iguales y diferentes a la vez, se encontraron para conocerse y conectar.

—Hola, princesa. —La voz de Lucas salió suave y con el tono lleno de emoción debido a las lágrimas contenidas—. Estaba deseando conocerte.

La sonrisa que tenía Vic era imborrable y el brillo de sus ojos me deslumbraba por completo.

—Te pareces a mí. —Soltó de repente, paseando sus diminutos dedos por la cara de su padre.

Nos mostró una sonrisa que dejaba al descubierto todos sus dientes, lo que provocó que la imitásemos—. Ya lo sabía, pero en persona te pareces más —rio volviendo a abrazarlo .

—¿En persona más? —preguntó divertido, aunque curioso por la respuesta.

—Sí —contestó Vic muy segura—, las fotos no te hacen justicia.

La carcajada que salió de nuestras bocas fue inevitable y que me pusiese roja como un tomate, también. Lucas me dedicó una mirada fugaz llena de complicidad y se dirigió a Vic.

—¡Pero bueno! —exclamó riendo—. ¿De dónde han salido esas palabras de mayor en una boca tan pequeña? —preguntó bromeando. Si no se lo imaginaba, poco me conocía.

Me miró fugazmente con aquella sonrisa que tanto había echado de menos, confirmándome que nuestra complicidad seguía tan intacta como siempre y que se lo imaginaba a la perfección.

Volvió a poner toda su atención en Vic al escuchar su voz de nuevo.

—Vega siempre lo dice. —Ambos me miraron sonrientes y me invadió un sentimiento que no sabría describir con palabras. Solo sé que fue precioso.

La imagen de ambos sonriéndome a la vez fue preciosa. Os juro que solo fueron unos segundos, pero fueron suficientes para que enmarcase ese instante dentro del cuadro más bonito del mundo y lo guardase donde nunca pudiese perderse, romperse, o estropearse... en mi alma.

Sentí la mirada de Lucía sobre mí y por un momento me sentí mal. Podéis llamarme tonta, ya que era ella misma la que decidía adoptar aquellas actitudes negativas, pero sentí que la estábamos haciendo a un lado. Es verdad que las cosas se podrían haber hecho de otra manera pero más allá de todo eso, Lucía seguía siendo su madre.

Decidí hacer una proposición sin pensarlo dos veces, ya que si lo hacía no estaba segura de poder llevarla a cabo.

—Vic, ¿te apetece que vayamos a comer todos juntos por ahí? —pregunté, dejando sin palabras a todos, menos a Vic.

—¡Sííí! —contestó sin dudar.

Lucas, Lucía y yo miramos a Vic y después entre nosotros. Ahora que había soltado la bomba no sabía qué hacer, así que me alegré de que ambos abrieran la boca para contestar y que fuese Lucía la que se adelantase.

—¿Comer? ¿Nosotros cuatro? —nos señaló con un gesto de mano.

—Sí —respondí temiendo su reacción.

—Eh... —Me di cuenta de que por primera vez la había dejado fuera de juego. No esperaba tal proposición, teniendo en cuenta la relación que tenemos, y menos que la hiciese delante de Lucas —, tengo un par de cosas que hacer... —Mentira—. No puedo ir. Id vosotros, no me importa —Mentira por dos.

Claro que le importaba, solo que su maldito orgullo no le dejaba aceptar la proposición viniendo

de mí. Lo que me parecía más triste es que no pudiese hacerlo ni si quiera por ver feliz a Vic. Miré a Lucas, que había estado atento, pero sin decir nada hasta ahora.

—Vale —Usó un tono neutro para dirigirse a Lucía—, comeremos, daremos una vuelta y cuando vuelva a traer a esta princesa, —Acarició la cabeza de su hija y le dedicó una sonrisa llena de amor antes de volver a centrarse en Lucía—, tú y yo hablaremos.

—OK —contestó poniendo énfasis en la pronunciación de la última letra.

Entonces hizo algo que no me esperaba, se dio la vuelta y se encaminó escaleras arriba para desaparecer dentro de la habitación dando un fuerte portazo.

Lucas bajó a Vic para irnos pero se quedó mirando la puerta, pensativo, alucinado con lo que había pasado; lo podía leer en sus ojos. Tampoco se me pasó por alto la cara larga que tenía Vic y me agaché a su altura para susurrarle:

—¿Qué te pasa enana? —pregunté, aunque me lo imaginaba.

—Odio que siempre esté enfadada —contestó a modo de queja pero con un tono apenado en su voz.

—Los mayores son complicados.

—¿Tanto? —preguntó haciendo un mohín.

Yo también me preguntaba, como Vic, porque a veces los adultos complicábamos tanto las cosas.

—No te haces una idea. Pero no pienses ahora en eso, te quedan muchos años —le contesté para tranquilizarla.

—Tú eres guay, no lo entiendo. —Resopló con frustración.

—Es que todavía soy una niña... —Le hice monerías con la cara y como por arte de magia la tristeza se disipó y una bonita sonrisa se dibujó en su cara.

Yo no pude hacer otra cosa que contagiarme de aquella sonrisa tan pura y llamar la atención de Lucas chasqueando los dedos delante de sus ojos, para que volviese de nuevo al patio del conventillo.

—Flipo... —murmuró para que solo lo escuchase yo, negando con la cabeza.

—Bueno, —No quise seguir con el tema, no ahora que estábamos a punto de salir a pasar el primer día con Vic—, no pienses en eso ahora. Vamos a disfrutar del día, va.

—Sí, tienes razón. —De repente, su semblante cambió a uno totalmente diferente, pero conocido a su vez. Mi chico guapo había vuelto y me dejó ver esa gran sonrisa suya que siempre me robaba el corazón.

Entre los tres, decidimos ir a desayunar a una panadería, no muy lejos de aquí, que se había convertido en una de las favoritas de Vic; en ella servían unas magdalenas rellenas de chocolate que le encantaban hasta decir basta.

En cuanto pisé la calle, llené de aire mis pulmones y lo solté poco a poco, para sentir como me iba renovando. Necesitaba dejar ir toda la mala energía que arrastrábamos desde primera hora de la mañana. Respirar me había ido bien, pero ver a Vic y Lucas sonreírse mientras descubrían las cosas que el uno no sabía del otro, la felicidad que irradiaban... eso sí que había sido el remedio de todos mis males.

CAPÍTULO 49

Lucas

No podía dejar de mirar su cara manchada de chocolate. Me fascinaba la sonrisa que nos

mostraba Vic mientras disfrutaba de las que, lo sabía gracias a Vega, eran sus magdalenas favoritas. La miraba como si estuviese en un sueño, que lo estaba, pero en uno totalmente real. Algo que me descolocaba una barbaridad, si me paraba a pensarlo detenidamente, era que hasta ayer no sabía que era padre y ahora estaba sentado en la mesa de una cafetería viendo comer magdalenas de chocolate a mi hija. Hacía apenas unas horas que había conocido a Vic y solo me hizo falta verla sentada de espaldas, pintando mientras tarareaba alguna melodía, para amarla, para saber que ya no podría vivir sin ver aquella preciosa sonrisa cada día de lo que me quedaba de vida.

Vic terminó de comer las magdalenas y Vega le tendió una servilleta para que se limpiase la boca. Ahora que las veía juntas, con más calma, podía apreciar que durante el tiempo que yo no había estado Vega se había preocupado por Vic, por conocerla; se notaba a lo lejos el cariño que se tenían. El corazón se me ensanchó tanto de amor, que tuve que moverme y respirar para bajar la emoción que brotaba por cada poro de mi piel, descubriendo nuevos sentimientos por mi preciosa campanilla.

La voz de Vic me sacó de mi ensimismamiento y me incliné sobre la mesa para enterarme de la conversación que estaban teniendo.

—...no lo entiendo, no es justo...

Los ojos de Vega pedían socorro y me di cuenta de que me había quedado mirándolas el rato suficiente como para perderme gran parte de la conversación. Quise saber que era lo que no entendía y que era aquello que no era justo para una preciosa niña de siete años. Entonces pregunté:

—¿Qué es lo que no entiendes, princesa?

—Porque tú puedes tener dos novias y yo no. —Soltó de repente, logrando que la mandíbula me rozase el suelo y los ojos se me abrieran como platos.

Vega no sabía donde meterse y yo empecé a entender, un poco, por donde iban los tiros de la conversación que me había perdido segundos antes.

—¿Dos novias? —pregunté para tantear el terreno.

—Sí —contestó segura—, Vega y mamá. —Casi me da un infarto allí mismo al escuchar las palabras de Vic.

Los tiros iban bien encaminados. A ver como le explicaba, de la mejor manera posible, a mi hija, a la que acababa de conocer, que la mujer que amaba era la misma que estaba sentada a su lado, limpiándole el chocolate de las comisuras; y que Lucía, su madre, para mí era simplemente eso, su madre.

Respiré profundamente antes de coger las manos de Vic entre las mías y hablarle, por primera vez, como lo haría un padre; o como debería de hacerlo. Con amor y respeto. El miedo y los nervios corrían a mi lado, pero ya me conocéis, no iban a ganar la carrera tan fácilmente.

—A ver Vic... No tengo dos novias, —no quería mentirle—, que Lucía sea tu mamá no significa que sea mi novia, cielo.

—¿No? —preguntó desconcertada.

Por un segundo, me sentí un padre de mierda por estar hablando de este tema con una niña de siete años; después volví a la realidad. Y es que no se puede construir una relación a base de mentiras o con verdades a medias, creyéndose tiritas temporales. No se puede porque, cuando las

arrancas, duele. Si nos duele a los mayores, no quiero ni pensar lo que sentiría una niña de siete años. Jamás me perdonaría construir una relación con mi hija desde la mentira o el engaño.

—No —contesté. Tenía un miedo atroz al rechazo de Vic por lo que iba a decirle, pero no había otro camino. Apreté, con cariño, las pequeñas manos de mi hija dentro de las mías y me llené de valor antes de volver a hablar—. Hace muchos años lo fuimos, pero las personas cambiamos y nos podemos volver a enamorar. ¿Entiendes, cariño? —pregunté con tiento.

—Sí, ahora quieres a Vega y ya no quieres a mamá, ¿no? —Técnicamente así era, pero no podía decírselo o por lo menos no con las mismas palabras que había usado ella.

—No, Vic. —Busqué las mejores palabras para expresarle mis sentimientos y no mentirle en el intento— Tu quieres a mamá como a una mamá, ¿no? —asintió mientras yo me preguntaba a mí mismo que clase de pregunta era esa—. Bien, pues yo la quiero así, como tu mamá; porque tú nos unes aunque ya no seamos novios. —En sus ojos vi comprensión y no le costó mucho procesarlo, así que continué—. En cambio, a Vega la quiero como quiere un príncipe a una princesa. —Solté y vi como Vega negaba con la cabeza a la vez que Vic arrugaba la nariz.

—No me gustan las princesas. —Me sentí como un completo idiota por no saber algo tan simple de Vic, aunque acabase de conocerla—. Te he entendido. Soy una niña pero no soy tonta, papá.

—Me derretí al escuchar aquella palabra salir de sus labios.

Y tanto que no lo era. Vic era una niña muy lista. Notaba que estaba nervioso a más no poder y me tranquilizó regalándome una sonrisa que indicaba que nada de lo que estábamos hablando había afectado a nuestra naciente relación. No tenía ni la menor idea de como había logrado vivir sin ella aún sin saber de su existencia.

—Entonces... ¿Todo aclarado? —pregunté con una sonrisa.

—Sí. —De repente, se inclinó sobre la mesa para aferrar sus pequeños brazos a mi cuello y abrazarme. Después de eso, me regaló un beso fuerte y sonoro en la mejilla que me derritió por completo—. ¿Me puedo ir a jugar al parque de en frente? Podrás verme desde aquí.

La miré haciéndome el pensativo y asentí. Como pago, Vic volvió a besarme en la mejilla, ahora más fuerte que antes. Hizo lo mismo con Vega antes de salir por la gran puerta de la cafetería. Me quedé mirando, como si todo funcionara a cámara lenta, como Vic corría hasta el tobogán para deslizarse por él. Sentí la necesidad de ir a jugar con ella. Me giré para decirle a Vega que nos levantásemos a pagar y que fuésemos con Vic, pero mi preciosa campanilla me conocía tan bien, que ya estaba en la barra pidiendo que le cobrasen lo que habíamos pedido para desayunar y poder irnos.

La abracé por detrás, sin perder de vista a Vic.

—Ni tan mal ¿no? —pregunté con tono gracioso.

—Si suprimimos lo de las princesas, apruebas con un diez papi... —El tono que usó para decir la última palabra, junto al guiño que la acompañaba, consiguieron que mi entrepierna diese un brinco, para que nos vamos a engañar. Dos meses sin tocarla habían sido un puto infierno. Pagamos y salimos. Fue inevitable susurrarle al oído lo que estaba pensando al verla andar delante de mí, con aquellos vaqueros que me flipaban como le quedaban.

—Por cierto, tienes un culazo, preciosa. —Sus mejillas se encendieron y me di cuenta de lo mucho que había echado de menos estos momentos con ella.

Le robé un beso fugaz y me fui corriendo a jugar con mi preciosa hija, como si volviera a tener siete años y estuviera disfrutando de la vida como dios manda. Vic me miraba ilusionada, desde lo alto del tobogán, al saber que iba a deslizarme con ella.

Nos tiramos una y otra vez hasta que perdimos la cuenta de cuantas veces nos habíamos deslizado por aquel tobogán rojo, pero no importaba. Aunque nos tirásemos cincuenta veces, la

sensación era la misma que la primera vez.

CAPÍTULO 50

Vega

Eran casi las seis de la tarde cuando volvíamos en taxi al conventillo. Vic dormía sobre el regazo de Lucas y yo no hacía más que darle vueltas a todas las cosas que quería decirle antes de llegar. Quería contarle todo tal cual había sido, ya que viendo de que pie cojeaba Lucía, prefería no darle la oportunidad de contar una mentira más grade que una casa. Por eso, me armé de valor y me giré hacia mi chico favorito, que se perdía mirando las luces de su preciosa cuidad.

—Lucas... —Lo llamé para captar su atención.

—Dime.

—Lo siento. —Aunque el arrepentimiento había disminuido, no podía empezar la conversación de otra manera, no me salía—. Siento haberme creído responsable de una decisión que solo te pertenecía a ti.

—Me ha jodido mucho que no me lo contases —confesó con sinceridad.

—Lo sé. —Y tanto que lo sabía. Me dolía una barbaridad ver la decepción reflejada en sus ojos al decirlo—. Lucía apareció en el conventillo con Vic, una madrugada, preguntando por ti. Ni Mabel ni tu abuela supieron que hacer y me llamaron a mí. Al llegar y ver a tu ex, con una niña de la mano, diciendo que era vuestra hija... La situación me vino demasiado grande. — Al confesarlo, recordé todo lo que Lucía me había contado y el disgusto se instaló en mi estómago de manera momentánea.

—Podríamos haber compartido peso si me lo hubieses contado...

—No podía hacerlo, algo dentro de mí no me dejaba —confesé.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque no entendía nada, Lucas. Todo lo que me estaba contado Lucía no tenía ningún sentido y tu estabas cumpliendo tu sueño; ella aparecía justo ahora y no cuando lo tendría que haber hecho y...

—No querías ser la responsable de jodérmelo —me cortó y contestó por mí.

—No me lo hubiera perdonado en la vida. —No me sorprendí cuando Lucas me pasó un brazo por el hombro y besó mi sien.

—No tendrías que haberte perdonado nada porque no habrías jodido nada. Tú no —aclaró para que supiese que, más allá de la decisión que yo hubiese tomado, la verdadera responsable en este asunto era Lucía—. ¿Qué te contó sobre todos los años que estuvo desaparecida? —preguntó y no supe responder.

No sabía como contarle a Lucas todo lo que me había contado Lucía. No me veía capaz, ni de lejos, de decirle que casi pierde a Vic en dos ocasiones a causa de las drogas. Tampoco sabía cómo contarle que mientras su hija era pequeña su madre seguía consumiendo casi a diario y que ahora que decía que ya no consumía, era cuando se había visto capaz de venir a buscarlo.

—Yo... —Las palabras no me salían y tampoco encontraba la manera más correcta de empezar —, yo creo que es algo que tienes que hablar con ella, Lucas.

Su semblante cambió a uno de total preocupación. Era consciente de que Lucas había terminado la relación con Lucía por el bucle en el que esta había entrado y me temo que se

imaginaba por donde iba a ir la conversación; pero la manera en que Lucas apretaba la mandíbula, me hacía temer la peor reacción por parte de Lucía.

Vic no era mi hija, pero lo que sentía por ella haría que me muriese aquí mismo si su madre decidiese marcharse con ella y no volver a dar señales de vida. Supe que Lucas había visto en mi cara lo que estaba pensando por las palabras que salieron de su boca.

—Tranquila, la conozco desde hace muchos años y por lo poco que he visto hasta ahora, no ha cambiado ni un ápice. — Me hizo saber—. Lo loca y enfadada que se pueda poner me la trae floja, no voy a permitir que te diga nada y mucho menos que se lleve a Vic. No ahora que acabo de conocer al otro amor de mi vida. —Sentenció para después besar mi hombro con mimo.

Le sonreí a modo de respuesta. Ya nos lo habíamos dicho todo y lo que horas antes me oprimía el pecho, había cogido sus maletas y se había largado a otra parte, porque aquí sobraba.

CAPÍTULO 51

Lucas

Abrí la puerta de la que fue mi habitación toda la vida y vi a Lucía sentada sobre mi cama como tantas otras veces, solo que esta era completamente diferente. Escuché el sonido de la puerta cerrarse detrás de mí y las palabras brotaron solas de mi boca. Sin control.

—¿Una hija?! ¡¿Cómo has sido capaz tía?! ¡¿Cómo has sido capaz de ocultarme algo así?! — tenía un millar de preguntas y Lucía tardaba mucho en darme las respuestas.

—Lucas, deja que te explique...

—Y tanto que me vas a explicar... —Bufé—. Quiero saberlo todo, de pe a pa. Y sin mentiras, Lucía, que ya nos conocemos.

Y tanto que nos conocíamos, sabía que cuando quería podía ser muy manipuladora. Conmigo le funcionó un tiempo, hasta que abrí los ojos. Gracias a dios ahora llevaba gafas integradas.

La invité a que empezase a explicarme la historia de principio a fin.

—Te escucho.

—Primero de todo, no sabía que estaba embarazada cuando lo dejamos.

—¿Y después tampoco? —pregunté irónico—. No me jodas, Lucía.

La vi removerse en el sitio y aunque hacía años que no la veía, supe reconocer aquel gesto al instante. Tuve que respirar muchas veces, mientras caminaba por la habitación, para tranquilizarme. Lucía sabía lo que le iba a decir a continuación, sus ojos me lo confirmaron.

—Dime que no —pedí con dolor en la voz.

—No podía dejarlo —confesó con culpa—, pero te juro que cuando tuve aquella amenaza de aborto lo dejé. Te lo juro. —Se apresuró a decir al ver mi expresión.

La mezcla de sentimientos negativos que surgían de mí hacia Lucía eran demasiados. No podía sentir nada más que un odio profundo hacia ella. —Os juro que la palabra odio no estaba incluida en mi vocabulario, pero ahora mismo, era la que mejor describía mis sentimientos hacia la persona que tenía delante—. Intenté no soltar por la boca todos los adjetivos mal sonantes que estaban revoloteando en mi cabeza.

—No me lo puedo creer... —La miré fijamente—. Y cuando nació Vic, ¿volviste a meterte? —no respondió, pero pude ver en sus ojos que la respuesta estaba clara. ¡Me cago en la puta!— ¡¿EN SERIO?! ¡Eres una irresponsable de mierda, Lucía! —vociferé, más cabreado que nunca. —¡Tú que mierda sabrás! —contestó en mi mismo tono, a la defensiva—. ¡No sabes lo que es escuchar llantos día y noche sin parar! ¡Era una locura!

No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Para de justificarte, Lucía. ¡PARA! —La ansiedad que me estaba creando la situación me obligó a salir al balcón para encenderme un cigarro. Estaba saturado y agotado de tanta mierda hoy, así que decidí preguntar directamente y sin rodeos lo que quería saber—. ¿Consumes todavía? —pregunté a sabiendas de que, visto lo visto, podía esperarme cualquier cosa de Lucía. —No, no, no... —Se apresuró a contestar mientras salía al balcón—, por eso estoy aquí, porque ya no me meto nada.

Estaba flipando y cada vez que Lucía abría la boca lo hacía más aún. Si no fuese por Vic, por mí como si se esfumaba de la faz de la tierra; y escucharla hablar, como si yo la hubiese estado esperando todos estos años, consiguió que apretase los dientes.

—¡Ah, claro! —reí con tono irónico—. El hecho de que Vic exista no significa nada para ti, ¿no? —Sí, claro que sí. Es lo que más me importa en el mundo —contestó, intentando corregir la metedura de pata.

<<Se nota>> pensé. Lo has demostrado todo este tiempo de puta madre. Cuando pensaba en Lucía, pensaba en bucles y ahora me había metido en uno del que, si no salía ya, me iba a absorber. No quería seguir escuchándola puesto que no me conduciría a ninguna conclusión diferente a la ya había llegado; Lucía no se merecía el lugar de madre que le había tocado pero, aún así, debía aceptar que era el que ocupaba en la vida de Vic me gustase o no.

Decidí ser claro y zanjar el tema de una vez.

—Escucha, Lucía, voy a ser claro. —Me puse serio y no titubeé ni una vez al hablar—. Te conozco lo suficiente como para saber que cuando algo no te guste, desaparecerás igual que has aparecido, —Quiso contestar, pero no la dejé y continué hablando—, pero no pienses que si eso pasa te vas a llevar a Vic contigo. —No era una amenaza, era una verdad como un templo. Ni en mil años permitiría que eso ocurriese.

Su ceja alzada y su sonrisa ladeada me dejaron ver las ganas infinitas que tenía de seguir con la discusión.

—¿Te la vas a llevar a vivir con esa? ¿O cómo va la cosa? —Vaciló para provocarme.

—Frena... —Le paré los pies—. Te estoy hablando de nuestra hija, no de mi novia. No metas a Vega en las mierdas que tengamos. Creo que se ha portado bastante bien contigo —aclaré.

—Tu novia... —Noté el resquemor con el que salieron sus palabras, pero me importó una mierda—. No te aguento cuando hablas de ella.

Mi paciencia había llegado a su límite y decidí que la conversación se iba a quedar aquí.

—Pues no la nombres y verás que bien va la cosa —dije, a la vez que me encaminaba hacia la puerta para salir de la habitación—. Mañana por la mañana vendré y me quedará a pasar el día con Vic. —Avisé.

Asintió con la cabeza en acuerdo y emitió un sonido que parecía más una onomatopeya que un

sí. Su orgullo no le dejaba decir aquellas dos letras juntas.

Cerré la puerta detrás de mí y sentí que la conversación entera había carecido de sentido. Me asomé por el balcón de arriba y vi como Vic y Vega plantaban algo en unas macetas que les había dado Mabel. En cuanto las vi a ellas, bastó solo un segundo para dejar atrás toda la mierda hablada con Lucía.

Bajé las escaleras a toda prisa para ayudarlas en su tarea. La pesadilla se había acabado, de momento, y volvía a soñar despierto.

CAPÍTULO 52

Vega

Ahora mismo podría decir que estoy tan nerviosa como la primera vez que hice el amor con Lucas. Con todas las emociones vividas a lo largo del día, ver salir a Lucas de la ducha, tan solo con la toalla atada a la cintura, me dejó completamente sin aliento.

Recorrí su cuerpo con la mirada cargada de lujuria y deseo mientras se acercaba a la cama. Se detuvo en el borde de esta para desatar la toalla y dejarla caer sobre el parqué, dejando su hombría al descubierto. Si había algo que me gustaba ser, era justa. Hice lo mismo que Lucas y me destapé, apartando las sábanas a un lado y dejándole ver cada rincón de mi piel desnuda; lo que hizo que un gruñido saliera de su garganta. No teníamos prisa, pero la necesidad que teníamos el uno del otro se palpaba en el ambiente. Y no solo eso, también lo hacían las ganas, la complicidad y el amor.

Lucas subió una rodilla a la cama para apoyarse y así poder besarme un tobillo y después el otro. —Dios... —El tacto de sus labios era pura electricidad para mi piel y mi corazón. Nuestras miradas se encontraron al buscar la curva de nuestras sonrisas—. Te he echado muchísimo de menos.

—Y yo a ti —contestó subiendo hasta mis labios para besarme lentamente—. Demasiado... —Cada beso era más lento que el anterior y cargados de más sentimiento—. Tanto... que besarte me está pareciendo la tortura más maravillosa de este puto planeta, campanilla —confesó a la vez que profundizó en el beso.

Al hacerlo, la corriente eléctrica que recorrió mi columna vertebral me obligó a arquearme y pegarme a él. Mis pezones reaccionaron ante el contacto con su torso desnudo a la vez que atrapaba su labio inferior entre mis dientes pidiendo más de él. Lo había echado taaaanto de menos, que deseaba estar así toda la noche.

Sonreí recordando cuando Lucas me llamaba quejándose de que no tenía tiempo ni para respirar. —Cuando estabas en París te quejabas de que no te dejaban ni respirar y ahora voy a ser yo la que no te deje —anuncié—, porque pretendo estar así toda la noche, chico guapo —dije volviendo a enredar mi lengua con la suya.

Besar a Lucas era como viajar hasta la luna y perderme por cada cráter, como si de miles de mundos diferentes se tratasen. Lo mismo pasaba con sus besos, ninguno era igual al anterior pero todos eran únicos, perfectos y especiales.

Lucas dejó de besarme pero solo se separó unos milímetros. Sentí como el aire que exhalaba se colaba por mi garganta y lo inundaba todo. Sus ojos navegaron por los míos a la vez que susurró sobre mi boca:

—Sería imposible que no me dejases respirar, —Me dio un beso dulce—, cuando eres mi bombona de oxígeno.

El amor que sentía por él aumentaba por momentos, tanto, que a veces pensaba si todo el amor que sentíamos el uno por el otro cabría en el mundo a medida que fuese creciendo con los años. No pude hacer otra cosa que sonreír sobre sus labios a la vez que rozaba, con suma delicadeza, mi nariz con la suya y volvía a unir nuestros labios en un beso que decía todo lo que jamás podrían expresar las palabras.

Un beso llevó a otro, y a otro, y a otro..., hasta que nos perdimos. O, mejor dicho, nos encontramos. Lo hicimos en cada beso. En cada caricia. En cada suspiro. En cada segundo... En cada te amo que gritaban nuestros cuerpos más que nuestras voces.

El momento exacto en que el mundo dejó de girar por completo, logrando que a mi alrededor no existiese nada que no fueran los ojos oscuros de deseo de Lucas, fue cuando su pene duro y erecto se adentró en mi interior, arrancándome un gemido que murió en su boca y me dejó sin aliento. Permaneció quieto durante unos segundos, disfrutando, tanto como yo, de la sensación de volver a estar unidos.

Nuestros labios colisionaron con suma delicadeza, pero con un deseo que lo arrollaba todo a su paso. La lengua de Lucas me inundaba, dejando su sabor en mi boca. Deseé no separarme nunca de sus labios y besarlos hasta que el mundo se parase y dijese basta.

Lucas entraba y salía de mí con una lentitud tortuosa. Lo necesitaba cada vez más adentro. Lo apreté contra mí cuerpo y me removí sin sacar su miembro, buscándolo. Sonrió sobre mis labios y me atrapó el inferior para después liberarlo y pasear la lengua por él, antes de meter su brazo entre el colchón y mi espalda para girarnos y dejarme encima de él. Las palmas de mis manos se apoyaron sobre su pecho y las suyas sobre mi trasero, hundiendo las yemas de sus dedos en mi piel. Mis caderas comenzaron a subir y bajar lentamente. Dentro, fuera. Nos estábamos sintiendo hasta en los huesos. Dos meses sin tocarnos habían desatado nuestro lado más animal. Tocarlo. Besarlos. Follarnos. Sin darnos cuenta, nos estábamos devorando a un ritmo salvaje que no saciaba la necesidad de sentir al otro.

En un movimiento rápido, y sin darme ni cuenta, era yo la que volvía a estar debajo de su cuerpo, pero con la cara pegada al colchón. Abrió mis piernas con delicadeza para colocarse entre ellas y sus manos volvieron a agarrar mi culo. Me ruboricé al sentirme totalmente expuesta ante él. Sentí la punta de

su polla paseándose de una nalga a la otra, acariciándolas con mimo. <<Diossss, métemela ya >> era lo único que se escuchaba dentro de mi cabeza. Y... ¡deseo concedido!

—Diossss... —Gruñó de placer y se inclinó para dejar un reguero de besos hasta llegar a mi oreja— No sé cómo no se nos había ocurrido probar antes esta postura —dijo adentrándose más en mi interior, mientras su lengua canalla se paseaba divertida por mi oreja, provocando que mis labios se curvasen sobre el colchón.

—¿Cómo puedes tener cara de angelito caído del cielo y luego ser tan perverso? —la pregunta salió suavemente de mis labios.

Y era cierto. Todo lo que Lucas tenía de buena gente, simpático y alegre; se convertía en picardía, lujuria, y diversión.

Me encantaba descubrir esa parte de Lucas, y para que mentirnos, lo que más me gustaba es que

fuese así de pervertido
solo conmigo. Que solo yo conociese al Lucas ángel y al Lucas demonio.

Me sonrió a modo de respuesta y sus labios se unieron a los míos a la vez que entraba y salía a buen ritmo. Se acercaba una tormenta que se desatará en segundos dentro de nosotros. Después de correr nos volvimos a hacer el amor. Ahora era completamente diferente, nuestros cuerpos ya no hablaban de instintos primarios, lo hacían de amor, ternura, caricias, besos delicados y todo lo que no nos habíamos dado en el tiempo que habíamos estado separados.

CAPÍTULO 53

Lucas

Me giré para abrazar por la cintura a Vega y encontré su lado de la cama vacío. Me incorporé, frotándome los ojos para poder ver con claridad, y pude ver una rendija de luz que salía del baño, junto con vapor, iluminando la habitación. Estiré el brazo para mirar la hora en el móvil y vi que eran las siete de la mañana.

<< ¿Qué hace duchándose tan temprano? >> pensé. Después caí en que estábamos a martes y que tenía que ir a trabajar. Me desperecé antes de salir de la cama y avancé hasta abrir la puerta del baño que teníamos en la habitación.

—Buenos días —me saludó sonriente a través de la mampara de cristal.

Sus ojos no pudieron evitar bajar hasta mi entrepierna que, curiosamente, hoy se había despertado más contenta que de costumbre.

—Buenísimos, diría yo —contesté, dejando escapar una sonrisa canalla de mis labios y deleitándome con el agua jabonosa que se deslizaba por su cuerpo desnudo. Avancé hasta ella—. ¿Puedo? —pregunté mientras metía un pie dentro del plato de ducha y después el otro.

—Eso no se pregunta —contestó robándome un beso mientras me metía con ella bajo la lluvia artificial.

Estiré la mano para coger el gel de ducha y fue inevitable pararme en sus labios de camino.

La saliva se mezclaba con el agua entre beso y beso, al son del baile de nuestras lenguas. Me invadieron los recuerdos de esta madrugada cuando hacíamos el amor y profundicé en el beso pidiendo más. Como esperaba, Vega no me rechazó, al contrario, sonrió sobre mis labios y nos dimos los buenos días como nos merecíamos. Ella abrazándome con todo su ser y yo hundido en ella hasta el fondo de su corazón.

Me despedí de Vega en la puerta de la tienda después de una sesión de besos que nos costó dar por terminada y quedamos para comer en el conventillo, que es a donde me dirigía yo ahora

mismo.

No tardé en llegar, ya que la tienda de Carol estaba relativamente cerca. Por el camino, me paré en la panadería que tanto le gusta a Vic y pedí que me pusieran dos magdalenas rellenas de chocolate para llevar. Ya podía imaginar la sonrisa de Vic al encontrarse, en la bolsa que le entregaba, sus magdalenas favoritas para desayunar. entregarle la bolsa y que encuentre para desayunar sus magdalenas favoritas. Las recogí y continué mi camino feliz.

Cuando llegué al conventillo, se me paró el corazón al ver a Vic. Sentí, corriendo por mis venas, algo parecido al orgullo que siente un padre por algo que hace su hijo, pero aún más perfecto. Quizá Vega tenía razón y Vic era un copia de mí en miniatura, porque sus pies no llegaban a tocar el suelo al columpiarse en la silla, igual que hacía y sigo haciendo yo.

Avancé hacia ella con una sonrisa en la boca y me devolvió otra, igual o más grande que la mía, cuando me vio.

—¡Papá! —exclamó y se colgó de mi cuello cuando me agaché para besarla.

—Hola, princesa. —No podía besarla porque me estaba abrazando y no me soltaba—. ¡Dios santo! ¡Qué fuerte estás! —dije mientras la bajaba para entregarle la bolsa con las magdalenas—. Toma. Esto es para ti, aunque veo que te pillo desayunando. —Me quise hacer el interesante y bromear un poco, cuando vi que abría la bolsa y se le iluminaban los ojos—. Si quieres ya me las co...

—¡MIS FAVORITAS! —gritó y todos los presentes pegamos un brinco—. ¡Te has acordado! —exclamó con felicidad.

—Pues claro —contesté al instante—, ¿cómo iba a olvidarme de que las magdalenas rellenas de chocolate de la panadería que está a cinco calles y hace esquina, son las que más le gustan a mi chica favorita en el mundo?

Su sonrisa, debida a la ilusión por las magdalenas, de repente cambió a una tierna y llena de cobijo. Sus niveles de excitación bajaron y me di cuenta de que no eran las magdalenas, sino el hecho de que me hubiese acordado de que eran sus favoritas y de traérselas.

Los bracitos de Vic se aferraron a mi cintura y su cara se hundió en mi tripa. El momento era precioso, salvo porque me di cuenta de que mi hija carecía de muchas cosas por culpa de Lucía. Entre ellas, atención y cariño. << ¿Por qué hay ciertos padres que no valoran el tiempo de calidad con sus hijos?>> me pregunté. Hablo de crear, hacer y dejar; porque llegará un día en que se hagan adultos, pero siempre quedará lo que se haya dejado en ellos.

—Gracias. ¿Las compartimos?

La voz de Vic me sacó de mis pensamientos y me devolvió a la mesa. Volvió a su sitio y yo aparté una silla; me senté al lado de mi hija mientras dejaba un ruidoso beso en su mejilla.

—Será un honor mi preciosa princesa de rizos dorados, tan perfectos como el sol —contesté, haciendo una reverencia divertida con la cabeza, lo que consiguió robarle una gran carcajada sonora que hizo diana en mi corazón.

—Eres un payaso papá... —dijo entre risas. La risa más bonita del mundo.

—Vega me lo dice mucho —contesté cogiendo la magdalena que me entregaba.

—Esta trabajando, ¿no? —preguntó dando el primer mordisco.

—Sí, me ha dicho que vendrá a la hora de comer. —¿Podemos ir a buscarla? Porfa, porfa... —pidió con los ojos brillando de emoción.

Abrí la boca para contestar pero la cerré al instante. Ahora

que Vic me preguntaba si podíamos ir a buscar a Vega al trabajo, me daba cuenta de que Lucía ni siquiera estaba sentada a la mesa. Lo más probable es que estuviese durmiendo y llevarme a Vic sin decirle nada no era lo correcto, a pesar de que se lo merecía; aunque apostaría lo que fuese a que no le daría la más mínima importancia al hecho de que me la llevase a dar una vuelta; lo que sí le molestaría es que en esa vuelta estaría incluida la parada en la tienda para recoger a Vega y volver al conventillo a comer.

Miré a mi hija, que me estaba poniendo ojitos de cordero degollado intentando convencerme, sin saber que lo había hecho desde el primer momento. << Qué le den a Lucía >> pensé.

Se lo diré, como le siente la noticia es cosa suya.

—Sí. Podemos ir a buscarla —respondí.

—¡Tomaaa! —exclamó

Me gustaba la sensación de calidez que notaba cuando Vic preguntaba o hablaba de Vega. Lo que no me gustaba un pelo era que no pudiese decir lo mismo de su madre, que aún no se había dignado a bajar. Aquel pensamiento logró que me levantase, como un resorte, de la silla.

—Ahora vengo, cielo —le dije a Vic, levantándome de la mesa para ir a despertar a Lucía.

A cada peldaño de la escalera que subía, todo me parecía más surrealista. Vic abajo desayunando con Mabel (que siempre estaba en todos lados a la vez) y los que se habían levantado

para ir a trabajar, mientras Lucía seguía durmiendo... ¡no daba crédito!

Abrí la puerta y la peste a tabaco que salió de allí me molestó hasta a mí, que fumo diariamente. << ¿Aquí duerme mi hija? >> fue lo primero que pensé al entrar y distinguir el humo flotando en el ambiente, a causa de los rayos de luz que se colaban en la penumbra por las rendijas de la persiana.

Lucía dormía tan tranquila, boca abajo, tapada con una fina manta. Avancé hasta ella y se la quité.

—¡Levanta! ¿Cómo puedes tener esto así? ¿Fumas con Vic aquí? —La sangre me hervía en las venas mientras me movía por la habitación para correr las cortinas, levantar la persiana y abrir la ventanas para airear esta pocilga.

—Eh, eh, eh... ¿Qué hora es? —preguntó, ajena al puto mundo que la rodeaba.

En serio, la situación con Lucía no hacía más que empeorar y cada vez que abría la boca me dejaba más alucinado que la anterior. Y no en el buen sentido.

—¿Tú estás en tus cabales, Lucía? —pregunté ya hasta los cojones—. Podrías... no sé, levantarte, ducharte y bajar a desayunar con tu hija. —Y añadí irónicamente—. Si es que tienes tiempo, claro... —terminé de escupir cabreado.

Se levantó de la cama y habló dándome la espalda mientras se metía dentro del baño.

—Eres un exagerado, —Empezó a decir dentro del cubículo—, casi siempre bajo a desayunar con ella; lo que pasa es que hoy me he quedado dormida. Y lo del tabaco... —Hizo una pausa y la dejé pensar en la mentira que iba a soltar, porque la primera cosa que había dicho ya me sonaba a trola—. Fumé ayer cuando os fuisteis, se habrá quedado el olor... Yo no noto nada. —finalizó sin más.

Me eché las manos a la cabeza y me pregunté si de verdad me creía tan idiota como para comerme semejante tontería.

Negué con la cabeza antes de hablar de nuevo y decirle a lo que había venido en realidad, a parte de sugerirle que se dignase a ser una madre en condiciones, pero con otras palabras.

No merecía la pena dar más rodeos ya que alargarlo no iba a conseguir que le molestase menos. Pero como ya había dicho antes, el problema era suyo, no mío.

—Vic me ha preguntado si podíamos ir a buscar a Vega al trabajo para la hora de comer y le he dicho que sí.

El silencio reinó durante unos segundos tensando el ambiente por completo, hasta que la puerta se abrió y Lucía salió

del baño con cara de pocos amigos.

—¿Acaso me has preguntado a mí? Te recuerdo que soy su madre, Lucas.

—No te tengo que preguntar una mierda, Lucía —contesté molesto por atribuirse un papel de madre que no estaba cumpliendo—. Son casi las once de la mañana y si no llega a ser

porque subo, aún estarías durmiendo la mona y Vic abajo, sola. Abrió la boca para contestarme pero la volvió a cerrar, supongo que se había quedado sin argumentos con los que rebatirme.

Cuando hablé, me confirmó que estaba en lo cierto. —¿Sabes qué? Haz lo que te de la gana.

Total, lo vas a hacer

de todas formas —contestó, volviendo a meterse en la cama. No sabía si tirarla a ella por el balcón y que bajase de un

puta vez a ejercer de madre o tirarme yo para despertarme de esta pesadilla con nombre de mujer.

—¿Te vuelves a dormir? —pregunté, aún sabiendo la respuesta, totalmente incrédulo con la situación.

—Has dicho que te la llevas, ¿no? —contestó haciendo referencia a nuestra hija como si fuese una cosa—. Pues adiós. Sus manos tiraron de la manta para ocultarse debajo de ella,

como si así se arreglasen las cosas, y yo me encaminé hacia

la puerta para salir. Cerré de un fuerte portazo, dejando todo el cabreo que tenía con Lucía dentro de la habitación. Si algo

había aprendido a lo largo de los años era que a cada uno nos afecta lo que dejamos que se cuele por nuestras rendijas. Tanto

lo malo como lo bueno. Y si tenía una cosa clara, era que Lucía no se iba a colar por las mías de ninguna de las maneras.

Pasé el resto de la mañana haciendo puzzles y pintando con Vic hasta que casi era la hora de ir a buscar a Vega. Era una artista. En cada uno de sus dibujos plasmaba un universo lleno de colores y sentimientos. El negro no existía ni si quiera para dibujar una mosca. Ojalá todos tuviésemos la capacidad que tienen los niños para alejar lo malo y quedarse solo con lo bueno.

Cuando el reloj me avisó de que nos teníamos que ir, se lo comuniqué a Vic con una sonrisa.

—Princesa —llamé su atención—, nos tenemos que ir si queremos llegar a tiempo para recoger a Vega.

—Vale. —dejó lo que estaba haciendo, sonriente, y se puso de pie lista para irse, olvidando el desorden que dejaba a su paso.

Me agaché a la altura de Vic y, con cariño, le propuse recoger.

—Antes de irnos, ¿Recogemos un poco el lio que hemos montado?

—Sí —asintió sonriente.

No tardamos mucho recoger, nos abrigamos y salimos a la calle. Durante el camino nos entretuvimos con un juego que trataba de contar coches de un cierto color. En esta ocasión, ganaba quién contase más coches rojos. Perdí la cuenta de los coches por ensimismarme en las sonrisas de mi hija cada vez que veía uno.

Sin darnos cuenta, ya estábamos delante de las puertas de cristal automáticas de la tienda de Carol. Los ojos de Vega nos encontraron desde el interior de la tienda y, con una sonrisa, le comunicó a Carol que salía ya a comer.

El corazón quería salirseme del pecho al verla acercándose a nosotros y a Vic corriendo hacia ella para rodear su cuello en un abrazo que decía muchas cosas. No crucé la calle y les dejé su momento. Me sentí muy afortunado de poder ver la bonita estampa que creaban desde fuera. Si hoy me preguntasen que es lo que más deseo en el mundo, la respuesta sería fácil. Deseaba que mis ojos nunca dejaran de ver a mis dos chicas favoritas quererse como lo hacían.

CAPÍTULO 54

Vega

Cuando salgo por la puerta y los veo, se me ensancha el alma. De verdad, no los puedo querer más.

Lucas y Vic llevaban toda la semana viniendo a buscarme al trabajo al mediodía, y alguna que otra tarde también. Lo que más me gusta de que vengan a recogerme son dos cosas: la primera es que cada vez que salgo los pillo haciendo alguna monería o jugando entre risas. Y la segunda es que el camino de vuelta es completamente fantástico. Las rayas pintadas en el suelo son lava y las líneas que dividen los adoquines de la acera también. Ahora os toca imaginarnos a los tres jugando a “el suelo es lava” durante cinco calles hasta llegar al conventillo. Un espectáculo digno de ver.

Hoy, como es sábado, no trabajo por la tarde; así que, por el camino, decidimos comer en el conventillo e ir a pasar la tarde al parque de Palermo.

Al llegar, el olor de las empanadas caseras de Mabel se me coló por las fosas nasales logrando que mi barriga reclamase comida con urgencia.

—Mmm..., que bien huele. ¡Que hambre! —dije mientras avanzábamos para sentarnos a la mesa.

—He ayudado a Mabel a hacer el relleno. —Me informó Vic con una sonrisa que me daban ganas de comérmela a besos.

—Entonces seguro que están mucho más buenas —aseguré mientras nos sentábamos y saludaba a los que ya estaban sentados.

Comimos todos juntos entre risas y anécdotas de la semana. En el tiempo que duró la comida, me pregunté si Lucía bajaría a comer o no. No lo hizo. Simplemente bajó a buscar un par de empanadas y volvió a meterse en la habitación. Busqué a Lucas con la mirada pero este observaba a Vic con preocupación. Gracias al cielo, la pequeña ni se inmutó; pero aquello nos preocupó más a ambos.

Como era costumbre en esta casa, recogimos entre todos y después los niños se fueron a jugar mientras los adultos tomaban café, mate o simplemente charlaban como si ese fuese el postre.

Lucas y yo nos sentamos en el balancín a ver jugar a Vic con los demás niños, mientras tocábamos un tema que nos tenía realmente en vilo.

—Me preocupa que haya vuelto a las andadas —comentó con la mirada fija en su hija.

—No sé, Lucas —contesté—. Sí que es verdad que últimamente se aísla más de lo habitual, pero... —suspiré—, espero que no. Por Vic.

Esa era la única verdad. Había tenido la oportunidad de no volver a repetir los mismos errores y aun así eligió hacerlo. Porque, aunque mis palabras quisiesen tranquilizar a Lucas, mi cabeza no hacía más que pensar lo mismo que la suya. Que Lucía había vuelto a las andadas.

—Más le vale —murmuró, apretando la mandíbula, más para sí mismo que a modo de respuesta. Podía ver como los pensamientos de Lucas parecían coches de choque dentro de su cabeza, peleándose entre sí.

—Y si ha vuelto... ¿Qué piensas hacer? —pregunté.

Sus ojos navegaron por los míos durante unos instantes en los que se debatía pensando en cual de todas las respuestas posibles a mi pregunta iba a darme.

—No lo sé... —Soltó un suspiro exasperado y se inclinó para apoyar su cabeza sobre mi hombro

—. Pero hay algo que tengo más claro que el agua y es que Vic no va a criarse con una yonki. —

Hizo una pausa—. No mientras yo pueda evitarlo —murmuró casi para sí mismo mientras sacaba un cigarro del bolsillo de su chaqueta y se lo encendía.

Nos terminamos el café en silencio mientras mis dedos se paseaban por los rizos del rubio, queriendo llevarse cualquier pensamiento que le estuviese perturbando.

CAPÍTULO 55

Lucas

Miraba a Vic corriendo veloz, por el parque de Palermo, con una gran sonrisa de felicidad que atravesaba mi corazón de punta a punta. Cuando la observo, una sensación de plenitud se instala en mi pecho y siento una profunda calma entre todo el caos que ha venido rodado desde que he vuelto de París.

Los fríos dedos de Vega acariciaban los míos, como de costumbre. Giré la cabeza para mirarla y me sentí un tipo con suerte al ver que no me estaba mirando; apreciaba los momentos en que podía admirarla sin que se diese cuenta. Me encantaba descubrir en ella nuevos tipos de sonrisas y gestos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

La voz de Vega me devolvió al parque pero decidí embobarme unos segundos más, dejando que mis ojos navegasen por su sonrisa antes de contestar.

—Porque te quiero, —Me incliné y pegué mis labios a los suyos a la vez que ambos sonreíamos—, y cada día que pasa te quiero más.

—Mira por dónde..., a mí también me pasa —contestó con un tono gracioso y muy sonriente. Vic se detuvo y señaló una heladería a la que yo ya había entrado un par de veces con mis abuelos cuando era pequeño. —¡Mirad! ¡Hay de todos los colores y sabores! —dijo entusiasmada, tirando de ambos para que nos diésemos prisa.

Aunque no había cola, todo dependía de lo indecisa que fuese la persona a la que le tocaba el turno. Cuando llegó el nuestro, ya teníamos claro lo que íbamos a pedir; sin embargo, la señora que iba con sus tres nietas delante de nosotros, había cambiado de opinión, en cuanto a sabores, unas quince veces.

Nos sentamos en una de las mesas de picnic que había a pocos metros de nosotros y nos comimos los helados con tranquilidad.

—¿Quieres que vayamos a dar de comer a los patos cuando nos acabemos el helado? —le preguntó Vega a Vic.

—¡Síííí! —contestó efusiva—. ¿Aquí hay patos? ¿Hay muchos? ¿Comen helado? —preguntó a continuación.

—Un lago enorme con cientos de ellos —respondí yo, más emocionado que Vic—, de camino compraremos galletas, no creo que el helado les haga mucha gracia.

—Casi mejor compramos pan..., ¿no? —sugirió Vega, arrugando la nariz.

—¿Y eso? —pregunté.

—No sé... las galletas tienen azúcar y no creo que sea muy sano que se las coman. Pan mejor. Además, el azúcar es veneno para todo el mundo, incluidos los animales.

Abrí los ojos sorprendido y sonriente.

—Pan entonces —dije, aún curioso por haber descubierto esta faceta suya tan animalista.

—Sí, yo también creo que es mejor darles pan, papá. —Finalizó Vic, levantándose de la mesa con las comisuras llenas de restos de helado de chocolate—. ¿Puedo ir a jugar? —preguntó.

Tanto Vega como yo asentimos a la vez. Vic nos dio las gracias besando la mejilla de cada uno y se fue para unirse a un grupo de niños que jugaban a pocos metros de donde nos habíamos sentado.

—Tiene la misma facilidad que tú para hacer amigos, ¿eh?

El hombro de Vega chocó con el mío y me dejó un cariñoso beso en la mejilla.

—Eso parece —contesté con orgullo.

Al parecer, a Vic no le costaba hacer amigos. Algo que había heredado de mí. Creo que a casi todos los niños les cuesta poco hacer amigos, deberíamos ser más niños y menos adultos a veces.

En serio, los niños nos dan quince mil vueltas y muchos adultos se creen superiores a ellos.

Nosotros, que juzgamos antes de escuchar, ver o conocer. Nosotros, que vivimos en un tiempo donde el tiempo está más vacío que lleno, aunque las agendas estén apretadas. Nosotros, que callamos verdades por miedo, que no nos arriesgamos a saltar por no rasparnos las rodillas...

Nosotros, que queremos todo para ayer cuando lo que hay que vivir es el hoy.

Los dedos de una de mis manos jugaban con el césped en el que nos habíamos sentado, mientras la cabeza de Vega reposaba sobre mi abdomen y yo le acariciaba el pelo con la mano que tenía libre. Leía, muy concentrada, uno de los libros que le había regalado para su cumpleaños, mientras yo observaba como Vic daba de comer a los patos y lo combinaba jugando con los niños de alrededor.

Saqué del bolsillo el paquete de tabaco y el mechero para encenderme un cigarro. Al sentir el humo entrando por mi garganta, noté el sabor del tabaco más amargo de lo habitual ya que cuando estaba con Vic rara vez fumaba. Solo tenía tiempo para ella y dejaba de lado este mal hábito. Quizá pronto lo deje.

Toda la paz del momento se vio interrumpida cuando me empezó a vibrar el móvil dentro del bolsillo y, al sacarlo, llegué a ver aquel maldito número de nuevo.

—Mierda —murmuré.

Los ojos de Vega me miraban con incertidumbre y yo no hacía más que preguntarme porque insistía tanto con las llamadas.

—¿No vas a contestar? —preguntó mientras se incorporaba para sentarse a mi lado.

—No es nadie. —Solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

Vega me conocía muy bien y sabía que algo pasaba con mi madre biológica, aunque nunca hubiese indagado sobre el tema bien sea por no hacerme recordar cosas innecesarias o por el simple hecho de que esperaba a que yo se lo contase.

—Podría ser algo importante —respondió ante mi reacción.

—Es imposible que sea algo importante cuando la persona de la que proviene no te importa, Vega. —Le contesté sin mucho ánimo, mientras rechazaba la llamada.

La mano de Vega se posó sobre mi mejilla para dejar una suave caricia y después se inclinó para besarme. El apoyo y respeto que sentí ante aquel gesto me mostró una confianza entre nosotros que se hacía nueva para mí. Me miró fijamente antes de volver a hablar.

—Un día me dijiste que no tenemos porque cargar solos con el dolor cuando tenemos una mano que nos sostiene, ¿recuerdas?

—Sí —respondí.

—Pues tú hace tiempo que tienes mis dos manos, Lucas. —Envolvió mis manos entre las suyas

—. El amor no son solo los momentos buenos, también son los momentos como este.

Una sonrisa se escapó de mis labios al escuchar sus palabras.

—Cierto. Entonces, esta noche toca charla y cervezas. —Vega sonrió a modo de respuesta.

Una que le devolví antes de girarme y que todo mi mundo se derrumbase en cuestión de segundos.

—¡Vic no está! —Me levanté como un resorte y corrí hacia la orilla del lago. No dejaba de mirar a mi alrededor, buscándola hasta donde me alcanzaba la vista. Estaba desesperado. Solo había sido un momento. ¡Un puto momento!. Joder.

—¡VIC! —grité observando a mi alrededor.

—¡VIC! —La voz de Vega sonaba igual de desesperada que la mía.

Nos movimos de un lado a otro. La buscamos durante lo que pareció una eternidad, pero en realidad solo habían pasado unos pocos minutos.

El aire volvió a entrar en mis pulmones cuando la vi venir corriendo hacia mí con cara de felicidad, como si no hubiese pasado nada. Ambos corrimos para encontrarnos con Vic, con el susto aún metido en el cuerpo.

—Hija... —La rodeé con mis brazos y dejé salir todo el aire que había estado conteniendo, sintiendo como mis músculos se relajaban poco a poco—. Me has dado un susto de muerte, no puedes desaparecer así como así, Vic; tienes que avisarnos. ¿Dónde estabas? —pregunté un poco más tranquilo, pero con la voz temblorosa.

—Me estaba haciendo pis y he visto que ahí había un lavabo —dijo, mientras se giraba y señalaba al rincón del parque en donde se encontraba el cubículo de plástico.

—Bueno, —Volví a mirarla—, la próxima vez que tengas que ir al baño o quieras ir a cualquier otro sitio avísanos, ¿vale?

—Vale —contestó a la vez que dejaba un dulce beso en mi mejilla con sabor a puro amor—. He

visto a mamá... —soltó de repente.

—¿A mamá? —Vega y yo hicimos la misma pregunta al unísono.

Nos miramos con la misma cara de sorpresa, haciéndonos la misma pregunta << ¿Qué hacía aquí Lucía?>>.

Vic ensanchó su sonrisa y volvió a mirar hacia el baño público en el que había estado mientras la creíamos perdida y yo estaba al borde del infarto.

—Sí, pero no la he saludado porque todavía no quiero volver a casa. Me lo estoy pasando muy bien —contestó haciendo una mueca con la boca.

—Aún no vamos a volver a casa si no quieres, princesa —le aseguré—. ¿Me llevas con mamá? Vic se lo tubo que pensar un par de veces antes de asentir, tomar mi mano y encaminarnos hasta donde había visto a Lucía.

Lo primero que vi de ella fue su espalda apoyada en el tronco de un árbol, mientras conversaba con un tipo bajito y delgado. Mi ceño se empezó a fruncir al ver que este sacaba algo de su bolsillo y se lo entregaba a Lucía con suma discreción. Lucía lo cogió disimuladamente, mirando a todos lados para asegurarse que nadie los veía. Hasta que me vio.

Vega

La tensión que se palpaba en el aire se podía cortar con un cuchillo. Las drogas volvían a joderlo todo otra vez y lo peor es que Vic estaba delante.

Lucía palideció de repente y Lucas... Él estaba que echaba humo por las orejas.

—Id a por otro helado y esperadme en el conventillo —pidió con toda la entereza que le permitía la situación.

Asentí y saqué a Vic de allí.

Durante la vuelta al conventillo, después de comprar los helados, me di cuenta de que Vic iba más callada de lo normal.

—¿Qué te pasa, enana? —pregunté.

—No entiendo porque nos hemos ido, papá me había prometido que todavía no teníamos que volver...

A ver cómo le explicaba que nos habíamos ido de allí porque lo que venía a continuación no era algo que una niña tuviese que ver ni vivir.

—Ya... pero si lo piensas bien, ya se estaba haciendo tarde y...

—¡Siempre me mentís! ¡Sois iguales que mamá! —vociferó verdaderamente enfadada, mientras se plantaba en la acera negándose a seguir caminando.

Me quedé helada al oírla decir aquello. Un flash de mí misma con cinco años apareció en mi mente, escapándose del cajón de los recuerdos olvidados. Y entonces recordé lo mucho que me molestaba que cuando mi padre o mis hermanos no me querían contar algo hiciesen lo mismo que mi madre, intentar distraerme con otra cosa.

—Cielo... —Me sentí tan reflejada en ella que decidí no mentirle—. Tienes razón, —Validé su sentimiento porque sabía a la perfección como se sentía—, no debemos mentirte. Pero tienes que entender que hay cosas que no podemos explicarte aún, Vic.

—Ya lo sé, las cosas de mayores... —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Exacto, cosas de mayores. Y te aseguro que yo, que soy mayor, a veces quisiera no tener nada que ver con las cosas de los adultos. —Imité su gesto de poner los ojos en blanco y logré robarle una media sonrisa—. Es por eso cariño, porque ya tendrás tiempo de saber y ocuparte de las cosas de los adultos cuando lo seas; ahora disfruta de lo que eres, una niña preciosa que solo

tiene que preocuparse de jugar, divertirse y ser feliz.

El abrazo que me dio Victoria a continuación me dejó sin aliento. Sentía como su calor llegaba hasta mi corazón y lo abrazaba. Un sentimiento maternal se despertó dentro de mí y una sonrisa llena de ilusión se escapó de mis labios.

<< Creo que seré una buena madre>> pensé.

Justo antes de entrar al conventillo, decidimos pararnos en el súper de la esquina a comprar decoraciones para hacer magdalenas de colores.

Lucas

En cuanto vi que se alejaban lo suficiente como para poder hablar libremente, no me lo pensé dos veces.

—¡Tú! —señalé al tío que estaba con Lucía—. Si te vuelvo a ver pasándole un solo gramo más te corto las manos. ¡Lárgate de aquí!

No habló. Asintió frenéticamente y se fue sin si quiera levantar la cabeza para mirar a Lucía.

Yo si lo hice. Clavé los ojos sobre los suyos y la fulminé con la mirada antes de decirle las cosas bien claras.

—¿Eres tan sinvergüenza y egoísta que no has podido aceptar la invitación de tu hija de pasar un día en familia por volver a meterte? —escupí con rabia.

—Yo... —no sabía qué decir para justificarse y a mí ya me la pelaban sus falsas justificaciones.

—Ni te esfuerces. Si hay algo que he aprendido en todos estos años, ha sido a no creer ni una de tus mentiras.

En sus ojos pude ver un ápice de algo parecido a la tristeza. Quizá fuese culpa. No me entraba en la cabeza que no sintiese nada al comportarse de esa manera. La droga destruye. No solo organismos, sino también familias y personas. Lucía era una víctima de la droga pero, víctima o no, para mí ya no era una justificación lícita el que siguiese consumiendo por no poder desengancharse. Tiene algo más grande en su vida por lo que luchar. Y sí, hablo de Vic.

—Vamos.

Giré sobre mí mismo para volver al conventillo, pero no llegué a dar ni un solo paso al escuchar la voz de Lucía.

—Yo iré luego —anunció.

Ahora sí que me volví a girar y no le di tregua.

—¡Tú vuelves conmigo ahora mismo!

—¿Pero tú quién te piensas que eres? ¿Mi padre? —Me soltó en tono vacilón.

Mi paciencia había llegado a su límite y las palabras salieron de mi boca sin anestesia.

—¡¡¡¿¿¿Pero tú en qué mundo de colores vives???!!! ¿Qué mierda es la que se te pasa por la cabeza? —Avancé unos pasos hacia ella para que escuchase bien lo que iba a decirle—. Te voy a decir algo y sabes que no soy de repetir las cosas dos veces, Lucía ... O te apartas de toda esta mierda y te haces análisis semanales para saber que estás limpia o te largas. —Le advertí—. No pienso permitir que Vic crezca entre drogas y toda la mierda que las rodea. Así que tú decides. Di por finalizada la conversación y cogimos el camino de vuelta al conventillo. Paré un taxi y nos subimos, ninguno de los dos dijo ni media palabra en lo que duró el trayecto. Lucía sabía que la había cagado y yo no estaba preparado, todavía, para dar el paso que tenía que dar; pedir su ingreso en un centro de desintoxicación. Aún no lo sabía, pero en menos de un mes me iba a arrepentir de no haber levantado el teléfono para pedir ese ingreso mucho antes.

Vega

Mientras esperábamos a que la masa de las magdalenas levase, Vic pintaba tranquila sobre la mesa de la cocina mientras tarareaba la canción que sonaba en los cascos con orejas de gatito que le había regalado Mirta. Por otro lado, Mabel y yo tomábamos mate mientras le explicaba el por qué de nuestra vuelta repentina sin Lucas.

—Toma, hija. —Me tendió el mate—. ¿Y? ¿me vas a contar por qué habéis vuelto tan pronto?

—Hemos visto a Lucía con... —No sé si la palabra camello iba a significar algo más que un animal para Mabel—, un tipo que le estaba pasando droga. —Bajé el tono de voz por si las moscas.

—¿Qué me dices? —Abrió la boca sorprendida, pero aquello solo duro un segundo; el que necesitó su enfado para salir a relucir—. Nunca tendría que haberla dejado entrar por esa puerta, ¡Nunca!

—Sabemos que no hubiese cruzado esa puerta de no ser porque Vic venía con ella —Le recordé. Respiró antes de volver a hablar, ahora más tranquila, pero igual de enfadada.

—Cierto —contestó—, pero te aseguro una cosa: si hay algo que no entra en esta casa son drogas, chiquita.

—No creo que se atreviese...

Fue decirlo y mirar a Mabel que, con su cara, ya me lo estaba diciendo todo.

—Esa se atreve a eso y más —dijo—, he visto tantas cosas de esa muchacha... Cuando se peleaba con Lucas, que era día sí y día también, era mejor que desapareciese ya que no sabía cuando le podía tirar algo a la cabeza porque la droga la había llevado a perder el control de la suya.

—Que triste, la verdad; —Le devolví el mate y miré a Vic—; sobre todo por ella. No se lo merece.

—No, pero tiene a Lucas —sonreí junto a Mabel—. Y a ti, Vega.

Mi sonrisa se ensanchó y escuchamos la campanita anunciando que la puerta se estaba abriendo porque alguien entraba al conventillo.

No me pasó desapercibida la mirada de odio que me dedicó Lucía antes de encaminarse escaleras arriba para encerrarse en la habitación. Lucas vino directo a la cocina, abatido. Su cara me decía que la cosa no había ido muy bien.

—Hoy se viene a dormir con nosotros, no creo que Lucía este en condiciones de cuidarla en este momento —dijo Lucas cuando vio que Vic llevaba los cascos puestos.

—Estoy de acuerdo, creo que será lo mejor —dije—. Además, seguro que le hará mucha ilusión.

—Seguro que sí —hablar de su niña le devolvió la sonrisa al instante.

Lucas se agachó a la altura de Vic para quitarle los cascos y decírselo. Os puedo jurar que Victoria era mágica. Todo lo que antes eran caras largas, enfados y malos ratos, se había convertido en felicidad pura gracias al sonido de su risa.

Empiezo a tener pensamientos demasiado maternales y eso hace que me pregunté: ¿Querrá Lucas que tengamos hijos algún día?

Lucas

Al final, lo negro pasó a ser gris y lo gris pasó a blanco; así es todo con ellas dos.

Estábamos a punto de irnos a casa cuando se escucharon unos fuertes ruidos arriba. Negué con la cabeza y subí lo más rápido que pude.

Cosas rompiéndose y cristales estampándose contra la pared volvían a sonar dentro de mi habitación después de ocho años.

No lo iba a permitir.

—¡Abre! —no hubo respuesta.

Empujé la puerta mientras los ruidos disminuían. Cuando logré abrirla... Lucía ya no estaba. Respiré y volví a bajar las escaleras. Esta vez, peldaño a peldaño, respirando en cada uno de ellos.

Esta vez no iba a correr detrás de ella. Hace años que entendí que nadie puede salvarnos de nada, solo nosotros mismos. Y cuando miraba a Vic, en Lucía no veía salvación alguna.

Vega

Vic estaba encantada con el piso de Narciso, que ahora llevaba nuestro toque personal. La acompañamos a dejar su mochila en la habitación que estaba en frente de la nuestra y que ahora sería la suya.

Lucía, después de la discusión con Lucas, se largó. Al parecer era algo que tenía por costumbre: irse cuando algo no le gustaba y aparecer cuando le venía en gana.

Le habíamos cogido bastante ropa para los días que tuviese que quedarse pero, a medida que íbamos colocándola, las dudas de si debía volver al conventillo o no me asaltaban sin parar.

Cuando terminamos de colocar la ropa, dentro de la cajonera de madera lacada en blanco, le prometí a Vic que mañana pasaríamos por una papelería a comprar pegatinas para decorarla, antes de que Lucas le pidiese que se duchase. Con la mirada me pidió que la acompañase yo, que era otra chica; algo totalmente comprensible.

Vic corrió por el pasillo hasta el baño y yo detrás de ella, con una sonrisa enorme. Le enseñé donde estaba todo y le dije que si necesitaba cualquier cosa que me llamase.

—Acaba de entrar a ducharse —anuncié entrando en la cocina.

—Gracias, preciosa —dijo con la cadera apoyada en la encimera de la cocina mientras abría los brazos, invitándome a meterme entre ellos, para abrazarnos.

Nos mantuvimos en silencio, durante unos segundos, después de un largo suspiro que decía cuanto necesitábamos aquello. Cuando nos pareció suficiente, nos separamos para mirarnos pero sin deshacer el abrazo.

—Estoy agotado... —su voz sonaba abatida.

—No puedes hacer más de lo que haces. —Intenté reconfortarlo acariciando su espalda con mis dedos—. ¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre —suspiró—: cuando la he pillado se puso a la defensiva, discutimos como y volvimos al conventillo. La fuga de después ya la conoces.

—Sí... —contesté al recordar media habitación destrozada—. Mabel está enfadada.

—Lo sé..., de haber sabido que iba a destrozarse la habitación no la hubiese dejado sola. No sé qué más puedo hacer...

La cara de derrota de Lucas no hacía más que encogerme el corazón y, a sabiendas de lo que podría pasar cuando volviese Lucía, propuse lo que creía mejor para todos.

—¿Y por qué no traemos a Vic a vivir con nosotros? —Las comisuras de Lucas se elevaron y las mías se contagiaron.

—Lo he pensado muchas veces y creo que es lo mejor; de todas formas..., Lucía se ha ido y no tengo ni idea de cuando volverá.

Los labios de Lucas se posaron sobre mi frente y volvimos a abrazarnos.

Me quedé pensando en cuan egoístas eran algunas personas. ¿Cómo se atrevían a traer hijos al mundo, sin un mínimo de conciencia, para después abandonarlos o dejarlos tirados como si fuesen basura? No lo entendí cuando Sergio (así se llama el cabrón de mi progenitor, que también tiene nombre, todo hay que decirlo) nos abandonó y tampoco lo entendía ahora que lo estaba viviendo con Vic. Si fuese madre, jamás podría dejar a mi hijo. Sentiría que me están arrancando una parte de mí, de mi ser.

Lucas

Cuando terminamos de cenar, pusimos una película y nos sentamos a verla los tres juntos. Vic no tardó en recostar la cabeza sobre mi regazo, lo que significaba que en menos de cinco minutos iba a quedarse frita; en efecto, así fue. No esperé a que acabase la película, cuando escuché que Vic comenzaba a roncar de una forma casi imperceptible, me moví despacio para no despertarla y poder llevarla a la cama.

—¿Ya ha acabado? —preguntó con voz adormilada mientras la cogía en brazos para levantarla.

—Sí, princesa. Te has quedado frita —le susurré.

—¿Podemos volver a verla mañana? Era interesaaaaante — Alargó la “a” en un bostezo y se volvió a apoyar sobre mi hombro.

—Ya lo veo... —tanto a Vega como a mí se nos escapó la risa.

Mientras la acostábamos, Vega me decía que la habitación era muy sosa para un niña como Vic; y la verdad es que, si la mirabas bien, parecía más un hospital que una habitación. Todo era completamente blanco.

Antes de salir de la habitación y dejar la puerta medio entronada, nos paramos bajo el quicio de esta a mirar la tranquilidad con la que dormía Vic.

—Me gusta esto —dije atrayendo a Vega hacia mí y besando su coronilla.

—¿Verla dormir? A mi también, me transmite paz —confesó.

—A parte de eso, —Se giró para mirarme a mí cuando volví a hablar—, me refería a que al estar con vosotras tengo la sensación de que, después de toda la mierda, estoy en casa.

Vega

Si había una parte que me gustaba de nuestro piso era la isla de la cocina, a la que me subí de un salto mientras Lucas abría la nevera para sacar dos botellines de cerveza.

—Creo que te debo una conversación —dijo tendiéndome un botellín mientras se colocaba entre mis piernas.

—Dispara —dije dándole un trago a la cerveza fría.

Lucas sí que dio un trago, uno demasiado largo, antes de hablar y soltar la bomba.

—Mi madre era una drogadicta de los opiáceos y el cabrón de mi padre un borracho que nos pegaba palizas.

—Joder Lucas... —Me había quedado sin palabras—. Lo siento mucho.

—Bah, mis padres son mis abuelos; ellos solo son los que me trajeron al mundo.

Lo que acababa de decir me resultaba tan familiar que los pelos se me pusieron de punta al recordar a mi progenitor.

—Ya somos dos —dije—, bueno, en mi caso solo fue el cabrón de mi padre.

Tuve suerte de tener la madre que tengo y de que encontrara al hombre que ahora es mi verdadero padre.

—¿Borracho? —preguntó Lucas.

—No —respondí—, más bien inexistente. Un hijo de puta frío como un tempano, que nunca ha querido a nadie ni ha mirado más allá de su propio ombligo. Siempre tuve la esperanza de que algún día preguntase por mí o quisiese verme; más tarde entendí que el tiempo lo pone todo en su lugar, y que él no ocupaba ninguno en mi vida.

—Siento oír eso, campanilla... —Besó mi mejilla.

—No lo sientas, yo no lo hago. Lo siento más por él, porque esas personas acaban solas...

—Cierto. No quiero ni pensar que hubiese sido de mí si en vez de criarme mis abuelos, lo hubiesen hecho esos dos desalmados.

—Ahora entiendo muchas cosas y el por qué no toleras la droga, a parte de por lo que viviste con Lucía...

No quería ni imaginarme lo mal que lo habría pasado Lucas en su infancia viviendo con dos personas que, a parte de ser drogodependientes, una de ellas lo agredía físicamente; y que tuviese el valor de hacerle lo mismo a su mujer delante de su hijo.

—No quiero hacer daño a Vic apartando a Lucía de ella, pero tampoco quiero joder a la futura mujer en la que se convertirá mi hija, ¿sabes? —Dejó caer la cabeza hacia atrás y después volvió a mirarme— Creo que Vic sufriría mucho si lo hiciera, y es lo último que quiero en el mundo.

¡Es su madre! —se me encogió el corazón al notar como el cuerpo de Lucas temblaba ligeramente al hablar del tema—. Pero sé que crecer al lado de una persona drogadicta te putea en muchos aspectos, Vega, sobre todo mentales; por eso pienso que su ingreso en un centro de desintoxicación es la mejor opción, si es que aparece.

—Seguro que aparecerá, no creo que abandone a Vic así como así...

—No lo sé... —Dejó el botellín vacío sobre la isla de la cocina—. Solo espero que si lo hace, no vuelva en peores condiciones que cuando decidió largarse.

Lucas

Acabábamos de entrar en el primer sábado del mes de octubre, así que ya empezaban las noches de cenas en el patio, junto con los bailes hasta altas horas de la madrugada. El frío ya no era tan frío y la luz del sol nos acompañaba durante más horas.

Como era costumbre, pusimos la mesa entre todos y empezamos a sentarnos a cenar. Todos menos Lucía, a la que tuve que sacar, casi a rastras, de la habitación para que pasase un poco de tiempo con nuestra hija. Aunque solo fuese compartiendo mesa la media que duraba la cena en sí.

Para poneros un poco al día: Lucía había vuelto hacía una semana, y había estado desaparecida dos, casi tres. Al volver, su cara ya lo decía todo; había estado consumiendo. Revisé la mochila con la que volvió para comprobar que no llevaba droga encima, aunque la conocía bien y sabía que perfectamente la podía llevar en cualquier otro sitio. Por otra parte, el hecho de que me llevase a Vic a vivir conmigo y con Vega no fue para nada de su agrado, cosa que ya nos

habíamos imaginado y que nos importaba una mierda, la verdad. Saltaba a la vista que ella, ahora mismo, no podía hacerse cargo de nuestra hija; y qué mejor sitio para estar que con su padre. Y con Vega que, aunque no sea su madre, se deja la piel por hacer feliz a Vic.

Golpeé la puerta un par de veces hasta que salió con cara de pocos amigos. Sabía a lo que se debía, pero no iba a dar mi brazo a torcer. El lunes era la primera analítica que le hacían a Lucía para comenzar su control con las drogas. El primer día que volvió, no la dejé entrar hasta que aceptó la condición de revisarse semanalmente.

—Por lo menos, cuando te sientes al lado de Vic, sonríe un poco —le dije.

—Déjame en paz. —Escupió.

—Sinceramente... No sé porque coño has vuelto si ni siquiera puedes sonreír por tu hija, para que no note la situación de mierda en la que te has vuelto a meter...

No respondió y yo tampoco quise hablar más.

Nos sentamos en la mesa y, más que una sonrisa, Lucía le dedico una mueca ladeada a Vic; después se sentó a comer en silencio.

Me molestó muchísimo ver que Vic le hacía preguntas a su madre y esta respondía con monosílabos o sin muchas ganas.

Casi todos habíamos terminado de cenar cuando Lucía se levantó sin decir nada y se encaminó escaleras arriba. Vega y yo nos miramos y por mucho esfuerzo que me costase, porque lo único que quería era mandarla a paseo, me levanté a buscarla. Solo lo hice por Vic.

Cuando abrí la puerta de la habitación no la vi a primera vista, después me di cuenta de que del interior del baño asomaba una rendija de luz. Caminé hasta la puerta y golpeé antes de hablar:

—¿Puedes volver a bajar, por favor? —pedí, cansado de la situación.

La respuesta tardó en llegar, pero cuando lo hizo, me devastó por completo.

—Sí... —escuché como sorbía por la nariz—, solo dame dos segundos...

No le iba a dar ni uno. Abrí la puerta y la vi.

—¡¿QUÉ COÑO ESTAS HACIENDO?!

Mis ojos viajaron del lavamanos, donde había dos rayas de cocaína, a la nariz manchada de Lucía sin poder creérmelo, o mejor dicho, sin querer creérmelo.

—No es lo que parece, te lo juro... yo...

—¡Cállate, cállate! —Me eché las manos a la cabeza sin saber que hacer. Estaba bloqueado.

—Déjame que te explique... —Su mano intentó interceptar mi brazo, pero la aparté con desdén.

—¡¿Explicarme qué?! No quiero que me expliques nada. No me toques. No vuelvas a tocarme en tu vida... —en ese momento Vega entró por la puerta.

—Creo que va a ser mejor que me vaya.

Me quedé mirándola varios segundos y, por una vez, pensé en el futuro de mi hija; en como quería que se criase y en lo que iba a ser mejor para ella.

—¿Sabes qué? También creo que es lo mejor. Si quieres a Vic, aunque solo sea un poquito, vete. En sus ojos pude ver que no esperaba aquella respuesta de mí; sinceramente, yo tampoco esperaba darla, pero si ella no era capaz de esforzarse en cambiar por nuestra hija, tampoco iba a estar presente en su vida para destrozársela.

Sin perder más el tiempo, metió cuatro cosas en su mochila y se largó por el balcón, igual que la última vez. Solo que ahora no iba a volver.

Me sentí un padre de mierda al darme cuenta de que había echado a la madre de mi hija de su vida, pero me consolaba el hecho de que todo lo que estaba haciendo era para que no creciese entre drogas, gritos y despreocupación.

Vega

Estas estaban siendo las compras más divertidas de mi vida. Vic, Lucas y yo llevábamos toda la mañana, en el centro comercial, eligiendo la decoración para su habitación. La semana pasada habían llegado los muebles, con los que estaba más que encantada, y ahora faltaban el resto de complementos.

Mientras paseábamos entre pasillos llenos de peluches y cuadros de arcoíris, me sentía feliz. La tranquilidad por fin estaba presente en todos los días de nuestro calendario y era de agradecer no tener que estar pensando qué iba a ser lo próximo.

—¿Crees que lo estamos haciendo bien? —le pregunté a Lucas mientras mirábamos como Vic escogía la lámpara de su escritorio.

—No hay más que verla, su cara de felicidad lo dice todo. —Me abrazó por la cintura y clavó sus ojos sobre los míos a la vez que su sonrisa canalla hacía acto de presencia—. ¿Estamos empezando a formar una familia? —alzó las cejas y su sonrisa se agrandó.

Me puse colorada como un tomate y el estómago me dio un vuelco. Cuando iba a hablar, una sonrisa tonta se había dibujado en mi boca y apenas dejaba que me salieran las palabras; aún así, con mucho esfuerzo, respondí.

—Eso parece, chico guapo.

Lucas

Mis dedos recorrían la espalda de Vega con suma delicadeza. Acabábamos de hacer el amor y ya se había quedado dormida sobre mi pecho. Por lo que me había contado, su día de trabajo no había sido un paseo y el cansancio había podido con ella.

Mientras la observaba dormir, tan tranquila, los dedos que hace unos segundos recorrían su espalda, se detuvieron ahora sobre su vientre. La idea de que dentro de él creciese algo nuestro me desveló para toda la noche, pero en el buen sentido.

No sabía si de aquí a un año, dos o cinco... solo sabía que la mujer que tenía entre los brazos iba a ser la mejor madre del mundo.

Vega

El miércoles pillé la gripe, así que Carol me dio una semana de fiesta. Como hoy era sábado y Lucas ya se había ido al estudio, decidí pasar parte de la mañana haciendo magdalenas con Vic, para merendar los tres juntos por la tarde. El resto del día lo ocuparíamos en preparar los disfraces de Halloween, ya que solo quedaba una semana.

—Creo que la masa ya está, vamos a dejarla reposar un rato antes de meter las magdalenas al horno.

—Vale —contestó sonriente.

—¿Te apetece que peguemos en el techo las pegatinas fluorescentes que elegiste?

—Sí, sí, sí

—¡Pues manos a la obra, señorita! —dije mientras me levantaba del taburete y Vic se tiraba a mis brazos para que la bajase al suelo.

Pegar estrellas, lunas y planetas era verdaderamente entretenido, sobre todo cuando nos poníamos a hacer el tonto y nos pegábamos estrellas en la cara a traición, cuando alguna estaba distraída. Al final, acabó siendo un juego en el que ganaba quien más estrellas le pegase a la otra. Entre risas y esquivas sonó el timbre.

—Ya vengo.

Dejé a Vic pegando pegatinas y fui hasta la entrada para ver quien era. Mis ojos no daban crédito que veían a través de la mirilla. Era Lucía y estaba en un estado poco favorable.

Opté por hacer de cuenta que no estábamos en casa a ver si, en un golpe de suerte, se cansaba de llamar y se iba. No ocurrió. Los golpes de Lucía aporreando la puerta empezaron a ser más y más fuertes.

—¡Ehh! ¡Abre la puerta, cabrón! ¡Déjame ver a mi hija! — Por su voz, no solo iba puesta de droga hasta las cejas, sino que también iba bebida. ¡Qué suerte la mía!—. LUCAS... no juegues con fuego... ya me conoces... —dijo, pronunciando las palabras con un tono amenazador.

Decidí contestar sin abrir la puerta.

—Lucas no está. —Fue abrir la boca y los nervios se me instalaron en la barriga.

—Abre la puerta ahora mismo y déjame ver a mi hija —ordenó.

Sabía que lo que iba a decirle a continuación no le iba a gustar un pelo.

—No puedo dejarte ver a Vic en ese estado, Lucía —dije a través de la puerta.

—¡Que me abras, hija de puta! —Por la mirilla pude ver como se apartaba de la puerta para poder patearla.

—¿Qué pasa, Vega? —preguntó Vic llegando al comedor.

No sabía qué decirle. No podía contarle la cruda realidad de lo que estaba pasando al otro lado de la puerta, pero había jurado no mentirle nunca. Un juramento que no sabía si iba a poder cumplir.

—Nada, cielo. Mama ha venido a verte, pero no se encuentra muy bien. —No era una mentira del todo, sino más bien una verdad a medias.

Las patadas de Lucía volvieron a sentirse a través de la puerta, estaba vez más fuertes y enfadadas.

—¡Que me abraaas! —gritó.

El semblante de Vic cambió a uno que parecía decir que ya había visto a su madre fuera de sus casillas más de una vez. Lo confirmé cuando volvió a hablar.

—Voy a seguir pegando estrellitas —dijo con calma, la misma de la que yo carecía en este momento.

Vi como desaparecía del comedor y decidí que Vic no iba a pasar por esto ni una vez más. Y yo tampoco.

—Si no te vas ahora mismo llamaré a la policía —le advertí.

Al parecer, aquello la frenó bastante o por lo menos consiguió que dejase de intentar tirarme la puerta abajo. Se mantuvo en silencio los segundos suficientes para que pensase que se había ido y me asomase por la mirilla. Aún estaba allí.

—Acuérdate de esto: el día que me vuelvas a ver, hija de la gran puta, no vas a olvidarte de mí en lo que te quede de vida —escupió todo su veneno y se fue.

Terminamos de merendar y esperé a que Vic se metiese en la ducha para contarle a Lucas lo que había sucedido al medio día. No quise preocuparlo en absoluto, pero tenía derecho a saber que

Lucía podría reaparecer en cualquier momento y que era mejor estar preparados para lo que pudiese pasar.

—No me fío ni un pelo de lo que pueda hacer... —Sus ojos se sumergieron en los míos—. Tengo tanto miedo de que se lleve a Vic y no volver a verla, que ni te lo imaginas...

—Eso no puede hacerlo —aseguré.

—Como poder, puede. Está loca. —Eso sí era cierto. Hoy lo había visto con mis propios ojos. —No pensemos en eso ahora; —Me levanté de la silla y me senté sobre su regazo—; de todos modos, jamás permitiremos que eso suceda. —Pegué mis labios a los suyos en un beso corto pero lleno de cariño.

—Solo espero que no le dé por aparecer días antes de Halloween o ese mismo día. Vic está muy ilusionada.

—Lo sé, hoy hemos empezado a preparar los disfraces — anuncié con una sonrisa igual de ilusionada que la que pondría Vic.

—He visto retales en la mesa de centro del comedor —contestó riendo— ¿De qué os vais a disfrazar?

—De brujitas.

—Una preguntita, por mera curiosidad... —Con la sonrisa que salió de sus labios sabía que iba a soltar alguna de las suyas—. El traje de brujita... ¿Es de brujita sexy? —Se mordió el labio en un gesto que hizo vibrar mis partes bajas.

—Puede... —Jugué con la cadena que colgaba de su cuello—. A unas malas, siempre puedo quedarme en ropa interior pero con el sombrero y los tacones... —Ahora la que atrapaba su labio era yo, pero entre mis dientes.

—A veces me pregunto como puedes ser tan buena y tan mala a la vez. —Ambos reímos. Ya habíamos cenado, Vic leía un libro tranquila en su cama y nosotros íbamos de camino a la nuestra. Mi móvil empezó a sonar encima de la mesilla, recordándome que era la hora de tomarme la pastilla anticonceptiva. Entré al lavabo y pillé a Lucas, que ya se había quitado la ropa para meterse en la cama, lavándose los dientes.

Abrí mi neceser para sacar el blíster y me di cuenta de que Lucas había parado de cepillarse los dientes y me miraba de arriba abajo con una sonrisa tontorrón.

—¿Qué te pasa? —pregunté contagiándome de esta.

Se limpió la pasta de dientes con la toalla y me atrajo hacia él, pegándose a su torso desnudo. Provocando mil huracanes en mi interior.

—Si quieres, por mí puedes dejar de tomarlas —su tono era suave y cariñoso.

Se me encendieron las mejillas y mi amor por él creció aún más; lo supe porque todo lo que había estado sintiendo por Lucas hasta ahora parecía una nimiedad en comparación con este momento.

—Sabes que, si dejas de tomarlas, es muy probable que me quede embarazada, ¿no?

—Creo que esa clase no me la salté —contestó divertido mientras me iba dejando unos besos húmedos sobre el cuello, logrando erizar cada poro de mi piel.

Me separé de Lucas y lo miré fijamente a los ojos mientras tiraba el blíster de pastillas al cubo de basura que teníamos en el baño. No me hacían falta palabras para decirle que estaba preparada, que lo amaba y que quería pasar mi vida junto a él.

Nos metimos en la cama entre besos y nuevas caricias.

Lucas

Ya es Halloween y estoy sentado en el sofá esperando a que mis dos brujitas salgan de la habitación para irnos a la fiesta que hace Mabel en el conventillo; Bueno, no solo Mabel, sino el barrio entero de La Boca.

Escucho los pasos de Vic y Vega aproximándose por el pasillo y cuando las veo atravesar el marco de la puerta, están tan guapas como siempre. Las dos están sonriendo de oreja a oreja de tal manera que no creo que ningún borrador mágico pudiera quitárselas. Inevitablemente, me contagié de su felicidad.

—¿Estáis listas? —pregunté, levantándome del sofá para irnos.

—¡Más que listas! —contestó Vic.

—¡Listísimas! —añadió Vega.

Salimos de casa y fuimos andando hasta el conventillo. Las calles estaban abarrotadas de gente de todas las edades disfrazados de mil cosas diferentes.

Llegamos al conventillo y nos unimos a la fiesta, la cual ocupaba también media calle; Mabel y mis abuelos siempre ponían, fuera del patio, mesas llenas de comida para la gente del barrio que quisiera entrar a saludar. Eran tres personas dignas de admirar.

Por un momento, se me desvió la mirada hacia el piso de arriba, más concretamente hacia mi antigua habitación. Lucía se me vino a la mente, ya que en la noche de Halloween las calles estaban más llenas de droga que de costumbre. Solo esperaba que no se le fuera la pinza y llevara su cuerpo al límite.

Vega

Estábamos todos bailando en el centro del patio del conventillo y no me podía sentir más feliz. Estaba rodeada de toda la gente que quería y me lo estaba pasando en grande, dando saltos con Vic y cantando a todo pulmón las canciones que iban sonando por los altavoces que habían colocado los chicos en cada una de las esquinas del patio de luces.

—¡Chicas al poder! —gritó Vic cuando mis amigas se unieron a bailar junto a nosotras.

—¡Eres la brujita más aterrorantemente divertida que he conocido en mi vida, Vic! —dije alzando la voz para que me escuchase a pesar de la música.

Vic pegó un salto y la cogí a upa. Su sonrisa me hacía ver que Lucas y yo lo estábamos haciendo bien. Que Vic era feliz.

—Me gustas, Vega. Eres guay. —Me abrazó—. Te quiero. — Se removió para que la bajase y así poder irse con los niños que la estaban llamando. Yo me quedé ahí. Petrificada.

Sabía que le gustaba y que era guay, pero el te quiero me había dejado K.O. Me había derrumbado por completo. Ya no es que Vic fuera parte de mí porque era la hija de Lucas, no. Lo que había pasado es que, poco a poco, se había ido haciendo parte de mí por un nosotras.

<<Yo también te quiero, enana. Después iré a buscarte para decírtelo>> pensé sin poder parar de sonreír.

Bailé un rato con las chicas y decidí ir a la cocina porque tenía la garganta sequísima de tanto cantar y bailar.

Al entrar, me encontré a una vecina de la calle de atrás robando los canapés de Mabel y huyendo con ellos con una sonrisa más falsa que otra cosa. <<Esa seguro que ha venido solo por la

comida>> pensé y me reí conmigo misma de mi propio pensamiento.

De repente, sentí unos brazos que me rodeaban desde atrás y no se me ocurrió otra cosa que gritar.

—¡Suéltame! —grité mientras me giraba.

—Pero si soy un zombi encantador... —Bromeó Lucas después de darme el susto de mi vida.

—Me has dado un susto de muerte —Me llevé la mano al corazón para bajar el susto.

—Ya lo he oído, ya. —Miró a su alrededor y volvió a hablar—. ¿Y Vic?

—Está jugando con sus amigos en el patio.

El semblante de Lucas cambió y salió de la cocina como alma que lleva el diablo. Por supuesto, lo seguí.

—¿Dónde vas? —pregunté mientras me pegaba a su espalda porque se había parado en seco.

—¡Joder! Que susto, coño... —se giró y me abrazó.

Detrás de él pude ver como Vic jugaba con los demás niños y se divertía. Primero no entendía que le había pasado por la cabeza para salir así de la cocina; segundos después recordé cuanto le preocupaba que Lucía viniese y se llevase a Vic. Sobre todo, después de que nos aporreara a patadas la puerta de casa.

—Lo siento, Lucas... —Me disculpé.

Se separó de mí para mirarme y cogió mi rostro entre sus manos.

—No me pidas perdón, —besó mi frente—, soy yo que me preocupo cuando realmente no está pasando nada.

—Vuelve con los chicos si quieres, voy a buscar a Vic y a las chicas; así picamos algo, —Le dije para que se relajase—, las cervezas me han dado hambre.

Sonrió y me robó un beso antes de volver con los chicos.

No me costó convencer a Vic para ir a comer. Lo que sí estaba siendo una tarea difícil era reunir a las chicas, que se habían dispersado por diferentes lugares.

Solo tenía que buscar a: Harley Quinn (Lola), una payasa asesina (Sol), maléfica (Romi) y por último, a una vampiresa que ayer olvidó comprar sus colmillos y hoy parece una vampiresa desdentada (Carol).

—¡Mira! Ahí esta Romi —vociferé cuando vi a maléfica bebiendo del botellín.

Le di la mano a Vic y pasamos entre la gente para llegar al otro lado del patio.

Maléfica se unió a la búsqueda y logramos encontrar a Harley Quinn y a la vampiresa desdentada, que venían de la cocina con una copa en cada mano.

—¿Y Sol? —les pregunté.

—Hace rato que no la vemos, vamos a buscarla ¿no? —propuso Lola.

El alcohol empezaba a hacer su efecto en mi vejiga y empezaba a necesitar un baño con urgencia.

—Me estoy haciendo pis, voy al baño y la busco —Me ofrecí.

—Yo también necesito ir al lavabo, la verdad —dijo Lola.

Miré a Vic y recordé la preocupación de Lucas, así que le pedí a Romi que la llevase con su padre.

—Vic, —Me agaché—, Romi te lleva con papá. Yo voy al baño un momento, a buscar a una amiga y ahora vuelvo, ¿vale?

—Vale. —Me abrazó y me besó en la mejilla.

—Yo también te quiero. —Imité su gesto y después le guiñé un ojo.

Se fue contenta y yo con el corazón explotándome de amor y la vejiga de alcohol transformado en un: ¡necesito mear ya!

Salimos del baño y nos pusimos a buscar a Sol, que no aparecía por ningún lado; lo peor de todo era que el disfraz de payaso asesino le gustaba a todo el mundo y no hacíamos más que ver peluquines rojos y cuchillos ensangrentados, pero ningún disfraz contenía a nuestra amiga dentro.

—¿Dónde coño se ha metido? —No la habíamos visto a lo largo de toda la calle y eso que ya habíamos pasado dos veces.

—Ni idea —Lola se encogió de hombros y pregunto—: ¿Damos una vuelta más? Dicen que a la tercera va la vencida.

—Eso dicen, —Comencé a caminar—, vamos, va.

Volvimos a subir calle arriba y seguíamos sin verla. Volvimos a dar la vuelta y por un segundo me había parecido verla entre la gente que estaba cerca del puesto de salchichas.

—¡Sol! —la llamé.

La luz era de varios colores por lo que la iluminación no era precisamente perfecta, así que me acerqué para verla mejor y...

—Lu... ¿Lucía...?

La distancia que nos separaba era muy poca, así que le bastaron solo dos pasos para abrazarse a mí y atravesarme el vientre con el cuchillo que llevaba en la mano.

Un profundo dolor se instaló en mi interior y las lágrimas cayeron silenciosas de mis ojos, rodando por mis mejillas. Me costaba respirar y no podía hablar.

Sentí como el filo del cuchillo salía de mi interior a la vez que Lucía me soltaba, sin dejar de mirarme, dejándome caer al suelo.

Los gritos de Lola se colaban por mis oídos, pero no me importaba. Solo podía mantener mis ojos clavados en los de Lucía. De sus ojos también caían lágrimas y solo pude preguntarme: ¿Por qué?, mientras el dolor mermaba y se me dormía parte del abdomen.

Después de eso, desapareció corriendo entre la multitud de gente que nos rodeaba.

Todo comenzó a ralentizarse y sentí como unos cálidos brazos me cogían y me levantaban. No tenía fuerzas ni para girar la cabeza, así que la mano de Lucas lo hizo por mí.

<<Creo que, si ahora mismo me muero, moriría feliz>> oí dentro de mi cabeza como si fuese un pensamiento muy lejano.

Todo se estaba parando, lo supe porque los parpados comenzaban a pesarme.

—Mi vida. No te duermas ¿vale?

Apenas escuché su voz antes de cerrar los ojos.

Lucas y yo cabalgamos juntos por un prado lleno de flores. Siento como el caballo acelera el trote todo lo que puede y como mi pelo cabalga libre con él, junto al viento.

Lucas

No, no, no...

Corrí lo más rápido que pude para llegar a donde hubiese un puto coche que nos llevase al hospital con muchísima urgencia. Me faltaba el aire y la sangre de Vega no paraba de salir por más intentos de cortar la hemorragia que había hecho.

—Aguanta, por favor. —Le pedí, mientras besaba su frente sin para de correr.

Llegué hasta el conventillo y, gracias a dios, Lola ya me estaba esperando con el coche en marcha.

—¡Sube! Date prisa.

Subí a la parte trasera del coche con Vega en brazos y no paramos, ni en un semáforo, hasta

llegar al hospital. Durante el trayecto, solo podía llorar y sentir que me habían arrancado un trozo del cuerpo, o peor, del alma. ¡Joder, como dolía! Rezaba como nunca lo había hecho en mi vida, a un dios en el que jamás había creído, pero que ahora esperaba que la salvase.

—¿Vic? —me costaba respirar.

—Está con Mabel, tranquilo. Han cerrado el conventillo. — Me aseguró.

—Vale, gracias.

Llegamos al hospital y me bajé del coche lo más rápido que pude, ya que mis piernas no se coordinaban la una con la otra. Cuando me vieron entrar, tres médicos se acercaron corriendo hasta nosotros para llevarse a Vega inmediatamente, al ver la gravedad de su estado. No había vuelto a abrir los ojos desde antes de subirnos al coche y sentí que se me escapaba la vida, del amor de mi vida, de entre mis manos.

Casi se me para el corazón al sentir como su mano apretó ligeramente la mía.

—Tiene que dejarla en la camilla, nos la tenemos que llevar a quirófano. —Pidió la doctora.

Asentí, mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas, y lo hice. La dejé suavemente sobre la camilla del hospital mientras sentía como al soltarla se me desgarraba el corazón. Dejé un único beso sobre sus labios que me pareció efímero.

Vi como desbloqueaban las ruedas de la camilla para moverla y llevársela. Cada vez que la rueda giraba, el corazón me dolía más y más.

—No dejéis que se muera, por favor —rogué—. Salvadla. Es el amor de mi vida.

Cuando dije la última frase no me quedaba voz y ya se la habían llevado.

Sentí como mis rodillas tocaban el suelo y el mundo a mi alrededor dejaba de existir. Hundí el rostro entre mis manos y sentí el dolor fluyendo junto con el mar de lágrimas en el que me estaba ahogando.

El corazón me dolía tanto que quería arrancármelo.

—No te vayas, no te vayas por favor...

Murmuré aquello en bucle hasta que volvieron a salir los médicos.

Vega

Desde aquí me puedo ver a mí misma. No siento ningún tipo de dolor.

Estoy en un quirófano y veo como me operan. No quiero morirme, no estoy preparada.

Veo como los médicos hablan porque mueven los labios, pero no puedo escuchar lo que dicen.

Tengo miedo. Después de mucho tiempo vuelvo a tener miedo.

Pienso en Lucas. En él y en sus ojos, que no hacen más que hablarme cuando me fijo en ellos.

Me dicen que no puedo dejarlo solo. También en su sonrisa, sus besos y sus caricias.

Tengo que despertarme para volver con él.

Lucas

Hace más de ocho horas que vi como se llevaban a Vega por esa puerta y aún no sé nada de ella. No puedo más.

Lola se quedó conmigo y esta mañana Mabel vino con mi abuela a traernos algo de comer y preguntarnos por Vega.

Ni quería comer ni sabía nada de Vega. Estaba que no estaba.

—¿Familiares de Vega Agüero?

Me levanté como un resorte y avancé hasta el médico.

—Dígame que esta bien, por favor —supliqué.

—Está estable, —Empezó a decir—, el cuchillo no tocó ningún órgano vital pero la herida es profunda. Hay que mantenerla en observación y esperar a ver como evoluciona.

El aire comenzaba a entrar en mis pulmones al saber que estaba viva.

—¿Puedo verla? —pregunté.

—Hoy no —contestó haciendo una mueca con la boca—. Me temo que hasta mañana no podrá entrar a verla y todo depende de como evolucione a lo largo de la noche.

—Vale. Esperaré aquí hasta que pueda pasar a verla —contesté.

Asintió y volvió a entrar por donde había salido.

Sentí la mano de mi abuela sobre mi hombro, tratando de reconfortarme.

—Abuela... —Me giré hacia ella—, tú que rezas mucho, reza por ella. Si hay un dios, tiene que salvarla.

Me costó mucho pronunciar las últimas palabras, se me había formado un nudo en la garganta a causa de las lágrimas que ya no me salían, pero que se quedaban ahí atascadas.

—Lo hago, Luquitas. Lo hago.

Me dejé envolver entre los cálidos brazos de mi abuela y me desplomé. El dolor tenía que salir y salió. Creo que lloré hasta quedarme dormido entre sus brazos, como cuando era un niño.

Lucas

Todavía no me habían dejado entrar a ver a Vega, pero ya habíamos prestado declaración a la policía y se habían puesto manos a la obra para encontrar a Lucía en la mayor brevedad posible.

Ni si quiera pregunté que pasaría con ella, me daba igual si la ingresaban en un psiquiátrico o si la metían en la cárcel. Lo único que quería es que no pudiese hacerle daño a mi familia nunca más.

Habían pasado más de cuatro horas desde la última que había salido el médico. De repente, la puerta volvió a abrirse.

—Ya puede pasar a verla, pero no más de quince minutos —anunció.

Asentí y lo seguí por el pasillo hasta llegar a la habitación en donde se encontraba Vega. Se despidió con un golpe de cabeza y se fue.

Mis dedos temblorosos giraron el pomo de la puerta y la abrí. La imagen que tenía delante me destrozó por completo.

Vi a Vega, pero sin verla a ella. Le faltaba la luz que irradiaba normalmente. Estaba postrada en la cama, toda llena de cables y un tubo metido en la garganta para ayudarla a respirar. Me destrozaba el alma verla tan indefensa, tan vulnerable...

Acerqué una de las sillas que había en la habitación hasta el borde de la cama y me senté a su lado. Las yemas de mis dedos rozaron los suyos como si fueran de cristal.

—Tienes que ponerte bien, mi vida... —Besé con suma delicadeza su mano, dejando en el dorso de esta un beso húmedo a causa de alguna que otra lágrima.

Sabía que no iba a responder por mucho que le hablase, pero también sabía que me escuchaba. Que me sentía.

Acaricié su rostro deseando que abriese los ojos y me deslumbrase con la luz que siempre desprendían, pero sabía que aún quedaba un poco para eso.

El dolor y la culpa me estaban matando y los recuerdos me enviaron nueve años atrás, junto al mejor guitarrista de la historia. Junto a Renzo.

Sentí que la historia se repetía, pero esta vez había llegado a tiempo. Con él no llegué y no hay

día que no lo recuerde y me sienta culpable por ello.

El médico entró y me pidió que me despidiese de mi preciosa campanilla. Le pedí cinco minutos más porque me sentía incapaz de levantarme de aquella silla y dejarla allí. Asintió y se fue.

—Que conste que me voy porque echan... —Le hablé con una media sonrisa en los labios y una lágrima solitaria deslizándose por mi mejilla—, que si no, no me sacan de tu lado ni con agua caliente, preciosa. —El nudo se volvía a formar en mi garganta mientras me agachaba para dejar un beso salado sobre su mejilla—. Estaré fuera, esperando a que te despiertes, ¿vale? —Le coloqué un mechón suelto detrás de la oreja y volví a besar su mejilla—. Pero no se te ocurra dejarme solo porque ya no sabría que hacer en un mundo donde tú no estuvieras conmigo.

Después de salir de la habitación de Vega, tuve que salir para fumarme un cigarro. Menuda paradoja, sentir que no puedes respirar y tener la necesidad de ingresar humo a tus pulmones para poder volver a hacerlo.

Saqué el móvil del bolsillo y abrí la agenda. Dudé en si llamar a los padres de Vega o no. Estaban a más de catorce mil kilómetros y no me parecía una noticia que se pudiese dar como quien da los buenos días por la calle. Aún así, eran sus padres y tenían derecho a saberlo. No quería ni imaginarme que a Vic le pasase algo y que quien estuviese con ella no levantase el teléfono al segundo para avisarme.

Abrí el contacto de la madre de Vega y pulse el botón de llamada.

—¡Hola, Lucas! —contestó al segundo tono.

—Hola... —Me costaba pronunciar las palabras, pero debía hacerlo—, os llamaba para deciros que Vega está en el hospital...

—¿En el hospital? —me cortó— ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? —Su voz empezaba a sonar nerviosa y yo no sabía como decirle lo que había ocurrido.

—Esta fuera de peligro. —Intenté tranquilizarla pero, al parecer, no lo conseguí.

—¿Fuera de peligro? ¡¿Pero que le ha pasado, Lucas?! —preguntó al borde del llanto.

Respiré profundamente antes de soltarle el bombazo a mi suegra.

—Ayer, en la fiesta de Halloween, la apuñalaron en el estomago —sentí como me faltaba el aire a medida que pronunciaba las palabras.

La madre de Vega ahogó un grito a través de la línea y se escuchó como rompía a llorar de una manera demoledora.

—¡Ay mi niña!...

¿Cómo se consuela a una madre cuando lo que siente que le están arrancando es un pedazo de su ser?

—Tenemos que viajar para allí como sea —dijo sorbiendo por la nariz. Desesperada.

En el festival habíamos ganado bastante dinero, así que me ofrecí a pagarles el viaje. Era lo mínimo que podía hacer para sentirme un poquito mejor, ya que cada vez que recordaba quien había sido la artífice de la desgracia que estábamos viviendo me hundía un poco más.

—Os los mandaré por mail en cuanto los tenga. Tardaré unas horas —dije, refiriéndome a los pasajes.

—Gracias, Lucas —dijo, con la voz completamente rota, antes de colgar.

Terminé de fumarme el cigarro y volví dentro. Le pedí a Lola, que estaba conmigo desde ayer, que fuese a buscar mi portátil al piso para poder gestionar el viaje de los padres de Vega. Saqué

mis llaves del bolsillo y se las entregué.

—¿Por qué no vas tú y así te das una ducha? —sugirió con una media sonrisa—, tienes cara de cansado.

—No pienso moverme ni un solo segundo de su lado.

Lola me apretó la mano con cariño antes de coger las llaves y marcharse. Yo me volví a sentar en la misma silla que antes, esperando a que la puerta volviera a abrirse para decirme que Vega se había despertado.

Vega

Se que Lucas ha venido a verme porque he soñado con él.

En el sueño sentía como las yemas de sus dedos rozaban mi piel y también como lo hacían sus labios sobre mi mejilla.

No entiendo que pasa a mi alrededor, siento que estoy en una burbuja; lo único que sé es que quiero volver con mi chico de rizos dorados y esa bonita sonrisa canalla suya que saca a relucir esos preciosos hoyuelos.

Lucas

Lola ha ido a recoger a los padres de Vega porque yo no pienso moverme ni un ápice de la silla en la que estoy sentado frente a ella y menos después de que el médico haya dicho que es muy posible que se despierte a lo largo del día de hoy, ya que por fin le han quitado la intubación y la mayoría de las vías y demás parafernalia necesaria después de la gravedad de la operación.

Esa ha sido la primera buena noticia del día. La segunda ha llegado cuando he recibido la llamada de la policía diciéndome que ya habían detenido a Lucia y que iba a ser procesada o bien por un delito de agresión con arma blanca o bien por intento de homicidio, aún no estaba claro.

Había pasado casi una semana desde la fatídica noche en la que a Lucía se le fue completamente la cabeza. Hoy, cinco días después, parecía que el sol empezaba a brillar un poquito.

Por otra parte, me sentía un padre de mierda por no haber ido a ver a Vic en estos cinco días, aunque hubiese hablado con ella por video llamada dos o tres veces al día. En cuanto Vega se despierte y sus padres estén aquí, iré corriendo a abrazar a mi princesa; no quiero ni imaginarme como lo debe de estar pasando. Aunque me hubiese sentido peor padre y persona si la hubiese hecho pasar por todo lo que he pasado yo hasta hoy.

La puerta de la habitación se abrió y entraron los padres de Vega. Se acercaron a su hija, completamente rotos, y empezaron a llorar.

Cada lágrima que veía caer de sus ojos me hundía más en la culpa y poco a poco me iba sintiendo la peor persona del mundo. No pude hacer otra cosa que disculparme ante ellos por haber roto la promesa de cuidar a su hija.

—Lo siento. Lo siento mucho...

El padre de Vega se separó de su mujer y de su hija y abrió los brazos para abrazarme.

—Tranquilo, hijo. Sabemos que la cuidas bien. Aquí la única culpable es esa chica a la que se le

fue la cabeza. No puedes hacerte responsable de las malas decisiones que la llevaron a esto. — Lola me miró pidiéndome perdón por haber abierto la boca en el coche.

—También nos ha contado que ha venido ella a recogernos porque te han dicho que mi niña se iba a despertar y no querías moverte de su lado... —Ahora hablaba la madre de Vega, que se separó también de su hija para darme un cálido abrazo, con el que me rompí por completo.

—Ya está..., ya está... —Me apretó ligeramente entre sus brazos antes de mirarme fijamente a los ojos—. Sé cuanto os amáis —sonrió orgullosa—. Vega es una luchadora, siempre lo ha sido. Te aseguro que por nada del mundo dejaría escapar al amor de su vida.

—Gracias. —Fue lo único que me permitió decir la emoción del momento.

Volví a sentarme al lado de Vega y sus padres hicieron lo mismo del otro lado de la cama, esperando a que la preciosa campanilla abriese los ojos.

Vega

Todo me daba vueltas y me sentía como si me hubiesen dado una paliza.

—Me duele mucho la cabeza... —murmuré a la vez que enfocaba la mirada y la vista se me volvía más nítida.

Me froté los ojos y en mi campo de visión aparecieron unos rizos dorados y una barba de varios días acompañados por una sonrisa. Sentí un calor familiar en mi mano derecha y al girarme me encontré con mis padres, igual de emocionados que Lucas.

—¿Dónde estoy? —pregunté mirando a mi alrededor.

—Estas en el hospital, cielo —dijo mi madre con voz suave.

Miré a mi alrededor y, en efecto, vi que mi madre estaba en lo cierto. Los flashes de la noche de Halloween empezaron a asaltar mi mente. Recordé que me lo estaba pasando bien hasta que me crucé con Lucía. Recordaba a la perfección el momento en el que el filo del cuchillo había atravesado mi estómago, pero todo los demás estaba borroso. A parches.

Mi padre se levantó y fue a buscar al médico para avisarlo de que me había despertado. Lucas me dijo que había estado cinco días inconsciente, dos de ellos muy grave. Después, entró el médico y me explicó que me tuvieron que hacer varias operaciones para poder sobrevivir y que en una de ellas me habían tenido que extirpar el bazo; en pocas palabras, me estaba diciendo que me habían salvado de milagro y que mi sistema inmunológico iba a funcionar a medio gas a partir de ahora. Podría vivir con ello. Con lo que no podría, pero tendría que hacerlo, era con la segunda valoración que me dio.

—Es muy probable que no pueda concebir hijos —dijo con tacto.

Mis ojos buscaron a Lucas, que ya me estaba mirando. Sin necesidad de palabras me dijo que estuviese tranquila, que ya pensaríamos en eso en otro momento.

Cuando terminó de darme el informe de todo lo que había pasado, el médico se fue; no sin antes recordarnos que solo se podía quedar a dormir una persona, que las visitas eran de máximo una hora y no más de tres por día.

—Esta no es la manera en la que me hubiese gustado que os conocieseis... —Bromeé y sentí un fuerte pinchazo en el abdomen al reír.

—¿Te duele mucho? —preguntó Lucas dejando un beso sobre mi frente.

—Entre el uno y el diez... un veinte.

—¿Tienes hambre? —preguntó mi madre.

—La verdad es que sí —contesté intentando moverme poco a poco para incorporarme.

—Voy a preguntar si puedes comer —dijo mientras cogía el bolso y salía de la habitación.

—Te acompaño. —Mi padre se paró delante de Lucas antes de seguir a mi madre—. ¿Tú quieres

algo, hijo? —le preguntó.

—Un café con leche, sin lactosa y dos de sacarina —contesté por mi chico guapo.

—Perfecto, volvemos en un rato. —Mi padre se despidió con un gesto de cabeza y cerró la puerta tras él al salir.

En la habitación solo estábamos Lucas y yo con un silencio que no me molestaba mientras siguiese mirándome así, como si fuese lo que más deseaba ver.

—Pensé que te perdía, mi vida.

Me acarició el rostro con delicadeza y yo cerré los ojos para saborear su contacto. Sin necesidad de abrirlos, pude sentir como se inclinaba sobre mí y percibí el calor de sus labios cerca de los míos. Volví a abrirlos para recibir el sabor de esos besos que tanto había echado de menos.

—No tenía tiempo para morirme, —Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla hasta llegar a mis labios—, el tiempo que tengo está reservado para pasar mi vida contigo.

Las lágrimas de Lucas no paraban de resbalar por sus mejillas y yo no hacía más que recogerlas y limpiarlas con mis dedos y el dorso de mi mano.

—¿Cómo esta Vic? —pregunté.

—Esta bien, —La culpa se veía en los ojos de mi rubio—, pero me siento un padre de mierda por no haber ido a verla ni una sola vez en cinco días; pero tampoco podía dejarte sola y, además, no quería que Vic viviese toda esta movida del hospital...

Me emocione al escucharlo y en ningún momento pensé en que fuese un padre de mierda, ni mucho menos. Y así se lo hice saber.

—Eres un padre maravilloso, —Enredé mis dedos con los suyos—, y el mejor hombre que he conocido en mi vida, Lucas Guzmán.

Mis padres no tardaron en regresar con los cafés y con la mala noticia de que yo no podía comer hasta que volviese a pasar el médico y viese si había tolerado bien el zumito de manzana que sí le habían permitido a mi madre traerme.

Mientras ellos se tomaban los cafés y yo aquel triste zumo, hablamos de como organizarnos. Para empezar, teníamos que ver donde se iban a quedar mis padres lo que durase su estancia aquí, si en nuestra casa o en el conventillo. La cuestión era que hacia cosa de un mes que Vic vivía con nosotros y solo había dos habitaciones: la de Vic, que había sido la antigua habitación de invitados, y la nuestra.

—Nosotros nos podemos quedar en el conventillo sin problemas, aunque sabes que cuando te den el alta, mamá estará más en vuestra casa que allí —contestó mi padre entre risas.

—Siempre vienen bien los mimitos de mamá. —Le guiñé un ojo para que se fuese tranquila. La conocía demasiado. Después diría que me había compinchado con mi padre para meternos con ella y eso que estoy medio moribunda en la cama de un hospital.

Le pedí a Lucas que los acompañase y los ayudase a instalarse; así podría estar un rato con Vic antes de volver para quedarse a dormir conmigo. Le dije que le recordase lo mucho que la quería y que yo también lo hacía.

Me despedí de mis padres hasta mañana y de Lucas hasta la noche. Lola se quedó conmigo.

—¿Te puedo abrazar o te voy a desmontar? —preguntó con tono gracioso a la vez que hacía pucheros.

No pude evitar sonreír.

—Ven aquí, anda. —Alcé un poco el brazo como pude e hice una mueca de dolor.

—Joder, amiga... —Me abrazó con sumo cuidado solo unos segundos y se separó para sentarse en la silla que Lucas había dejado vacía—. Estás hecha polvo...

—Gracias por el cumplido —Bromeé.

—He dicho que estás hecha polvo, no que no estés guapa, —Se encogió de hombros y me sacó la lengua—, ¿Cómo te encuentras?

—Me duele hasta respirar, pero bien. Aunque sigo flipando con todo... —le confesé.

—Como para no flipar... nadie se esperaba que pasase una cosa como esa. Esa pava está como una puta cabra.

<<Ni yo misma>> pensé irónicamente para mis adentros. Si hubiese prestado atención a las señales quizás, solo quizás, hubiese evitado que pasase todo esto.

—¿Se sabe algo de ella? —pregunté, intentando que el miedo no dominase mi voz.

—La han detenido. —Las palabras de Lola fueron oxígeno para mis pulmones y tranquilidad para mi cabeza—. Llamaron a Lucas para decirle que estaba a la espera de ser derivada a un psiquiátrico o a la cárcel... pero creo que eso es algo que le toca contarte a él —dijo segura—, a parte de eso, no se mucho más porque no quise indagar en el tema. Ya estaba suficientemente jodido con lo tuyo. —Finalizó.

—Me da igual donde acabe, solo quiero que no pueda acercarse a ninguno de nosotros para hacernos daño nunca más. —Aseguré.

—No creo que vea la luz del sol en muchos años, amiga. Tranquila.

—¿Y tú? —pregunté al ver sus pintas, en las que no me había fijado hasta ahora—. ¿También llevas aquí desde que me ingresaron?

—Lucas y yo te trajimos, estamos aquí desde entonces —respondió—, y todos están fuera deseando verte.

—¿Todos? —Abrí los ojos y puse una cara graciosa—. Como sean todos de verdad nos echan del hospital —dije riendo.

Y ahí estaba yo. Operada tres veces, sin bazo y con un dolor que no me dejaba ni levantarme para hacer pis, pero rodeada de gente que me quería tanto como yo a ellos. Cualquiera diría que tengo mala suerte, con todo lo que me ha pasado; pero yo me siento la persona mas afortunada del mundo ahora mismo.

Lucas

Me tumbé con sumo cuidado al lado de Vega y saqué el dibujo que Vic había hecho para ella. Me hizo prometer por mi vida que se lo entregaría.

—Alguien esta deseando que te recuperes pronto y vuelvas a casa —dije al entregárselo.

Me llenó el alma ver el brillo de sus ojos al ver lo que Vic había dibujado y escrito. Yo ya lo había visto y también se me cristalizaron los ojos como a mi preciosa campanilla, quizá un poquito más.

—Es... —Apretó los labios para contener las lagrimas de emoción—, es precioso.

Lo era, por eso me hice el loco y pedí que me lo enseñase de nuevo.

—Mira. —Lo giró hacia mí con una sonrisa imborrable en los labios.

El dibujo era colorido a más no poder. En él salían muchísimas personas, pero los más grandes éramos Vic, Vega y yo. Nos había dibujado en el centro con ella en medio de los dos, dándonos las manos. Las sonrisas que nos había dibujado eran infinitas y de tan contentos que estábamos parecíamos asiáticos con los ojos achinados. Volaban mariposas y los rayos del sol tocaban nuestro pelo. Encima de la cabezas de cada uno, Vic había puesto los nombres: encima de la mía, papá; encima de la de ella, Vic con un corazón en la i; y en la de Vega, Vega. Los paréntesis que proseguían al nombre de Vega eran los que habían conseguido que se me cayese la baba, ponía: Vega (mamá).

Nos miramos cómplices y nos besamos con cariño.

—Ninguna niña de su edad tendría que ver las cosas que ha visto ella, ahora nuestro trabajo es hacerla feliz. Ser unos buenos padres.

No hay palabras suficientes, ni existentes, que describan lo que siento ahora mismo por esta preciosa mujer que tengo delante.

—Y el tuyo, ahora, es ponerte bien y recuperarte.

Besé su frente y esa fue la primera noche que dormí después de cinco días.

Vega

Ha pasado casi un mes pero, ¡por fin nos vamos a casa! Lucas está hablando con el médico bajo el quicio de la puerta mientras yo termino de meter mis cosas en la maleta que me ha traído mi madre.

Me despedí de las personas que me habían salvado la vida dándoles las gracias y entre a abrazos a alguna de las enfermeras con las que había cogido confianza.

El aire de la calle me trajo olor a verano, que estaba próximo, y a vida. Sentía que había vuelto a nacer.

Lucas

Soy el primero en entrar en casa porque sé a la perfección que Vic querrá correr hasta Vega para abrazarla y tengo que detener al torbellino para explicarle que puede llenarla de abrazos suaves, no de Popeye.

—Ya estamos en casa... —Abrí la puerta y Vic ya estaba corriendo hacia nosotros.

La pillé al vuelo antes de que llegase a Vega y le robé una carcajada dándole un beso-pedorreta en el cuello.

—Relaja... —pedí entre risas mientras se revolvía en mis brazos para que la bajase—, te bajo y la abrazas con mucho cuidado ¿vale cielo? Aún se le tiene que curar la pupa que tiene en la barriga.

—Vale —asintió y la bajé para que pudiesen saludarse.

Vic se tomó al pie de la letra lo que le había dicho y abrazó a Vega como si fuese una muñeca de porcelana. Los brazos de Vega rodearon a Vic y pude apreciar como las dos cerraban los ojos en lo que duraba el abrazo. No serían madre e hija, pero el lazo que las unía era irrompible.

—He estado súper preocupada por ti. —La vocécita de Vic se camufló entre el abrazo que aún mantenían.

—No sabes como te he echado de menos, enana. ¿Me acompañas a dejar las cosas? —Por supuesto, Vic asintió como respuesta.

Pasamos el resto de la tarde jugando a juegos de mesa, que era a lo que estaban jugando Vic y los padres de Vega cuando llegamos. Ayer nos dijeron que hoy darían de alta a Vega, por eso sus padres habían venido con Vic, para traerla de vuelta a casa con nosotros y poder recibir a su hija. Me ofrecí a acompañar en taxi a los padres de Vega hasta el conventillo, pero las calles de La Boca los habían encandilado tanto que preferían volver andando solo para poder disfrutar de la historia y la cultura de este precioso barrio.

Vega

Mis padres ya se habían ido, Vic dormía y yo estaba en el sofá junto al hombre de mi vida. —Me haces muy feliz, Lucas —expresé en voz alta lo que pasaba por mi cabeza en ese instante—. Estoy enamorada de mi vida contigo y cada día lo estoy más de ti. Uní mis labios a los suyos sin dejarlo responder. No necesitaba respuestas porque con Lucas tenía certezas. Sentí su móvil vibrar encima de la mesa y leí el nombre de Charly en la pantalla. —Que oportuno —se quejó—, lo cojo porque sino no va a dejar de llamar, ya lo conoces —dijo negando con la cabeza mientras atendía la llamada. —Dígamelo. No sabía que era lo que le había dicho Charly a través de la línea. Solo sé que Lucas se levantó de un salto del sofá, se disculpó conmigo y bajó corriendo con una sonrisa imborrable instalada en la boca. Me levanté con cuidado y teniendo que hacer un poco de esfuerzo, ya que aún me dolía la cicatriz del abdomen; pero aún así, me levanté y caminé poco a poco hasta el balcón que daba a la calle para asomarme a ver que era lo que estaba pasando. Me apoyé en la barandilla, cogí aire y me asomé. —Ole ole ole, ole ole ole, ole ole ole... — todos los chicos estaban dando saltos frente al portal de mi casa. Cantando y boleando sus camisetas. De repente, vi salir a Lucas y unirse a ellos. Lo vi quitarse la camiseta y empezar a saltar con sus amigos. No sabía que era lo que pasaba, solo sabía que era una buena noticia y mis ganas de preguntar ya no se aguantaban. Como tenía difícil lo de bajar, se me ocurrió gritar por el balcón. —¿Qué pasa? —alcé la voz lo más que pude, ya que gritar mucho me dolía. Los cinco levantaron la cabeza para mirar hacia arriba. —¡LO HEMOS CONSEGUIDO, PRECIOSA! —gritó Lucas sin poder dejar de sonreír— VAMOS A CUMPLIR NUESTRO SUEÑO... ¡VAMOS A GRABAR NUESTRO PRIMER DISCO! Sentí como la emoción de Lucas llegaba hasta aquí y me envolvía. Al final, todo eran buenas noticias.

Lucas

No me podía creer lo que iba a suceder en cuestión de segundos. Era increíble que después de tantos años, fuésemos a firmar el primer contrato de nuestras vidas con una discográfica conocida, para lanzar nuestro primer disco.

Nos miramos entre nosotros cuando el productor colocó delante de cada uno, la última hoja del contrato para que la firmásemos.

—La última firma la tenéis que hacer donde pone: hoy, dos de diciembre, de dos mil veintidós —informó el productor.

Cogí el boli que me había dejado junto a la hoja y firmé. Al hacerlo, no os puedo explicar la sensación que sentí, pero si que os puedo decir que mi pensamiento fue:

<<Sí, señor. Lo hemos conseguido>>

Vega

Llevamos esperando este día todo el mes. Desde el uno de diciembre, cada día que nos levantábamos con Vic, después de desayunar, tachábamos un día del calendario y hoy, por fin,

habíamos tachado el veinticuatro. Esta noche era noche buena.

Fue difícil tener entretenida a Vic hasta que llegó la hora de arreglarnos para irnos.

—¿Vas a ponerte el vestido rojo al final? —Le pregunté.

—Sí, a papá le gusta mucho —sonrió.

—Te queda muy bonito —aseguré.

Vic no tardó en meterse a la ducha y yo aproveché para preparar lo que íbamos a llevar mientras Lucas se duchaba también.

—¿Entras tú primero? Así yo preparo los regalos —susurré a sabiendas de que Vic estaba en la ducha y no podía escucharme.

—Vale —sonrió—, pero ven aquí y dame un beso antes, que sino no tengo fuerzas para levantarme. —Se hizo el muerto y se me escapó la risa.

Pegué mis labios a los suyos y sus manos bajaron directas a mi culo.

—Me has pedido solo un beso. —Alcé una ceja y vacilé divertida.

—Perdona, cariño, —Me dio un beso rápido—, no sé que les pasa que no me hacen ni puto caso. Ya les he dicho que tienen que esperar hasta que volvamos.

Me robó otro beso y desapareció dentro del baño. Yo me quedé sentada en el filo de la cama, pensando en cuanto amaba a aquel hombre.

La mesa del conventillo estaba más bonita que nunca y la comida que había sobre ella tenía una pintaza, como era costumbre por parte de Mabel y sus maravillosas manos.

Saludé a todos y mi mandíbula casi llega al suelo al verlas. —Nooo... —dije mirando a Lucas. —Esta vez no he sido yo. —Se encogió de hombros y sonrió. No esperé ni dos segundos y corrí hasta mi mejor amiga

para abrazarla.

—Eres una hija de puta. —Fue lo primero que solté—. ¡¿Por qué no me avisaste de que vendríaís?!

—Porque así funcionan las sorpresas, amiga mía —contestó Gabi—. Llegamos ayer por la mañana.

Solté a mi amiga para abrazar a Silvia.

—Hola, cuñada —sonreí al escucharla.

—Me alegro muchísimo de que estéis aquí —La emoción se notaba en mi voz.

—Y nosotras —contestaron al unísono antes de tirar de mí y acapararme durante un buen rato. —tenéis un trocito de mí, de mi corazón.

Lucas

—¿Quieres un babero, amigo? —Me ofreció Gabi al verme mirar embobado a Vic y Vega haciendo el tonto con unos duendes que colgaban del árbol que había en el patio—, tengo varios

tamaños para elegir.

Nuestras risas se mezclaron entre sí. Pasé mi brazo por su hombro y la estreché contra mí, al final se había ganado un hueco en mi corazón. En realidad, lo había tenido desde el minuto uno.

—Gracias por venir, Gab. Los últimos meses han sido bastante jodidos y tu eres un soplo de aire fresco para ella. —Ambos lo sabíamos.

—Nos separan muchos kilómetros, pero siempre estaré para vosotros cuando me necesites. Vega es mi familia desde que nos peleamos por un helado delante de su casa, —Recordó con una sonrisa—, ahora tú también lo eres, al igual que ella... tenéis un trocito de mí, de mi corazón.

La abracé fuerte, como los abrazos de Popeye que da Vic, me despedí de mi amiga y volví con mis dos chicas favoritas porque ya casi eran las doce y Papa Noel estaba al caer, pero primero había que brindar.

Vega

Ya estábamos en la mesa preparados para brindar y festejar la navidad en familia. Estábamos TODOS. Miré a mi alrededor y me sentí realmente afortunada. Estaba mi familia del conventillo, Lola y Carol, los chicos, mis padres, Gabi y Sil y a mi lado Vic y Lucas...

Esa noche solo eché en falta a una persona, a mi hermano.

Cuando el reloj marcó las doce, todos levantamos nuestras copas y brindamos.

Besos, abrazos y buenos deseos era todo lo que se escuchaba en el patio del conventillo.

—¡Feliz navidad! —gritó Vic regalándonos un mar de besos a los dos.

—¡Feliz navidad, princesa! —nuestras voces salieron al unísono y besamos a Vic al mismo tiempo. Lucas en una mejilla y yo en la otra. No duró mucho sobre los brazos de su padre, así que la bajó y se fue a esperar a que llegase Papa Noel con sus amigos.

Lucas me atrajo hacia sí como lo hacía en casa cuando estábamos solos, contagiándome la sonrisa que dibujaban sus labios.

—Feliz navidad, mi vida —dijo Lucas acercando su copa a la mía para brindar.

—Feliz navidad, mi amor. —Chocamos las copas y unimos nuestros labios en un beso cargado de todo eso que las palabras no nos alcanzaban para decir.

Las chicas y yo nos llevamos a los niños para entretenerlos y que entre todos pudiesen colocar los regalos debajo del árbol como si hubiesen aparecido como por arte de magia.

—Yo creo que si miramos al cielo, seguro que vemos como pasa su trineo volando. —Fue lo único que se me ocurrió para que no se girasen, la cosa era que no miraran al árbol mientras colocaban los regalos.

—Creo que he escuchado algo.

—No se ha escuchado nada...

—Que sí, seguro que eran las campanas que tiene el trineo

Los distraje para que no empezaran una discusión cuando lo que buscábamos era la distracción.

—Chicos... —Gabi se puso delante de ellos y solo recé para que se guardase su diccionario de palabrotas—, os voy a contar una cosa, pero me tenéis que guardar el secreto ¿vale? —Todos asintieron como si fuesen robots, prestando la misma atención—. Papa Noel es amigo mío y me ha dicho que la paciencia es la madre de la ciencia y...

No pude contener la carcajada que salió por mi boca y Gabi tampoco. Los niños la miraban como si le hubiesen salido tres cabezas y de cada una de ellas brotaran flores. Terminé de secarme las lágrimas de los ojos a causa de la risa y me agaché a la altura de ellos para decirles que se girasen. Por suerte, ya habían conseguido colocar todos los regalos sin ser pillados en plena faena.

—Shh... ahora si que se ha escuchado algo chicos. —Me hice un poco la interesante y abrí los ojos exageradamente cuando miré hacia el árbol que estaba detrás de ellos —.¡Ya ha pasado Papa Noel y no nos hemos dado ni cuenta!

Gabi se colocó a mi lado y me ofreció una copa que tuve que rechazar por la medicación que todavía estaba tomando.

—Tu te lo pierdes... —dijo mientras se la bebía ella—, al final se han quedado contentos con mi explicación.

—¿La paciencia es la madre de la ciencia? —De nuevo risas a borbotones.

Gabriela era una de esas personas que te dan vida porque dejaba luz por donde pasaba. Era mi persona vitamina y lo iba a ser toda mi vida.

Lucas

La fiesta había acabado y ya estábamos de vuelta en casa. Vega abrió la puerta y yo pasé después de ella con Vic en brazos, que se había quedado frita en el taxi cuando volvíamos.

Vega abrió la cama para que yo pudiese dejar a Vic. La arropamos y le dimos las buenas noches, aunque ya estuviese dormida.

Me detuve en el quicio de la puerta y observé a mi hija dormir mientras escuchaba las palabras que el médico nos había dicho el día que Vega se despertó.

<<Dudo mucho que pueda concebir hijos>> volví a escuchar su voz en mi cabeza.

Cogí la mano de Vega para que no se fuese aún y viese la misma imagen que había visto más veces, ver dormir a Vic. Solo que esta iba a ser diferente.

—Me da igual lo que haya dicho ese médico, mientras haya una mínima posibilidad de que seamos padres, lo intentaremos. —Cogí su rostro entre mis manos—. Da igual si lo somos en un año, cinco o diez. Solo se que, cuando lo seamos, serás una madre maravillosa. De hecho, ya lo eres.

Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de Vega y la atrapé con el pulgar antes de abrazarla. La cogí en brazos y caminé con ella hasta la cama entre besos y caricias que no quería que acabasen, solo que fuesen a más.

Vega

Mi cabeza reposa sobre el pecho de Lucas después de hacer el amor durante horas. Sus latidos acompasados me recuerdan a las olas del mar chocando contra las rocas al ritmo del viento mientras rompen en ellas. La paz que siento ahora mismo no la había sentido nunca. Lucas siempre había sido mi puerto seguro, ahora era mucho más. Era mi galaxia entera.

Si me paro a pensar en todos estos años me doy cuenta de que, mi chico de rizos del color del sol y yo, habíamos pasado por todas las fases habidas y por haber.

Recuerdo que al entrar al conventillo me encontré al gracioso de turno columpiándose en la silla con cara de prepotente, ahora pienso que no podía estar más equivocada. Al final acabé enamorada del chico de los pocos caramelos en el tarro.

Se fue ganando mi confianza poco a poco, y sin darnos cuenta, ni el ni yo, nos hicimos inseparables; tanto, que la gente ya sabía cómo íbamos a acabar, cuando ni siquiera lo sabíamos nosotros.

Nunca me dejó sola, ni cuando volvió a aparecer el capullo de Martín; ahí sí que me comporté como una completa idiota por tener una venda en los ojos que, al final, acabó cayendo por su propio peso. Y es que no podía ser de otra manera.

También recordé nuestro tejado. Siempre sería nuestro. Las risas, las cervezas y los besos robados en medio de la discoteca, cuando aún confundía su amistad con un amor que me había arrasado por completo; derribando todos los muros que había en mi interior y construyendo unos más sólidos que no me aislaban del resto de mortales. Ni yo misma me había dado cuenta de lo real que era, o no lo sabía ver porque era demasiado real. Algo que nunca había llegado a palpar con mis dedos, algo que solo había visto en las películas. Ahora vivo la mía propia, de la que soy protagonista.

Siento como los dedos de Lucas pasean por mi espalda hasta llegar a mi cuello y colarse entre mi pelo.

—¿En que piensas? —preguntó.

—En todo —contesté levantando la cabeza para mirarlo—, pensaba en todo lo que hemos vivido hasta ahora, en nosotros... pensaba en que soy realmente feliz, en que por fin tengo todo lo que quiero tener. No necesito nada más, solo esto.

Sonreí y le besé.

—Cásate conmigo, Vega —pidió.

Lo miré, buscando un atisbo de broma; No encontré ninguno.

—Sabes que juré que nunca en mi vida me iba a casar con nadie, ¿no? —Su semblante cambió de repente.

Boqueé como un pececillo antes de volver a hablar.

—¿Eso es un no? —Su voz salió casi como un susurro.

Ya no podía contener más la sonrisa y dejé de hacerme de rogar.

—Eso es un sí —respondí con total seguridad—, contigo la respuesta siempre será un sí, hasta el final de mis días.

EPÍLOGO

Cinco años después...

Joder, Joder, Joder, joder... Siempre llego tarde a todas partes, pero hoy es un día especial y no me lo puedo permitir. Es nuestro día. Tengo que ser más veloz que un rayo para llegar a tiempo de recoger a Lola, ya que es la que lleva los anillos. Cuando pienso en Lola, el corazón me da saltos de alegría y sé que está emocionadísima por entregárnoslos en el altar; lo que me recordó que en cuanto lograra subirme al coche, sin pisarme el vestido y sin mancharme ni un ápice, tenía que llamar a mi madre para que la mantuviese alejada del chocolate. Sobre todo del

chocolate.

Levanté la tela del vestido con cuidado, sin arrugarlo mucho y sin que tocara el suelo para meterme dentro del habitáculo con los nervios a flor de piel. El bello de todo mi cuerpo se había erizado al sentir el contacto de mis muslos desnudos contra el frío cuero del asiento del coche. Miré al conductor, indicándole con un golpe de cabeza y una sonrisa amable, que ya podía iniciar la marcha. Como si la hubiera llamado con la mente, me iba a ahorrar el llamar yo a mi madre porque ya lo estaba haciendo ella.

Saqué el móvil de la cartera de mano que llevaba y contesté: —Hola, mamá.

—Hola cielo, dime que estas de camino... —pidió y supe, sin necesidad de verla, que estaba poniendo los ojos en blanco.

—Sí, llego en diez minutos. Estoy nerviosa —confesé.

—Va a salir todo genial. Llevamos muchos meses preparándolo, no tienes por qué preocuparte, mi niña —Intentó tranquilizarme, cosa que iba a ser casi imposible.

—¿Y Lola? —pregunté.

—Con Gabi y Carol, en el patio de flores, haciendo el ramo. —Aquello me robó una sonrisa.

—Genial mamá, nos vemos ahora.

—Aquí te esperamos. Hasta ahora. —colgué.

Volví a meter el móvil dentro de la cartera de mano y la sujete sobre mis rodillas, que parecían de gelatina.

No quedaba mucho para llegar al lugar donde se iba a celebrar la boda y mis nervios iban en aumento. Me senté en el asiento de en medio y ladeé la cabeza para mirar mi peinado en el espejo retrovisor del coche. Gabi, Silvia, Sol, Romi, Lola y Carol se lo habían currado mucho: un moño bajo lleno de perlas blancas, con flores diminutas incrustadas en él y un mechón de pelo suelto a cada lado de mi cara. El maquillaje también lo habían bordado: un combinado de sombras blancas y doradas, para crear un sutil efecto de brillo sobre mis párpados, acompañadas de un rímel que realzaba mis enormes pestañas naturales; un poco de colorete, casi imperceptible, sobre las mejillas y brillo en los labios. Era sencillo pero elegante, no podía asistir a mi boda pintada como una puerta; a parte de que no quería escuchar las quejas de mi querida madre en uno de los días más especiales de mi vida. Entonces pensé en él. ¿Se habrá peinado? Sí, pensé en su pelo. Con tanta entrevista y tanto famoseo desde que sacaron el nuevo disco, nos tuvimos que acostumbrar a varias cosas que, a veces, molestaban bastante; pero hoy era un día feliz, así que vamos a resumirlo en que lo de ponerse trajes de vez en cuando... bueno, lo lleva medio bien. El tema del pelo... eso sí que era entrar en terreno pantanoso. Se me escapó la risa al recordar el día en que Carol y Lola quisieron engominárselo.

—Vaaa... —Carol lo sacudió de la chaqueta—, no puedes ir con esos pelos querido amigo, y menos hoy, que es tu gran noche. —Le recordó mientras lo cogía por los brazos y Lola por la espalda para sentarlo.

Hacía un año que nos habíamos mudado a Nueva York debido a tanto trajín de viajes por temas de la banda. Casi cada fin de semana estábamos de aquí para allí, por no decir todos; así que, una mañana al levantarnos, decidimos que lo mejor sería instalarnos donde estuviese el estudio de grabación y producción, facilitándonos las cosas. Sobre todo a Lola, que no soportaba estar en el avión muchas horas y se resignaba a quedarse en Argentina mientras yo me marchaba a

Nueva York. Miré la escena y nos imagine a todos juntos en el patio del conventillo. La voz de Lola me devolvió a la habitación del hotel.

—¡Ayúdanos perraca! —Pidió sujetando a Lucas para que no se zafase.

Miré la estampa que tenía delante y sonreí de oreja a oreja mientras comencé a avanzar; lo que no sabía era si en ayuda de mis amigas o al rescate de mi novio. Me decanté por lo segundo, ya le habíamos hecho ponerse un traje. Peinarlo sería una tortura china.

—A ver... —Lola y Carol se hicieron a un lado y me quedé en frente de un Lucas que me miraba expectante. Mis dedos alcanzaron sus rizos y los movieron ligeramente a la vez que yo movía la cabeza de un lado a otro, como si lo estuviera examinando y pensando en lo que se podía hacer con su pelo. Nada más lejos de la realidad—. Está guapísimo así ¿Por qué queréis peinarlo? —pregunté a la vez que me sentaba sobre el regazo de Lucas y rodeaba su cuello con mis brazos.

—Contaba con tu ayuda, no con tu opinión. —Soltó Lola divertida—. Estás demasiado enamorada como para ser objetiva.

Acababa de decir una verdad como un templo, así que me limité a asentir. La risa de Lucas sobre mi cuello me erizó la piel.

—¿Y tú de que te ríes? —Le preguntó Carol.

—De que os habéis quedado sin aliada. —Les sacó la lengua como si fuese un niño pequeño.

—En realidad, no contábamos con ella —habló Lola—, por eso...

La sonrisa malévola de mis dos amigas, y no precisamente mirándonos a nosotros, me hizo saber que había alguien más en la habitación, concretamente detrás nuestro. No llegué a girarme a tiempo.

—¡Venga ricitos de oro, péinate un poco! —Las manos de Gabi llenaron el pelo de Lucas de gomina en dos segundos, creando un look muy a lo Tim Burton.

Me olvidé de mi novio por unos segundos y corrí a abrazar a mi amiga, que fue más consciente que yo de no tocarme el vestido.

—¡¿Cuándo has llegado?! —pregunté emocionada.

—Llegué antes de ayer. —Desvió la mirada hacia las dos locas que estaban de pie, sonrientes—.

Me quedé en el hotel con estas dos y, en teoría, tenía que aparecer por sorpresa después de la gala pero... me aburría en el hotel y ya había vaciado el mini bar. —Se encogió de hombros y nos echamos a reír—. Así que... ¡sorpresa!

Llevaba seis meses sin verla. Me olvidé del vestido y me uní a ella en un abrazo al que seguidamente se unieron Carol y Lola. Cuanto bien me hacía tener a esta panda de locas cerca. Me daban vida. Nos separamos y nuestras cara hablaban por sí solas. Hablaban de muchas cosas. De momentos felices, divertidos y alocados. De cuanto nos queríamos y de lo mucho que nos alegraba volvernos a ver. Hablaba de lo necesaria que era la amistad para nosotras y de lo mucho que la cuidábamos y regábamos cada día. Hablaba de familia, de almas y no de ciencia. Hablaba de corazones unidos por un hilo rojo, porque la amistad también es amor.

—¡Estáis puto locas! —Exclamé con una alegría que me hinchaba el pecho.

—Confirmo. —La voz divertida de Lucas me recordó que aún seguía sentado en la silla.

Las cuatro nos giramos a mirarlo y nos encontramos a mi precioso chico señalándose el pelo con cara de socorro. No pudimos evitar las carcajadas que brotaron de nuestras gargantas al ver el cuadro que teníamos delante. Di unos pasos y enredé los dedos en su pelo para ver cuanta cantidad de gomina le había puesto la perra de mi amiga. Seguramente que casi todo el bote. Arrugué la nariz al notar la viscosidad en mis dedos, lo que me confirmaba que Gabi se había pasado.

Alcé la vista y me encontré unos ojos marrones mirándome con curiosidad.

—¿Qué haces? —preguntó sonriente al verme palpar la gomina con los dedos.

—Comprobar si te hace falta una ducha —sonreí picarona. Al final mis amigas me iban a hacer un favor y todo—; y sí, te hace falta. —Le guiñé un ojo y lo besé.

Quizá me pegué demasiado a sus labios porque no carraspeó una de mis amigas, sino las tres.

—Aún estamos aquí ¿eh?... —La voz de Lola llegó a mis oídos haciéndome sonreír sobre la boca de Lucas antes de separarme de sus labios, pero no de él—, un poquito de respeto a las que pasamos hambre.

Recuerdo que una vez Lucas dijo que Lola era Gabi, pero potenciada. Que razón tenía.

—¡Pero si tienes a tu novio aquí al lado! —respondió Carol.

—¡Eso! —Ahora volvía a hablar Gabi—. Yo he tenido que venir sin Silvia. No sabes lo que son dos días sin que te coman el...

—¡Calla guarra! —Le lancé un cojín que pille de la silla. De verdad que si había alguna manía que nunca iba a abandonar, era esa.

—¡Guarra tú! —Me señaló divertida—, que vas a echar un polvo en la ducha con el guitarrista más deseado del momento.

Sonreí con suficiencia, dándole a mi chico un repaso de pies a cabeza mientras mi estómago daba volteretas. Lo que sentimos es tan real que aunque le fueran detrás miles de tías, incluso las más buenorras del planeta, yo me sentaría tranquilamente en una silla (palomitas incluidas) a mirar como Lucas las despachaba a todas, una por una. Confiaba ciegamente en que Lucas me elegiría una y mil veces, igual que él tenía la certeza de que yo haría lo mismo. Lo elegiría en esta y en mil vidas más.

El corazón se me hizo un poquito más grande para dar lugar al amor que crecía con los años. Imparable y descontrolado. Volví a girarme hacia mis amigas para hablar:

—Sí —afirmé llena de valentía y amor por igual—, y si no os vais ya, no nos va a dar tiempo. —Ladeé la cabeza y les mostré mi mejor sonrisa, dientes incluidos, a la vez que abría la puerta instándolas a salir.

Salieron de una en una, con despedida personalizada incluida. La primera fue Gabi.

—A lo mejor la gomina te sirve para cosas entretenidas, amiga. —Alzó las cejas y salió por la puerta después de darnos un abrazo.

La siguió Carol.

—Eres una zorra con suerte, nos vemos en un rato. —Besó mi mejilla y salió.

Lola fue la última.

—Eres una mala influencia, ahora me obligas a desarreglar a Tato, —Hizo una mueca divertida con la boca—, ¡con lo guapo que estaba con la corbata bien puesta!

—¡Y con el cinturón! —soltó Gabi al otro lado.

Eran tal para cual. En serio, no sé qué haría sin ellas. No me salió decirles otra cosa que la verdad.

—Chicas... —Apoyé la cabeza en el filo de la puerta y las observé detenidamente unos instantes—. Sois las mejores, en serio. Os quiero a rabiar. No cambiéis nunca.

Creo que las cuatro hicimos pucheros antes de abrazarnos por última vez y despedirnos hasta la hora de la gala.

Cerré la puerta y apoyé la espalda en ella dejando al alcance de mis ojos a mi rubio favorito. Lucas me miró y comenzó a avanzar hacia mí, quitándose la ropa por el camino. No era más guapo porque sería ilegal. Contemplarlo sería algo de lo que no me cansaría ni en esta vida ni en las siguientes. Aún llevaba puesta la corbata y deseaba que llegase a mi altura para que me pidiera hacer eso que me encantaba.

—¿Me ayudas a quitarme esta cosa? —pidió mientras tiraba de la corbata y acercaba sus labios para besarme.

—Te ayudo a quitarte lo que quieras, chico guapo.
Fue una de las mejores noches de mi vida.

La voz del conductor me devolvió al interior del vehículo.

—Estamos llegando, señorita —anunció mirándome a través del retrovisor.

—Gracias —contesté y asentí a la vez.

Cerré los ojos e inspiré profundamente. Miles de recuerdos nuestros me vinieron a la mente y sonreí mordéndome el labio inferior, conteniendo la magnitud de esta. Sonreía porque estaba lista.

Lista para bajarme del coche e ir a casarme con el amor de mi vida; para seguir creando miles de recuerdos más. Los volví a abrir cuando sentí que el vehículo se detenía sobre la tierra de lo que sabía que era el camino de entrada a la masía. El sonido del neumático estaba grabado en mis oídos de todas las veces que habíamos tenido que visitar la masía para la preparación de la boda. El conductor se bajó del coche para abrirme la puerta muy amablemente. Cuando salí del interior, me encontré a las cuatro damas de honor más guapas de todo el planeta tierra caminando hacia mí. Estaban radiantes.

Entre las cinco habíamos elegido los vestidos que llevarían. No eran blancos, pero sí de un azul cielo muy clarito; nos pareció que combinaría perfectamente con el color del mar. Sí, he dicho mar. La masía estaba casi a pie de playa, donde seguiría la fiesta cuando todos estuviésemos borrachos como cubas. Seguro que más de uno acababa metido en el agua, mientras que los más decentes —si es que había alguno—, seguirían la fiesta en el interior.

Se plantaron las cuatro delante de mí y pude ver la ilusión brillando en sus ojos.

—¡Estas preciosa! ¡De revista, nena! —Carol y Lola sonreían orgullosas.

Sonreí.

Mis ojos encontraron los de mi mejor amiga, que aún me miraba de arriba abajo, fascinada.

Sabía todo lo que había detrás de esa mirada. Gabi ya me había visto lucir un vestido blanco de novia en las pruebas previas al desastre con mi actual cuñado —de esto os enterareis más adelante—, lo que pasaba es que era solo eso, una prueba. Las dos lo sabíamos ahora.

Nos miramos y supimos que todo había pasado tal y como tenía que pasar para que el vestido de novia que adornase mi cuerpo el día de mi boda fuese este; que no podría ser más perfecto.

—Dios... —Gabi se tapó la boca con ambas manos, para después mostrar una sonrisa antes de volver a hablar—, pensé que nunca te volvería a ver embutida en uno de esos, amiga —sonrió y avanzó unos pasos para abrazarme con ese cariño que solo daba a quien amaba de verdad. Era afortunada—. No voy a llorar porque hoy sí que me ha salido bien la raya de gato, —La carcajada que solté fue inevitable—, pero como te pases diciendo cosas bonitas en los votos y de mis preciosos ojos salga una sola lagrimilla que estropee esta maravillosa obra de arte, a tu futuro marido lo dejo viudo. —Ahogué una risa sobre su cuello y me aparté para mirarla—. En serio, te mereces esto y todo lo bueno que te de la vida, mi niña.

Ya me empezaba a temblar el labio inferior y sabía que, si no se callaba ya, la que iba a llorar antes de los votos era yo.

—Calla que lloro. —Le di un pequeño golpe en el hombro antes de separarme de ella y mirar a todas mis chicas—. Estáis todas guapísimas. Os quiero.

Ahora el abrazo fue conjunto. Mis chicas, no sé qué haría sin ellas. Sí, lo he dicho más de un millón de veces, pero me da igual; hoy es mi día y puedo decir lo que quiera. Sonreí ante mis

pensamientos y me encaminé con ellas hacia el interior de la masía, donde estaba mi padre esperándome para entrar al jardín donde me esperaba Lucas.

Toda yo era un manojo de nervios y las mariposas en el estómago, como cuando tenía quince años, me hacían sentir esas cosquillas que te producen las primeras veces. Se arremolinaron en mi vientre para después recorrer mi cuerpo entero. Mientras subía los escalones hacia la puerta de entrada, mis pulsaciones se incrementaban y el corazón me latía de una manera que nunca había sentido.

La palabra amor se quedaba corta para describir lo que sentía por el maravilloso hombre que me estaba esperando de pie, en el jardín, junto al altar. No me saltaría ni un segundo de todo lo que vamos a vivir hoy, pero si pudiese, me quitaría los tacones en este mismo instante para ir corriendo en su busca; me colgaría de su cuello, hundiría mi nariz en él para respirar hasta la última gota de su aroma y me quedaría ahí hasta que dijese eso de “puede besar a la novia”. Llegué hasta mi padre, que me esperaba de pie junto a la puerta que llevaba al jardín, la misma por la que iba a salir cogida de su brazo para llegar hasta el amor de vida. Nos fundimos en un abrazo que no podría explicar, ni en mil años, cuanto sentimiento contenía. Disfrute del momento y de sentirme como una niña entre sus brazos.

Cuando nos separamos nos miramos a los ojos, ambos emocionados.

—Eres la novia más guapa del planeta tierra. —Besó mi mejilla y se corrigió—. Que digo del planeta tierra... ¡Del universo entero!

—Gracias, papá. —Le devolví la sonrisa que me estaba regalando—. Estoy nerviosa —confesé.

—Pues no quieras verlo a él, que está hecho un flan el pobre. —¿Tienes mis votos? —si había algo que no podía olvidar era eso.

Me enseñó un papel que salía de su bolsillo y respiré tranquila. Le ofrecí el brazo a mi padre, haciéndole saber que estaba más que lista para casarme con el hombre de mi vida. Enredó su brazo con el mío y abrió la puerta. Fue dar el primer paso y empezar a escuchar la marcha nupcial, consiguiendo que todo se ralentizase y así capturar el momento de por vida en mi corazón, sin perderme ningún detalle.

Estaban todos. Saludé sonriente a toda mi familia del conventillo, que ya desbordaban la misma emoción que comenzaba a abordarme a mí. Continué avanzando y conectando miradas. Mabel y Ángel no ocultaban sus lágrimas de la emoción; Romi y Sol, que se encontraban a su lado, tampoco. El camino hacia el altar no era un camino largo, pero contenía los pasos suficientes para que me inundase todo el amor de los presentes; lo que me hacía sentirme más querida que nunca.

Vi a mi hermano y a su chica, a la que no había tenido el placer de conocer hasta la semana pasada, cuando llegaron para instalarse en el hotel y poder asistir a la boda; pero sabía de buena mano que era un amor de persona. A su lado se encontraban Bianca y Joel, que sostenía a mi sobrina Alma en brazos. Les devolví la misma sonrisa sincera que ellos me dedicaban y fue imposible no recordar la emoción que sentí el día que Alma volvió a unirnos.

Que mis padres tuviesen que volver a España era una mierda, pero lo entendía. Toda su vida estaba allí.

El abrazo que le estaba dando a mi padre en la puerta de embarque se me estaba antojando demasiado corto para todo el tiempo que íbamos a estar separados; aún así, me separé de él para abrazar a mi madre, que ya tiraba de mi camiseta cual niña pequeña llamando mi atención. Al girarme, me la encontré con los ojos bañados en lágrimas y el corazón se me encogió como una pasa.

—Mamá... —Abrí los brazos para estrecharla entre ellos y las lágrimas resbalaron por mis

mejillas sin control alguno.

—Ay hija..., no sabes qué difícil es irse y dejarte aquí — dijo con voz temblorosa.

Sí, lo sabía. Aún estaban conmigo, pero se acercaba el momento en el que se alejarían para desaparecer entre el gentío de la terminal y no estaba preparada.

—Nos veremos pronto, te lo prometo —dije separándome de ella, pero sin deshacer el abrazo. Nos quedamos mirándonos durante un tiempo considerable sin que ninguna de las dos pronunciase ni media palabra. Fue mi madre la primera en hablar, pidiéndome algo que aún no estaba segura de poder darle.

—Lámala, por favor —pidió con una media sonrisa.

—Mamá, ya lo hemos hablado...

Y tanto que lo habíamos hablado, lo que pasa es que mi madre era así de oportuna. Aunque vamos a cambiar la palabra oportuna por lista, porque sabía a la perfección que me ablandaría si me lo pedía entre las lágrimas de la despedida.

—Alma no tiene culpa de nada y te mueres por conocerla —sentí su voz llegar a mí a la vez que apoyaba su cálida mano sobre mi hombro.

Si me giraba y miraba a los ojos oscuros de mi rubio, sabía que no pasarían ni dos segundos antes de que sacase el móvil del bolsillo para llamar a Bianca; porque si había algo que deseaba con todas mis fuerzas era conocer a Alma, mi sobrina.

Me perdí en mis pensamientos al mirar a Vic, que estaba junto a su padre. Era cierto que los niños no tenían culpa de nada, pero no sabía si podría perdonar a Bianca por haberme fallado de la manera que lo hizo; además, ahora Joel era su marido y el padre de su hija.

Ahora sí que me giré para mirar a Lucas y al hacerlo no pude seguir haciéndome la dura, así que le dije que sí, que lo haría.

—La llamaré —dije mientras volvía a girarme y me encontraba con la sonrisa ilusionada de mi madre.

—Gracias, cielo.

Terminamos de despedirnos entre besos salados que ya se añoraban y abrazos que se nos estaban antojando demasiado cortos. Me empapé lo más que pude de ellos antes de que desapareciesen dentro de la puerta de embarque.

Volvimos a casa en taxi y mis pensamientos se perdieron en las calles por las que transitaban mis ojos. Quizá Bianca no pudo evitarlo porque el amor que sentía por Joel era demasiado grande. Aquel pensamiento guio mis ojos hacia Lucas, que miraba absorto por la ventana mientras acariciaba el pelo de Vic; y esta, como siempre que se subía a un coche, ya se había quedado dormida sobre su regazo.

Una sonrisa tierna asomó a mis labios; quizá ahora era capaz de entenderlo porque era justo lo que me había pasado con Lucas. El amor es una ola que llega y arrasa con todo, imposible de parar. Te desarma por completo y te entrega en bandeja a la otra persona. Ojo, que esto no justifica ni las mentiras ni lo mal que me lo hicieron pasar ocultándomelo; les faltó valor para decírmelo.

Respiré profundamente y me liberé de todo lo que me había estado ahogando todos estos años. Por mucho que dijese que no me importaba, ahora podía reconocerme a mí misma que era algo que tenía clavado y que no merecía seguir prolongando aquel dolor. Era más fácil soltarlo. Todos nos equivocamos alguna vez en la vida, y esa fue por amor.

Saqué el móvil del bolsillo para enviarle un mensaje a Bianca cuando oí hablar a mi chico favorito.

—¿Vas a llamarla? —preguntó con suavidad mientras sus labios dibujaban una sonrisa.

—Empezaré con un WhatsApp, después ya veremos —contesté mientras buscaba el número que me había grabado mi madre.

—Toda nueva historia tiene un nuevo comienzo. —Se inclinó para besar mi mejilla.

Cuanta razón tenía siempre que las palabras salían de su boca. No podíamos retomar la vieja historia, estaba empañada de mucho dolor y rencores innecesarios que, hoy en día, ni tenían ni quería que tuviesen espacio en mi vida.

Me quedé con el beso lleno de ánimos que Lucas había dejado sobre mi mejilla y tecleé el primer mensaje de los muchos que iban a venir.

Vega: *Hola, Bianca. Soy Vega. Mamá me guardó tu número y también me contó que soy tía. Estoy deseando conocer a Alma. Por cierto, es un nombre precioso. Si queréis, claro.*

No esperaba una respuesta tan rápida y me sorprendí con mi propio gesto al sentir como mis labios se ensanchaban y los nervios se arremolinaban en mi estómago al escuchar el sonido de que tenía un nuevo mensaje.

Bianca:

Hola, Vega.

Claro que queremos, Alma está deseando conocerte.

Ese fue el día que nuestro pasado quedó atrás y comenzamos a construir el futuro.

Mi madre estaba en primera fila junto a los abuelos de Lucas; los tres llorando como magdalenas.

En cuanto mis ojos llegaron a los de él, no podía dejar de mirarle; estaba más guapo que de costumbre. Lucas llevaba un smoking negro que le quedaba a la perfección y su sonrisa... hoy brillaba más que nunca. A través de mi vestido se podían apreciar mis latidos desbocados e impacientes por llegar a él. Desde ese momento, Lucas y yo ya no pudimos dejar de mirarnos. No existían los presentes; conforme iba avanzando por la alfombra blanca solo podía verlo a él. Mi padre soltó mi brazo y tomé la mano que me ofrecía mi futuro marido para subir al altar. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza al sentir sus dedos rozar los míos para unir nuestras manos.

—No sé si voy a poder concentrarme en otra cosa que no sea mirarte. —Besó mi mejilla y sonreí — Estás preciosa.

Mis mejillas se encendieron como la primera vez que me dijo un piropo a conciencia. Algo que había llegado hace mucho pero que seguía sintiendo como nuevo.

—Tú estas increíble —respondí.

Después de mirarnos durante largo rato, nos vimos capaces de prestarle atención al cura.

La ceremonia había comenzado con un discurso sobre el amor. Sí, el típico discurso que le dan a todas las parejas que pasan por un altar para casarse.

Cuando parecía que el señor cura iba a hablar eternamente, finalizó su discurso y pidió que entrasen con los anillos para decir los votos.

Lucas y yo nos miramos, orgullosos y con el alma rebosante de amor, cuando vimos a Vic y Lola caminar hacia nosotros de la mano, para entregarnos los anillos. Las dos estaban preciosas con sus vestidos blancos.

Se colocaron cada una en su sitio: Vic a mi lado, para darme el anillo que iba a colocarle a su padre y Lola al lado de Lucas, con el anillo que él iba a colocarme a mí.

—Ahora, —El cura hizo una pausa—, los votos.

Primero los dijo Lucas, después le seguí yo.

Yo, Lucas:

Prometo peinarme más a menudo, aunque sé que amas mi nido de pájaros.

Prometo ser tu amigo y compañero en todas las locuras que se te presenten.

Prometo ser tu cómplice cuando lo necesites y cuando no, también.

Prometo hacerte feliz, tanto que explotes de felicidad. Prometo robarte sonrisas cada día, hasta el fin de nuestros días.

Prometo respetarte más de lo que puedas llegar a hacerlo tu misma.

Prometo regalarte canciones infinitas que puedas escuchar en bucle y alguna que otra rosa.

Prometo serte fiel en esta vida y en todas las que te busque, porque créeme que lo haré.

Prometo regalarte mi vida y amarte con el alma, campanilla, porque el alma nunca muere.

El cura le indicó a Lucas que ya podía coger el anillo y ponérmelo. Asintió y se agachó para hablar:

—¿Me das el anillo de mamá, cielo? —le pidió Lucas a Lola.

—Toma, papi —dijo con esa vocecita tan cantarina.

Lucas le dio las gracias antes de besarle la mejilla y volver a mirarme. No dejó de hacerlo ni un segundo mientras deslizaba el anillo por mi dedo anular y yo me perdía en la profundidad de sus ojos. No tenía palabras para describir lo que estábamos sintiendo, pero nuestras lágrimas de alegría hablaban por sí solas.

Ahora era mi turno.

Yo, Vega:

Prometo ser tu fan número uno y gritar hasta quedarme sin voz en todos tus conciertos.

Prometo dejarme sorprender y sorprenderte todos los días de tu vida.

Prometo cantar, aunque desafíe, porque en el fondo sé que te encanta que lo haga.

Prometo serte fiel hoy y siempre.

Prometo seguir siendo contigo, por más años que pasen. Prometo darte mis días buenos y estar en tus días malos. Prometo amarte tanto que no sepas que hacer con tanto amor. Prometo que seremos eternos, aunque esa promesa ya la hayamos cumplido.

El cura, al igual que a Lucas, me indicó que procediera a ponerle el anillo.

Vic me entregó el anillo y, aunque ya estaba llorando hacia un buen rato, las lágrimas que brotaban ahora de mis ojos eran por ella, porque se había convertido en una preciosa mujercita de doce años, de la que estábamos completamente orgullosos.

—Gracias, mi niña. —Cogí el anillo y la abracé.

Volví a mirar a mi rubio, que ya me tendía su mano para que le colocase el anillo. Lo hice lentamente, disfrutando el momento de la unión, sin dejar de mirar a los ojos al hombre del que estaba perdidamente enamorada, aunque pasasen los años.

Unimos nuestras manos y los dos, ya con los anillos puestos, nos volvimos a poner frente al cura para terminar la ceremonia.

—Ahora sí. Hijos míos, yo os declaro marido y mujer. Ya podéis besaros.

Creo que ya lo estábamos haciendo antes de que el cura nos diese el beneplácito. Era un beso húmedo y salado, lleno de amor, alegría, pasión y complicidad. Era un beso eterno que nunca se podría igualar ni comparar a ningún otro.

Chiflidos, gritos y celebraciones era todo lo que nos rodeaba.

—Te amo, señora Guzmán —sonreí sobre los labios de mi marido y él sobre los míos. Cuando por fin nos separamos, nos dimos cuenta de que todos estaban llorando como magdalenas, algo que me llenó el corazón; y por la mirada que me dedicó Lucas, a él también. Abrazamos a nuestras hijas y las felicitamos por lo bien que lo habían hecho. Estábamos criando a dos niñas maravillosas que solo hacían que multiplicar nuestra felicidad. Cuando pensábamos que no iba a conseguir quedarme embarazada, dejamos de intentarlo; hasta que hace dos años... me quedé sin planificarlo y aquí está Lola, con apenas un añito, haciéndonos los padres más felices del mundo con sus travesuras y sus aventuras. A su hermana la tiene un poco más frita que a nosotros ya que Vic acaba de entrar en esa edad de “no toques mis cosas, enana” que nos hace mucha gracia. Y después de todo esto, aquí nos encontramos. Celebrando que no me casé con Joel porque iba a casarme con Lucas. Celebrando lo que hizo Martín, porque gracias a ello acabé en el conventillo, conociendo al amor de vida. Celebrando la vida y el amor, porque si había algo que no faltaba en esta familia, era eso. AMOR.

AGRADECIMIENTOS

A ti, querido lector, por adentrarte en esta historia y vivirla junto a sus personajes y junto a mí. Porque, ¿qué sería de nosotros, los escritores, sin vosotros, los lectores? Gracias por darnos las ganas, la valentía y los sueños para poder crear historias como estas.

Gracias a mis hijos; Yanira, Izan y Currito. Sois el motor de todo.

Gracias a Marc, mi marido, por salvarme de bloqueos, por despegarme del ordenador cuando se mezclaban las letras en mi cabeza y por estar. Gracias por eso.

Gracias a Claudia, mi madre, por apoyarme siempre incondicionalmente y enseñarme como es el amor de calidad. El de verdad.

Gracias a Marcelo, mi padre, por luchar esa guerra que no era tuya como si lo fuese. Tú siempre serás mi sangre.

Gracias a Juan Manuel, mi hermano, porque, aunque no me lea, lo quiero con locura. Juanma, siempre vas a ser mi trozo de costilla y mi talón de Aquiles.

Gracias a Vanesa y Fabiana, mis tías, por regalarme anécdotas que pude plasmar en el papel. Sois únicas.

Gracias a Mirta y Emilio, mis abuelos, por hacerme sentir siempre tan querida y por enseñarme que el amor de verdad existe, que lo traspasa todo y que aguanta hasta la peor de las tempestades.

Gracias a Merche, mi amiga, mi hermana, y mi alma gemela, por regalarme un personaje tan importante como el de Gabi, por las risas infinitas, por compartir el mismo desequilibrio mental que el mío, y por siempre hacerme los coros, en las canciones, y en la vida.

Gracias a Cristina, mi cuñada, por estar a las dos, tres y cuatro de la mañana. No es que tenga complejo de reloj, es que es una de las mejores personas que he conocido en el mundo.

Gracias a Juana, mi amiga, por aguantarme como lo hace y por regalarme tantos momentos divertidos. Eres y serás siempre parte de este libro que sin ti, no sé donde se hubiese quedado. Te quiero pececito.

Gracias a Judith Diéguez, mi correctora y amiga. Gracias por dejar tan bonito el libro, por querer tanto a mis personajes y por respetar mi trabajo. Eres una crack.

Gracias a Marcelo Celestini, mi compañero de la infancia, por componer una canción tan perfecta y única para Lucas y Vega. Gracias por unirme al viaje sin pensártelo, con toda esa buena onda que tienes, amigo.

Y gracias a todos los que me leéis. Gracias por guardar mis historias en un huequito de vuestro corazón.

Nos vemos pronto.